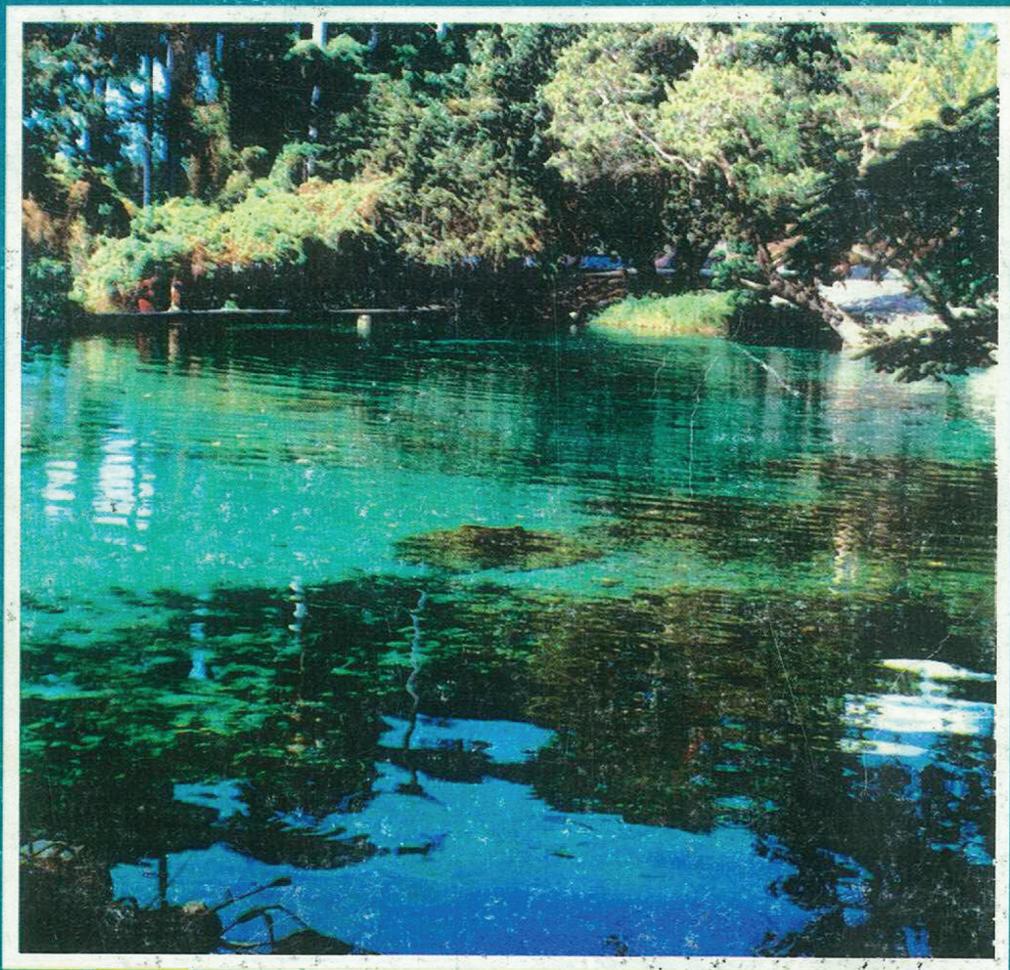


Antiguallas de Reyba



Elixiva María Vásquez de Díaz

Antiguallas de Neyba

Elixiva María Vásquez de Díaz

Autora

SANTO DOMINGO
República Dominicana
1997

1997

Primera Edición

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso en República Dominicana

Printed in Dominican Republic

Autora

Elixiva María Vásquez de Díaz

Composición y Diagramación

Arsenio Estrella Collado

Impresión:

Editora Alfa y Omega

José Contreras No. 69

Tels.: 532-5577/78

Santo Domingo,

República Dominicana

Título:

ANTIGUALLAS DE NEYBA

DEDICATORIA

El amor con que fue escrito este trabajo es acicate que me impulsa a dedicarlo a todos los míos, muy especialmente a la memoria de mis muertos:

Altagracia

Luciana

Atilano y

Frank

PRESENTACIÓN

Antiguallas de Neyba es un hijo legítimo del amor, del amor profundo y ascendrado que su autora, mi madre, ha sentido siempre por el pedazo de tierra que le vio nacer.

Como estampa esencialmente vivencial, reclinada en las veleidades de la memoria, en Antiguallas está presente, como en todo libro que narra el ayer, la vieja afirmación de que el problema de la historia es el problema de la autenticidad.

Ese problema de la autenticidad, se hace más auténtico cuando lo narrado es rescatado de las brumas del pasado en las alas de la memoria y la tradición. Por ello, este esfuerzo, no por válido menos oportuno, debe merecer la comprensión de todos, si a juicio de algunos surgiere alguna divergencia con sus recuerdos.

No obstante, a nuestro juicio, el mérito de Antiguallas, no debe valorarse en función de posibles y entendibles divergencias, sino en la dimensión profunda del amor con que fue escrito, en el valor inapreciable de rescatar del olvido algunas costumbres y modus vivendi de nuestro ayer, y en la oportunidad que presenta a las nuevas generaciones de nuestro pueblo de conocer, algunas facetas de nuestras fuentes culturales.

Por ser una fuente cultural, Antiguallas de Neyba, recrea el espíritu, regodea el ego, fortalece el orgullo y resalta la sui generi satisfacción de ser Neybero.

Es pretensión de la autora, que éste aporte sirva en alguna medida para morigerar nuestras rusticidades, para despejar en lo

posible las lacras ancestrales que como todo pueblo padecemos, así como para enhestar nuestras virtudes, en un accionar tripartito que nos enaltezca como pueblo.

Antiguallas de Neyba está inscrito en la pretensión de rescatar nuestros valores primigenios; y como no hay rosas sin espinas, en él se exaltan nuestras virtudes y se reconocen nuestras limitaciones.

Vaya pues nuestro reverente reconocimiento a los viejos pobladores de nuestro Neyba, quienes dentro de las precariedades de nuestra región, supieron realzar la dignidad de nuestros valores, para que hoy como ayer podamos exclamar con orgullo: “El Suroeste ha sido es y será savia vital de las esencias de la patria”.

Rafael Díaz Vásquez

ADVERTENCIA

Recoger una serie de sucesos ocurridos en nuestro vecindario, que por su naturaleza no revisten la urgencia de transmitirse a los ámbitos nacionales, pero que sí constituyen el acervo de vivencias que conforman el aval de nuestra progenie, es la misión de "Antiguallas".

No nos proponemos presentar hechos trascendentales, ni personajes que gravitan en la pátina de la conciencia cívica dominicana, dentro de diversos aspectos de la actividad del hombre, en lo político, lo literario o lo artístico, donde surgen como símbolos de nuestro ayer, Tomás Bobadilla y Briones, Ramón de la Candelaria, Apolinar Perdomo y otros distinguidos en el vasto campo de las humanidades.

No enmarcamos en las estrecheces de esta obra, los teatros de luchas libertarias en la forja de la nacionalidad enclavados en nuestro viejo Neyba, ni sacamos a relucir, lo que sella con caracteres imperecederos las páginas gloriosas de nuestra historia, donde emergen las figuras destacadas de Fernando Tavera, Francisco Sosa, Cayetano Velázquez, Juan Pedro Rodolí y otros, cuya esencia eterniza la libertad, como girones mismos de nuestra augusta bandera.

Estas notas solo se inscriben en el deseo de su autora, de airear con las generaciones presentes, algunas estampas, episodios y características de nuestro pueblo en el ayer, en el marco de nuestras costumbres, hábitos de vida y experiencias cotidianas.

INDICE

| | |
|--|-----|
| Dedicatoria | 3 |
| Presentación | 5 |
| Advertencia | 7 |
| Capítulo I | 11 |
| Religiosidad | |
| Capítulo II | 19 |
| Festividades Religiosas y sus Apéndices | |
| Capítulo III | 61 |
| Párrocos, Decadencia y Florecimiento de la Iglesia Católica | |
| Capítulo IV | 75 |
| Salubridad Supersticiones y Curaciones | |
| Capítulo V | 121 |
| La Educación, La Educación en el Siglo XIX | |
| Capítulo VI | 145 |
| La Vida Material. Escasez de Recursos | |
| Capítulo VII | 191 |
| Conductas Culturales y Sociales. El Aseo de las Prendas de Vestir | |
| Capítulo VIII | 267 |
| Algunos Pasos de Avance Primeras Iniciativas para Construcción | |
| Parque de Recreo | 291 |
| Canto al Viejo Neyba | 315 |
| Palabras y Frases que se Usaron Antiguamente en Neyba | 321 |

| | |
|--|-----|
| Breve Semblanza de San Bartolomé | 329 |
| Fuente de Información | 331 |
| Anexos: | 333 |
| Retratos Hablados del Viejo Neyba | |

CAPÍTULO I

RELIGIOSIDAD

Sentir el amor a Dios en el corazón y admirar su poder y su grandeza en las manifestaciones todas de la naturaleza, es inherente a los neyberos, aunque en su espontánea locución cotidiana, se escuchen con frecuencia exclamaciones enfáticas como estas: ¡Diablo! ¡El Diablo! ¡Qué te parta un rayo! ¡Desgraciado! ¡Muchacho del diablo!, porque son estas expresiones producto de la mecánica del hábito y no de la consciente elaboración del yo.

Desde sus orígenes, este conglomerado cerró filas militando en la Religión Católica, pues fue en las primeras décadas del siglo XX, cuando surgieron nuevas corrientes cristianas, que penetrando por la vecina sección de Mella, se fueron extendiendo por toda la región formando paralelos con el Catolicismo.

Los Cristianos Católicos

El ingreso del individuo a la Religión Católica, con muy raras excepciones, se efectuaba inmediatamente después del nacimiento, pues tan pronto como el recién nacido recibía las primeras atenciones, dispensadas por la habilidad de una comadrona, ya que para la época se carecía de médicos, se procedía a realizar el “Primer Bautismo”, conocido con el nombre de “Echar Agua” o “Poner Agua”, pues aunque este acto no fuera autorizado por la Iglesia Católica, era preestablecido por la costumbre.

El nacimiento, naturalmente ocurría en la vivienda de la madre, que a su vez servía de teatro de la escena religiosa. Indispensable se hacía la designación de un padrino y una madrina, que aceptaban como ahijado al nuevo ser llegado al mundo. Tomar en brazos al ahijado correspondía entre los padrinos a quien tuviera sexo común con la criatura, acto que revestía solemnidad por la iluminación de la brillante luz de una vela encendida como símbolo del nacimiento en la Doctrina Cristiana, derramando sobre la cabecita del futuro cristiano, un poco de agua bendecida de antemano en la Iglesia Católica, la persona encargada de dirigir la ceremonia, al pronunciar el nombre que debería de llevar, lo hacía con toda circunspección, acompañándolo con las siguientes palabras: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo, ...

Para esa época, adelantando un poco el siglo XX, en honor a la tradición hace presencia en la vivienda de una vecina, el hecho de “poner agua” a un recién nacido. Entre los presentes se divertía arrastrándose por el suelo, un menor, que servía en la Iglesia Católica como monaguillo y que lucía estar ajeno a lo que allí sucedía. Pero éste, quien era hijo de la parturienta y que respondía al nombre de José Alberto, observaba el rito al descuido y con una sagacidad extraordinaria, interviene con perspicacia:

—Pero... ¿No es el Cura el que Bautiza?

—Sí, —contesta la madre, pero este es el “Primer Bautismo” para espantar a las brujas.

—¿Cómo? —pregunta el niño con curiosidad, —¿Y qué son las brujas?

Las brujas, José Alberto, —dice la madre —son unas mujeres, que se vuelven grandes pájaros, con un pico larguísimo y a la media noche, entran en las casas, le pegan el pico a los muchachitos, les sacan la sangre y los muchachitos se mueren, por eso hay que hecharle agua, agua bendita, para librarlos de ese mal tan grande.

—Uhuhuhúú... ¡“Mi may, yo no creu eso” —dice el niño más burlón que asustado —“Ninguna mujer puede sacar alas para vólar, ni “chupise” la sangre de los “chinguino”, ni tampoco Marcela es cura, “¿Por qué ella dijo, yo te bautizo?”. La madre enfadada con tanta sapiencia de su hijo José Alberto, lo reprende diciéndole:

—¡Mira!, muchachito del ca..., tú sólo quieres estar en medio, pa! “metete” en las cosas de la gente grande, ya me tiene al cogé un camino, ¡tarí, tarí!*, mira que con muchacho se habla por falta e gente..., y si yo pierdo la paciencia...

José Alberto ríe maliciosamente y dice:

—La pa-cien-cia... ¿Por qué no dices que te da vergüenza? Si tú fueras al Catecismo como yo, te supieras lo que dice la vieja Milí: “Reconocemos un solo bautismo para el perdón del Pecado Original”.

Ante este razonamiento, la madre sólo alcanza a decir:

—Eh!.. eh!... eh! mu...mu...chaaa... choóóó.. vete de ahíí!...

Quita oficio ¡Averiguau! agila ¡...antes de que te rompa la siquitrilla!

(Suponemos que “agila”, deriva de ágil y era usado en el argot familiar en el sentido de agilizarse o irse rápidamente).

En el discurrir del tiempo, la población fue avanzando en civilización y observando, que casi todos los pasos que se recorrían en el acto de “Echar Agua, eran los mismos que recorría el sacerdote cuando la criatura o el catecúmeno (pues muchos se bautizan adultos), era llevado a la Pila Bautismal, llegándose a la conclusión de que se estaba bautizando al individuo dos veces en la misma religión, cosa que es prohibida por los principios católicos.

En tal virtud, esta creencia casera ha desaparecido y creemos, que solo en lugares muy remotos, se podría seguir esta práctica religiosa de “Echar Agua” o “Poner Agua”, para la liberación del Pecado Original.

La Iglesia Católica

Hasta donde hayamos podido investigar Neyba siempre tuvo un sitio público, donde orar para adorar a Dios y rendir culto a sus santos predilectos. Se recuerda, que la primera Casa Parroquial

* Tarí, palabra usada como despectivo. Se cree que Tarí era el nombre de un loco.

conocida, ubicada según testigos oculares, en la antigua calle Taveras (hoy Rodolí) y orientada de Este a Oeste, era habitada en parte, para celebrar oficios religiosos. Consistía esta construcción, en un caserón de madera, formado por horcones de bayahonda, tablas de palma, techo de cana y piso de tierra. Presentaba la figura de un bohío largo y estrecho, sin ningún tipo de protección, ni ornamentación interna ni externa.

La gente, esencialmente cristiana, asistía a los oficios sin tener en cuenta el ruinoso estado de este destartalado bohío, pero a veces surgían entre los asistentes, conversaciones que demostraban el desconcierto por aquel abandono y así hablaban dos reconocidas señoras del pueblo: —Oye, Chochó, ¿Qué pensarán los “principales” de la construcción de la Iglesia?

—Ñoñó, ¿Y que van a pensar? ¿Tú no oíste anoche unos tiritos? Carabina al hombro y nada más.

—Bueno, ayer cayó un aguacero tan grande, que a la hora de la misa el tap, tap, tap, de las goteras, no dejaba a nadie concentrarse en oración.

—No digas nada, que yo no fui ayer, pero me cuentan las Galenes, que en el momento de alzar la hostia, una gotera fue derechita a la tonsura del sacerdote, parece que la mandaron y a éste, no le quedó más remedio, que sacudir la cabeza, con aquel cocoteo, que fue necesario mandar a callar a los muchachos, que rompieron con un cuí.. cuí.. cuí.. cuí.. cuíí.., queééé... ¡Ave María! ¡Cosas de muchachos!

—Yyyy.. como si eso fuera poco, una chiva con dos chivitos asomados a la puerta robaban la atención de los presentes, pues parece que no se conformaban con encontrar ocupado su corral.

—Bueno!, esto es un desastre, sin mencionar los ranas, las higuanas y hasta culebras, que se pasean entre la gente, como si esta fuera su casa.

Pero ya pronto saldremos adelante, pues veo ahí al lado, una horconadura y unas varas, parece que ya les está dando pena o tal vez vergüenza, a esos que sólo pasan el tiempo, cruzando ríos y saltando montes, porque como quiera que sea si ellos no hacen la diligencia para construir una iglesia, nadie la va a hacer, pues ellos son “los principales”, los que hablan con los “grandes”.

El estado de deterioro de la antigua casa parroquial llegó a tal extremo, que los sacerdotes tuvieron que organizar sus viviendas fuera de ella.

Aproximadamente en el año 1870, se construyó un templo también de madera, pero de calidad superior en cuanto a materiales, diseño y construcción. Amplio, ventilado, techado de zinc, piso de tablas de pino, ubicado dando su frente al Sur iniciando la calle San Bartolomé. Su parte trasera hacia el Norte, limitándola una plaza que la separaba de un denso guazabará. Hacia el Oeste se ensanchaba esta plaza, bordeada siempre por guazábaras entretejidas de otros cactus, hasta colindar con la calle Rodolí (hoy Tavera). Tres puertas cubrían casi la totalidad de su frente, destacándose la central, cuyas dimensiones superiores le originaron el título de la Puerta Mayor. Su imponente aspecto incitaba a la penetración en el recinto, con espíritu de recogimiento y contricción.

Estas puertas, formaban en su parte superior una arcada, que les daba la identidad del tipo colonial. ampliando un poco el frente hacia el Este, en forma de anexo, se alzaba un alto campanario de torre piramidal. Desde aquí se podía contemplar la Omnipotencia Divina, reflejada en la prodigiosa hermosura que ofrecía el panorama del Lago Enriquillo, visto desde aquella majestuosa altura, que infundía respeto y proporcionaba paz espiritual a todo el que lograba ascender y escalar su cima.

Debemos hacer notar, que la escalerilla que servía de “ascensor”, no era “nada fácil”, pues estaba formada por dos largas varas de madera, débiles y tambaleantes, cuyos peldaños falsos y estrechos, producían vértigos a los más sensibles que osaban frecuentarlas.

Sus campanas, de excelente calidad, al menor suspiro dejaban escapar un mensaje sonoro, que despertaba las conciencias más dormidas, invitándolas a la oración.

Tenía también nuestro antiguo Templo Católico, aunque no del mismo tipo de arquitectura que las del frente, puertas laterales, que tanto éstas, como las ventanas que a su lado lucían, eran las encargadas de dar entrada y salida al aire puro y fresco que allí se respiraba.

Hacia el Norte, tenía la sacristía, departamento dedicado a

guardar la indumentaria sacerdotal, los libros sagrados, las imágenes y estampas de santos, y toda clase de pertenencias de la Iglesia, pues había tantas cosas que guardar, que a veces se llenaba con las velas y todo tipo de figuras hechas de cera, que ofrecía la feligrésía a los santos en las grandes celebraciones.

¡Cuántas manos de cera! ¡Cuántas cabezas! ¡Cuántos pies! ¡Cuántas estatuillas de niños recién nacidos!

Había representaciones en cera de todas clases, según el miembro afectado de la persona que hacía la ofrenda.

Podemos asegurar, que para estos tiempos, nuestro Templo Católico estaba muy bien equipado. Contaba con un altar mayor que ocupaba el final de la nave central, cuya parte superior era de madera preciosa pulimentada, cerrado al frente en aluminio, donde se exhibían grabados alegóricos a sucesos de nuestra religión. Sobre este altar inspiraba respeto especial el sagrario, que atesoraba en su interior la custodia de oro, celosamente protegida por llaves del mismo metal noble.

A lo largo de las naves laterales, alzábanse altares menores, que aunque abiertos al centro y lados, daban solemnidad al recinto, cubiertos siempre de paños blancos bordados en hilos de seda y finísimos encajes.

Flores artificiales y candelabros de cobre que sostenían velas encendidas, completaban la presentación de todos los altares. Un cáliz de oro ocupaba punto central entre los argentinos fulgores de las bandejas, vinajeras, copón y otros utensilios indispensables para el servicio de la consagración. Y si decimos, que las aureolas de algunas imágenes y el cuchillo que como símbolo de su martirio portaba la efigie de San Bartolomé, eran también de oro, no mentimos.

En suspenso desde el techo, lámparas de forma circular, con pendientes de vidrio labrado, daban la impresión de finos chorros de agua cristalina, circunstancia que tal vez le atribuyó el nombre de "Lámparas de Lágrimas". En su centro tenían capacidad para varias velas, cuya luz dejaba atravesar una especie de arco de un material translúcido, que se levantaba en forma de tubo, sobre el cuerpo de la lámpara de un material no identificado. De estas

lámparas se desprendía una claridad, capaz de competir con la iluminación eléctrica.

El confesionario y el sillón sacerdotal, podrían hacer paralelos con los que hoy se usan en las más destacadas iglesias del país. Una jofaina de cobre galvanizado, descansando sobre un grueso pedestal de madera, formaban la Pila Bautismal. Es digno de admiración, que para la época, nuestra iglesia dispusiera hasta de un armonio para amenizar los cultos. Este armonio lo tocaba el sacristán, que se desempeñaba también como cantor de la iglesia. Según testimonio de nuestros ascendientes, el primero en desempeñar estas funciones en Neyba, fue Manuel Vásquez, procedente de Moca, quien casó con Mercedes Matos natural de Alpagatar (Vicente Noble). De esta unión nació numerosa familia, que dio origen al apellido Vásquez, que hasta hoy se multiplica.

Al escribir estos relatos, recordamos un hermoso cuadro labrado, donde se enmarcaba la estampa de la Virgen de La Altagracia, pintada al óleo y a cuyo respaldo se leía esta inscripción: “Donado por Mota, 1887”. La pintura existe hasta nuestros días fijada a las paredes del nuevo templo, pero perdió parte de su belleza, al ser despojada del cuadro que realizaba su vista física, aunque su valor espiritual jamás sufrirá menoscabo.

CAPÍTULO II

FESTIVIDADES RELIGIOSAS Y SUS APÉNDICES

A pesar de que Neyba siempre ha sido un pueblo esencialmente católico, de mística adoración a Dios y constante veneración a santos diversos, muy especialmente a la Virgen María en sus distintas advocaciones, podemos afirmar, que las fechas consagradas a estas festividades, muchas veces, servían de núcleo para la organización de actos recreativos, que llegaban a absorber la población, mermando notoriamente la concurrencia a los actos religiosos.

Dentro del glosario del santoral neybano, emerge con la magnitud de un astro sin ocaso, el día de San Bartolomé, Patrón de Neyba. Gravitan en su derredor, los días dedicados a San Andrés, San Juan, Pascua de Navidad y la Epifanía o Adoración de los Reyes Magos. Con mayor fervor religioso y menor intensidad diversionista, se destacan: La Altagracia, Las Mercedes y la Semana Santa, aunque en los últimos años ésta última ha querido ser desnaturalizada en sus esencias para convertirla en tiempo de asueto y diversión.

Fiestas Patronales

La festividad del Patrón corresponde al 24 de Agosto de cada año. Con tal motivo el espíritu religioso se amalgama con el espíritu recreativo y todo el pueblo se prepara para tal acontecimiento. Al

aproximarse el mes de Agosto, ya nadie tiene socio, solo bulle en la mente de los nativos, la llegada de las Fiestas Patronales. Se debe esperar la fiesta de San "Bartolo" presentado lo mejor posible, desde el traje, que se debe lucir en estreno, sin tener en cuenta la situación económica de la familia, hasta el arreglo de las viviendas, que por ley consuetudinaria es obligatorio.

Nos hace gracia pensar, que en los tiempos antiguos, no existieran sastres en nuestra villa y las costureras, tenían que ingeniárselas con los trajes tanto de hombres, como de mujeres. Estas no dormían en la temporada, cose que te cose, día y noche sin descanso, a fin de dejar complacida a su clientele. Se cuentan algunas ocurrencias de la juventud, en su desesperación por lucir un traje nuevo el día del Patrón.

—Ya en las vísperas, una muchacha del pueblo de nombre Hortensia, a prima noche, llega en una carrera loca, a casa de su costurera y viendo sobre una mesa el corte de su traje, exclama: — Altagracia! Per... esa no será mi tela? Ay!

Melia!, se quedó tu hija! Altagracia!—continúa, mira mi lienzo, yo me conformo con verlo "trozau", si si si sí...sí...síí, yo lo que quiero es ve 'el "miu"!" "trozau".

—Altagracia, la costurera, sonríe mientras le dice:

—Entero es mejor, Hortencita, porque así te "pué arropá" y te amarras una cinta por la cintura y ya fuiste a la fiesta, eh?, no te parece?

Hortencita lloró amargamente por esta broma, pero logró que su traje alcanzará turno en esa misma noche.

—Manuel, un mozalbete que dormía largos sueños en una silla en casa de la misma costurera, con la intención de que su presencia presionara o conmoviera, para sacar el anhelado turno que ocuparía la confección de "su flú", viendo acercarse el día de la fiesta y . . nada conseguía, se levanta soñoliento y dice con voz entre cortada: —Tagra-cia no va a ha-cé flú, Ta-gra-cia co-se de prn-nnn-to, rú, rú, rúú. . .!

Según hemos apuntado, no se trataba de pantalones, sino de trajes completos, pues fué después del 1916, cuando se abandonó en el país el uso del saco, ya que antes de esa fecha, andar los

hombres sin esa prenda de vestir, era andar en paños menores, demostrando abandono y falta de moral.

Se distinguieron como confeccionadoras de trajes para hombres: Estéfana Vidal, Vicenta Acosta, Rosita Acosta, Catalina Vásquez, Luciana Acosta y otras.

Las primeras sastrerías dirigidas por hombres, estuvieron a cargo de los puertorriqueños Angel Quiñones y Federico Everts. Angel, casó en Neyba y tenía su taller en la calle Canela esquina Consistorial, desde donde entusiasmaba a los jóvenes neyberos a aprender este oficio, iniciándose con él, Gregorio Vásquez y Maximo Pérez, entre otros.

Las costureras para ropa de mujer eran numerosas.

El arreglo de las casas, usadas entonces, consistía en lo siguiente: El piso, siempre de tierra, del constante barrido, se hoyaba parcilamente, de aquí, la conocida operación de “echar suelo”. Para esto se hoyaba todo con azada o pico, se rellenaba de nuevo con la tierra necesaria para obtener el nivel y la altura requeridos y luego de sacar los terrones, se echaba abundante agua que desde las fuentes se cargaba en burros. Dos o tres días después del mojado, venía el apisonado aplomando la tierra mojada con un pisón. Entrando un poco el mes de Agosto, era encantador, oír todos los días al amanecer, y por todos los sectores del pueblo al compás de una canción popular, el rítmico pum-pum-pum-pum-pum, pum-pum-pum, del apisonador que a son de música, mezclaba en el ambiente un olor a tierra húmeda como preludeo tradicional de las fiestas patronales.

Listo el piso con olor a fiesta nuestra, viene la labor de “coger las entrejuntas”. Era muy fácil, mojar cenizas, tierra y cal, hacer esta mezcla e ir introduciéndola entre las rendijas que quedaban entre tabla y tabla en las paredes interiores. Luego de secarse esta mezcla, se procedía al blanqueado que se hacía con la blanquísima cal de don Juanico, que era la de superior calidad en toda la región. Esta era aplicada con nuestra brocha criolla, (escoba), en armonioso vaivén acompañado de un sibido alegre con sabor criollo como la brocha, criollo como la cal, criollo como la fiesta.

Las paredes exteriores también recibían sus atenciones, se

pintaban con almagra roja u otro polvo, el calsomino, que lo había en variados colores y hasta hubo viviendas, que llegaron a pintarse con tierra roja (arcilla) traídas desde El Manguito y La Descubierta.

En muy raras excepciones, aparecían casas, pintadas sus puertas y paredes exteriores con pintura de aceite reluciente, traída de la vecina República de Haíti. Lo cierto es, que todos unidos en su esfuerzo común, luchaban porque Neyba se presentara lo mejor posible en sus Fiestas Patronales.

Junta de Festejos

El estado febril agosteño de la colectividad neybera, resultado de su vehemencia ancestral bartoliana, exigía la constitución de un comité que se encargara de colectar los fondos indispensables para la celebración de las Fiestas Patronales, de redactar y presentar al pueblo el programa, así como también velar por su ejecución. Este comité, formado por personas representativas de la localidad, tenía el nombre de Festejos.

El programa

Despertar con el habitual avemaría tomaba un sabor distinto el día 23 de Agosto, víspera del día del Patrón. Como enjambres de abejas que salían de las colmenas, se dirigía la gente a los yacimientos de agua a tomar un baño mañanero, para luego asistir al Templo Católico, donde se oficiaría a las 8.00 a.m., la Santa Misa, como inicio del programa.

A esta Misa, deberían asistir las autoridades locales y los miembros de la Junta de Festejos obligatoriamente, así como también al inicio de la novena del Santo Patrón a las 7.00 p. m. del mismo día.

Vale la pena observar, que en nuestros días, las novenas se realizan nueve días anteriores a la fecha correspondiente a la celebración del Día del Santo en referencia, pero en aquellos tiempos, se comenzaban las novenas la víspera, para terminarlas ocho días después de la fecha del Santo festejado.

Mientras que ahora se anticipan como preparación del espíritu religioso de la feligresía para la celebración de los cultos, anteriormente se posponían para mantener vivo el espíritu recreativo, pues los ánimos se mantenían en tal actitud mientras duraban las novenas, y en cada una de estas noches, que como se deja entender eran nueve, se celebraba un baile con la música que fuera disponible según la ocasión. de aquí, los nueve bailes de las Fiestas Patronales de que tanto hablaban nuestros antepasados.

Muchos fueron los años en que el balsié, conocido también con el nombre de pri-pri, el acordeón, la güira y el pandero, formaron el conjunto de instrumentos musicales con que se recreó nuestra gente.

El Día del Patrón

Un alegre repicar de campanas anunciaba el amanecer de este día, dando fin al baile de la víspera. Grupos de jóvenes de ambos sexos recorrían las calles, reflejando en sus rostros al clarear de la aurora, el placer de un espíritu festivo. La tradición es inmortal, pero cada generación imprime a ella el sello simbólico de la época.

Unos iban por las calles tocando acordeones, panderos y güiras. Décadas más tarde, otros grupos recorrerían las mismas calles, un poco mejoradas físicamente, sustituyendo el acordeón por la guitarra unida a la güira y al pandero. Así ha ido evolucionando el uso de instrumentos musicales, pero la tradición continúa, por que esas mismas calles ya fueron recorridas, en marcha acompañada con instrumentos musicales de viento, presidiendo grupos más numerosos encargados del reparto de programas. Estos grupos solían detenerse en las puertas de las casas de personas reconocidas como entusiastas, que se levantaban, les abrían las puertas, los recibían y les ofrecían alguna bebida que estuviera a su alcance. Ya se comenzaba a disfrutar de la alborada como parte de la celebración.

Amanecía, la nutrida caballería de campesinos que llegaba a la fiesta, invadía todo el lugar, especialmente la calle San Bartolomé, que conducía directamente a la Iglesia Católica, pues tenían que hacerlo así, de lo contrario, tendrían que quedarse afuera, ya que el

espacio físico disponible no era suficiente para acomodar la afluencia de gente este día.

Todos lucían sus mejores atavíos, los hombres, con sus chalinas de colores vistosos, vivos, atractivos, golillas de colores no menos llamativos, una toalla suspendida desde el hombro y muchas veces su bastón colgado del brazo, adornado en ocasiones con un lazo de cinta, el ángulo o semicírculo que formaba el puño del mismo, pues no eran éstos, bastones que se usaban como apoyo por alguna lesión física sufrida, sino como parte del ajuar del buen vestir de aquellos tiempos remotos, que alegra el corazón conocer aunque sea por testimonio de quienes lo vivieron.

Nuestros campesinos se desbordaban en esa fecha para llegar al pueblo, aunque pasaran años enteros sin hacerlo. Desde las mas recónditas aldeas o las mas escarpadas montañas, llegaban al pueblo de Neyba a festejar a San Bartolomé y a bautizar a sus hijos. Algunos lucían sombreros de “Panza de Burro” (fieltro), que era el tipo mas usado. Años mas tarde, se usó otro tipo de sombrero llamado Italia, este era de pajilla brillante y de forma distinta, tenía copa semiovalada y ala corta. Este tipo no era muy usual entre los campesinos, pues gustaba poco y además era más caro. La masa fuerte de campesinos se cubría la cabeza con sombreros de fabricación rural, que por módicos estaban al alcance de todos, ya que el único material usado en su fabricación eran fibras del cogollo de la palma cana. Debe observarse que para esa época era obligatorio en el hombre el uso del sombrero.

Era admirable que los campesinos mas sobresalientes económicamente, se preocuparan tanto por su aspecto personal para presentarse el día de fiesta, que a veces ostentaban gemelos de doblones en los puños de sus camisas y hermosas leontinas adornando el bolsillo superior de sus sacos. Como complemento llevaban casi siempre un fular en la mano y un grueso túbano apretado entre los dientes.

Las campesinas llevaban también trajes de colores que alegraban el ambiente, formando un conjunto multicolor, cual lo harían las bellísimas mariposas de San Juan. Estas entraban a carreras de caballos como los hombres, pero había también quienes lo hicieran

en burros, que al trotar entre las caballerías provocaban la risa, contribuyendo todo esto a dar más esplendor a las Fiestas Patronales.

Muchas mujeres llevaban sombreros de plumas hermosísimas, otras llevaban pañuelos amarrados a la cintura y a la cabeza, algunas, como los hombres, usaban golillas y paraguas, que al igual que la gente del pueblo, importaban desde Haití, donde iban a vender sus animales. Como es de entender, también los campesinos estaban y aún están divididos en clases económicamente y por tanto, los de menores recursos se conformaban con asistir a la misa, con trajes modestos los unos, vestidos de “promesas” los otros.

Las promesas, entonces consistían, en vestir de ciertas telas en determinado tiempo, a fin de obtener de los santos, algún favor implorado. Así se vestía la gente de “buenatuta”*, “ble”* , “chenchén”. Cumplido el tiempo ofrecido, esta ropa se abandonaba colgada a algún árbol o dejándola en los calvarios.

La Iglesia Católica, se llenaba en estos días de tal manera, que a pesar de su buena ventilación, la multitud aglomerada viciaba el aire, ofreciendo dificultad a la respiración y produciendo un calor, que hacía sudar a chorros, tanto, que eran frecuentes los desmayos y los vértigos. En estos apiñamientos, se llegó a interrumpir la solemnidad del silencio, por un ruido sordo o un grito agudo, que dejaba aturcidos a los asistentes, desviando momentáneamente su atención, como señalamos a continuación.

-Oye!- dice alguien- parece que “gotió” uno, pero sonó como un coco, ¡Jesús!

¡Qué golpe!

*Buenatuta. Tela de algodón de poco valor y casi siempre de color azul formando cuadrós, ó listas (Listado le llamaban algunos)

* Blé. Tela fuerte de algodón de color azul. Creemos viene del patois (Fuerte Azul)

*Chenchén. Sacos tejidos de fibra de pita

A lo cual otro responde:— Parece que es una mujer, porque veo los zapatos desde aquí. Ah!, ya la traen “chorriando” sudor y con la cabeza “desgonzá”.

—Ay!, si es Angela, la hija de Cheché—añade otro.

—La hija de Cheché? Ay!, tenía que pasarle, porque de ángel no tiene ella “na”, cayó cuando el cura dijo: “Dominum voviscum”

¿Qué será eso?—añade el primero.

—Oh!, de seguro, que cae el que tiene el diablo adentro interviene un extraño que oye la conversación.

Alguien, a quien estas cosas molestan, corrige:

—No digan eso, el cura lo que dijo fue que Dios esté con nosotros, ¿Cómo va esa pobre muchacha a marearse por esta bendición? Eso es el calor, tal vez algo peor, el hambre.

El primero que habló, no conforme con la aclaración, replicó:

—Bueno, lo que yo sé es, que esa muchacha llama mucho “al pecau malo” cuando el “taita” la llama al amanecer “pa di a la siembra”, los frijoles se los da mil veces al demonio antes de meterlos “abajo” e ‘ la tierra”, por lo que creo, que si es que nacen, nacen con “cachitos”.

—aajááá. . . por algo fue ella la que cayó.

El nuevo interlocutor, inquieto con semejante diálogo, intervino de nuevo:

—Por favor, no crean tonterías, atiendan a la misa y crean en Dios sobre todas las cosas.

Sonó la campanilla y todos caen de rodillas para adorar al Señor.

Terminada la misa se iniciaban los bautismos, que eran innumerables, pues la gente del campo solo salía cuando “repicaban duro las campanas”.

Comenzaba el hormiguero humano a desgranarse por todo el pueblo, las ventas de pan y dulces en todas las esquinas, los “Bailes de Vendicia” que también se celebraban por el día, los borrachos, los locos, los mudos y toda clase de gentes y de cosas raras, ponían

a gozar a quienes contemplaban aquel espectáculo que solo se veía en Neyba, una vez cada año.

En uno de estos días de San Bartolomé, al salir de la iglesia, un señor, cuyo nombre era Lindo y que hizo de todo, menos oír misa, vió a otro hombre, que iba y venía de uno a otro lado de la calle, como que el viento se lo llevab no pudiendo dominarse a sí mismo, por lo cual, Lindo exclama:

—Pa-pa- Pascual, pa-pá- parece que ese es Pascual, pe-pero. . . o “tá” como lo-loco, no sa-sabe “ande” pi-pisa, ni-ni- co-mo pi-pisa.

El hombre, que oyó el monólogo, observó y vió que era un borracho.

Muy enfadado lo miró fijamente y al fin le dijo:

—Yo no soy Pascual, ni loco ni borracho y sé de donde vengo y sé para donde voy, yo soy Checho Mercé, que vengo de la misa, ya tú lo ve’ . . . es que tuve mucho “parao” y . . . me. . . duelen. . .

. . .

Lindo, que se mecía como una mecedora, no esperó que Checho terminara y se echó a reír a carcajadas, ja! ja! ja!, mientras decía:

—Ya ni diga’ maj na’, es que, que, tus zapatos son loj que, . . . que te gobiernan y te van tum-tumbado, “es que tú va’ sin sin sabé’ “pande” va’ te van tumbando, mano!

Checho enfurecido, contesta con toda indignación:

—No me digas mano, yo no soy hermano de borracho, mejor quiero ser pie, que mano de un borracho baboso como tú, quiero ser pie, “manque” me “apreten” los zapatos.

Lindo ríe nuevamente y tratando de ridiculizar a Checho, expresa:

—Ahora mismo quisieras tú ser mano de perro y no pie, pre-preso en esa cárcel de cue-cuero. ¿no vééé. . . que tu’ za-zapatos miran “pa-riba” y lo mejor que no es pidiendo perdón, sino. . . cantando en ese len-lenguaje za-zapatero que “toel” mundo conoce: Cuando los zapatos hacen: cruchi-cruchi-cruchi-en su lengua dicen que fueron “fiau”, ja!, ja!, ja!, amigo Checho y hace mucho de ese “ciégalo”, porque ya “tan” secos y además “tan” “arrevé” por eso es que tú andas por la ca-calle, como un “guay mi may”.

Checho pierde la paciencia, se quita los zapatos en plena calle y dispuesto a vengar su afrenta corre con la furia de un vendaval gritando:

—Esta burla me la “desquito” “pué sacá de “aproyo” con ese desgraciau ajumau que le cogió conmigo, ayúdame San Bartolo”!

“San Bartoóóó. ayúdameéééé. . . con ese arrejundiu ajumau que liá cogiu conmigo, ay! ay! ay!, ayúdame San Bartolo, préstame tu cuchillo, pa’dale esa ejgollá a Lindo, que maj nunca se va a reí de zapato arrevé, ni de zapato aptretau, solo se va a reííí. . . de su mardita may y pa siempre, porque no va apodé cerrá la boca maj nunca. . . .”

—Yo, yo, yo no hice naááá’ . . .—decía Lindo un poco atortojado, mientras se escurría tratando de ocultarse entre la multitud.

No era difícil que Checho golpeará a Lindo si lograba alcanzarlo, lo difícil era que pudiera llegar hasta San Bartolomé para profanarle su cuchillo. Innumerables eran las escenas de esa naturaleza ocurridas en ese día, de inolvidable recordación.

Al atardecer, se realizaba la procesión de la imagen del Santo por las principales calles del pueblo.

Juegos populares, —eran fijados uno por cada tarde durante los nueve días de fiestas y comprendía entre otros los siguientes: Corridas de Sortijas, Palo E Ensebao” “Chivo Enterrao” etc.

Los Bailes

Creemos oportuno señalar que el carabiné, la mangulina, la polka, la guaracha y la rumba, fueron las piezas bailables mas usadas. La pieza fundamental de todo baile de entonces, era carabiné o ron, que estuvo en boga hasta las primeras décadas del presente siglo. Al iniciar el carabiné, un individuo que recibía el nombre de bastonero, era el encargado de organizar las parejas que deberían participar en la pieza y dirigía el desenvolvimiento de la misma, por medio de voces, sonidos, gritos, mímicas y ademanes característicos. Después de nombradas las parejas, cada hombre tomaba la suya con la mano derecha, y uno tras otro iban dando la

vuelta al salón al compás de la música. A la señal del bastonero giraban en sentido contrario hasta volver al lugar de inicio. Esta entrada del carabiné recibía el nombre de “compaseo”.

Comenzada la pieza, cada bailarín suelta su pareja y baila con la que le queda a la derecha, hasta bailar con todas las participantes, esto se repite a la izquierda y como es natural, si la ronda es bien hecha, cada uno vuelve a su pareja. Es el momento en que el bastonero grita: ¡Cada uno con su pareja! ¡Uuuuyyy!. . . . ; Cada uno con su pareja! Aquí se reconcilian y termina la pieza.

Se conocían entonces dos formas de organizar los bailes; los llamados Bailes de Contribución y los llamados Bailes de Vendicia. Los primeros correspondían a las personas que formaban el núcleo de la sociedad neybera y que aunque no existían divisiones culturales y recreativas debidamente organizadas, estas personas se conocían entre sí, circulando entre ellas las invitaciones y correspondiendo cada una a las contribuciones asignadas con anticipación.

De estos fondos colectados, debería pagarse la música y cubrir todos los gastos relacionados con la fiesta bailable, pues la cantina era libre y había que brindar por igual a todas las mujeres, que entonces no se agrupaban alrededor de mesas como se hacía después, sino que se sentaban todas formando un corro en el salón, haciendo que todas las asistentes tomaran su copa, bailaran o no, pues era de rigor que las atenciones fueran generales.

No había salones fijos para la celebración de estos bailes sociales, sino que se celebraban en la casa de algún vecino que gustosamente la cediera, ya que la mayoría de las casas del pueblo tenía grandes salones, donde se celebraban las fiestas bailables sin ninguna dificultad.

Para estos bailes, que la gente llamaba bailes de la sociedad, siempre se elegían algunas señoras distinguidas y reconocidas socialmente, a las cuales se les daba el título de “Dama de Honor” y eran las encargadas de la vigilancia de las muchachas, que en la época era estricta, pues ninguna muchacha asistía a una fiesta, sin una persona mayor que la acompañara.

En caso contrario irían representadas directamente por las

“Damas de Honor”. Se recuerda que con frecuencia eran Damas de Honor de las Fiestas, Doña Lola Sosa, Doña Matilde Cuevas y otras. Ya un poco adelantado el siglo XX, esta costumbre fué desapareciendo, pero aún en las primeras décadas llenaron estas funciones, Doña América Perdomo de Pérez y Doña Leoncia Recio, como Damas de Honor permanentes del Club Enriquillo. Estas damas, reconocidas como estusiastas, organizaban festivales y todas las jóvenes eran confiadas a su cuidado y vigilancia.

De aquí en adelante, la juventud femenina comenzó a emanciparse un poco de la fuerte opresión en que se habían desenvuelto las generaciones anteriores.

¡A quién se le ocurre ahora, pensar en una custodia para asistir a una fiesta o para darse un buen chapuzón en Las Marías!

Los Bailes Populares

Aunque los bailes populares, llamados “Bailes de Vendicia”, no pertenecen al programa de las fiestas directamente, los incluimos aquí, porque contribuían a dar mayor animación a la temporada. Estos se celebraban tanto en los alrededores como en el centro del pueblo. Ilimitados eran estos bailes, pues como su nombre lo indica, eran un negocio y por tanto por el día como por la noche, pues su única finalidad era el rendimiento de la economía de los dueños. Continuo era el avivamiento que mantenían, porque la gente se trasladaba constantemente de un baile a otro en grupos considerables, tanto a pie como a caballo.

Es de suponer los inconvenientes que suscitaría, en pleno baile en desarrollo la llegada de grupos a medio emborrachar, tratando de imponer su voluntad, dando origen con ello a discordias, que muchas veces determinaban funestas consecuencias.

La organización de éstos era distinta a la de los bailes de contribución o de salón, pues aquí había mesas con bebidas y dulces para vender y cada hombre debería brindar a su pareja, cuando llegara el momento oportuno según estaba preestablecido, pues cada vez que terminaba un ron, el bastonero ordenaba ¡“Pa’ la mesa! ¡Pa’ la mesa”!, indicando que era la ocasión de brindar a las

parejas. Con su dama del brazo, todos iban al sitio convenido para agasajarla.

Cuando los músicos querían que se les brindara, el acordeonero se paraba y acercándose a los bailadores, señalaba a uno diciéndole: ¡Usté' la debe, amigo!

A esta actitud, se le llamaba "echar la música" y el individuo señalado tenía que cumplir con el deber de complacer a los músicos. Entonces se oían voces a coro que repetían: ¡Eh, eh ¡lo multaron! lo multaron! Un bullicio se desencadenaba en este momento por las carcajadas, voces y palmoteos, hasta reanudar el baile.

En las fiestas populares siempre ocurren sucesos que la gente refiere y que nunca se olvidan. Celebrábase un baile en la salida del pueblo, en la enramada de un señor muy conocido que respondía al nombre de Julián Gollo. Todo se desarrollaba en un ambiente de gran animación, cuando de pronto hace su aparición un grupo de caballeros selectos de la sociedad neybera. El dueño, inmediatamente vió rendido su negocio y rápidamente dió la orden de terminar la pieza que se bailaba, para él, organizar un nuevo ron. Al momento comenzó a bastonear diciendo: Ey!, ey!. . . Uííí. . . eyyyyyy. . . .! ¡Un ron de la gente e' "tualla"! ¡Un ron de la gente e' "tualla"! ¡uay! ¡Uay! Uayyyyyyy. allá voy: Nenén González, José María Peña, Armando "Dival", Albertico Perdomo, "Diogenen" Noboa, eeeey! Un ron de la gente 'e "tualla"!

Un amigo suyo, que acostumbraba a frecuentar estas fiestas, se le acerca y le dice en tono de súplica y confianza:—Julián, yo voy— A lo cual Julián le contestó sin ninguna turbación:

—Nnnn. . . nnn. . . nnnnnn. . . . nnnnnó señó' tú "es" de la crápula.

El amigo, un tanto enojado, quiso pelear por esta ofensa, pero Julián nada de esto tomó en cuenta y el ron comenzó en medio de los aplausos de los espectadores. Julián, de espaldas a la situación de su ridiculizado amigo, impulsado por la excitante música del carabiné, mandaba con delirante entusiasmo: ¡P' " Purriéééé! ¡Carabiné, con la punta 'el pie, con la punta 'el pie! Ey!, ey,eyyyyyy.

. . . . Uiiiií Carabinéééé' . . . uay, uay!

Un poco entrada la noche, Julián observó que su ofendido se mantenía en peligrosa actitud rebelde, es decir, estaba al acecho y haciendo uso de su reconocido lenguaje propio, le dijo a su mujer:

—Juana, recoge tus cosas, porque esto se está poniendo feo, yo estoy mirando un se-cre-te-o. . . . que no me está gustando. . . . jmm! Yo no soy ningún bobo, esto lo acabo yo, . . . ahora mismo, para asegurar mi cabeza y mis intereses. Recoge! recoge!, te digo que recojas! porque ahora mismo tu veras. . .

Dicho esto, tomó su carabina (que entonces se usaban sin permiso), salió al patio, se escondió detrás de unos árboles y carabina en mano, rastrelló: pó, pó, pó, popó. po. . . la gente al oír el tiroteo y que sabía que entonces armarse un “titingó” era como nada, dijo “Pie para que te tengo”!, armándose un “juidero”, que no hubo “tualla” que quedara, ni crápula que se aguantara. (ahora se diría un corre, corre).

Otro pasaje digno de mención, ocurrió en otro baile de “vendicia” en la enramada de un señor de nombre Marco Loreta, en las cercanías del pueblo, en la sección de Cachón Seco.

Miguel Trinidad, natural de la sección de Postrer Río, se había enamorado de Laura, una joven natural del mismo lugar. Era costumbre, que todas las personas de prestancia en los campos de Neyba, asistieran a la misa de San Bartolomé y luego se pasaran el día y hasta la noche, tomando tragos y bailando en los lugares periféricos.

Al encontrarse por casualidad, los señalados jóvenes en el mismo baile, brilló en Miguel la esperanza, de bailar siquiera en el carabiné, con la mujer de sus aspiraciones. Pero Laura, cuya hermosura era el centro de atracción de la fiesta, no estaba en ese plan, pues Miguel, no le era atractivo.

Ella bailaba entusiasmada con su amigo Alfredo, que era también su admirador pero ella no lo comprendía y huyendo de Miguel, no fuera éste a “mocharle”*, dijo a su compañero de baile muy quedo y con voz halagadora:

—Dile al bastonero, que es “cortina”*.

Alfredo, jubiloso, no sabía si estaba en el cielo o en la tierra y con visible nerviosismo, le dice al bastonero:

—Cortina! Cortina!, viéndose con esta acción casi correspondido, pues cuando alguien no quería participar en la rotación de parejas, se bailaba una “cortina” y como es natural, para ello se elegía a la persona preferida.

Pero, oh! desengaño! Alfredo se equivocaba, pues Laura, tampoco a él lo amaba, pues solo quería liberarse de la persecución de Miguel, que muy apenado, la miraba con ojos desorbitados a veces, mientras que en otras, escondía la cara entre las manos.

Al terminar el ron, Miguel cobró fuerzas y jugó “el todo por el todo”, se acercó a Laura y le extendió la mano, obsequiándole un lindísimo fular rojo y una bellísima alianza de oro puro.

La muchacha sorprendida por el regalo, tomó en las manos las prendas y se acercó a su madre diciéndole:

—Mira, Nana, lo que me “ta” dando Miguel.

A lo cual la madre, con ojos reverberantes de alegría, contesta:

—Muchacha, tonta, agarrálo con “toa” la mano, eso “quíe decíí..amore ‘ público, compromiso e‘ matrimonio”. ¡Quién le dice que no, a un hijo de Juan Segundo! ¡Muchacha! ¡muchacha! ¡uy!, Laura dichosa, mi hija, Laura dichosa!

Las muchachas de aquellos tiempos, eran muy obedientes y a veces amaban con el pensamiento de los mayores. Así fué que el próximo ron, lo hailaron Laura y Miguel con el beneplácito de las dos familias, que desde hacía tiempo, luchaban por aquel enlace amoroso.

Alfredo, quejoso, salió desconsolado, en busca de otro cielo, de otro rumbo, de otro amor, débil la mirada y mustio el corazón, por la muerte de aquella ilusión, que ya jamás habría de renacer.

Al amanecer, en marcha victoriosa, envueltos en el aura bajo el brillo del sol, corrían los caballos de amor enjaezados, dejando a sus espaldas a Alfredo abandonado y sumido en el dolor.

*Mocharle. Pedir la pareja a otro mientras se baila.

*Cortina. Pareja de baile que no entra en la rotación del carabiné.

Del Carabiné y la Mangulina

Siendo el carabiné y la mangulina las piezas bailables fundamentales en el viejo Neyba, creemos de interés general abrir un paréntesis para hacer algunos señalamientos sobre su origen y desarrollo.

Según el ilustre historiador dominicano, Don Emilio Rodríguez Demorizi, el origen del carabiné se remonta a los tiempos de Dessalines y su nombre deriva de la forma en que llevaban las carabinas a las espaldas, los soldados haitianos, cuando bailaban esta danza.

En la pág. 82 de la obra *Música y Baile en Santo Domingo*, del citado historiador, leemos:

“Gaillard. Finca situada a una legua de Santo Domingo. El 6 de Marzo del año 1805, el ejército del Emperador Dessalines, marchando sobre Santo Domingo, llegó allí, a medio día. El Emperador instaló ahí su Cuartel General. . . Fué en el Cuartel General de Gaillard, donde nació el carabiné, la danza tan amada por los haitianos.

Los haitianos la danzaban con gracia; los oficiales la ejecutaban llevando la carabina a la espalda. Una de las amantes del Emperador, Eufemia Daquil había venido a encontrarle en Gaillard. Joven, bella, plena de gracia, ella daba las señales de las fiestas y componía aires que tocaban los músicos.

Los generales se reunían allí a menudo con el Emperador. . .”

Era costumbre, que a cada carabiné siguiera una mangulina, de ésta, leemos en la página número setenta y ocho de la misma obra citada: “Según Peña Morell, la mangulina es la música típica del país y tiene su origen en Hicayagua al sudeste de la isla. Una copla popular, según Peña Morell, hace derivar el nombre de mangulina del de una mujer que se dice vivía en El Seibo región del Hicayagua aborigen:

“Mangulina se llamaba
la mujer que yo tenía
y si no se hubiera muerto
Mangulina todavía.”

Tanto el carabiné como la mangulina, fueron piezas bailables practicadas con férvido entusiasmo por los haitianos introduciéndolas en Haití. De aquí deducimos que nuestra proximidad a la frontera y las relaciones de nuestros antepasados con el vecino Estado, provocaron el auge que estos bailes tuvieron en el Suroeste, hasta el extremo de creerlos parte de nuestro patrimonio cultural ya que éstos, no se desarrollaron con igual intensidad en las restantes regiones del país.

Juegos Populares

Ambiciosos por mantener vivo el entusiasmo de las Fiestas Patronales, los neyberos establecieron el desarrollo de una serie de juegos populares, que imprimían un nuevo sello de alegría al período que se disfrutaba. Muchos de estos juegos se han extinguido, obedeciendo a las mutaciones evolucionistas, pero otros aún en nuestros días ofrecen su vigencia llenando las mismas necesidades.

LA CORRIDA DE SORTIJAS. Maravilloso juego que con algunas modificaciones se practica todavía, consistía en aquel tiempo en extender un cordel de una a otra acera de la calle, amarrando sus extremos en postes especiales y a una altura conveniente. En este cordel eran colgados trocitos de cintas de variados colores, de los cuales pendían pequeños aros simulando sortijas. De cada color de cinta se preparaba una cucarda, cada una de las cuales era prendida en el pecho de cada señorita participante en el juego y que sería madrina conquistada de quien tomara del cordel, el aro con la cinta del color de su cucarda.

Estos aros pendientes del cordel, bailaban en armonioso vaivén, esperando que los jóvenes en su febril carrera sobre briosos caballos, lograran arrancarlos interrumpiendo su entretenido compás, si lograban introducir en su oquedad, un lápiz u objeto parecido, despegando con fuerza la cinta que hacía de sostén, pero sin disminuir la velocidad de la carrera.

¡Cómo luchaban los jóvenes para conquistar la cinta de la muchacha preferida! ¡Qué desilusión el no poder alcanzarla! Y . . .

¡ Qué amargura, cuando entre aplausos, otro conquistaba la cinta de sus aspiraciones!

Cada vez que un joven lograba arrancar un aro, la multitud lo aplaudía con entusiasmo y la madrina, cuyo estado de ánimo dependería de quien fuera el ganador de su cinta, le prendía en el pecho la cucarda, muchas veces llena de emotiva felicidad y otras veces por puro compromiso.

¡Qué orgulloso se sentían los triunfadores! Pues aquél que lograra conquistar mas cucardas, era ovacionado con vítores, declarámdolo ganador del juego.

EL CHIVO “ENTERRAO”. Remota diversión, que en la actualidad no podría ofrecerse en plena calle, en la forma antes acostumbrada, por haberse alcanzado ya el adelanto del asfalto que en aquellos tiempos se carecía. Fué uno de los deleites predilectos de nuestro ayer. Escogida la calle para la presentación del espectáculo, se cavaba un hoyo con capacidad suficiente para enterrar vivo al animal, centro de interés de la fiesta, que inocente barreaba sin cesar anunciando la lobreguez de su destino. Sepultado vivo su cuerpo, dejando afuera solo la cabeza para ser vista por todos y amordazándole, para que sus lamentos no sirvieran de orientación a sus perseguidores, comenzaba el juego.

Vendados los ojos de los individuos que deberían localizar al chivo, se les entregaba un fuerte palo, haciéndoles girar en forma de espiral, a fin de extraviarlos respecto de la dirección perseguida para realizar su hazaña.

La persona escogida, marcando pasos y tomando medidas, muchas veces erradas, contaba: a la una, a las dos, y a las . . . tres!, soltando un fuerte garrotazo a lo que suponía era la cabeza del chivo, muchas veces, a varios metros de distancia del objetivo y en opuesta dirección.

—Falló!, falló!—decía la concurrencia a mandíbula batiente.

Así se iban sucediendo uno tras otro, todos los que desearan correr esta aventura, entre la alegría que produce este tipo de evento, hasta que alguien tenía el acertijo de asegurar la cabeza del prisionero, dándole el palo mortal. Este era aclamado por todos, se

le entregaba el cuerpo inmóvil del animal como trofeo, quien lo recibía con aires de triunfador y esa noche se comía sancocho de “chivo enterrao”, porque el sancocho era parte de la fiesta.

EL PALO “ENSEBAO”. No era menos divertido. Consistía en fijar verticalmente en tierra un grueso poste de madera, de cinco a seis metros de altura, cuya superficie lateral cilíndrica, había sido bien pulida de antemano, hasta dejarla completamente lisa y se cubría con una capa de sebo a fin de hacerla lo mas resbaladiza posible. En la cúspide del poste, se había fijado el premio que podría ser en efectivo o en prendas diversas de reconocido valor. Los concursantes deberían ascender por el poste, hasta alcanzar los fines perseguidos.

Se iniciaba el juego en medio de la expectación de los presentes por el momento en que alguien intentara desafiar la gruesa cubierta de sebo que defendía fielmente el premio que se le había confiado. Cumplido ya los pasos de orden, el individuo señalado que era elegido al azar, iba a su prueba lleno de fe en sí mismo. Abarca el poste trenzando sus dos brazos, tratando de aislar disimuladamente aquella inoportuna pasta que le oponía resistencia, fijaba los pies a la base del poste y . . . ¡allá voy!, pero . . . ascender. . . casi imposible, pero fácil. . . descender.

¡Cómo se divertía la gente al verlos fracasar!

Muchas veces en que algunos tenían la victoria casi conquistada, al momento de llegar a la meta, las fuerzas o habilidades los traicionaban y de pronto, con la velocidad de un salto de agua, ¡hacia abajo vertiginosamente!, para diversión de todos los observadores.

Esta prueba se iba repitiendo, hasta que alguien, cuya astucia se lo permitiera, alcanzara el galardón, o el tiempo, factor decisivo en todas las cosas, ponía punto final a la diversión.

Otras Diversiones. Los Paseos

Con el nombre de paseos se designaban las giras o excursiones, que era habitual celebrar en Neyba, tanto dentro de los festejos

patronales, como en domingos de tiempos ordinarios. Puntos muy halagadores para estas excursiones, se habían hecho ya acreedores a las visitas frecuentes de la juventud.

La mayoría de las veces, los excursionistas iban a pie, muy raras veces a caballo o en burros, nunca en vehículos de motor, por la inexistencia de los mismos. Entre los sitios mas acogedores, se cuenta El Manguito, cuyo río de aguas cantarinas, dejaba oír un cadencioso burbujeo entre el blancor de las piedras, invitando a convivir. En sus riberas, pobladas de frondosos árboles, se ofrecía una sombra, que cubriendo un pintoresco tapiz de hojas secas y amarillentas incitaba el placer, a la paz, al amor.

Aunque todos fueran a pie siempre se llevaba un burro y a veces hasta dos, para llevar los utensilios de cocina, los chivos, los víveres, las bebidas y todo lo indispensable para pasar un día encantador. Entre momentos de amena camaradería, tropezando con una y otra peña, saltando unos sobre el burro cargador, mientras otros le tiraban del rabo, los más osados empujaban a los montados hasta hacerlos caer en pleno guazabara! y así, entre chistes y canciones, se acortaba el trayecto sin sentirlo. Podemos observar que El Manguito, es una sección próxima a las lomas de Panzo y se encuentra a varios pies sobre el nivel del valle de Neyba, por lo cual la trayectoria se hacía ascendiendo, aunque esto no produjera gran fatiga. Al llegar a las proximidades del río, había que descender por una estrecha vereda para llegar a sus márgenes, ya que sus aguas se deslizaban por un lecho de nivel muy inferior a sus riberas y demás terrenos aledaños.

El deseo de tocar primero las aguas del río, provocaba empujones en este angosto sendero, hasta tal punto, que obedeciendo las leyes de la inercia, era fácil precipitarse velozmente por esta pendiente, que muy lejos de ser óbice para los divertidos caminantes, era estímulo para solazarse al verla vencida. Una vez allí, se oía la voz de mando que decía: ¡A buscar leña! ¡Agua y leña para cocinar!— gritaba la encargada de estas funciones.

A pocos minutos un montón de leña bien seca aguardaba por el fuego y no faltaba nunca alguno que en su afán de recoger leña,

llegara con los labios bien crecidos y los ojos semicerrados. ¿Qué habría sucedido? . . . Las avispas lo habían besado. ¡Cómo se divertían los demás a costa suya! . . .

Era admirable que algunas muchachas, después de ascender bastante por las laderas, en su colecta de leña, resbalaran abrazadas al objeto de su trabajo, descendiendo con tal fuerza, que a su paso arrancaban piedras que las seguían como fieles compañeras hasta llegar al centro del río. ¡Qué placer verlas mojadas con zapatos y otras prendas de vestir!

Al recordar el río El Manguito, invade nuestra imaginación con el colorido de sueños de hadas, la representación de los Caños de Alberto. ¿Qué eran los Caños de Alberto?

Pues bien, el desnivel del terreno ya citado, hacía imposible que las aguas del río proporcionaran riego a una gran porción de tierras fértiles y baldías que se extendían a uno y otro lado del camino que entonces unía al pueblo con esta zona rural. Don Alberto Perdomo, activo miembro de la sociedad en que se desenvolvía y hombre de gran prestancia en su pueblo natal, Neyba, tuvo la genial idea de encauzar un ramal del río El Manguito, desviándolo de su cauce natural, para luego volver a su encuentro cruzándolo de una margen a otra por medio de una fuerte cañería de madera montada sobre gruesos pivotes y puntales también de madera y a una altura conveniente que pudiera empalmar con una regola, cuyo nivel permitiera el fácil deslizamiento de las aguas logrando así mojar las tierras carentes de este indispensable elemento para todo género de vida. Este trabajo de “ingeniería rudimentaria”, bautizado con el nombre de “los Caños de Alberto”, fué ejecutado por carpinteros de Neyba, que a fuerza de tesón vencieron las dificultades.

Las aguas fueron bien dirigidas y las tierras recibieron el estímulo para abrir su seno a la semilla, que pródiga brotó por el esfuerzo de estos hombres de trabajo. Durante muchos años, Tabardillo tuvo abundante producción de frutos.

Pero como es natural, esta obra, que fué hecha a “raja tablas”, sin orientación científica y sin las herramientas y materiales apropiados para darle la consistencia que era necesaria, fué perdiendo potencia inducida por el factor tiempo, hasta caer en el deterioro que la condujo irremediabilmente al desuso.

¡Cuánto se divertía la gente, correteando con placer a pie descalzo por dentro de los Caños de Alberto!

En las excursiones, o paseos como se llamaban entonces, el que no tenía valor para cruzar el río por dentro de los caños, era motivo de burla y se le llamaba cobarde, rompe grupo, agua fiesta etc., porque todos, hombres y mujeres, deberían someter a prueba, su valor, mediante la encrucijada de atravesar los Caños de Alberto, aunque en realidad, tal aventura solo se le puede ocurrir a la juventud en actitud de diversión.

Otro punto maravilloso para pasar el día, disfrutando de las delicias del campo, era el reconocido Primer Paso del río de Panzo, o sea el lugar donde por primera vez se cruzaba el río para llegara a las lomas del mismo nombre.

Tomados los acuerdos para el día de esparcimiento campestre, se hacían los preparativos indispensables y aunque extasiados en la contemplación de un bello amanecer, con la misma rapidez con que se despliegan los rayos solares para ofrecer la luz que nos señala la hermosa policromía de la naturaleza y el calor que fortifica y agiliza toda actividad, se veía corretear aquel grupo de vigorosos jóvenes, que aunque el medio no les ofreciera seguridad de subsistencia, se levantaban por el efecto impelente de la fuerza motriz de su vitalidad.

Dirigíanse al punto de partida y desde allí, todos formando un haz de comprensión y sinceridad, iniciaban la travesía por la senda que los conduciría al encuentro con la naturaleza en su belleza plena, sobre el agua que acaricia y bajo el sol que vivifica.

Una vez en marcha, se oía el repiquetear de alguna carcajada, inspirada por las ocurrencias propias de esos momentos o por algún cuento lanzado al aire, para aliviar el rigor de la jornada. Un sol abrasador, un camino estrecho, sinuoso, diríamos una vereda, con piedras a granel y cactus a uno y otro lados, una vegetación estéril en general por la escasez de agua, era el panorama que contemplaba aquel consorcio que no veía obstáculo para la realización de sus habituales esparcimientos. De pronto, una voz varonil avisa: ¡La Punta del Cerro! Ya no importaban la fatiga, las piedras, el sol, ni los cactus, todos, como acelerados por una corriente eléctrica, soltaban

a correr hasta llegar a la falda del cerro, donde comenzaban a ascender con duros trabajos y sin ninguna preocupación adicional a la de llegar a la cima. Alcanzada ésta, el placer se dibujaba en cada rostro, al contemplar cual bandada de blanquísimas palomas, los diminutos puntos blancos que identificaban el caserío de Neyba. Satisfecha la curiosidad de localizar desde aquella altura, el punto mismo en que se ubicaba el pueblo, todos bajaban ordenadamente, retornando al camino para continuar la marcha hasta llegar a la orilla del río donde ya había cambiado la foresta, tornando la brisa en cariñosa amiga y ofreciendo a los ojos cansados y sudorosos la impresión de una hermosa cascada, cuya rumorosa caída, parecía sonreír diciendo: ¡Muy buenos días!

Arboles corpulentos de copiosas frondas poblando las cercanías, eran atractivos en forma tal, que resultaba difícil elegir el que ofreciera mejores condiciones.

—Aquí!—decían unos. Allí!—decían otros. Allí, es mejor,—decía otra voz emocionada. Hasta que. . . A barrer! A preparar con dinamismo de enjambre el sitio que haría de teatro, donde se disfrutaría de todas las actividades vitales en este tipo de cosas, sobresaliendo entre ellas, tomar el baño en el río y bailar descalzos en sus riberas.

Así pues, de inmediato:

¡Al río! ¡al río! ¡al baño!, pero. . . un momento. . . . las hembras buscaban un recodo del río bien escondido entre los árboles y arbustos y se bañaban con refajos y con enaguas, mientras que los varones se alejaban para bañarse desnudos, ya que a penas si se conocían los trajes de baño. De todos modos había que evitar a toda costa, que en las horas del baño, chocaran las miradas de los unos, con las miradas de las otras. Aquí recordamos las expresiones de mamá Gasó, como cariñosamente le llamábamos: “Vengan acáááá. . . . mu-chachi-tas. . . casquitos a la jineta*, eso no es asííí. . . . se van a bañar, pero. . . . las hembras pa’ aquí y los machos pa’ allí”

El baile, bajo la sombra protectora de los árboles escogidos, nunca faltaba en estas giras memorables. Pero, ¿con qué música? De acuerdo a la época: Podría ser balsié, con acordeón, güira y

pandero, guitarra o “sinfonía de boca”* y hasta tocando una lata unos, tarareando otros, se disfrutaba del baile, pues cuando se desea una cosa, todo es color de rosa, sobre todo, el que se siente agitado por una recia fogocidad juvenil.

Las Navidades

Génesis del cristianismo, manifiesto en la síncopa que sufre la palabra que señala la conmemoración del feliz advenimiento del Mensajero de la Buena Nueva, es esta un acontecimiento que universalmente ha perdido su matiz religioso, pues fuera del débil paréntesis de “La Misa del Gallo”, todo es actividad recreativa: tragos, comilona, dulces, fuegos artificiales, risas, música, bailes, toda clase de animación diversionista, derroche desenfrenado, con degeneración muchas veces de tragedia y una ausencia notoria de recogimiento y oración.

Neyba, como parte de esa universalidad, ha sufrido también las transformaciones exigidas por la evolución del tiempo, pero mantuvo, hasta hace pocas décadas, algunas tradiciones propias de esta temporada, que comienza el 24 de diciembre de cada año, víspera de la conmemoración de la Natividad del Señor, (acontecimiento que, fuera de la fe no ha logrado comprender la mente humana, ya que escapa a los principios lógicos de la razón), y termina el día 6 de Enero del siguiente año, Día de la Epifanía o Adoración de los Santos Reyes.

Después de las actividades rutinarias del 24 de diciembre, se iniciaba una serie de juegos conocidos con el nombre de “Papelitos de Buena suerte”. El día 25 del mismo mes, primer día de Pascuas, se reunían los muchachos y las muchachas del pueblo, a jugar la Buena Suerte.

*Casquito a la jineta. Persona de poco razonamiento.

*Sinfonía de boca. Armónica.

Siquinoqui Engaño.

Escritos en trocitos de papel los nombres de los participantes en el juego, separándolos por sexos, se sacaban en parejas, estos eran los “compadres”. ¡Cuánta risa y aplausos cuando salían dos novios! ¡Cuántas carcajadas cuando salían dos enemigos!, o sea dos disgustados! Pero el juego había que respetarlo aceptando la pareja que tocó en suerte. Los “compadres”, tenían que hacer un regalo a su “comadre”, la “comadre”, tenía que enviar un “pronte” a su compadre. El regalo del compadre podía ser: bebidas, cosméticos, joyas o cualquier efecto que estuviera al alcance de su bolsillo o de su deseo. ¿Y el “pronte”? Pues bien, consistía en que la comadre enviara a su compadre, una bandeja con distintas clases de dulces y panecillos especiales y no faltaba una rosca u hogaza, adornada con diversas figuras hechas de la misma masa de harina.

Durante la temporada, los compadres copiaban de campesinos de los lugares más remotos, algunas frases propias de su lenguaje para saludarse, dando así más sabor y animación al juego, al intercambiar en las reuniones estos saludos en la forma siguiente:

—Buenoj día', mi su mercé.

—Muy bueno' se lo dé Dio' a uté.

—Y el “pión” que yo tengo allá?

—Esperando que “uté” lo ponga pà acá.

Y así dentro de la mas franca amistad, se pasaban momentos felices.

Estos saludos eran usados por algunos, con tanta naturalidad y tal gracejo, que quitándose el hombre el sombrero e inclinándose la mujer para dar el brazo al compadre, le decía al mismo tiempo:

—Tóquese mi compadre.

El compadre poniéndose el sombrero contestaba reverentemente:

—“Uté lo mandó, mi sumercé”.

Estos entretenidos diálogos, daban amenidad a las fiestas navideñas y hacían olvidar los pesares, dando renovación a los deseos de vivir.

Transcurría el treinta y uno de diciembre, casi al igual que en nuestros días, pero... al llegar las doce de la noche, todo era distinto, entonces, cualquier hogar dominicano poseía, no una, sino varias

armas de fuego y al dar la primera campanada para el repique con que se acostumbraba a anunciar la llegada del nuevo Año, todos los hombres, jóvenes y ancianos y hasta algunas mujeres entre ellas, Silvana Acosta, Catalina Vásquez, Emiliana Suberví y otras, salían a la calle y... fuego ¡fuego!, se armaba aquel tiroteo por las cuatro esquinas del pueblo, que a no ser porque se trataba de asuntos tradicionales, cualquiera diría que se iniciaba una revolución armada.

Fuego, olor a pólvora quemada, apretones de manos, vítores al caudillo favorito, felicitaciones y expresiones de buenos deseos, eran complementadas con el clerén y el caramanché.

Frenada un poco la emoción del momento, se volvía a las comidas y bebidas, hasta rayar el día y en fiesta corrida se procedía a la segunda ronda de los “Papelitos de Buena Suerte”, en igual forma que para seleccionar los compadres, pero en este caso, los hombres eran los padrinos y las mujeres eran las ahijadas. Cada padrino preparaba una bella cucarda de cinta y en el centro colocaba el aguinaldo de su ahijada, que consistía en una moneda, que de acuerdo a la posición económica del padrino, podía ser una media onza de oro, un doblón, o cualquier moneda de plata. En aquellos tiempos, las familias más pudientes atesoraban monedas de oro de distintas denominaciones y solían sacarlas para sobresalir en determinadas ocasiones. Se usaron también para estos fines, los llamados “Realitos 97”, que eran muy apreciados, porque la acuñación de monedas del 1897, fue considerada de superior calidad por el valor intrínseco de plata pura que tenía.

Repitiendo el juego el Día 6 de Enero, Día de los Santos Reyes, pasaban las hembras a ser madrinas y los varones a ser ahijados. Al igual que las ahijadas, los ahijados, al encontrarse en algún sitio con las madrinas o padrinos según el caso, caían graciosamente de rodillas para “besarles la mano”, esto es, para pedirles la bendición de Dios. Algunos lo hacían escuetamente para cumplir con el juego, pues no todos tenemos suficiente disposición para conquistar la atención y agradar a los demás, pero otros, un poco más halagüeños, solían decir:

—La bendición, mi madrina y deme la “mojadura”.

a lo cual algunas respondían:

—Dios te bendiga, mi ahijado y te libre de lo mío.

Estas expresiones servían para mantener vivo el espíritu festivo.

Cada una de estas rondas del juego de “Papelitos de Buena Suerte”, terminaba con un baile para las parejas, pero al que asistía toda la juventud en pleno. Sólo estaba establecido, que las parejas correspondientes, organizaran el baile y bailaran la primera pieza, quedando después todos en libertad de divertirse, o sea que después de llenar el requisito impuesto por el juego, cada quien...buscaba a quien...

Fiestas de Cruz y Noches de Vela

La Iglesia Católica consagra el día tres de mayo de cada año a celebrar la fiesta de la Santísima Cruz. A partir de esa fecha, se celebraba una serie de reuniones religiosas que recibían el nombre de Fiestas de Cruz. Para estas celebraciones, se construían en las calles, círculos formados por hojas de palmeras, con un diámetro aproximado al ancho de la calle. En su centro se levantaba un altar, fijando sobre él, una cruz de madera, que de antemano había sido adornada con pliegues de papel de distintos colores y cuidadosamente rizados. Imágenes y estampas de santos, flores silvestres recogidas en los montes vecinos, velas encendidas y un vaso con agua bendita, cuya transparencia dejaba al descubierto el verdor de una rama de alguna planta aromática, que podría ser albahaca o yerbabuena, formaban el conjunto necesario para la presentación de la cruz en el altar.

Quemando un poco de incienso y tomando la rama del vaso en función de hisopo, se impartía la bendición a todos los presentes, mediante la menuda lluvia artificial esparcida en todas direcciones. Así quedaba iniciada la solemne ceremonia. Fundamental era el rezo del Tercio*, procediendo de inmediato a cantar la Salve a la

*Tercio es la tercera parte del Santo Rosario, o sea el conjunto de cincuenta Avemarías, que es lo que ordinariamente se reza

Santísima Virgen. Para poder ajustar la salve a los distintos aires y estribillos usados, había que adulterar su literatura original, ya por adición o por supresión de sonidos.

Una persona entendida en el asunto, comenzaba a cantar la salve haciendo un solo, a esto se le llamaba, “llevar la salve” y todos los presentes que lo desearan, formaban un coro cantando el estribillo.

Pongamos ejemplos:

1.- Sólo —“Dicen Dios te salve”, oh! “de reina y madre”, “de misericordia” a tí, te la ofrecemos. Oh ¡Cruz¡...

Coro: —Sí, sí, a tí te la ofrecemos. Oh ¡Cruz!

Y así seguía la salve adulterada hasta llegar al final.

2.- Sólo: —“Dicen Dios, dicen Dios, dicen Dios te salve, Señora eh ¡“

Coro: Santí- santíí, santísima Cruz de Mayo, Señora eh!

Como en el ejemplo anterior, la salve sigue adulterada y repitiendo el estribillo hasta terminar.

Una serie de banderines de surtidos colores eran repartidos entre los asistentes, que recibían el nombre de abanderados y por ello tenían la obligación de organizar la próxima Fiesta de Cruz, ya que estas se sucedían durante todo el mes de Mayo en las fechas señaladas por los organizadores. Un simulacro de bautismo de la cruz, era punto central de la celebración y para esto era indispensable la designación de padrinos y madrinan, que ofrecían su apoyo económico para cubrir los gastos de café, cigarros, (túbanos), cigarrillos, ron y el famoso caramanché que era una especie de

coctel en la actualidad. Estos productos se utilizaban para agasajar a los asistentes, dando a la reunión un aspecto recreativo, aunque ostentara la divisa de la Santa Cruz. Estos artículos, para este tiempo, eran excesivamente baratos, pues los túbanos y cigarrillos, eran fabricados en Neyba, ya que no había impuestos para estas pequeñas industrias caseras, ni para ningún comercio interno, pues para la última década del siglo XIX, en la República Dominicana, solo se cobraban los impuestos aduaneros.

Noche de Vela

Notoria similitud es la que existe entre la celebración de la Fiesta de Cruz y la Noche de Vela, con excepción de que esta última, no es simbolizada por la cruz, no se designan padrinos y madrinas, ni abanderados, revistiendo una gran solemnidad religiosa, que imprime al acto su característica penitencial. Rendir homenaje a la Virgen María, y a los santos, era el objetivo de la Noche de Vela, muchas veces en agradecimiento por favores implorados y concedidos y otras veces como ofrenda de arrepentimiento en tiempos calamitosos comunes a la colectividad.

La principal actividad de estas congregaciones religiosas era la oración, que siempre giraba alrededor de la Salve, que era cantada, ya con estribillo, ya sin estribillo, para poder ajustarla según el caso.

Ej. de salve sin estribillo:

Sólo —“Dicen Dios, dicen Dios, dicen Dios te saa-aaal- ve”

Coro —“Oh! de re- Oh! de re, oh! de reina y maaaadre”

Y así se proseguía hasta terminar la salve, que según hemos explicado, sufría muchas figuras de dicción.

Ej. de salve con estribillo:

Sólo —“Dicen Dios te salve, oh! de reina y madre, de

misericordia, la Virgen de Altagracia”

Coro —Virgen de Altagracia, tú eres pura y bella, y en tu manto llevas un coro de estrellas.

Por su ritualidad la celebración terminaba al amanecer, hora en que todos se dirigían a la iglesia o a un calvario, formando una procesión portando imágenes de santos y velas encendidas. Al llegar al sitio de destino, se cantaba por última vez la salve que solía llevar este estribillo:

Nosotros nos vamos ya esto terminó, la Virgen le ayude y queden con Dios”.

Atabales

—Parece que Dios se ha “olvidau” de nosotros, pues la sequía que se siente, parece que llueve candela sobre los guazabarales, ya creo, que la cosechita de frijoles que yo creía que me “diba a dá la mano”, se perdió... se se perdió.. las maticas tienen dos días “jincá” de rodillas, como pidiendo misericordia y no han “podiu sacá” las hojitas, parece que se han “cerraui las cataratas del cielo”, no “cai, niuna gota diagua” “ni pa’ echale a un ciego en un ojo.

Así hablaba Julián al encontrarse con su amigo Loló en la puerta de su conuco.

—Es que al “arriesgau” le pasa eso —contesta Loló —Yo no quise “sembrá mayor cosa”, los muchachos “enterrán” unos granitos, que si se pierden, se “perdién”, sí, se “perdién”, porque desde que yo vi que Cachón Seco, se recogió como el “hoyo de una gallina después que pone”,, ví que esto, se estaba poniendo feo, sí, serio, porque compay Julián, usté’ sabe muy bien, que las gallinas no mean”, así es que si Dios no mete su mano, “el diablo mete su pie”.

—Jesús!, Loló!, no diga eso, que usté’ ej un hombre cristiano.

—Ja!, ja!, yo soy un hombre cristiano, por eso lo digo, porque vamoj a pagá’ jupto por pecadore’. ¿Se le olvidó a ujté’, que hay gente que anda con un tizón, pegando candela?

—No!, no! esaj cosa' no se olvidan, pero poniendo la cabeza en Dios, ej de la única manera que noj ejcapamo' deja.

—Bueno, bueno, Dios nos vea y el mundo crea.

Este diálogo entre atribulados vecinos por falta de agua, pone una vez más de manifiesto que en todos los tiempos, el hombre ha contado siempre con suficiente libertad de conciencia para buscar solución a sus crisis, cual que sea la causa de la naturaleza que las origine.

Así, en circunstancias como esta, se reunía la gente para implorar a Dios su perdón y su consuelo, mediante la celebración de un baile religioso, en homenaje al Ser Supremo en la persona del Espíritu Santo.

Estos rituales se conocían con el nombre de Atabales. Se supone que este nombre deriva del uso de los principales instrumentos musicales, usados y que eran conocidos con ese nombre. Su rústica confección era de la misma calidad del “balsié”, o sea que sólo bastaba tomar determinados troncos de ciertos árboles, secos y ahuecados, dejando en cada extremo una abertura llamada boca, de las cuales, una era cubierta con una piel de chivo seca y bien curtida, estirándola hasta producir el sonido deseado. Apretando con bejucos este redondel, se fijaba con sogas amarradas por medio de agujeros hechos en los bordes de la otra boca, asegurando así, la estabilidad de su tensión.

De estos atabales, debería haber dos por cada equipo, uno de mayor altura, pero que se accionaban de igual forma, por medio de palitos alisados para tales fines. Completaban el instrumental, flautas hechas de caña brava, que al compás de los tambores, los encargados de soplarlas, lograban emitir una especie de silbido, que el oído parecía interpretar así: upí, upí, up, up, up, upí, upíí... de aquí que a estos bailes, se les llamara también “jupí”. Se realizaban estos eventos en los patios de las casas casi siempre a prima noche, distinguiéndose entre las personas encargadas de organizarlos, Emiliana Suberví, Rudecinda Florián, Francisca Peña, etc.

Después de tener los instrumentos y las personas adiestradas

para su uso, lo más importante era tener un montón de troncos de guayacán, que es una madera que arde con gran facilidad, formar una fogata que iluminaría todo el recinto y que recibía el nombre de Luminaria del Espíritu Santo.

Estas penitencias se llevaban a cabo en toda la región, recibiendo en algunos lugares el nombre de “quijongos”.

La gente se reunía formando una circunferencia, en cuyo círculo se desarrollaba la ceremonia, siempre alrededor de la luminaria que lucía en el centro.

Agarrándose los cantos de las faldas, iban bailando las mujeres, dentro del círculo formado por los asistentes y detrás de ellas iban los hombres que hacían piruetas y mímicas, levantando un pie, agachándose a veces, llevando las manos detrás, o las manos sobre la cadera, etc. Algunos se ponían casi de rodillas, podían o no llevar en la mano un palo a manera de bastón, pero nunca tocaban a la mujer que iba delante. En estos espectáculos, nunca bailaba... Más de tres o cuatro parejas para que los ademanes tuvieran lucimiento. Se tocaba una sola pieza corrida, que tenía duración de acuerdo al número de músicos disponibles para turnarse, así como también del número de parejas dispuestas a reemplazar a las que bailaba, pues este era el ritualismo a que era sometida esta ofrenda.

Animaba la creencia, de que tan pronto como tenían efecto estas jornadas religiosas, los dones divinos se dejarían sentir derramando la lluvia sobre los cultivos por suprema voluntad del Espíritu Santo.

Día de San Juan

Algazara de grupos de personas con visible animación, en las esquinas de las calles del pueblo, era la señal de que algo se planificaba para el amanecer del día siguiente. Era la víspera del 24 de junio, día de San Juan. Tradicionalmente la gente tomaba un baño en agua corriente los días de este santo en las primeras horas de la mañana, objetivo que motivaba a los grupos que se reunían para fijar el punto de partida, la hora más conveniente y sobre todo para seleccionar el balneario, donde la aurora del nuevo día les sorprendería tomando el saludable baño de “agua bendita” y así hablaban entre amigos:

—Mira, Ramona, tu que siempre tienes “mucho material de lengua”, dime todo lo que quieras decirme esta noche, porque lo que soy yo... mañana, antes de darme la mano con San Juan, no abro esta tarraya*, ni loco.

—Luis, yo sé que tú te la das de bendito y de santico, buen hipócrita, el año pasado, cuando te fui a buscar, te oí... hechándole ¡dizque carajos! a la vieja, porque el café se “dilató” y después en el grupo.. hablando por señas, buen hipócrita, ¡tenía unas ganas de descubrirte!

—Ehhh!, eh...eh...emm...aa...Ram..Ra..mo..ni..ni..tay y y...¿tú me oíste? ¿y dónde tú “taba”? ¿eh?, pero.. ay!, no se lo digas a José y a Miguelito, porque me hacen “estinéáá... me hacen cogé’ un camino...

En la madrugada del día siguiente, despejada la mente de toda perturbación malsana, partían desde el punto de reunión, hasta el sitio convenido.

Muchos llevaban vasijas para llenarlas de agua, pero,... eso sí..., que tenía que ser sin hablar con nadie una sola palabra antes de llenarlas, pues de lo contrario el agua perdería su poder sanativo y ya no surtiría el efecto de curar el “mal de ojos” y alejar los demonios con solo rociar un poco de ella, pues existía la creencia de que todas las aguas corrientes estaban bendecidas el Día de San Juan. parece que la mente humana relaciona este día con el bautismo de Cristo en las aguas del Jordán.

..Dentro del regocijo —del baño, se oían voces que cantaban a coro los siguientes versos:

*“Si San Juan supiera
cuando era su su día
el cielo y la tierra
se le juntarían.
Si San Juan supiera
lo que canto yo
me llevara al cielo
para ver a Dios”.*

* Tarraya: Boca

Además de estas canciones populares, se usaban distintos juegos, como “Batir el Agua”, o “Sonar el Agua”, que consistía en cerrar el puño de la mano derecha y dar un fuerte golpe a la masa de agua, ayudando con la palma de la mano izquierda, para levantar hasta algunos pies de altura, una buena porción del líquido. Así se conseguía un sonido explosivo, que variaba con la cantidad de agua desalojada y la profundidad del balneario.

Esta operación se repetía sucesivas veces, percibiéndose el sonido a lo lejos y cuando varias personas “sonaban el agua” a un mismo tiempo, era curioso escuchar estos golpes, cuyos intervalos de compás uniforme, eran un acto mecánico establecido ya por la costumbre. Al oír aquel pon, quipón, quipompón, junpón, que producía el aire al desalojar el agua, era como una invitación a participar de las maravillas de la naturaleza.

Otro juego muy divertido era el conocido “Ju-Patá”, Consistía éste, en abrir las piernas dentro del balneario, que por supuesto debería tener alguna profundidad, de manera que estas formaran un ángulo agudo, luego, levantar en alto y hacia atrás un pie y formando un semicírculo hacia adelante, tratar de golpear al contrincante que le ofreciera posición más estratégica, ya que el juego se practicaba en grupos. El agredido a su vez, devolvía el embate en igual forma. En el desarrollo del juego, se oía siempre la expresión: “Jú, jú, jú- patá, jú-patá”, que se pronunciaba al tiempo de asestar el golpe con el pie. Este juego era propio de varones, aunque no excluyera totalmente a las hembras.

Terminado el baño, tanto los hombres como las mujeres corrían a caballo por las calles y caminos cercanos, formando nutridas cabalgatas que era emocionante contemplar. A esta diversión se le llamaba en nuestro lenguaje familiar “Correr San Juan”.

Los caballos podían ser ensillados, lo mejor enjaezados posible. Si eran para hombres, se usaban sillas de montar comunes, pero si eran para mujeres se les ponían sillas de montar especiales para mujeres, galpápagos. Con el transcurso del tiempo, el uso de estos ha desaparecido.

¡Cuándo iba una mujer de entonces, a ponerse un pantalón y a usar una silla de montar común!

Las mujeres montaban con faldas largas, con las dos piernas del mismo lado del caballo, pues el galápagó tenía una especie de curvatura, un poco más alta que los estribos, donde la mujer colocaba su pierna derecha, afirmándose con el pie izquierdo en el estribo más largo.

¡Cómo se divertían jinetes y amazonas! Y no sólo ellos, sino todo el que tuviera la oportunidad de ver aquella carrera, que era símbolo vivo de una perfecta salud física y mental.

A veces se formaba una especie de rally, saliendo del mismo sitio y al mismo tiempo. El caballo que se adelantara, ganaba la carrera, pero sin más premio que la satisfacción del triunfo y los aplausos de la multitud. Unas veces, ganaba el mejor caballo, otras, ganaba el mejor jinete.

Cansarse un caballo o no querer avanzar en plena carrera, era algo común. A veces, no valía látigo ni espuela, entonces era necesario sacarlos del juego con inmensa tristeza del cabalgante, que bajando de su lomo, bajaba también su cabeza entre las risas de los observadores.

Siempre en todos los casos y en todas las cosas, hay alguien, que aunque no pueda participar, quiere, y como quiera que sea, participa, porque lo que quiere es “ir y por eso va”. De aquí, que no faltaran algunos, que careciendo de sillas de montar, usaran aparejos en su lugar, aunque provocaran la risa de los demás, nunca el desprecio, ya que entonces, esas cosas se tomaban como salpiques de gracia en los acontecimientos populares. Por eso “corrían San Juan”.

A veces, los aparejos estaban tan maltrechos o destartalados, que los caballistas en su afanosa carrera sanjuanera, no advertían que iban perdiendo partes de los jaeces de su montura, hasta quedarse al pelo, pero aún así, seguían corriendo sin hacer la menor demostración de asombro, ni prestar ninguna atención a los calificativos que daba a su presentación, la aglomeración en cada esquina.

Después de terminar las carreras, la gente se reunía en grupos diversos, para comentar los sucesos ocurridos en la divertida corrida de San Juan.

Los Niños También Jugaban San Juan

Aunque en forma muy distinta a los adultos, los niños también celebraban las festividades de San Juan.

Producto de la estación del año, era aquel complejo policromo de maripositas, que cual florecillas aladas, congestionaban el ambiente, dándole una armonía encantadora, que sólo la madre Naturaleza puede ofrecer.

Impresionados los niños ante la profusión de tan bellos como inofensivos insectos, se daban a la tarea de capturarlos y para ello, tomaban ramas de árboles y en comparsas correteaban de calle en calle, azotándolas y cantando: “Mariposas de San Juan” !Unas vienen y otras van”.

Algunos, los más diestros, lograban atraparlas, entonces las presentaban como trofeos de sus esfuerzos. Otros, llorosos, por no poder alcanzar ninguna, corrían a refugiarse entre los pliegues de las faldas de sus madres.

Los triunfadores, queriendo ver volar a sus cautivas, pero a su antojo, las amarraban en sargas de tres o cuatro con hilos bien finos procurando evitar el peso, pero dejándoles libres las alas.

Así, las pobres maripositas, creyéndose en libertad, intentaban alzar el vuelo, pero volvían a caer a corto trecho para satisfacción de sus poseedores, que inmediatamente recuperaban a sus inocentes prisioneras.

Esta diversión infantil, no era propia del Día de San Juan, sino que se repetía diariamente durante la temporada, hasta que la población de las asediadas, se iba extinguiendo por el cambio de estación.

Día de San Andrés

Ningún fervor religioso, ninguna mística de fe y una amplia disposición para los placeres de los juegos tradicionales, formaban el auténtico cariz del día de este Santo.

La gente invadía las calles desde las primeras horas de la mañana, aprovisionada de diversos artículos: harina de trigo,

harina de maíz, harina de café, agua, almidón en polvo etc., sustancias que eran empleadas como parte fundamental de los juegos, cuando inesperadamente eran arrojadas sobre las personas, acompañadas de esta expresión: ¡San Andrés! ¡ San Andrés! Nadie tomaba en consideración el atuendo de los transeuntes, ni su edad, ni sexo, para todos había una lluvia de cosas, que irremediamente exigía el cambio de vestuario, pero todo esto era aceptado, nunca por ello surgieron discordias. Estas actividades se mantenían en todo el día y en todo el pueblo, hasta que en la noche se cerraba la fiesta con el Baile Blanco, donde todos lucirían este color en sus trajes, pero que solo recibirían con el grito de: ¡San Andrés!, perfumes y polvos de tocador.

Tradicional era entre nosotros el Baile Blanco de San Andrés, pero éste como todas las cosas sufrió las transformaciones del tiempo, cuando a partir de la década del 1940, la coronación de una reina centralizó el entusiasmo de la celebración. Desde aquí en adelante las reinas de blanco atavío se suceden cada año, ostentando en su cetro y su corona el título de Reina de San Andrés.

Generalmente se conoce el simbolismo blanco de San Andrés, circulando versiones distintas al respecto: se opina que obedece a la inmaculada vida del santo y a su inocencia al ser inmolado sobre una cruz de aspas o en X; se especula también, que corresponde a la época en que sucedió la crucifixión, ya que el 30 de noviembre está dentro de la temporada en que gran parte del viejo mundo se cubre con el blancor radiante de la nieve.

Cual que sea la razón de las versiones, lo innegable es que el color blanco es símbolo de paz y de pureza, prendas que adornan al santo mártil. de la cruz en

La Samana Santa

Conmemorar la Pasión y Muerte de nuestro Señor Jesucristo, ha sido siempre la finalidad de la Semana Santa, cuya celebración obedecía a un patrón universal.

Neyba, iniciaba su período de recogimiento desde el Miércoles de Ceniza con el comienzo de la cuaresma, período en que se

suspendía toda actividad bailable, entregándose las mayorías al retiro espiritual y la oración. Pero, como en todos los tiempos y en todas las cosas hay excepciones, cuando algunos alteraban el orden establecido, se hacían blanco de la detracción de la generalidad y era común escuchar esta expresión: ¡Jesús! ¡bailando en cuaresma!, porque esto era algo fuera de lo normal en nuestro medio.

Llegada la semana esperada, ya las restricciones eran extremas. Desde el Jueves Santo, era de rigor impedir toda clase de ruido y hasta los quehaceres domésticos había que realizarlos con exhaustiva discreción.

Una quietud de duelo reflejaba la iglesia; cubiertas las imágenes de santos con paños morados, se oficiaba la misa de orden. Al llegar el momento de la consagración, enmudecían las sonoras campanas y silenciaba el timbre agudo del habitual campanileo, para dar paso al ronco tableteo de una matraca, que señalaba la ocasión del descenso de un negro telón que cubría el altar dejándolo todo oscuro.

Resonaba a lo lejos el eco de la matraca, llevando la remembranza del acontecimiento a quienes por alguna razón no habían asistido a la iglesia, arrancando de éstos la conocida frase: ¡Ya encerraron!, significando con ello, que debería intensificarse más y más el santo silencio que embargaba la población.

Una solemne procesión dentro de la iglesia trasladaba la custodia con la Sagrada Eucaristía bajo un lujoso palio hasta el Monumento, donde permanecería el Jueves y Viernes Santos, para su adoración. Obligatoria era la vigilancia del Monumento por soldados que hacían guardia como centinelas con sendas carabinas al hombro, sustituyéndose este servicio cada dos horas, habilitando para ello a los civiles.

Resaltaba en la tarde del Jueves El Lavatorio, ceremonial que consistía en la presentación por el Sacerdote de doce jóvenes, lavando un pie a cada uno para simular a Cristo realizando esta operación con los apóstoles, como acto simbólico de su limpieza de pecados.

El Viernes Santo, se sucedía una serie de oficios en la Iglesia, donde sobresalían: El Paso de la Cruz, El Sermón de las Siete Palabras, El Descendimiento, etc.

En estos días era imprescindible la abstinencia de comer carne y el ayuno, pero no faltaba en la colación, la típica habichuela con dulce apodada !—” condolio”. Este era un paréntesis diversionista dentro de la seriedad de la Semana Santa. Todos los vecinos deberían intercambiar el sabroso “condolio”, como parte de la celebración.

Manteníase la vigilia desde el Jueves hasta el sábado a las diez de la mañana, cuando se daba el alegre repique de campanas, después de dos días en que habían sido sustituidas por el triste roncar de la matraca. Aquí se daba riendas sueltas a la alegría, el alborozo cundía por todas partes, música, bailes, corridas de caballos, peleas de gallos, comparsas de máscaras desgranadas recorrían las calles, todo este jubiloso movimiento acompañado de las exclamaciones: ¡Gloria! ¡Gloria! De aquí, el antiguo determinativo de Sábado de Gloria, con que se señalaba el hoy conocido Sábado Santo. El Domingo siguiente a las cinco de la mañana, se cantaba la misa de Resurrección.

Hoy las cosas son diferentes, la marcha evolucionista del tiempo, imprime cambios sustanciales en todos los seres que pueblan el mundo, muy especialmente en las costumbres y actividades desarrollistas de la especie humana, pues, aunque se trate de un hecho único, universalmente conocido y que mantiene vivo y firme el sentimiento de latría, la Semana Santa ha sufrido variantes en su celebración y los cristianos han ajustado sus costumbres a los nuevos tiempos y disposiciones.

Calvarios

Existieron en Neyba, lugares que infundían respeto y a veces hasta temor, la gente se reunía allí, para orar y pedir a Dios perdón en tiempos de calamidad pública. Estos eran los llamados “calvarios”.

Consistían en una o varias cruces de madera fijadas en la tierra, a cuyo alrededor se almacenaba una gran cantidad de piedras, que llegaban a alcanzar muchas veces, hasta la mitad de la altura de las cruces. Toda persona que pasara cerca de un calvario, debería

arrojar sobre él, una piedra. Si por casualidad la piedra arrojada encajaba en el montón, la persona sería perdonada de sus pecados, pero si por el contrario, la piedra resbalaba y caía afuera, esto era señal de que la persona era muy pecadora y debería implorar la misericordia de Dios.

A estos sitios, que se consideraban sagrados, se ofrecían las llamadas “promesas” (penitencias) y para cumplirlas, la gente se reunía en la Iglesia Católica o en la casa de la persona que cumpliría el ofrecimiento.

Desde el punto indicado, salía la romería hasta llegar al calvario que ya había sido elegido con anticipación. Este acto piadoso, tenía mucha similitud con el vía-cruis, con la diferencia de que se cantaba y rezaba en el trayecto, sin detenerse en estaciones, pues la marcha no se interrumpía hasta llegar al sitio de destino, donde se cumpliría la “promesa”, o se haría alguna petición al Ser Supremo a nombre de la comunidad.

De la semejanza en el desarrollo de estos actos religiosos, creemos se originó su nombre, ya que vía-cruis, significa calvario, aunque no se llamara así a la peregrinación que es en realidad lo que significa, sino al sitio donde se habían fijado las cruces y debería terminar la trayectoria.

Una vez en el sitio señalado, se encendían algunas velas, se rezaba el Tercio y se cantaba la Salve a la Santísima Virgen. Hasta hace pocos años, existieron calvarios dondequiera que la intersección de dos caminos formaba una cruz.

Dos calvarios se mantuvieron en pie casi hasta nuestros días: uno en las cercanías de la convergencia del camino de El Tanque con el Camino Real, que no eran más que prolongaciones de las calles Comercio y Canela respectivamente, que aunque orientadas de Este a Oeste, coincidentalmente se desviaban hacia el Sur, formando curvas hasta fusionarse formando una sola vía y recuperando su primitiva dirección Oeste-Este. Aquí, en la orilla Norte de la vía, se levantaba sobre un soberbio montón de piedras, una serie de cruces, entre las cuales sobresalía una, que como símbolo de sacrificio, daba la impresión de unos brazos abiertos cuando la paz envuelven, de unos brazos abiertos cuando el amor perdona.

El otro calvario, como divisa de recogimiento y misticismo, se ubicaba en el centro de la plaza del viejo cementerio.

Cuenta la tradición, que el calvario más famoso que existió en todos estos lugares, estaba a la entrada del paraje que hasta hoy conserva el nombre de Guayacanal, poco antes de llegar a la antigua sección de Barbacoas (hoy municipio de Jaragua), donde llegaban romerías de todas partes a cumplir “promesas”. Se asegura que en este lugar, en horas de la noche, siempre se veían velas encendidas, que aunque infundieran temores enfermizos, parecían en su místico flamear, trazar al caminante la ruta hacia la ignota mansión que nos intriga.

Manuela La Santa

Como caso excepcional de entrega a Dios y de consagración a su Divina Majestad, se presenta ante nosotros en la humilde sección de El Tanque, aproximadamente a un kilómetro de la zona urbana, una escética señora, que además de ser esposa ejemplar y madre cariñosa, así como también decidida colaboradora de la comunidad, dió a la fe cristiana lo mejor de su existencia.

Esta convicción influyó con tanta intensidad en la debilidad del carácter de sus hijos, que éstos tuvieron una formación muy extraña al medio ambiente que los circundaba. Se desarrollaron en ellos características extraordinarias, propias, únicamente, de ellos entre sí. Invitaban la atención de cuantos los conocieron, inspirando compasión unas veces, inspirando indignación otras tantas, pero sí, a todos, causaban la más completa confusión, pues se debe “amar a Dios sobre todas las cosas”, pero sin tratar de contravenir las leyes de la naturaleza humana, ya que proceden del mismo Ser Supremo y por tanto, son inexorables.

Los hijos, por influencia de la madre, nunca hablaron fuerte, su voz era siempre débil y apagada, abriendo la boca lo indispensable para la entrada y salida del aire. Con frecuencia se les veía cerrar los ojos, caminaban pausadamente y hasta tambaleantes. Al caminar, fijaban los ojos hacia adelante, pestañando apenas y sin permitirse el privilegio de mirar hacia los lados, llegando algunos, hasta a hacer mímicas involuntarias.

Sus faenas diarias, las realizaban con tanta timidez, que era dudoso si llegarían a alcanzar positivos resultados.

Tenía doña Manuela, la costumbre, de oír misa y comulgar todos los días en nuestro Templo Católico y así se le veía atravesar las calles, cubierta por un velo amarillento que denunciaba su antigüedad y que apenas si le dejaba ver su perfil de santa, ya que había adquirido una austeridad, que en mística simbiosis con la dulzura que reflejaba el rostro de los santos, la colocaba en sitio especial fuera de lo normal.

Un pequeño altar con flores naturales y blancas velas de cera de su propia fabricación,, se levantaba en su hogar y en el centro del mismo, lucía como un exponente de salud, la imagen de San Rafael que era su favorito.

Reunía los vecinos del lugar y rezaba todos los días al atardecer, dando al recinto la sublimidad pacificadora de un santuario. El día 24 de Octubre de cada ño, celebraba la fiesta de su santo predilecto y aunque hubiera misa en el pueblo, ese día ella hacía su acto de oración en el altar de su casa.

Muchas personas del pueblo de Neyba y de muchos otros lugares cercanos, se desplazaban a orar con Doña Manuela en honor a San Rafael.

Esta devoción adquirió tales proporciones, que mucha gente ofrecía a San Rafael, ir a visitarle a casa de Doña Manuela.

En consecuencia, esta actitud de vida, y esta obra piadosa, la hicieron reconocida en la comunidad, haciéndose acreedora al título de “Manuela La Santa”, por cual era señalada y que aún perdura en el recuerdo como digno homenaje de respeto a su memoria.

CAPÍTULO III

PÁRROCOS, DECADENCIA Y FLORECIMIENTO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Hay quienes aseguran, que Neyba tuvo sacerdotes desde inicios del siglo XIX, pero no hemos podido saber quienes fueron, pues al recoger los sucesos ocurridos en la Iglesia Católica a mediados de ese mismo siglo, no se identificaron los nombres de todos los ministros que actuaban, pues muchas veces los sucesos se narran tradicionalmente a través del tiempo, aunque los protagonistas, por omisiones tal vez involuntarias de las generaciones sucesivas, queden sepultados bajo la capa inerte de la lejanía en el tiempo.

Fijamos el período comprendido entre los años 1857 y 1932 aproximadamente, los más antiguos sacerdotes de que hayamos tenido informaciones.

Fernando Arturo de Meriño.

Señalan algunos historiadores, que Fernando Arturo de Meriño, recién ordenado de sacerdote, ocupó la Parroquia de Neyba y que además de su labor evangelizadora, hizo labor social y educativa mediante la fundación de una escuela, contando para ello con la colaboración de los habitantes del lugar. La historia conserva también el testimonio de sus funciones como Diputado ante la Asamblea Constituyente de Moca, en representación de Neyba, pero la tradición, hasta donde hayamos investigado, nada conserva

de su estadía en nuestro pueblo, que partiendo de la altura del personaje, debió dejar frutos halagadores. lástima que no podamos sacar a luz todos los secretos que eternamente guardará la antigüedad.

El Padre Mella

Envuelto en la aureola de la juventud, llegó a Neyba como Párroco, Vicente Mella, quien trabajó con amor, dedicación y desinterés. Su fervor religioso le ayudaba a mantener el entusiasmo de los fieles, mediante charlas y escenificaciones de hechos religiosos dentro del catolicismo.

La representación dramática de la Adoración de los Santos Reyes, fue algo que produjo sensación inolvidable en aquella población tan alejada del mundo de la civilización. Se desempeñaron como Reyes Magos, entrando a la Iglesia montados en burros, los jóvenes neyberos: Ismael, Enrique y Mario. Muchas personas mayores al ver realizar la ofrenda ante la imagen del Niño Jesús, lloraron transportándose espiritualmente a los hechos que registra la Sagrada Escritura.

Melchor Mejía. Sustituto del Padre Mella como ministro de Cristo, convivió cordialmente con los neyberos, como su predecesor, se preocupaban por la orientación cristiana de la feligresía y tenía a su cargo los bienes de la Iglesia.

Melchor Mejía, aunque muy consagrado a su sacerdocio, se ocupaba también en la crianza de animales y en labores agrícolas, muy especialmente en las lomas donde dejó muchos amigos.

Gregorio Miranda. algunos años después de retirarse Melchor Mejía, llegó como párroco. Gregorio Miranda, dominicano, natural de Santo Domingo de Guzmán. El Padre Miranda fue para los neyberos, como un árbol de benigna sombra, se unió a la juventud masculina y con ellos cantaba canciones populares y tocaba guitarra, pero siempre respetando su investidura sacerdotal. Orientaba a todos en los distintos aspectos de la vida, ya en lo social, ya en lo

político, era parte interesada en todo lo que significaba adelanto cultural.

Asiduo visitador de la Escuela Pública, a él correspondió presidir el Jurado Examinador del Primer Sexto Curso que se realizó en la Escuela de Neyba, porque además de sus cordiales relaciones con alumnos y profesores y su investidura de autoridad eclesiástica, era él, el único Bachiller de la región.

Regidor del Ayuntamiento en varias ocasiones, siempre estuvo presto al mejoramiento urbanístico del pueblo, aunque con escaso rendimiento por las múltiples dificultades que salían a su encuentro.

Urgencias personales le impulsaban a trasladarse a su ciudad natal, Santo Domingo, donde demoraba meses por los inconvenientes de transporte que aquejaban a aquellas lejanas regiones. En estas largas vacaciones, se dedicaba a viajar al exterior en ocasiones y en otras a compartir con sus familiares en la ciudad capital, ya que le era casi imposible acercarse a los suyos con la frecuencia que exigen estos vínculos.

Durante sus sentidas ausencias, se encargaban de la Iglesia, además del sacristán que entonces era José Altagracia Santana, un grupo de mujeres piadosas, entre las que pueden citarse: Emiliana Suberví, Jacinta Recio, Epifania Guiteaux, Bernabela González, Rita y Lala Medina y otras muchachas, quienes se reunían los sábados a las siete p.m., y rezaban “El Tercio”, manteniendo así viva la fe y la costumbre de visitar la casa del Señor, así como también ayudaba a mantener la fe, el toque de oración de que ya hemos hablado, pues las ausencias del Padre Miranda se prolongaban hasta seis meses como hemos señalado.

El regreso del sacerdote se avisaba al pueblo por un alegre repique de campanas, la gente inmediatamente se tiraba a la calle y se oía gritar con alborozo: Llegó el cura! Llegó el cura! y todos se congregaban en la Casa Parroquial, sita en la antigua calle Consistorial, (hoy calle Mella), esquina Canela, (hoy av. 27 de Febrero).

El nombre original de la calle Mella, se debió a que ahí estuvo ubicada la primera casa del Ayuntamiento.

Allí, una multitud heterogénea, hombres, mujeres, niños, jóvenes

y ancianos unidos por los mismos lazos del afecto, por la misma luz de la esperanza emitida por aquel faro, cuya ausencia mantenía en tinieblas a aquel conglomerado que pleno de sinceridad, iba a rendir homenaje al ministro de Dios, pues para todos tuvo una demostración de agrado, un sano y sabio consejo, una paternal sonrisa.

Halagaba a los niños repartiendo entre ellos cientos de juguetes: muñecas, trompos, bolas, muchas de las cosas que ayer eran extrañas por las dificultades de adquirirlas. Y así se complacía dando a cada niño un juguete sin distingos de ninguna clase, hasta ver agotada la cantidad que su esfuerzo le hacía disponible. Para los jóvenes y personas mayores llevaba rosarios, libros religiosos, medallas con estampas de santos y de la Santísima Virgen etc., hasta periódicos con noticias importantes, repartía el Padre Miranda a su regreso de la capital. Los niños guardaban para él, tanto cariño y respeto que muchas veces era tema central en sus conversaciones, aunque como en todas las cosas surgieran niños rebeldes que tomaran posturas opuestas, como señalamos en el siguiente caso:

—Ya vino el padre Miranda. —Dice una niña, llena de alegría.

—Sí, de seguro mañana habrá misa y no estará la vieja regañona de Mili, como una jefa, que se cree que la Iglesia es de ella. —Contesta la compañera.

—Y... ¿Qué te trajo a tí? —Pregunta la primera.

—A mí me trajo una muñeca lindísima y a mi hermanito, una cosa que suena, mi papá dice que es una flauta, pero... yo creía... que las flautas eran de tallo de lechoza y de caña brava.

—Sí, pero las flautas de la capital son de otras cosas, hay de muchos colores, son muy lindas y suenan ¡qué sé yo! ¡de otra manera!

Continuando el diálogo, insiste la primera:

—Pero..., habla que te habla y no me dices lo que te trajo a tí.

—A... a... am... a mí, yo no sé, porque yo también soy chiquita, yo no estoy contenta, lo que... lo que me trajo a mí,... fue un rosario de cuentas chiquiticas, como... como... si yo fuera una vieja como Milí, que es la que siempre está en la Iglesia reza que te reza, y no

deja ni que una pise duro ¡Yo no quiero ese rosario! que se lo dé a Milí! Esa vieja “peliona”.

—¿A Milí? ¡y que dices de Fana? que cuando comienzaaaa... muchachita, muchachita “tate quieta” se cree que una es un muñeco de palo.

De pronto llega otra niña interviniendo:

—Porque ustedes no han visto a Tita-chicha, cuando entra pisando en la punta de los pies y queriendo cerrar los ojos, pero cuando los abre, nos da “esa cortá de ojos”, que a cualquiera mata más pronto que una pulmonía en la loma, y eso no es ná’, se pega el “deo” en la boca, comienza con un Ssss...sssss como si estuviera parando un burro, porque no se atreve a abrir la boca, porque dizque ella es muy santa.

—Todo eso está bien, y viene por lo del rosario, yo quiero que tu sepas, Carmita, que el rosario no es una cosa obligatoriamente de viejas, mi abuela me lo dijo.

—Sí, es verdad, pero no me ha gustado ¡Por qué a tí te trajo una muñeca? Ya sé, cuando vuelva a confesarme, no le diré la verdad, para que no se crea él, que soy la más mala, pues él sabe que soy... no malcriada ni desobediente, pero... cuando me hacen algo que no me gusta... tiro piedras a todo el que se pone en medio, yo creo que como ya tengo doce años y vio que puse la cara fea cuando me dio el rosario, me llamó y me dijo: —Lo que te voy a dar ahora después del rosario, vale más que todos los juguetes que he repartido en esta tarde”.

—Pero, me tienes impaciente, acaba de decirme que fue esa otra cosa que vale tanto. ¿Qué es? ¿Qué es? ¿No me desesperes, quiero ver si a mí me toca algo, de eso tan bueno, ya que para algo somos tan buenas amigas.

—Pues bien, el regalo que quieres ver, no se ve, aunque lo tengo aquí, y como a mí no me hace falta, te lo doy si tú lo quieres, pues solo yo pude sacar ese regalo.

—Carmita! Por favor, me vuelves loca!

—¿Para qué sirve un consejo, que el viento se lo lleva? Muy bueno para tí, que llevas muñeca, flauta y de todo lo que se ve y llena de alegría a todos y lo que al cura le dé “la gana”.

—¿Crees tú, querida Carmita, que solo tiene valor lo que se ve y llama la atención de los demás? Pues no, lo que más vale en la vida es la fe en Dios y ni se ve ni se toca.

—Oh ¡qué vergüenza tengo! ¿Quieres oír ahora el consejo que me trajo el padre como regalo?

—Sí, sí, con mucho gusto, tal vez te arranque parte de él, si acaso a mí me corresponde.

—Bueno, pues me dijo que mi mejor regalo es un consejo a nombre de Dios para que no golpee a mi hermanito y respete a las personas mayores, que si acepto ese consejo y practico su contenido, Dios desde el cielo me enviará el premio que todos desearían conseguir.

—Carmita, ¿y tú?, ¿qué has pensado?

—Bueno... bueno... que... que aconseje también a los otros pa' que no se metan conmigo.

—Carmita!, Carmita! Acaso ya no crees en Dios?

—Sí, yo creo en Dios, pero no creo en el padre, porque a mí, no me dio ¡su maldita muñeca!

—Querida, nos veremos esta noche en el “Tercio”, lleva el rosario y rezaremos juntas, así verás que cuando se piensa en Dios y se oyen los consejos de sus ministros, pierden todo su valor las otras cosas.

Estos diálogos nos enseñan que en Neyba como en todas partes del mundo siempre ha habido niños rebeldes, que se atrevían a hablar con tan poco respeto, de quien fue en la comunidad un verdadero patriarca. Vivió entre los neyberos más de treinta años, tenía vocación e inclinación políticas, tal vez esto motivara su retiro definitivo, dejando en la soledad aquel sagrado recinto, donde a todos impartía su santa bendición.

Decadencia del Templo Católico

Aceleradas las continuas ausencias del Padre Miranda, extendida la duración de cada una de ellas cada vez más, surgieron asuntos personales que fueron factores decisivos que le impidieron regresar

a Neyba, dejando campo abierto a la mano del tiempo, para que, tomando como cómplice el descuido que produjo este abandono en la población, lamentablemente fueran deteriorando nuestro Templo Católico, que ya comenzaba a sentir el frío de la ausencia de su militancia por falta de dirección.

Sus paredes, de tablas de palma, comenzaron a soltar los clavos rodando por el suelo, como aquel “sudor copioso de sangre que dejara Jesucristo en el Huerto de los Olivos”; las puertas, torcidas, se inclinaban una tras otra, como se inclinara el Redentor bajo el pesado madero de la Cruz, implorando el auxilio de la concurrencia; las hojas de zinc desde el techo, batidas por la implacable furia del viento, en su constante plan, plan, planplanplán, cutuplán, daban sobre los corazones cristianos, produciendo el dolor que producían los azotes descargados sobre el sagrado cuerpo del “Divino Rabid de Galilea”, en el via-crusis de su pasión y muerte, hasta que, una ráfaga violenta, cual Longino improvisado, arrancaba algunas hojas, que volaban hiriendo los aires, dejando el hueco en aquel techo, simultando la herida del costado de Jesús, manando sangre y agua,; los pisos, todos de madera de pino, carcomidos y agujereados, imitaban las heridas de los pies y manos de Cristo, “clavados con duros clavos” en la cruz de su martirio.

Así contemplaba el pueblo la extinción de la casa de Dios, asociándola al martirio del sagrado cuerpo de su hijo. El valioso equipo de que disponía, no sabemos cual fue su destino, pero sí, sabemos que lo tenía y que ahora no lo tiene. El armonio, convertido en juguete de muchachos traviesos, que no sabían de religión, ni del respeto que merecen las cosas según su categoría, se fue destruyendo poco a poco y sus partes desaparecieron sin que nadie pudiera evitarlo. Pero los objetos de plata y de oro, no se deterioraron, no se destruyen con el tiempo, ni con la lluvia, ni con el aire, ni con el sol, pero nada de esto allí existe.

La seguridad de que ya el padre Miranda no regresaría, produjo un profundo malestar en la iglesia militante, que se fue desintegrando considerablemente.

Muchas fueron las solicitudes que el pueblo hizo a la Superioridad Eclesiástica en demanda de un sacerdote, hasta que después de mucho esperar se toman las medidas necesarias para dejar satisfechas las justas aspiraciones de un pueblo reconocido como esencialmente católico.

Designan Sacerdotes

Ardía siempre en la colectividad el fervoroso deseo de la recuperación de la parroquia, hasta que al fin enviaron como párroco, a un anciano de apellido Vicandy, enfermizo, maltratado, de aspecto débil y malhumorado, en él predominaba la indecisión, tal vez por su estado de salud y su senilidad, pero sea por lo que fuere, éste, nada hizo por la Iglesia. Su tiempo lo empleaba subiendo y bajando calles, con una vieja sotana, raída y de aspecto desagradable. Para colmo, este pobre misionero, nunca rezó, ni evangelizó, ni orientó a nadie en ningún sentido, ni siquiera se preocupó por el ruinoso estado del templo, por lo que se nos ocurre pensar, que este sería un misionero de penurias y calamidades. En su ir y venir por todas partes del pueblo, sin saber hacia donde iba ni que buscaba, provocaba el desorden de los muchachos que jugaban en las esquinas, porque siempre llevaba llenos de pan los bolsillos de la sotana, estimulando el apetito de un perrito que siempre le acompañaba, saltándole violentamente encima para apoderarse del manjar, provocando la risa y algazara de los chicos, que inocentes, no pensaban que este señor era digno de respeto, de ayuda y de compasión.

Enfermo de gravedad fue reintegrado a Santo Domingo de Guzmán, pero Neyba, que es un pueblo de ancestral rebeldía, dijo a una sola voz: ¡Al fin se lo llevaron! ¡Para poca salud, ninguna!

Transcurridos algunos meses, surgen de nuevo las reuniones de autoridades y pueblo, a fin de gestionar el que se llegara a resarcir la destruída parroquia, teniendo como resultado que se enviara al “famoso” Padre Antonio, que al llegar expresó sin ningún preámbulo: ¿Qué tanto afán de cura, si no tienen iglesia? Y si visitó el viejo templo dos veces, no creo que llegaran a tres. Todas las tardes se

sentaba a la puerta de la casa donde vivía, que no era Casa Parroquial, sino una casa donde él vivía. Esta casa se ubicaba en el solar que hoy ocupa el edificio de la Gobernación Provincial.

Pasados dos o tres meses, el Padre Antonio declaró que se iría porque en Neyba no había iglesia y se marchó hacia Santo Domingo de Guzmán. Algunos días más tarde salía de viaje hacia España, no sabemos si a Santo Domingo volvió, pero aseguramos que a Neyba nó.

Sigue la parroquia en abandono, sin orientación, siguen las exposiciones al respecto ante las Autoridades Superiores, se señalan los fracasos de los últimos sacerdotes, agilizándose cada vez más las diligencias para que se solucionara el problema. al fin tomando como punto de partida en la solicitud, el lema de los fundadores de la República, cuyo inicio señala a Dios como sostén de la nacionalidad dominicana, se logró que las Autoridades Eclesiásticas, dispusieran el envío de un Misionero Franciscano, que formaba parte de un grupo de esa orden procedentes de España y que acababan de arribar al país.

Un marcado contraste existía entre la acentuada decadencia material del Templo Católico y el entusiasmo cristiano que del todo no había decaído cuando cunde la noticia de la llegada de un nuevo sacerdote. El pueblo vibra de alegría y el cielo entonces gris de la feligresía neybera, recupera el azul antes perdido, al surgir en él una estrella rutilante:

Fray Joaquín María de Andujar

Todos le aclaman como “tabla de salvación” y se congregan frente al viejo Templo, para ofrecerle la más calurosa bienvenida.

Pero, ¡Cuál sería la sorpresa de aquel joven sacerdote recién llegado de España!

Fue notoria e indescriptible la angustia reflejada en la lozanía de su rostro, que mostraba, con no pocos esfuerzos, una leve sonrisa, que más bien reproducía una mueca de espanto. Tales eran las condiciones físicas del Templo, donde debería él ofrecer los sagrados sacrificios. Hubo intercambios de saludos en el frente de

la Iglesia, donde las autoridades seguidas por el pueblo le presentaron sus respetos, de pie sobre la blanca y amplia alfombra de piedras que formaban la gran acera a la entrada de aquellas ruinas sagradas. Una vez dentro de la casa del Señor, se encontró con aquel increíble desastre, donde además de su deplorable estado material, se percibía el desagradable olor a excrementos de animales que allí pernoctaban con toda libertad.

No sabemos si por órdenes superiores, o por su propia iniciativa y determinación, éste trasladó inmediatamente el poco equipo que quedaba a una casa que aún existe en la calle Mella, esquina Cambronal, donde improvisó un pequeño templo, de acogedora humildad en su aspecto, humildad que sirvió de escala de entusiasmo, para elevarse en alas del respeto y de la fe, dejando el pensamiento libre hacia el mundo de la Divinidad.

Allí se ofrecieron los cultos religiosos, mientras se hacían las reparaciones del viejo Templo Católico, que él había exigido sin pérdida de tiempo a las autoridades locales. Terminados los trabajos indispensables para adecentar un poco la casa de Dios, desinfectado todo el recinto y acondicionando todo, lo mejor posible, dentro de las condiciones del medio, se dispuso el retorno a su lugar de origen, tomando el ritmo ordenado de los tiempos anteriores.

El dinamismo y dedicación de este padre espiritual, fueron estímulo que precipitó el nuevo florecimiento de las actividades católicas.

Se fundó la primera asociación católica en Neyba, con el nombre de "Hijas de las Mercedes". Esta asociación desplegó una campaña evangelizadora por los barrios y secciones aledañas, luchó activamente por el mejoramiento físico del Templo y constituyó el primer coro organizado que cantó en la Iglesia de Neyba y que era acompañado por un lego de nombre Antonio que tocaba un pequeño órgano. Todo creado, organizado y dirigido por Fray Joaquín María de Andújar.

Después de una labor fecunda, este misionero de Jesucristo, fue sustituido por el Capellán del Ejército Nacional, Carlos Tomás Bobadilla Urraca, quien siguió la línea de progreso cristiano que

había trazado Fray Joaquín María de Andújar. Pero, obedeciendo a las reglas disciplinarias de la institución a la cual pertenecía, muy a pesar suyo, fue trasladado, dejando huérfana nuevamente a nuestra parroquia.

Abandonada queda la feligresía ya que no abundaban mucho los sacerdotes en aquellos tiempos y hubo alguna demora para llenar el hueco, que tanto lamentó la población neybera.

En tal desesperación mientras un gobernante visitaba Neyba, una joven, se acercó a él y le dijo:

—Jefe, Neyba no tiene cura.

A lo cual éste contestó: —¿cómo? ¿No tiene cura? Y... ¿De qué padece? La joven, muy sorprendida, le dice con énfasis: ¡Qué no tiene cura! Entonces, el “Jefe” sonríe y le dice nuevamente: —Si no tiene cura, ¿por qué te apuras? ¿No tiene ya la muerte segura?

La joven muy avergonzada se retira, pero una compañera, presumiendo en lista, interviene en voz alta: —¡No tenemos sacerdote para la Iglesia Católica!

El gobernante ríe a mandíbula batiente dejando ver el último molar y mirándola, le dice en tono jocoso: —Les enviaremos uno de cera... Algún tiempo después, se dispuso que nuestra parroquia fuera auxiliada por el Párroco de Barahona, dada la carencia de sacerdotes que se venía sintiendo en el país. Esta medida sí, que trajo “un crujir de dientes”, pues el neybero, orgulloso de su pasado, no se resignaba a que fuera a auxiliarse un sacerdote de Barahona, por el solo hecho, de que la Parroquia de Neyba, es mas antigua que la Parroquia de Barahona. El párroco de Barahona, Fray Bernardino María de Conil, comenzó a visitar de tiempo en tiempo nuestra Parroquia, sin ningún resultado positivo.

Un nuevo compás de espera se abre en nuestro mundo religioso, y dentro de éste, algo muy curioso y digno de mención, ocurrió en el santo lugar abandonado. Una invasión de insectos desconocidos en la región, un poco más pequeños que las abejas y de color pardo oscuro, tapizó las corroidas paredes del viejo templo en su interior y podía observarse en esta admirable asociación de seres extraños, radicados allí de la noche a la mañana, algo muy extraordinario: “Los abejoncitos”, que así llamó la gente a este raro coleóptero, se

posesionaron en forma tal, que podría alguien engañarse y decir que eran artificiales cuando estaban en completo reposo, pues parecían una sola pieza inmóvil fijada en las paredes, pero, cuando comenzaba aquel vertiginoso movimiento circular sincronizado, daban la impresión de enjambres de abejas en franca actividad de producción.

Acudía la gente a contemplar aquel extraño fenómeno, de pronto, un supersticioso, de los que nunca faltan, dijo: —Esto es anuncio de un cambio, esa es una señal de algo, sea bueno o sea malo. ¿Será porque estamos sin cura? ¿Se irá a acabar el mundo? Nadie contestó a esta ocurrencia. Todos permanecían absortos, a punto de dudar lo visto por sus propios ojos.

Hasta que, al amanecer de un día nublado, un punto claro invitaba la atención en el cenit y allí se dirigían todas las miradas.

—Será el ojo de alguna tempestad —dijo una voz en medio de los observadores.

—Reunámonos en la Iglesia —dijo otra voz, pues aunque esté en deplorables condiciones materiales, guarda toda la omnipotencia de la Divinidad.

Dicho esto, un desfile se inició rumbo a la Iglesia. Pero,... oh! sorpresa! no había allí, ni uno solo de los huéspedes, que en aquel lugar habían fijado su residencia, albergados en las vetustas paredes de la casa del Señor, desde hacía varios meses. y lo mejor, que no dejaron rastro alguno, ni nadie supo como, cuando, ni a donde se marcharon. Y... en realidad hubo un cambio, poco tiempo después hubo un cambio, cambio que llenó de júbilo a la colectividad. Se creó la Provincia del Bahoruco, que llevaría a Neyba por común cabecera.

Algunos creerían en alguna señal o preludio, otros dirían fue obra de la casualidad y la inmensa mayoría, no establecería relación entre dos fenómenos tan disímiles de la naturaleza y sus accidentes.

Recuperación de la Parroquia

Eriger a Neyba en común cabecera de la naciente provincia del

Bahoruco, fue razón imprescindible para la multiplicidad de actividades que condujeran con efectividad a su rápido progreso. Uno de los primeros pasos en esta agitación progresista fue la construcción del Templo Católico, obra que fue realizada con una velocidad indescriptible.

Ultimados los toques arquitectónicos, no se deja esperar la llegada del párroco, en la persona del español Fray Lorenzo María de Ubrique. Este, a pesar de su senilidad y su carácter atrabiliario, realizó en Neyba una labor digna de admiración. Entre sus actividades en favor de la Parroquia, fundó la Asociación de “Hijas de María”, hermandad que luchó con ahinco durante muchos años por el mejoramiento en la organización de los actos religiosos y por el crecimiento de la fe cristiana.

Un notorio contraste presentaba el Padre Lorenzo entre su edad y su disposición para dirigir la Parroquia, prueba de ello es, que lamentablemente perdió la vida en un vuelco, mientras se dirigía a La Descubierta en excursión con las “Hijas de María”, con fines de realizar una convivencia entre las socias, para una mejor compenetración religiosa.

A la muerte del padre Lorenzo, asumió la dirección de la Parroquia, Fray Anselmo de Málaga, quien desempeñaba a su lado las funciones de Cooperador.

Fray Anselmo, tan pronto como fue designado párroco, luchó por atraer hacia la Iglesia Católica al elemento masculino, muy especialmente a la juventud, circunstancia que aprovechó para prender la chispa, que provocó el brote de la Acción Católica en Neyba. Iniciados los trabajos fue trasladado hacia España, dejando el campo a Fray Justo de Verja, a quien cupo la gloria de organizar y desarrollar esta congregación masculina, que dio a la Iglesia un esplendor fervoroso que jamás se olvidará.

Fray Justo de Verja, fundó entre las señoras del pueblo la congregación del “Apostolado de la Oración”, así como también desplegó una labor amplia y profunda llevando el evangelio a los más apartados rincones de la región, consiguiendo que las aguas del bautismo alcanzaran a la mayoría de los habitantes urbanos y

rurales y tocó con la bendición del matrimonio canónico la mayoría de las puertas de los hogares neyberos.

De esta época en adelante los sacerdotes se han sucedido sin inconvenientes hasta nuestro días.

CAPÍTULO IV

SALUBRIDAD SUPERTICIONES Y CURACIONES

A pesar de la incidencia de una diversidad de factores negativos constantes en la constitución del medio ambiente del valle de Neyba, la salud ha sido siempre un don precioso al disfrute de sus moradores. La escasez de fuentes de abastecimiento de agua, la falta de lluvias, el calor insoportable que producía la sensación percibida de las radiaciones emanadas de los pedregales esparcidos por todas partes y que se calcinaban al beso igneo de los rayos solares, daban a Neyba un aspecto de aridez deplorable, completando este panorama las fuertes brisas que soplaban desde Occidente portando, muchas veces, las sofocantes partículas odoríferas de las fuentes azufradas que aún existen en los alrededores del lago Enriquillo.

Estas brisas besaban con tal ímpetu nuestras llanuras de tierras blancas, que formando múltiples remolinos envolvían en densas polvaredas todo cuanto hallaban a su paso, llenando muchas veces la boca de este manjar desagradable y llegando a cegar momentáneamente a los transeuntes.

Cuando esto ocurría, los vecinos se encerraban en sus casas, pero antes de cerrar las puertas formaban con los dedos una cruz que exponían frente al meteoro, pues los antiguos pobladores de nuestro viejo pueblo veían en este fenómeno atmosférico la presencia de

un espíritu diabólico y había que vencerlo mediante el signo de la cruz. Algunos, hasta vociferaban contra el espiral de viento y tierra y exclamaban con cierta indignación: “Mira la crú, perro patú”. Los niños eran protegidos cuidadosamente, no solo por temor al efecto que podrían causar las partículas de polvo esparcidas por doquier, sino por temor al influjo luciferino que le atribuían a esta corriente de aire en movimiento circular.

De estas polvaredas, que eran muy frecuentes, se cuenta que en una ocasión un visitante de otro pueblo del interior dijo a un grupo de jóvenes que se cubría las caras con pañuelos:

—¡Jesús! Nos estamos sepultando vivos. ¿Cómo se explica que la gente de este pueblo no esté enferma?

A lo cual ellos, con su habitual donaire y naturalidad, contestaron alegremente:

—¡Es que... nuestro polvo es calcio ...y fortifica los pulmones!

—¡Vaya con el calcio!— replicó el señor que casi se asfixiaba y comenzó a toser. Y seguía tosiendo como un desesperado, con los ojos irritados por el polvo que los invadía, la garganta reseca y la boca arenosa, el pobre visitante apuró el paso diciendo:

—No, no quiero más calcio, no, no quiero y se metió “sin sombra” en “un santi amén” en la fonda de Ñañán.*

La situación que provocaban estas polvaredas que se levantaban de tiempo en tiempo, se mitigaba de vez en cuando, porque sin preludio alguno se desplomaban fuertes aguaceros que a veces duraban con intervalos cortos hasta una semana, aunque esto no se repitiera con frecuencia, pues sabemos que se presentaban períodos de agobiante sequía que se prolongaban hasta seis meses.

* La primera fonda que se recuerde hubo en Neyba, perteneció a una señora de nombre Ñañán.

Estos aguaceros que, mensajeros del bienestar que ofrece el frescor que sustituye los rigores de un calor desesperante y las torturas de las constantes avalanchas de polvo ya descritas, eran también presagio de las enormes plagas de mosquitos que hacían sus incursiones invadiendo el ambiente en forma tal, que resultaba imposible la realización de toda actividad de trabajo. Estas funestas plagas llegaron a adquirir tales proporciones, que formaban en su asentamiento contínuo sobre el cuerpo de los indefensos animales sabaneros, una negra capa que los cubría por completo hasta causarles una muerte segura.

Cuando estos invasores atacaban nuestra desprovista villa, cuyo estado de pobreza no le permitía obtener los medios de defensa indispensables en tales circunstancias, la desesperación se apoderaba de la población, que hacía cuanto estuviera a su alcance para defenderse de tan crueles enemigos.

Desde las cinco de la tarde, las amas de casa comenzaban a sacudir el interior de sus viviendas, ya con escobas, trapos o cualesquiera otras cosas que les pudiera ayudar a desalojar a los impertinentes invasores. Cerradas las puertas del hogar, no se permitía el uso de luz, pues estos insectos sienten atracción por la claridad. Todo debería resolverse a oscuras, si antes de anoecer quedaba algo por arreglar. Preparada en esta forma la morada, se procedía a preparar la acostumbrada humareda, en los patios, en los frentes de las casas, en el medio de la calle, etc.

Para ello, se amontonaban palillos de hojas de tabaco ya que no era difícil encontrarlos, pues abundaban las pequeñas tabaquerías con producto cosechado en la localidad; se usaban trapos viejos, hojas y tusas de maíz y se les prendía fuego. Tan pronto como surgía la llama de tantos materiales combustibles, se rociaba con unas gotitas de agua para apagarla, pero quedando encendido el fuego en el interior del mixto montón de desperdicios. Así brotaban desde estas sustancias semiquemadas, infinitas nubes de humo en forma circular concéntrica, que parecían dirigirse al cielo implorando piedad para esta gente atribuiada.

Al lado de estas humaredas, usadas como repelente para los mosquitos, se reunían las familias y los vecinos. Los niños se

mantenían al lado de la fogata arropados con sábanas, hasta llegar la hora de entregarse al sueño, pero nunca, sin antes haber aprovechado el tiempo oyendo relatos históricos y los famosos cuentos de los caudillos en sus hazañas políticas.

Pero la gente joven que sólo necesita un mínimo estímulo para su furor diversionista, se inventaba “pasear los mosquitos”. Para los fines hacían escobillas de fibras de palma, tomaban pequeñas ramas de árboles que acondicionaban a su antojo, formaban haces de fibras de cabuya y hasta con pedazos de trapos se azotaban el cuerpo impidiendo que los mosquitos lograran introducirles sus largos aguijones, listos para las mortificantes y muchas veces infecciosas picaduras. Salían los grupos de ambos sexos y recorrían las calles, dando saltos y carreras, riendo, cantando y sobre todo consiguiendo que el movimiento dispersara a los inoportunos atacantes.

El característico zumbido de este ejército de minúsculos voladores, causaba tanta irritación, como el resultado de sus incesantes ataques. Esto se pone de manifiesto, en el gesto explosivo de un anciano, que al lado de su humareda, aproximaba al fuego los residuos de sustancias ya consumidas, a fin de que aumentara la cortina de humo que habría de protegerlo, cuando muchas veces este trabajo era interrumpido por los pinchazos de los incansables insectos, a lo cual él correspondía con palmadas entre ambas manos a fin de atraparlos y eliminar unos cuantos. De pronto un travieso muchacho se le acerca y al oír aquel pla, pla, pla, de las palmadas le dice en tono burlón: ¿Está aplaudiendo, abuelo?

A lo que el anciano, con la sangre hecha una caldera de líquido en ebullición, sumándole la indignación producida por la sinfonía lanzada al aire por tan minúsculos músicos, con su continuo zumbido..., expresó enfurecido:

—Aplaudiendo, ¡qué diablo! Muchacho del diablo!... Mejor que me lleve el diablo y no me coman los malditos mosquitos...

Afrontando estas adversidades, y muchas más que la extensión de estos relatos no nos permite señalar, Neyba mantuvo siempre su

salubridad perfecta, nunca las epidemias que azotaron al país causaron grandes estragos, nunca abundaron enfermedades infecciosas, ni radicaron endemias que maltrataran sus habitantes de una manera alarmante, pese a la carencia de médicos y de medicamentos.

RAMON ÑO.

“Dios no cría que desampare”, es un viejo y conocido refrán de todos los tiempos, y así Dios dota a determinadas personas de una vocación indispensable para desenvolverse dentro de complejas situaciones. Tal era el caso de Ramón Ñó, un señor nativo de la región conocida con el nombre de “La Vera del Río” en el Suroeste de la República, pero no hemos podido precisar de qué lugar procedía, ya que “La Vera del Río” comprendía entre otras secciones a Alpagatar, (Vicente Noble), Hatico (Tamayo), El Peñón, Palo Alto, Fundación, etc., ni tampoco conocemos cual fue la causa que lo indujo a fijar en Neyba su residencia. Lo que sí sabemos por testigos dignos de confianza, es que se desenvolvía como “cirujano práctico”, quien a pesar de que no sabía leer ni escribir, era conocido en toda la región como tal, y se asegura, que su vocación y su cuchilla salvaron la vida a muchas personas, aunque en nuestros días se dé la opinión de que en estos casos actuaría la Divina Providencia. Se cuenta que fue Ramón Ño, quien asistió a Che Blanco, extrayéndole la bala que se le alojó en la mandíbula, cuando Viejo el Mocho le disparó en el “Córbanos Jachao”, dando la operación buenos resultados.

Armada una revuelta en El Estero, hieren de una cuchillada a Romito Peña, las mujeres de la familia gritan, se desesperan, no saben qué hacer. De pronto, algunos se sorprenden y expresan: ¡Ya es un verdadero río de sangre! Esto preocupa a alguien que propone:

—¡A buscar a Ramón Ño! ¡corran! ¡corran!

Tan pronto como llega el solicitado “médico”, entapona la

herida con trapos viejos y la sangre cesa. Le aplica el tratamiento que a su juicio era adecuado y al poco tiempo se reintegra a su vida normal este hombre de trabajo.

También, se refiere que jugando en el conuco de su abuelo dos niños, Pedro y Domingo, que así se llamaban, se treparon en una mata de mangos. En un descuido, este último se soltó de la rama que le daba apoyo y... ¡allá voy tierra!, cayendo sobre un tocón, lastimándose considerablemente y recibiendo una herida en el costado. Retorciéndose del dolor se revolcaba debajo de la mata, pero no gritaba por temor a ser reprendido. La sangre brotó en abundancia rodeando su pequeño cuerpo.

Pedro, el otro niño, asustado por la sangre derramada emprende una carrera en busca de su tío Martín, que se encontraba realizando labores en el conuco para informarle sobre lo sucedido.

El tío se puso en el lugar del hecho sin pérdida de tiempo y en tono saturado de ira y de dolor le dice:

—Déjame ver, muchacho “endiablau”, ¡ya te rompiste el bautismo!, tanto como te lo dije!

—No!, no!, el bautismo no, responde Domingo, mira el golpe aquí, me duele...

El tío se alarmó al ver la herida e inmediatamente se trasladó al pueblo, llevándose al herido y a su compañero.

Una reunión de mujeres en la casa de la madre del niño lastimado, fue asunto de segundos.

—Que no me cure Marcela, ni Catalina— decía Domingo con un valor sorprendente.

—No, no,— dice su tío Martín esas mujeres no te van a poner sus manos, voy a buscar a Ramón Ño.

Tan pronto como éste llegó a la casa, examinó cuidadosamente al pacientito, y frunciendo el ceño —dice— ¡Jum! tiene un palito adentro y,... cortaplumas en mano, sin más de aquí, ni de allá, ¡A operar se ha dicho! Abrió piel y músculo lo suficiente para introducir sus dedos y sin mucho esfuerzo extrajo un pedazo de madera que se había quedado dentro de la herida producida por el tocón.

Luego, cataplasmas de maguey, paños tibios de agua hervida con hojas de tuatúa, tabaco, que era el antitetánico más conocido, aceite de higuereta, etc., y al poco tiempo éste, como todos los pacientes de Ramón Ño, había cicatrizado sus heridas, quedando totalmente recuperado y sin problemas. En estas curaciones se asociaban varios factores; la habilidad de Ramón Ño, las defensas del paciente y la poca contaminación del medio ambiente.

CABRALITO:

Natural de Azua, fue este un buen señor, como muchos de los llamados “curiosos” o curanderos, que era muy aficionado a asistir a enfermos, los que atendía con amabilidad y paciencia, recibiendo en cambio muy escasas remuneraciones. Visitaba asiduamente a sus pacientes sin exigir paga alguna. Se sentía orgulloso de su capacidad para combatir la “calentura” y siempre decía sonreído con gran seguridad y satisfacción: “Yo soy el mago de la calentura”, por maligna que sea, yo la corto”.

Con acierto o sin acierto en las curas, la gente lo buscaba y muchos enfermos bajo su cuidado y vigilancia eran sanados. Usaba fármacos transportados desde Azua, pero para bajar la fiebre, o sea la “calentura”, daba preferencia al café amargo con sal y a las plantillas de hojas de mazorcas de maíz moradas, untadas de aceite de higüereta y cubiertas luego con “borras”* de café. Además, recomendaba infusiones de hojas y raíces de plantas, así como también baños tibios de hojas aromáticas hervidas.

MARCO MALENA:

Marcos Encarnación, conocido por Marco Malena, ejerció también la medicina casera; pero con salpiques de “poderes sobre naturales” No era este “El mago de la calentura”, al igual que su colega Ramón Ño.

*Borras”: Resíduo de la harina de café tostado después de sacar el jugo.

Las heridas, tumoraciones, “rámpanos”*, nacencias, toda clase de picaduras de insectos y sabandijas y todo cuanto se refiriera a asuntos de cirugía externa, era campo de acción para Marco Malena, que realizaba estos trabajos en su casa, o trasladándose a las viviendas de quienes lo solicitaran.

Tenía en su casa sobre una mesa frascos de todos los tamaños: grandes, muy grandes, medianos, pequeños, y en ellos envasaba toda clase de ungüentos de su propia creación, compuestos de magüey, de sábila, de jabón de lavar, de polvos de ladrillos de arcilla, de batata, de bija, etc., cada cosa de acuerdo al caso, bien batidas con grasas diversas, que podían ser aceite de higuera, aceite de coco, unto de puerco, sebo de chivo o de ovejo, manteca de caimán, de culebra o de iguana, etc. Usaba también miel de caña, miel de abejas y zumos extraídos de toda clase de hojas existentes en esos contornos y que a su juicio podrían surtir buenos resultados. Se observaba en su “laboratorio”, una serie de polvos de distintos colores que nadie sabía cual era su procedencia ni su destino.

¿Tendrían acaso estos polvos algún valor curativo?

El equipo de cirugía lo formaban un paño limpio, algunos vendajes de tiras de trapos viejos que jamás conocieron la conjugación del verbo esterilizar, agua hervida con hojas de piñón y de tuatúa, que eran sus desinfectantes favoritos, y como bisturí usaba el único cortaplumas de picar el tabaco para su cachimbo, que no era necesario desinfectar, porque el tabaco era usado como “antibiótico”.

Estos medicamentos tradicionales, no eran solo aplicables a las partes externas afectadas, sino que muchos de ellos, eran administrados por la vía oral, en forma de tisanas y de purgantes.

Era curioso que Marco Malena, en casos de distensión abdominal, recogiera la orina de varones y con ella mojara un poco de cenizas, formando con esta mezcla una “cataplasma” que

* Rámpano: Herida o nacencia cuya infección tardaba muchos meses para sanar.

aplicaba cubriendo con ella todo el vientre del paciente. Este emplasto recibía el nombre de “cesná”.

No debemos olvidar, que nunca faltaban en las curaciones de este “médico”, algunas velas encendidas, como también cruces de madera, con señales hechas con azul de lavar. Todo esto era usado con “ensalmos”* y ceremonias.

Poner una enema entonces, no era asunto de mucha comodidad. A veces se usaba una pequeña jeringa, que no tenía capacidad para la cantidad de líquido necesario y había que repetir la operación varias veces. ¡Pobres enfermos! Pero esto era lo que había y con esto había que conformarse.

Marco Malena, era nativo de Las Salinas, Barahona, casó en Neyba con Catalina Vásquez y convivió en este pueblo por largos años en franca camaradería. Con frecuencia celebraba reuniones con amigos y relacionados y en ellas hablaba “patois”, de manera inconsciente, aparentemente. A veces, parecía que lo hacía con seres extraños que nadie más que él percibía. Estas reuniones lo complacían sobremanera, habiendo muchas veces en ellas personas enfermas que iban en busca de salud y recibían de su parte hospitalidad, repartiéndoles comida a manos llenas, sin reparos y sin costo alguno. Sacrificar un animal para alimentar a los huéspedes, era en su casa cosa común en su diario vivir, pues tenía ganado vacuno y caprino, además de tener propiedades agrícolas en la sección de Cambronal, que le aseguraban una vida económica holgada dentro del medio que lo rodeaba. Ejerció la medicina rutinaria desde Jimaní, hasta su lugar de origen, distinguiéndose por su acierto de curar el panadizo y sobre todo por sus creencias de curar a base de poderes sobre naturales.

EL DR. RUBIO:

Según informaciones ancestrales, procedente de la vecina isla de Puerto Rico un individuo que decía ser de origen español, casado

* Ensalmos: Salmo o rezo para invocar el poder de Dios.

con una señora francesa, se establecieron en Neyba a finales del siglo pasado. El, a quien su popularidad le hizo conocer como el Dr. Rubio, ejerció la profesión de médico, pero nadie pudo atestiguar que estuviera amparado por algún título académico. La verdad es que hacía sus curaciones con fármacos que almacenaba en su casa, importados nadie sabe de donde ni como. De estos medicamentos, muchos los administraba al paciente por cuenta propia, y otros eran cobrados conscientemente a la medida de la situación económica de los interesados o pacientes atendidos.

Su identificación con el pueblo fue demostrada en todo momento, pero habituado a un nivel de vida superior al de la villa, trató de acomodarse mejor y de primera intención construyó una vivienda en la calle Rodolí (hoy Tavera). Esta casa, por su diseño, demostraba que los planos habían sido concebidos y trazados fuera de lo normal en aquellos lugares.

Más tarde, construyó una segunda vivienda, en la antigua calle Consistorial (hoy Mella). Esta, levantada en dos plantas, lucía en su segunda balcones hacia el frente y hacia el patio, podemos asegurar, fue la primera y única casa de este tipo que hubo en Neyba durante muchos años. A despecho del tiempo y a la calidad de su madera, se mantuvo en pie hasta hace poco tiempo, en que la casualidad permitió que fuera envuelta en enormes llamas de fuego, dejando de ella, sólo el recuerdo sepultado entre cenizas.

En la época de su construcción, colindaba por el Sur con una espesa vegetación de bayahondas y baitoas, que dejaban abrir una estrecha vereda que conducía a la vecina sección de El Tanque, siguiendo en dirección Este.

Otra vereda se adentraba hacia el Sur, como una prolongación de la calle Consistorial y llegaba hasta la fuente conocida con el nombre de Cachón Grande, que fue el principal abastecimiento de agua de la población.

A todo lo largo de esta vereda, a uno y otro lados, una umbría arboleda ofrecía la frescura que hacía olvidar los ardorosos rigores de un estío permanente como es la sensación del clima de nuestro Neyba.

A la izquierda y a unos quinientos metros aproximadamente de la “Casa de Alto”, como era identificada esta edificación, había una población forestal organizada en forma tan curiosa, que cualquiera diría que la naturaleza obsequiada este maravilloso paraje a la comunidad, para servicios de utilidad pública. Así fue como se habilitó este sitio para el sacrificio de animales de consumo y por el uso constante tomó el nombre de “matadero”, pero nada tenía que lo identificara como tal, a no ser el olor a sangre putrefacta y a los desperdicios propios de estos lugares, cuando no son atendidos como requieren los reglamentos de la higiene pública.

Descritos ya los recintos aledaños a su segunda morada, seguiremos hablando de un hombre, que no era de Neyba, pero sintió papitar en su corazón el amor a los neyberos.

Hizo vida social y caritativa al igual que su esposa doña Antonieta, que a pesar de desenvolverse con mucha dificultad, porque nunca conoció el idioma español, sus gestos y ademanes, la expresión de su rostro y la dulzura de su perenne sonrisa, era derroche de amor y de bondad para todos. La mayor parte del tiempo la pasaba en casa, entregada a la dirección de la faena hogareña, haciendo de vez en cuando paréntesis para visitar a los enfermos y personas tristes por alguna causa específica, llevando siempre en las manos un halagador presente.

Por las tardes salía de paseo, unas veces a pie, casi siempre cuando visitaba el cementerio, donde se veía, alzados al cielo los ojos de idéntico color, sumida en una quietud solemne, que parecía comunicarse con el más allá. Otras tardes eran escogidas para paseos en coche, en el coche de su propiedad, que fue el primer vehículo de paseo que rodara por las onduladas y polvorientas calles de nuestro querido terreno. Este coche, tirado por briosos y bien enjaezados caballos, recorría el poblado llenando de alegría a la gente que lo contemplaba. Ora encapotado, ora capota baja, pero cual que fuera su aspecto, significaba un encanto para una población, que lo miraba extasiada como algo extraordinario.

El Dr. Rubio murió en Neyba, allí descansan sus restos y brilla su recuerdo como una lejana luz en las tinieblas.

ISMAEL PERDOMO

Un poco más adelantado que sus antecesores practicantes de la medicina empírica, fue Ismael Perdomo una esperanza, un dulce consuelo entre los que sufrían o veían sufrir a sus seres queridos las agobiantes torturas de los quebrantos de salud. Conocimientos académicos sobre la materia, no los tuvo, pero bebía en la fuente de los libros de este género, de los cuales poseía una nutrida colección, que atesoraba con esmero y escudriñaba con interés y perseverancia. Comedido en extremo en sus recetas, respetando el dictamen de las leyes, recomendaba fármacos, incluyendo inyecciones que él mismo administraba, pues para la época, creemos que era difícil, casi imposible, encontrar otra persona que supiera o que se atreviera a aplicar una inyección.

Ofrecía sus atenciones médicas con el mayor cuidado, tratando siempre de no excederse más allá de lo que su capacidad podría respaldar. Es Ismael Perdomo uno de nuestros valores sociales correspondientes, al final del siglo pasado y hasta un poco entrado el presente siglo.

Sus servicios estuvieron al alcance de todos y para todos tuvo atenciones infinitas. Además de sus delicadas funciones al servicio de la medicina, tenía distintas facetas que presentó con acierto, conquistando el reconocimiento que aún perdura.

¿HOSPITAL O ASILO?

La conciencia humana, a veces dormida o indiferente, no percibe las grandes realizaciones cuando tienen su acontecer en nuestro vecindario.

La historia nos presenta múltiples obras de filantropía que contemplamos con ojos asombrados, pero estas obras que en sus narraciones nos conmueven profundamente, si se presentan en vivo ante nosotros, no tenemos capacidad para apreciar su magnitud.

Fue Catalina una apreciable señora, que vivía en la calle Rodolí, del barrio antiguamente conocido con el nombre "Rincón Callao". De joven, fue persona de alguna prestancia, nacida de uno

de los troncos principales de la localidad, reconocida por todos y querida de todos, de oficio costurera, muy especialmente para el sexo masculino. Viajaba con frecuencia a Puerto Príncipe y desde allí importaba prendas de vestir y finísimas alhajas.

Esencialmente católica, tenía altares en su casa donde hacía oraciones por los enfermos y necesitados. Prestaba servicios a la comunidad, rezando novenarios a los difuntos y para esto se trasladaba gratuitamente a los lugares donde era solicitada, no importaba la distancia, ni la hora, ni los rigores del tiempo, nada importaba, se reclamaban sus servicios y allí iría, “cueste lo que costare”. Rezaba a los difuntos sin interrupción durante nueve días, sin que esto le reportara ninguna clase de beneficios, que no fuera su íntima satisfacción personal.

Sus parientes cercanos, que observaban esta vida de sacrificio extremo, llegaron a reprocharle esta conducta, a lo que ésta, con el acento burlón que la caracterizaba, haciendo gestos y muecas, contestaba: “Son muy escasas las personas, que se despojan de su vestimenta, para tapar las carnes al sol de los necesitados. Mientras vida tenga, nadie sufrirá en mi presencia pena que yo pueda remediar”.

Trabajó con afán en una pequeña panadería de su propiedad, que servía pan al pueblo y a las secciones vecinas. En los alrededores de su casa, cultivaba huertos que mojaba con las aguas del río de Panzo, criaba en abundancia aves de corral de todas clases y tenía un nutrido cabrío, que era un encanto verlo desfilar en cada atardecer para ser separadas las crías que eran amamantadas por las hembras, pero que era necesario hacerlo, para que al amanecer de un nuevo día, la operación de ordeño proporcionara rico alimento a todos los que con ella convivían. Analizar este diario batallar, ofrece la seguridad de que era una mujer trabajadora y de vida económica holgada relativamente.

A diario se reunía en su casa una cantidad enorme de campesinos y de urbanos que iban en solicitud de un consejo de su parte o de una atención “médica” de parte de su marido, cambiando a su vivienda el aspecto armónico habitual de casa de familia, por la mixtura de un gentío de las más raras costumbres y los más extraños caracteres.

Su unión matrimonial con Marco Malena hizo que Catalina, por la relación médico-enfermo con su marido se convirtiera en “Pediatra” por su propia voluntad. Comienza a recibir niños enfermos de todas las edades y atacados de toda clase de enfermedades y sin ninguna preparación técnica o científica, les administra tisanas, purgantes, enemas y todo cuanto ella entendía que podría tener valor curativo según los casos presentados.

No sabemos si por casualidad, por suerte o por mandato de Dios, los niños siempre sanaban y nunca nadie vio morir en casa de Catalina, ninguno de estos enfermos confiados a sus cuidados. Ella creía en el “Mal de Ojos” y no solo creía en ello, sino que pretendía curarlo con salmos que rezaba y fricciones de zumos de hojas de plantas, muy especialmente de ruda, que era la panacea en esos casos.

Muchas veces, en un rancho que en el patio de su casa había, hileras y mas hileras de niños enfermos, cada uno de su mal, comenzaban a gemir, a gritar, a sollozar y hasta a golpear, formando un conjunto de sonidos extraños y de timbres diferentes, salidos a un mismo tiempo de tantas gargantas tiernas, de seres que nada de nada sabían y que nada de nada comprendían, pero sí presentando un cuadro que hacía difícil la permanencia con tranquilidad, frente a aquella deprimente confusión.

En ásperas esteras, sin pañales ni sábanas, esperaban el turno para recibir, diríamos nosotros, la bendición de Dios donada en estas manos, que curaban sin saber qué, ni como, ni por qué, pero sí para qué, para tratar de devolverles el precioso tesoro de su perdida salud.

Nunca los enfermos, que duraban tiempo indefinido en casa de Catalina, estuvieron solos. Era tan barata la cura y tan barata la hospitalidad, que se formaban “jorgorios*”, que no permitían que se entendiera lo que allí se hablaba. Todos disfrutaban desde el café hasta el dormitorio, los sanos y los enfermos, desde la medicina que era fabricada por ella misma, hasta el aseo, que era bastante difícil

* Jorgorio: jolgorio, bullicio.

en aquellos lejanos y calamitosos tiempos.

Admirable e increíble es que los deudos de algunos pacientitos, se marcharan a sus obligaciones y volvieran en busca de noticias, cuando les quedara tiempo disponible, porque estaban en la seguridad de que sus débiles y enfermizas criaturas estaban protegidas al amparo de Dios y de Catalina.

Prodigado sin recompensa, el amor es un imán, esta es la razón por la cual estos indefensos internados, abandonados a la suerte, se adhirieron con tanta tenacidad a esta caritativa señora, pues su bondad y su entrega en atenciones para con todos, dejaba ver que los creía carne de su carne y vida de su vida. Por tanto, ya sanados, cuando sus padres o familiares intentaban regresarlos, éstos se negaban si ya tenían razón, pretendiendo seguir acunados en el calor de Catalina. Los más tiernos quedaban a disposición de quienes los habían llevado, pero si éstos no mostraban interés por recogerlos, era bien aceptada su permanencia, llenando de satisfacción a la que nunca tuvo un hijo, pero que tuvo un amor maternal inconmensurable.

Entre tantos amparados bajo su techo, quedaron con ella definitivamente tres varones y tres hembras, que además de obtener de ella la subsistencia recibieron instrucción cristiana, educación primaria y orientación sobre moralidad y principios sobre el deber del trabajo.

Los varones, cuando se sintieron con fuerzas suficientes se independizaron buscando desarrollar sus propias vidas, mientras que las hembras, vivieron en comunidad con ella, hasta que a ella le faltaron las fuerzas para los rigores del trabajo, pero siempre con maternal solicitud les siguió ofreciendo la ayuda que estuvo a su alcance, haciéndola extensiva hasta los hijos que bajo su techo procrearon. Pero... llegó el momento de lo imposible: la vejez.

Llevar una vida así, indudablemente conlleva a la ruina económica, pues los años, los inconvenientes, los gastos crecidos para atender a la gente que permanentemente invadía su vivienda, fueron factores determinantes.

Agobiada por la tortura de una vejez sin recursos de ninguna clase, agotada por la fuerte presión de un trabajo constante, llegó el

día en que... ya no podía producir, ya no tenía acervos de que disponer y ya solo le esperaba lo que consiguió: la penuria, la desolación, la infelicidad.

Encorvado el cuerpo y erguida la cabeza, zigzagueaba por todo el vecindario formando una hoz, recorría las calles cubriéndose el rostro con una manta negra, negra como sus penas, negra como su presente, tal vez para ocultar lo que ayer irradió luz de vida y de confianza para todos, iba y venía por una y otra calle, sin saber que buscaba, ni donde debería ir, tal vez buscando que alguien, de los antes protegidos o no, le alargara la mano a la que siempre la tuvo extendida para todos cuantos la necesitaran, obedeciendo el mandato de un corazón que todo fue amor, virtud, desinterés.

Muchos recordarán a Catalina, envuelta en la niebla gris de su tristeza, pero muy pocos tendrán altura de espíritu, para verla elevarse a la eternidad, aureolada por la albura gloriosa de su diafanidad caritativa.

ENCUENTRO

Encontrándose dos fuerzas igualmente útiles, en el campo de actividades de lucha para alcanzar los mismos fines, produce en un principio el choque ocasionado por el egoísmo, pero luego se unen atraídas por las razones de aumentar el potencial para lograr el objetivo. Salvar la vida del enfermo es la finalidad de todo el que lo asiste como médico. Un niño se moría en la casa de una familia de apellido Medina, familia muy sufrida que había visto morir a dos de sus vástagos, antes de que cumplieran respectivamente el primer año de vida. No hay palabras para expresar la desesperación de aquella afligida familia, al ver en las proximidades de la muerte a este tercer pedazo de su alma.

Asistido por Ismael, el niño agonizaba, todo esfuerzo era inútil y la esperanza comenzaba a marchitarse como las hojas de otoño. La madre, enloquecida, corre en un lado a otro, cubriéndose los ojos con las manos, tratando de ocultar la inflamación de los párpados, que ya casi se cerraban de tanto lagrimear. De pronto, aprieta los puños en señal de fuerza, va al encuentro de Ismael y le dice en tono incierto y lastimero:

—Gen!, Gen, por favor, haga algo! Mi hijo se muere! Haga algo, de por Dios!

A lo que Ismael, levantándose los pantalones, que siempre llevó tan bajitos que cualquiera diría que llegarían al suelo, poniéndose los botones de la camisa que siempre llevó quitados, contesta con tono de seguridad:

—Está muy grave, estoy luchando, ¡No te pongas así!.. Lo estoy atendiendo yo, ¡Ustedes saben que yo los saco de la caja!

La palabra caja golpeó en el oído de la abuela como una maldición y sin comprender ni investigar acerca de las últimas noticias sobre el enfermito, llamó a un muchacho de su confianza y le ordenó.

—Corre, corre, que te salgan alas (escupe en el suelo). Voy a echar esta salivita aquí, tienes que estar dándome la respuesta del mandado antes de que se seque. Lo sabes.

—Pero...a... a...fué lo que alcanzó a decir el muchacho, porque la abuela lo interrumpe casi furiosa: —“Lárgateééé”...¿Todavía estás ahí?

El muchacho nuevamente intenta hablar, pero la abuela no lo permite aflojándole tremendo puñetazo por la cabeza.

Una vecina, que observaba la escena, interviene, diciéndole pausadamente:

—Pero...mujer, ¿es que te estás volviendo loca?, si no le has dicho a donde y a qué, ¿cómo diablos se va?.

—Ah!, es verdad, me estoy volviendo loca —dice la abuela— y tratando de serenarse, continúa: —Vé... ve... donde Catalina y dile que digo yo..., que venga seguido, que se me está muriendo mi muchachito. ¡Vete... muchachoo, de por Dios!”

El mensaje tuvo el efecto deseado, pues Catalina no se hizo esperar. Con la rapidez de un bólido estuvo en la casa de la acongojada familia, llevando debajo del brazo una funda que contenía su “farmacia”: Hojas de maguey, hojas de guanábana, ramas de ruda, granos de ajonjolí, sebo, aceites diversos, etc. Entrando en la habitación del enfermo murmura:

—¡Ah!, me mandan a buscar, después que el muchacho se les muere.

—No!, no! —interrumpe la madre, ay! no ¡no!....

La “Pediatra” sonrío y la mira diciéndole: —Muchacha, “tate quieta”, no es que se vaya a morir, lo que quiero decir es, que me buscan cuando ya está muy grave; y dicho esto, lo toma en los brazos, lo tira, lo hala, lo mueve, lo soba, lo sube, lo baja, lo aprieta y al fin el diagnóstico:

—Tiene “Mal de Ojos de Brujas! y ¡Una Mala Leche del Diantre!, pero ya veremos, ya ustedes solo quieren curar los hijos... con inyecciones, sí, con inyecciones... con la ciencia barata de Ismael y las brujas... ¡comiéndoselos!. Ismael, que estaba en la calle frente a la casa, oyendo a su colega expresarse en esos términos, entra sin asentar los pies en la tierra y visiblemente enfurecido, refuta:

—¡Oh! ¡vieja bruja! ¿En qué se mete tu maldita lengua conmigo? ¿Dejaste “abajue la cama” la medicina del “jungán”* de Marco?

Catalina, franca y amena como era ella, se ríe a carcajadas: Ja, ja, ja, y le dice: —Y... ¿Tú “taba” ahí, amigo Gen?

—Sí, yo estaba aquí, oyendo lo que a tí se te antoja decir, sí, mi medicina es barata, pero la tuya es sucia, ¡pensando y haciendo pensar en brujas! Yo me voy, a míí... que no me busquen, cuando busquen a esa mujer, porque yo me co- noz- coooooo y es mejor que “ladren perros y no muerdan”.

Catalina vuelve a reír con sarcasmo:

—¡Ja. ja, ja!, pues a mí que me busquen aunque sea pá “curate” a tí que muchacho te volvieras. “Tate” quieto, amigo Gen.

Ismael, que echaba chispas, se devuelve y se enfada de nuevo al ver la sangre fría de Catalina y envuelto en cólera, le pide cuentas:

—Hablando de mí... de mí... tú, Catalina, hablando de Ismael... por eso es que yo digo, que el neybero es muy malo, sí, muy malo,” mal fondo, renegrío desde la engendranza del vientre de su madre”. Y salió sin atender las súplicas de los familiares del enfermo, ni

mucho menos aceptar las excusas, que le presentaba en una sola risa, su amiga y juguetona colega.

Estas expresiones de Ismael, eran pruebas inequívocas de su deseo, de que los neyberos fueran cada día mas amigos, más unidos, pues su fraternidad fue siempre de todos conocida.

Catalina se quedó dándole brevajes y untándole zumos de todas clases al niño, pero al día siguiente llega Ismael, jeringuilla en mano y con la bondad hecha persona se acerca al enfermito, preguntando si no ha llegado “La Pediatra”.

El final del caso es que inyecciones, baños fríos, jarabes y pastillas de parte del amigo Gen y zumos, aceites, “ensalmos” y fricciones de parte de Catalina, formaron una alianza tan poderosa, que el niño vence a la muerte y llega a desarrollarse para ser un hombre activo, productor, útil a su familia y miembro distinguido de la sociedad.

LA PRIMERA FARMACIA

Curar todas las dolencias físicas del cuerpo humano a base de plantas de la tierra, o de escasos medicamentos importados de tiempo en tiempo desde Haití, era motivo de inquietud en una población que ya comenzaba a sentir los influjos de la civilización dei siglo XX. Habilitado para el comercio el puerto de Barahona, allí llegaban las medicinas desde las dinámicas urbes nacionales que las importaban. Pero, difícil era seguir destino a Neyba con el sacrificio que ofrecía, rodar por aquellas deficientes vías, una pesada carreta tirada por bueyes y si acaso alguien las hacía llegar, no había sitios fijados para la venta, sino que algunas personas, acomodadas económicamente y especialmente comerciantes, se encargaban de transportarlas y las ofrecían a quienes las necesitaran.

Así se vivía en Neyba en ese aspecto, cuando llegó como Director de la Escuela Primaria, el señor Luis Gil, procedente de San José de Ocoa, quien fungía como médico, pero nadie pudo asegurar que lo fuera o no.

Lo cierto es que viendo él la necesidad de medicamentos y la dificultad que existía para adquirirlos, consiguió que su hermano,

Manuel Gil, estableciera la primera farmacia conocida en Neyba. Este establecimiento de protección a la salud, funcionó durante varios años en la casa que estuvo en el solar que hoy ocupa la edificación del Cuartel de Bomberos, en la calle San Bartolomé esquina Comercio (hoy Apolinar Perdomo).

Había allí a la venta, toda clase de medicinas incluyendo inyecciones. Se preparaban pomadas y unguentos con sustancias químicas y hasta pociones indicadas en las recetas de su hermano Luis, preparaba Mané Gil, como se le llamaba familiarmente, pero nada dejó entrever que Luis fuera médico, ni mucho menos que Manuel fuera farmacéutico. Lo que sí aseguramos, es que desempeñaban las funciones indicadas respectivamente, sin que nada ni nadie se lo impidiera ni les pidiera cuentas. No se asegura que sus recetas sanaran o no enfermedades, pero sí se asegura que a nadie mataron ni maltrataron.

Los hermanos Gil, que eran horacistas, al ascender Horacio Vásquez a la Presidencia de la República, salieron de Neyba, tal vez en busca de mejores posiciones. Desde entonces los comerciantes, comenzaron a practicar con artículos de farmacología, atendiendo al permiso que otorgan las leyes reglamentarias.

LAS PARTERAS

Traer al mundo un hijo sin ninguna precaución higiénica, sin ninguna previsión científica, sin ninguna acomodación física, sin haber tenido ninguna alimentación especial durante el largo período de gestación, era algo digno de admiración, pues este acto se desarrollaba únicamente a merced de un proceso natural, que muchas veces tomaba rumbo de acuerdo al estado físico anatómico y condiciones de salubridad de la madre, así como también la salubridad del padre, complementada con sus condiciones de vida.

Fusionándose las condiciones biológicas de uno y otro, surgía la resultante que habría de necesitar en mayor o menor grado, la sabia intervención de la diestra mano del médico. De aquí que, unas se morían en trance tan difícil como delicado, cuando a éstas correspondía la mayor suma de deficiencias en el desarrollo fetal y

por consecuencia en el acto mismo del parto. Pero si bien es verdad que estos casos sucedían con frecuencia, sabido de todos es que la gran mayoría, con la sola ayuda de Dios y la sabia naturaleza, lograba salir airosa.

Tiempos aquellos en que era imposible recibir la luz de la ciencia, había que tener fe en sí misma y confianza en quienes ya habían recorrido el árido camino. Así, auxilio y consuelo para las mujeres en estos aciagos momentos, eran las multíparas de la familia y del vecindario, que solícitas las ayudaban, infundiéndoles valor y resignación. En esta forma fueron surgiendo las aficionadas a este servicio, que recibieron el nombre de parteras hoy generalmente se les llama comadronas. Cualquiera mujer con vocación para ello, auxiliaba a una parturienta, pero como es natural, algunas prestaban esta ayuda con mayor eficacia, dando lugar a que fueran solicitadas con tanta frecuencia por las necesitadas, que se popularizaban y la comunidad llegaba a reconocerlas como tales.

Estas mujeres, a quienes siempre se vió con respeto y gratitud y cuya memoria hasta hoy se reverencia, se armaban de un valor y una astucia, que sin poseer ningún conocimiento científico, apareció entre ellas una u otra, que hasta tuviera el arrojo, de tratar de extraer criaturas con dificultad para nacer y que ella decían “estar encajadas” en algún sitio del vientre, con el solo auxilio de sus manos y sin ninguna clase de precaución.

Informaciones recogidas de labios de personas desaparecidas desde hace mucho tiempo, nos señalan las mas antiguas parteras de que se haga recuerdo, de las cuales hablaremos a continuación:

SEVERINA ACOSTA

Datan de las primeras décadas del siglo XIX, los servicios de Severina Acosta como partera. Esta mujer, activa y servicial, conocida generalmente en Neyba y sus alrededores con el apodo de Ñoñó, fue como un rayo de luz resplandeciente en la oscura noche de la ignorancia. Apacible, pero de carácter firme, practicaba sus servicios con tanta calma, que causaba desesperación entre los

familiares de la paciente, cuya ansiedad les hacía pensar, que la rapidez o lentitud de Severina, tendría alguna influencia en la aceleración del proceso natural del nacimiento de la criatura y por tanto en el descanso de los tormentos que sufría la madre. Esta actitud de los observadores, ninguna influencia ejercía en Severina, que siempre pausada, administraba sus brevajes a la parturienta, le daba sus “compaseos”, practicaba su operación de “soba barriga” y se sentaba tranquila a esperar que le “arreciaran” los dolores, como síntoma seguro de que el parto estaría próximo.

Si había alguna dificultad en el alumbramiento, colgaba “reliquias”^{*} a la paciente, encendía una vela a San Ramón y esperaba la voluntad divina. Llegado el momento esperado, prestaba los auxilios indispensables a la madre según su habilidad, así como también a la criatura y los seguía visitando asiduamente durante nueve días.

MARCELA VARGAS

Por la paciencia de Marcela se diría que no podría ella enfrentar engorrosas situaciones con eficacia, pero era todo lo contrario, esa paciencia era sinónimo de seguridad.

Desempeñarse como partera, era para ella una gran satisfacción, nunca se inmutó por dificultades que se le presentaran en la realización de su tarea. Se cuenta de un señor que fue en su solicitud, porque su mujer estaba de parto y que tan pronto llega, le expone con impaciencia:

—Marcela, vine a buscarte, ya Mariana está de parto, ya tiene dolores.

* Conjunto de oraciones escritas colocadas dentro de una fundita de tela, que colgaba al cuerpo con un cordón, para protección de influencias extrañas.

—Síí dice Marcela, pues ahora mismo voy pá allá, a “cogéte” ese otro cabezón.

Y como quien nada tiene pendiente, comienza a arreglar las piedras de su fogón y pone a hervir agua para colar café, mientras seguía conversando con varias personas, que según la costumbre de ayer, rodeaban los fogones tanto al amanecer como al atardecer, en espera del sabroso y aromático café.

Juan, que así era nombrado el solicitante, dice, ya no con impaciencia sino con tristeza:

—Pero.. no será que “ujté” se va a poné a “estilá” ahora?

—Síí... dice Marcela, ¿estilááá? “eso es como brincá una chiva la palizá” y así, se bebe usté también su “cocá”.*

Juan, tratando de serenarse, toma una silla y se sienta, sin participar en la animada conversación, que allí sostenían reunidos los hombres al regreso de las labores del conuco.

Una vez brindado el café, Marcela se levanta, se aprieta el pañuelo de la cabeza, prenda que nunca le faltaba, coge su cachimbo y hablando y hablando, trata de prenderlo, pero como no tenía la atención fijada en él, no acertaba pegar el tizón del tabaco, porque su interés iba dirigido a lo que allí se hablaba y no a la dirección de su cachimbo.

Juan, ya desesperado, se enfurece diciéndole:

—Marcela!, es que a Mariana le duele mucho, usté con su cachimbo prendió y mi mujé dando alarío”.

—Pero Juan, usté me pone temblorosa, “entricito me pego la brasa en la cara y entonces, sí, que jumea mi cachimbo”.

—Bueno, “de por Dió” que ya su chimbo tá jumiando”, pero mi mujé sigue gritando.

* Cocá: Morro pequeño con café para tomár.

Marcela, vuelta de espaldas, rebuscando en la excusa de la cocina, le dice a Juan sin darle el frente:

—Yo quiero que usted sepa, compay Juan, que el jumo de mi cachimbo, no pone a gritá a Mariana, pero el jumo del cachimbo de usted, sí la pone a Vomitá, pero usted, como hombre “tejtarú” nunca lo quíé “abandoná”, pero el mío sí le molesta y me lo quíé “apagá”, pero eso sí que no es verdááá... que yo lo vaya a apagá. Y diciendo esto, Marcela, que nunca se reía, con esa seriedad que inspira respeto, tomó su manta y pronto estuvo en la casa de su amigo Juan, que siguió como dijo ella, con su “cachimbo siempre prendió”.

El parto se realizó felizmente, pero nunca se apagaron los cachimbos.

GOYITA BARRIOS

Fue Goyita una partera de agilidad asombrosa, ayudaba con un desenvolvimiento admirable en momentos tan difíciles como son los de traer al mundo un hijo. La severidad de su carácter contrastaba con su afabilidad para afrontar estas situaciones. Se le veía caminar de aquí hacia allá y de allá hacia acá, organizando todo lo indispensable y que estuviera a su alcance para dominar con acierto lo que se pudiera presentar. En poco tiempo, todo quedaba organizado según sus posibilidades y las posibilidades del medio. La pulcritud de Goyita en hábitos y persona era exagerada, así como también era exagerado su celo para ocultar todo movimiento que pudiera delatar que se trataba de un acto de esa naturaleza.

Y así, como sabemos que todo alumbramiento tenía efecto en el hogar, es de esperar que los muchachos, acosados por la curiosidad, rondaran maliciosamente por los alrededores de la vivienda cuando algo de esto sospechaban. Muchos se escondían en lugares apropiados, pretendiendo poder observar el desarrollo del acto mismo del parto, pero hasta allí los seguía la sagacidad de Goyita, que los dispersaba con un látigo en la mano y muchas veces, les reprendía diciéndoles:

—Salgan de ahí! ¡Hijos de sus madres! Atrévanse a acercarse

por aquí y se acordarán cuando sus madres los parieron, sabrán además lo que es, ¡llamá a muevo la bocun güiro!”*

Los muchachos a todo correr huían de Goyita, porque sabían que ella no vacilaría en azotarlos si lograba atraparlos.

LORETA CUEVAS

Actuaba con el seño fruncido, la mirada vaga, el rostro con una severidad que rayaba en lo acérrimo, tal que contrastaba con su vocación de servicio. Envuelta en su añeja manta y cubierta por su bata a ras de tierra, cruzaba las calles a cualquiera hora del día o de la noche, cual sonámbula en marcha sin rumbo ni destino.

Mamá Loreta, como cariñosamente la llamaba el vecindario, siempre estaba presta para llegar a tiempo al lugar donde su presencia era requerida. Cargaba siempre paquetes de hojas de plantas medicinales y en la mano una latica, que había tomado prestado su color al corazón del ébano, por el almacenamiento del hollín obtenido en el cumplimiento constante de su tarea cotidiana. Pero a esta labor se sumaba su función de vehículo, pues en ella se transportaban las pócimas que deberían de administrarse a las parturientas. Tan pronto como Mamá Loreta llegaba al sitio señalado, iniciaba el ejercicio de su “profesión” sin ningún tipo de apresto.

Allí, una mujer, quejándose sin cesar por los cruentos dolores que la martirizaban y que solo atenuaban la esperanza del hijo que esperaba, al verla llegar tomaba aliento y fuerzas, viendo en ella la solución a sus problemas físicos y morales.

Una vez realizado el ya conocido examen de “soba barriga”, la partera obligaba a caminar a la afligida paciente para “agilizar” el parto. Si había alguna demora según sus apreciaciones, se ponía a hervir un puñado de pimienta negra y se le hacía tomar este brevaje para “calentar los dolores”.

* Vocablo del patois que significa: Llamas a su mamá bien apurado.

Ya en el momento del “tránsito”,* dejaba dentro del aposento dos o tres mujeres que a su entender la podrían ayudar si el caso lo requería y... como aquel que “atenta” una gallina, Mamá Loreta le introducía los dedos a la pobre paciente en la vagina hasta chocar con algo y decía con toda seguridad:

—Ahí viene el muchacho, yo no sé si le atenté la cabeza, los pies o las nalgas, pero ahí viene. Entonces se preparaba el sitio donde debería recibirse a la criatura.

Generalmente las parturientas, cuando veían los arreglos, se desesperaban más y más, y ya en los finales del asunto se quejaban tan fuertemente, que gritaban aclamando al santoral entero. Para todos estos casos, que eran comunes, Loreta tenía la misma expresión:

—No grite, que de aquí a “horita”, pare o “revienta”.

Así fue, que en cierta ocasión en que una parturienta oye la frase conocida de Loreta, grita con mayor desconsuelo:

—¡No!, ¡no!, virgencita mía, ayúdameééé....

El Marido, que viene entrando, persona de poca cultura religiosa, un tanto asustado también, dice con voz un poco débil: “Tate tranquila, deja la “virren” quieta, que “virren” no hace parí a naiden”.

Mientras tanto, Loreta, ansiosa por salir del aprieto, creyendo que las lamentaciones de la afectada son el motivo de la tardanza en el alumbramiento, replica:

—¡Cállate!, no grites más, porque eso es “pá ná” porque de aquí a nueve mese, va a “ta” sufriendo de la mijma enfermedadá”.

En fin, se hablaba tanto, que no se pensaba en el peligro, no de una vida, sino de dos y lo peor es, que todo este hablar de la comadrona iba acompañado de los “copazos” de humo que

* Tránsito: Momento del parto.

desprendía el tabaco de su cachimbo, envolviendo todo cuanto había en el aposento en una sofocante humareda, que proporcionaba asfixiante tos a todos los que allí se encontraban.

Con los ojos en un constante lagrimeo por el picor del tabaco, esparcía Loreta delante de la cama una gran cantidad de trapos viejos, siempre limpios y blancos y al lado de estos, preparaba “su mesa de operación”, que consistía en un cajón o una batea de madera, de las que se usaban para lavar. Colocado cada uno de estos utensilios, se cubría con parte de los trapos para hacerlo mas suave y ahí era sentada (en la época las mujeres deban a luz sentadas) la que llena de angustia esperaba un pedazo de sus entrañas. Ya en la posición requerida, según las instrucciones recibidas, nuevos “sobones” y apretones de barriga hacia abajo, embadurnamiento de unto y la comadrona ordena:

—¡Puja!, ¡puja!, puja pá abajo, si puja pá ‘riba, el muchaco “te se va par cocote y te fuñe”.

Y así, mamá Loreta hablando y actuando, cuando por ley biológica el parto ocurría, sin tropiezos, en el instante preciso, pedía con desesperación.

—Busquen unas “tijera”, pronto, “pá cortale la binza* al muchacho, porque era usual decir siempre en estos momentos el muchacho sin tener en cuenta el sexo. Después de amarrar el cordón umbilical con un cordón buscando de improviso, se le daba el baño reglamentario y una cucharadita de aciete de ricino para que expulsara el “jerrero”.* En este mismo momento, como los pisos de las casas eran de tierra, se abría un hoyo en un rincón del aposento y aquí se echaba la placenta y el resto del cordón umbilical, acompañados de una pequeña cantidad de brasas encendidas, cubriendo con tierra y apisonando bien el sitio, pues esto quedaría allí para siempre.

* Binza: Cordón umbilical

* Jerrero: Meconio (Exciemento del recién nacido)

El ombligo del recién nacido era cubierto con hojas de tabaco secas y bien hervidas para evitar el pasmo, poniendo también un poco de ácido bórico. Estos ingredientes se fijaban apretando la faja que cubría el cuerpecito en su región abdominal, para impedir que el ombligo fuera aireado. Esta faja se cambiaba por primera vez a los nueve días, teniendo el cuidado de bañar la criatura fajada hasta los tres meses. Era imprescindible cubrir su cabecita con un gorro, que comúnmente se confeccionaba de la parte superior, de una media de mujer. Se tenía por norma sacar al recién nacido de la casa el primer día, para “que conociera el mundo”, luego lo encerraban y no volvería a ver la luz del sol ni a respirar aire libre, hasta después de nueve largos días.

A la madre, en el momento mismo del parto, se le daba a tomar un jarro de agua fresca para “evitar el derrame”, de aquí en adelante, tomaría agua hervida o tisana de flores de manzanilla y alhucema, debería de permanecer acostada por lo menos cinco días y en cada uno de éstos, la partera le hacía visitas con la finalidad de “levantarle la barriga”. La parturienta era sometida a rigurosos cuidados durante cuarenta y un días, cuarentena conocida con el nombre de “riesgo”. Durante este período, no podría bañarse en agua fresca y llevaría una dieta especial, donde no podría faltar, sopa de pollo con fideos, galletas de harina de trigo con chocolate y las infusiones de toda clase de especias. Su principal tratamiento médico era tomar purgantes de distintos aceites y un preparado o pócima, conocido con el nombre de bebedizo, que era el único antibiótico conocido para el caso. Tanto las batas de cama de la madre, como la canastilla y las sábanas, obligatoriamente eran de color blanco, para simbolizar la inocencia en que se inicia la fatiga de la vida.

Octogenaria ya, Loreta quería seguir desempeñando sus funciones de partera, pero la voluntad y la tenacidad jamás han podido vencer al resultado de la marcha incesante del tiempo, que le señalaba con su flecha de dirección inequívoca, que había llegado a su final en el noble ejercicio de su profesión. Su primer aviso al cese de actividades fue la pérdida de la visión, situación que la sumía en la más profunda tristeza y dentro de este estado exclamaba: —¡Quién atenderá ahora a mis paridas!

Esta bienhechora de la humanidad ha sido recordada con gratitud y respeto a través de varias generaciones.

OTRAS COMADRONAS

Aproximadamente dentro de la tercera década del presente siglo, ya Neyba vislumbraba algunos conceptos profilácticos sobre el recién nacido. Aquí surgen nuevas comadronas, que aunque actuaban obedeciendo a la vieja rutina y sin ninguna orientación técnica directa, tuvieron mejor disposición, tomando las precauciones indispensables para evitar trastornos futuros, disminuyendo notoriamente el ataque del conocido “trabo”*, que tantos estragos causó en nuestros tiempos antiguos. Desde entonces bajó considerablemente el índice de mortalidad de los recién nacidos en toda la región.

Entre las nuevas servidoras a la comunidad dentro de la medicina por habilidad en el campo de la “obstetricia y la perinatología”, se distinguieron: Basilia del Valle, Rosenda Recio, Bertilia de Vásquez y otras.

HUENDE O GUENDE

Los invasores, en todas las épocas, y en todas partes del mundo, cuando sientan sus botas profanadoras de las libertades públicas en tierras extrañas, tratan de imponer sus leyes y de establecer sus formas de vida.

Clara está la razón por la cual las regiones fronterizas del país, fueron las localidades donde se sintieron en carne propia los rigores de la ocupación haitiana, ultrajando nuestro idioma y adulterando nuestras costumbres vernáculas. Doloroso es decirlo, pero la verdad es una, la verdad es la verdad, aunque sea amarga, hiriente, vergonzosa como tal, es el caso del “huendé” o “güendé” que

* Trabo: Tlétano.

prevaleció en los alrededores de Neyba, con excepción de la zona urbana hasta principios del siglo XX y que en otras localidades del país tomó el nombre de “baquini”.

Conocidas las deficiencias en las delicadas atenciones del recién nacido, es fácil comprender las causas de la conocida enfermedad que con tanta frecuencia minaba la existencia de estos tiernos seres, que apenas si llegaban a percibir las primeras sensaciones de la vida.

La partera según hemos dicho, todos los días fumando o comiendo, tomaba en brazos la criatura y le destapaba el ombligo para ver “como iba eso”, pero su única preocupación era tenerlo encerrado durante nueve días y no meterlo de cuerpo entero en el baño, sino asear las partes mas delicadas con un paño húmedo.

El período comprendido entre la fecha del nacimiento y los siete días siguientes, era conocido como “tiempo del trabo”, pues como es natural era este el período de incubación del tétano adquirido al nacer por la deficiencia de precauciones. Dentro de este período, un día cualquiera, la criatura presentaba síntomas de “trabo” dejaba de tragar los alimentos, una palidez mortal asomaba en todo el cuerpecito, digno de crecer, con derecho a vivir, a desarrollarse, pues había nacido sano. Sus débiles extremidades comenzaban a adquirir una rigidez tal, que si se agarraba por los pies, podría sostenerse en posición horizontal o vertical según el caso. Presentados estos síntomas, ya no había esperanza de vida, era esta ya, una sentencia de muerte.

Pero... ¡qué dolor!, ¡qué fuerte resulta dar a la publicidad estos errores! Esta muerte prematura de una criatura que podría esparcir resplandores de felicidad, era tomada como centro de diversiones en las aldeas circunvecinas cuyos moradores guardaban íntimas relaciones sociales con los urbanos. Por ello, la juventud, siempre dispuesta al disfrute del placer, cuando ocurría un deceso de esta naturaleza, se reunía de inmediato circulando la noticia con gran alborozo, en un pueblo que siempre estaba ávido de esparcimiento. Propagada la información de la triste ocurrencia, abundaban conversaciones como esta:

—Oye, José, se murió el muchachito de Domingo.

—Anjáaaaa! —expresa el amigo. Esta sí que no me la pierdo yo, esta noche nos acabamos en ese “güendé”. (Esta palabra, creemos, deriva del Patois).

—Qué va, muchacho! esas gentes son muy “apuraos”, esos no tienen... ni pá la vela.

—¿No me digas? —insiste el amigo— la madrina es doña Lola y esa sí, que tiene unos “riales”. Además tu sabes que esas son las gentes de “gaita”* y pá que vean que es verdá” que tienen... nunca se quedan “atrá”.

—Es verdá”, es verdá, vamo pá allá dice el primero con entusiasmo.

Muchos diálogos como este surgían dentro de la alegría de encontrar un motivo que estimulara el deseo de iniciar la parranda.

En estos casos era obligatorio organizar la fiesta para “despedir los ángeles al cielo”. Si los padres no estaban en condiciones económicas para hacer los gastos, los padrinos se encargaban de todo lo necesario para el velorio del ahijado, hasta dejarlo en su morada definitiva.

Se elegían para amortajarlos, telas finísimas, siempre transparentes: organdí, sismor, punto, tul etc, usando como adorno arandelas, rizos, encajes y cintas. Amortajado ya, era cubierto el inmóvil cuerpecito con flores silvestres, por la escasez de flores cultivadas, por no decir la inexistencia. Coronadas sus sienes, apenas selladas con el primer beso maternal, o acariciadas por el primer contacto de una saludable brisa, llenando el cometido floral las bien conocidas coronitas de color rosado, que tanto abundaban en aquellos tiempos y que hasta hoy conservan el nombre de “flores de muertico”, comenzaba la fiesta.

Café, ron, caramanche, canciones, carcajadas, jenjibre, cuentos, adivinanzas, etc., todo lo que pudiera proporcionar distracción. Pero lo principal eran los juegos sociales, que consistían, en que los

* Gaita: Gente con principalia y dinero.

participantes, si no sabían resolver las cuestiones propuestas, empeñaban una prenda y esta tenía que ser rescatada por su dueño por medio de alguna actuación pública, que para su deleite señalaba la concurrencia.

Entre estos juegos, sobresalía “El Florimón”, extinguido ya. El punto central de este juego, era un hombre que se prendía una cinta de papel colgando del ruedo del saco y una muchacha con una vela encendida en la mano. Todos los participantes formaban una ronda alrededor de ellos y comenzaban a cantar al compás de palmadás:

“A que no le quema el papelón”. “A que no le quema el florimón”. La pareja iba bailando dando la vuelta al círculo formado por los que jugaban y haciendo toda clase de mímicas; el hombre evitando que le quemara la muchacha el papelón y ésta, luchando porque la llama de la vela hiciera contacto con la cinta de papel que flotaba suspendida como centro de interés de la diversión, pues si lograba quemar el papelón, ella ganaba el juego, si a determinada señal ella no había logrado encender la cinta de papel, el hombre había ganado.

¡Cuántos saltos daba el hombre huyéndole a la llama de la vela!
¡Qué emoción cuando la muchacha lograba quemar el florimón!

Una serie de juegos similares se desarrollaban hasta el amanecer, pues aunque la criatura muriera en horas de la mañana, el motivo de fiesta exigía pasar la noche, para hacer el entierro al día siguiente. En algunas ocasiones había tanto entusiasmo, que por respeto y consideración a la madre, trasladaban el pequeño cadáver a la casa de algún familiar o amigo y allí, muchas veces, los juegos se convertían en fiestaailable. Ya entrada la noche, alguien salía del grupo y decía en voz alta: “Güendéééé?”, y comenzaba a cantar:

—“Güendé, Güendé, huendé, Macallá, “Saca tu pareja y ponte a bailá” y como los músicos habían sido avisados con anticipación, no se hacían esperar y así comenzaba el baile.

Casi siempre estos actos se celebraban al aire libre y cuando el rosicler anunciaba el nuevo día, entre palmadas y cantos, levantaban el inerte cuerpecito y todos iban al cementerio a depositarlo en el

regazo de la madre tierra, con la célebre despedida : “¡Angeles al cielo! ¡Al cielo angelito! Las madres dentro de su inmenso dolor por la pérdida de su tierno vástago, no tenían valor para oponerse a tan desagradable espectáculo por la creencia de que con ello se llegaba a ofender a Dios.

LOS “VELORIOS” O VELATORIOS

Atendiendo a los principios cristianos, el hombre consta de dos partes fundamentales: el cuerpo, formado por la materia que en su evolución transitoria se transforma, y el espíritu, que es inmortal, es esencia. La finalidad de la materia, es sólo alojar el alma en el mundo terrenal.

Tal vez por omisión, los encargados de difundir la religión cristiana, no dieron a la humanidad la formación indispensable para conocer y aplicar estos principios, viviéndolos a plenitud. Si se hubiera conocido esta verdad religiosa desde el comienzo, no viviríamos aferrados a la vida presente con todas las fuerzas de nuestro ser, lo cual exige una actitud en nosotros muchas veces de rebeldía, cuando se desprende un miembro de la familia, abandonando este mundo por la separación del cuerpo y el alma, pues no comprendemos que si el cuerpo muere, el alma vive, ya que esto es asunto de fe y resulta difícil esta aceptación inmediata para las personas que nos hemos desarrollado, viendo la muerte, no como una línea de transición, sino como el final de la existencia del hombre. Nos toca a nosotros ahora, luchar por que las nuevas generaciones no vean la muerte en contradicción con los principios cristianos.

Aunque la falta de formación impulsara a los parientes de los fenecidos hasta la desesperación, acto hoy controlado por la fe, el solo hecho de la transmutación de un ser humano hacia el mundo de lo desconocido, aun confiando en el encuentro de un mundo mejor, debería ser suficiente para hacer de la muerte, un acto solemne, que debiera merecer en todas las épocas, la más estricta veneración.

Pero, lamentablemente, no ha sido así, se establecía en los

velatorios de difuntos, un notorio contraste entre la desgarradora situación, saturada del más profundo dolor de los deudos y la disposición de ánimo diversionista de los amigos y lugareños, que pretendían, no obstante, compartir la pena con la familia afectada.

Todos iban a la reunión a pasar el rato alegre, pero la familia, golpeada de cerca por la pérdida de uno de sus miembros, saboreaba esta desagradable conducta, con la amargura interior de tener que aceptar lo que no se debe, por respeto a quienes lo imponen.

Los hombres de la familia se encargaban de organizar el velatorio. Lo primero era buscar grandes troncos de guayacán que colocaban en el patio y le prendían fuego, para luminar el recinto. Esta iluminación era indispensable, pues se carecía de luz eléctrica.

Colocadas en distintos sitios varias mesas, iluminadas con velas, se comenzaba una serie de juegos, muchos de ellos con barajas, como los siguientes: brisca, siete y medio, caída, burra, talla etc. Algunos años más tarde se jugó al bacará y al dominó. Nunca faltó el juego de dados, con o sin interés económico. Los aplausos y toda manifestación de alegría de los ganadores, llenaban el ambiente con un aspecto, que parecía de todo, menos el duelo de una persona que pasaría a otra vida y a quien sus familiares despedían con lágrimas a torrentes y frases de íntima condolencia. Sólo faltaban allí las coplas y las canciones usadas en los “Huendé” de los recién nacidos.

Además del ron, no faltaban los cigarros, el jengibre, el café, etc., cuya abundancia dependería de la posición económica de la familia del difunto. Era frecuente oír entre los contertulianos:

- Por ese camino vamos todos.
- “Unos van alante y otros van atrás”.
- “El muerto al hoyo y el vivo al bollo”.
- Esos gritos no viven a nadie, pero a mí me tienen perdiendo el juego.
- Cuando yo me muera no me guarden luto, me é dao mucho gusto.

Todas estas expresiones, iban acompañadas de carcajadas y

vociferaciones nacidas del placer propio de camaradas excitados por los efectos del ron.

Andando el tiempo, evolucionando las generaciones hacia el progreso intelectual, comenzaron a descollar familias, que se opusieron rotundamente a la práctica de estos juegos, que poco a poco fueron desapareciendo, hasta atrevernos a asegurar, que sólo en lugares muy remotos podría continuar esta forma tan inhumana como desagradable de velar a los idos para siempre.

Al caer en desuso estos juegos profanadores del respeto que merece una persona que ha terminado la actividad del cuerpo, desapareció también la nutrida concurrencia de los acompañantes, pues éstos, so pretexto de cumplir con los amigos, acompañándolos en la velación del cadáver de un pariente, lo que hacían era aprovechar la ocasión, para el disfrute de una diversión sin costo alguno, pues tan pronto como se disipó tan vieja como oscura tradición, a los difuntos”, que pasan la noche en andas”, les amanece solo con los familiares más íntimos y algunos amigos unidos a ellos, por vínculos estrechos de amistad o compromiso.

HECHICERIA

Hay quienes hayan afirmado, que Neyba, por su proximidad a la línea fronteriza, fue bastión de las supersticiones. Nos resistimos a aceptarlo. Mucha gente había que creía en hechicería y mucha gente había que no creía en hechicería. En Neyba, como en todo el país, había gente que no creía en estas cosas y gente que en estas cosas creía y cree hasta nuestros días; luego, pues, no es esta una práctica de los neyberos en su generalidad, sino que, es credulidad de parte del vulgo en todas partes, desde que el mundo es mundo. Algunos opinan que los testimonios de credibilidad que dan algunas personas sobre la existencia de una supuesta magia negra improvisada, que por su naturaleza misma se sustrae a los principios lógicos de un concepto racionalista, son restos de algunas culturas antiguas extinguidas y que han sufrido degeneraciones a través de los tiempos. En tal virtud, muchos serían capaces de pensar, que los casos que la ciencia médica no podría resolver por medio de

procedimientos científicos esencialmente, cualquier estúpido podría resolverlos, engañándose a sí mismo, queriendo aparecer como poseído de seres extraños, que le proporcionarían poderes sobrenaturales.

Tomar imágenes de santos y colocarlas vueltas sobre el suelo, encender algunas velas, amarrarse un pañuelo rojo en la cabeza, tomarse una botella de ron y cantar sin saber qué se cantaba, ni en qué idioma se hacía, dada la incoherencia de la expresiones cantadas, eran el apresto para una extraña ceremonia implorando a los “seres su llegada a tomar posesión del cuerpo y facultades del “brujo”, para una vez encarnado el “ser” o demonio, proceder a la realización de las pseudas curaciones o al “despojo” de los maléficos influjos—, que a intención de sus enemigos o antojadizamente, perturbaran en sus actividades a sus incautos creyentes.

Comenzar a dar saltos y palmadas, a desmesurar los ojos, a apretar los dientes y a hacer toda clase de muecas, era signo de que ya había llegado el mensajero del diablo y comenzaría la función.

Lo mejor es, que el campo de acción de estos distorsionadores de las mentalidades más débiles, no se limitaba a las curaciones de dolencias físicas y trastornos mentales, sino que se ofrecían para hacer “arreglos” a la suerte, a fin de alcanzar el triunfo en cualquiera empresa que se deseara iniciar, o adelantar en prestigio y economía.

Claro está que, estos embaucadores, hacían creer a sus infelices clientes (no pacientes), que sus problemas no eran de índole natural y que por tanto escapaban a la capacidad de los facultativos de la medicina. De aquí que su recetario estuviera compuesto, por baños, frisiones, brevajes sin saber de cuales polvos, zumos, “reliquias” o “resguardos” y una diversidad de artículos que no creemos necesario enumerar.

Se hablaba también de un pacto especial con el diablo, mediante el cual, la persona interesada en adquirir fortuna con facilidad, ofrecía vidas humanas al espíritu infernal, que en estos casos, recibía el nombre de “bacá”. Se cree que este nombre, fue importado de la vecina República de Haití, donde, según dice la gente, desde

tiempo inmemorial se practican estas supercherías. Cuando moría una persona, que tuviera alguna relación de amistad o de trabajo con alguien que fuera señalado como poseedor de “bacá”, inmediatamente cundía el rumor de que este difunto había sido “vendido” por el amigo o patrono y que su alma iría a parar a la corte del “bacá” con quien éste había pactado. Había quienes se atrevieran a creer, que estas negociaciones llegaban a realizarse con miembros de su misma familia. Naturalmente, estos son sucesos, correspondientes a tiempos muy remotos y que han llegado hasta nosotros mediante los conocidos “cuentos de la abuela”. Aquí reproducimos algo al respecto:

—Oye, se murió Martica esta mañana.

—Ssiii...? Y no dizque le “taban” dando tanta medicina de la de Haití?

—Sí, pero no valió. Tanto, que “Mimboy le dijo que no comiera esa batata!

—¿Batata, ¿Cuál batata?

—No te hagas, tu sabes bien ese cuento, tu sabes que se la dio quien “sabemos”.

—Pero... ¿tú tá... creyendo algo?

—Cómo, qué... qué!!!

—Eso es como “untale jamergo a un muerto”*

—Yo no creo mucho en esa p.....

—Bueno, yo te digo que..., “dende” que se comió la batata, fue con un guay!, guay!, guay! que.. se vino a “callá” pa ‘morirse”.

—Entonces, tú crees que... la “vendió”.

—Eso mismo, “ve a ve”, no tá tiesa “tuavía” y se murió “dende” esta madrugada”.

—Parece que tá dormiendo “y se ve como que tá sudando”....

—Entonces no hay que hablar... “la vendió, la vendió... la vendió” Ya no diga mas ná, “la vendió”, ahora el hombre con cuartos y su “may” sin su hija.

* Significaba: Eso es poco, para lo que se hace.

¡Qué negociazo, compay!

Era común que la gente abrumada por la muerte sorpresiva de alguna persona, afirmara sus creencias en este tipo de cosas. Como es natural, esto ocurría entre la gente de más baja cultura, pues la población de ninguna entidad política, ha logrado uniformidad de conceptos.

SUPERSTICIONES MAS COMUNES::

Aisladamente de los hechiceros, ha tenido gran difusión en todos los tiempos, una serie de supersticiones que alguna gente ha respetado y otra gente, más consciente, ha tomado como chistes o entretenimientos, riéndose de la ignorancia de quienes las acepten. Entre las más usadas citaremos algunas:

El mal de ojos

Esta era una fuerza magnética que se le atribuía a los ojos de determinadas personas y que tenía poder para producir enfermedades y hasta lesiones permanentes en los seres humanos y en los animales. Para preservación de este mal, se solía colgar dijes de azabache, del cuello y de las muñecas de las manitas de los niños tiernos. Había quienes fueran tan exagerados, que pretendieron extender este influjo hasta las plantas, especialmente a los cultivos de frutos menores, de los que osaban decir, “les robaban la flor”, es decir, la mirada penetrante de las personas a quienes se les atribuía este poder, impedía que cuajara el fruto arruinando la cosecha.

LAS BRUJAS:

Alguién creía en un poder sobrenatural de algunas mujeres, de remontarse a las alturas del espacio, como aves voladoras, cuya misión era transportarse a las viviendas donde sabía había nacido alguna criatura, para succionarle la sangre cual vampiro y luego aplicar esta sangre en distintas formas, para rendimiento de asuntos económicos. Personas había, a quienes hoy debemos calificar como mentirosas, que hacían historietas acerca de “las brujas”,

como aquellas que las habían visto con sus propios ojos. Hacemos un recuento de algo referido sobre el particular.

Alarmados amanecen los vecinos de cierto barrio, por no haber podido dormir en la noche anterior, porque se habían percibido extraños ruidos, piedras que rodaban sin saber de donde salían y un constante aullar de perros, que daba la impresión de que algo raro estaba sucediendo. Una señora, impulsada por la curiosidad, se fue a visitar a una comadre que estaba recién parida. Antes de asomar la nariz a la puerta de la casa de la comadre, ésta, sin responder el saludo, la recibe contándole:

—Ay, comadre, anoche estaba como dormitando y de pronto, siento que la casa se estremece y un peso enorme se sentía en toda la vecindá. Yo estaba loca por avisarle, porque sé que usted, sabe algo de oraciones.

La visitante, con cierto espanto, opina: —Anjááá...? y que sería eso? ¡Algún difunto “desandando”! ¡“Abrenuncio”.

“—De mí, parte no tendrá. Dios lo lleve a buen lugar y lo ponga a descansar”.

—Comadre, “a usted, cree que ese era muerto? Pué... mire que pa mí no, pá mí que ese era vivo... y vivo con plumas”.

—¿Cómo? ¿Entonceéé... era una bruja?

—Ni má, ni meno'. Yo siento ese revoloteo y “Tiborón” (un perro) que lo siente también, comienza a ladrá, dejpué miro por la “endija” de la puerta y lo veo con el rabo metío entre las pata, como “güeliendo” la tierra, ya va de aquí, ya va de allí, corre pá acá, corre pá allá y mirando pá “riba” el rabo y gruñó enseñando loj dienté y ahí mismo empezó con “unoj alarío”, que enfríaban la sangre y cuando yo oigo ese aúlla que aúlla, digo: hay algo y “dium voliu”, cojo mi muchacho y me pongo a “dale el pecho”.

—¿Y, entonces la bruja quedó quieta? —Pregunta la comadre.

—No! qué quieta! Son el mismo diablo, empezó con un aleteo y con un clo, clu, cloclo, clu y dice ese perro a “descalentarse”, hasta

que despertó el vecino del lado y éste se levantó y vino a mi casa y vió la bruja y cuando la vió le hizo una “crú con loj deo” y entonce‘ le dijo:

—Anjááá! taj ahí? hija de tu may, ¿conque te lo quí sorvé?” Ahora tu verá hombre. Y empezó a rezarle y le rezaba y le tiraba piedras y le rezaba y le tiraba agua bendita y le rezaba y le enseñaba “la crú con loj deo”, hasta que el perro se metió y fue un “revú” entre ese hombre, esa bruja y ese perro, pero eso sí, comadre, que yo no sabía que mi compay entendía tanto eso de bruja!

Ese sí, que sabe “deso”.

—Comadre, pero, ¿qué pasó?

—Ah!, comadre, eso casi usted lo adivina, al rayar el día, oigo ese golpe plof! una cosa pesááá... que cayó de arriba de la casa, parece que como el hombre es dorzú” y además parece que sabe “deso”, porque yo lo ví que vino con loj pantalone” “arrevé”* y con el sombrero también “voltiau arrevé”. Comadre, ese perro tuvo una cosa tan fuerte, que hoy no ha “queriu comé, no ha probau bocau de lo estropiau que tá y tiene loj do ojo coloráááooooo como do yema de huevo.

—Pero comadre, entonces ¿dónde está la bruja? porque todavía es temprano y usted dice que la tumbó y yo no veo aquí ni una pluma.

—“Comadre, no venga con cosas, no se “haga”, que usted sabe bien que esaj pluma no se ven al otro día, porque son arte del mundo, además, al dorzú le dió pena cuando la tumbó, parece que la conoció, sí, sí, la conoció y dejpué que la tumbó la dejó “dí”, sí, sí, la dejó dí “porque la conoció”.

—Qué barbaridad! Yo no la dejo ir, no, no la dejo ir, porque esa gente por cuarto se atreve a todo. Yo le hubiera hecho, como dizque le hicieron aaa... aaa... aaa..., tu sabes bien a quien, porque aunque sea mentira, eso andaba aquí “como tajo en boca é perro”.

* Dorzú: Hito nacido después de unos mellizos.

Sí, él la dejó “di”, porque tu sabes como es la cosa, “con una piedra se matan muchas aves” Y yo creo... yo creo... que la que él creía que era... es familia de jum... jum... jum..., lo salan esas gentes si deja que llegue el día.

Mucha gente de ayer se aturdía pensando y creyendo en esta clase de narraciones, pero ya gracias a los giros que da la civilización, estas han pasado a los cuentos de ligera fantasía.

ZANGANOS:

Se creía también que algunos hombres intentaban volar como las brujas pero no podían o no sabían hacerlo, y todo se resumía a dar numerosas zancadas y brincos descomunales, a estos se les llamaba zánganos y su misión era idéntica a la de las brujas: Succionar la sangre de los recién nacidos, para aplicarla en sus trabajos de hechicería.

¡Qué horror! ¿Quién se atreverá a pensar esto en nuestros días?

QUEBRAR EL “AGITO” (AHITO):

Muchas veces los niños menores de un año, sufrían indigestiones u otros trastornos estomacales, que les ocasionaban diarreas, fiebres, inflamación del vientre y una notoria palidez general en el cuerpo, con ligera inflamación de pies y manos. Este síndrome, según los curanderos, era seguridad de que el niño estaba “agito”. Para curar este mal, tomaban al niño enfermo y se lo acostaban boca abajo sobre las rodillas y con los dedos índice y pulgar de cada mano, tiraban violentamente de la piel a todo lo largo del espinazo, muy especialmente en la región lumbar, yendo por partes, dando cada tirón a una distancia aproximada de dos a tres pulgadas. Estos tirones, que según las que lo practicaban tenían por finalidad, desprender el “agito”, “que ya estaba adherido a las vértebras”, iban produciendo un sonido, parecido al que producen los dedos cuando se les presiona sobre las coyunturas: Crap, crap, crap, crap. Esta operación se conocía como “quebrar el agito” y eso, según la época, era suficiente para creer sanar al niño y así hablaban algunas en el momento de hacer la curación:

—Oye como “estralla”, ese era un compay “agito”, un “agito” muy viejo porque “taba muy pegau”, me hizo sudá, pero ya se despegó, lo verán mañana cuando lo “vote”, con el purgante lo va a “votá” en pedazos, eso sí, que va a dá esa “engordá”... que no lo van a conocééé...”

Es de suponer la desesperación de un niño enfermo o sano, que fuera sometido a semejante tortura. Gritaban hasta privarse, muchas veces, hasta urgencias fisiológicas se les presentaban en estas situaciones. Las madres, al ver el estado de amargura de sus hijitos, derramaban abundantes lágrimas, pero estas lágrimas eran enjugadas de inmediato, con el atenuante de la creencia de que en esta desesperante acción radicaba la recuperación de la anhelada salud de aquellos retoños, cuyo desarrollo constituía la meta de sus aspiraciones.

LIMPIAR LA SUERTE:

Cuando los negocios de alguien no progresaban, en realidad como producto de algún factor negativo que lo determinara, no faltaban intrusos, que ofrecieran al afectado este consejo:

—Si tú no te haces “una limpieza en la suerte”, no llegarás a ninguna parte, pues lo que parece es, que tú has pisado algún “mal” enterrado, ya sea puesto para tí, o sea puesto para otra persona.

El incauto, al oír esto, exclama:

—Ah!, ya había yo pensado en eso, eso es, eso es, esooo... es... pues trabaja que trabaja y nada, el negocio cada día, más “pá bajo”. Mañana mismo voy donde uno de esos que dizque “se montan” y hasta dicen quien le ha hecho el daño a uno.

Aquí comienza éste a gastar hasta lo que no tiene, para quedarse en peores condiciones.

AMARRAR A LOS MARIDOS:

Lo más usual era, que si un hombre daba a su mujer demostraciones de amor y de confianza, el vecindario comentara:*

—¿Lo ves?, no sale a ninguna parte. Los amigos lo invitan y nunca puede, ese hombre no sale de “abajo‘e la falda desa mujé”. ¿Un trago?, no se lo bebe a nadie, no, no, eseeee...ni la nariz saca afuera de la casa, ese tááá... bien “amarrau”.

—No diga ná, ese taa, bien “mangliau”.*

Significando con estas conversaciones, que con brevajes y candiles, se conquista o se retiene el amor de un marido.

ECHAR DIFUNTOS A LOS VIVOS:

Poder se atribuía a los muertos para abandonar su sitio de destino, atendiendo órdenes y disposiciones de los hechiceros, para apoderarse del cuerpo de determinadas personas para hacerles daño. En estos casos, los pacientes se mostraban tan nerviosos, que parecían haber perdido la razón. Esta situación permanecía hasta que las ceremonias de algún falsario lo ofuscaban haciéndole creer que el difunto que le habían echado, ya había sido despedido.

Comenzaba por hacerle una serie de cruces con ajos machacados, carbones de madera de roble pulverizados y un poco de agua bendita. Luego, tomaban dos astillitas de cuaba y formaban una cruz, la encendían por los cuatro extremos, y se las colocaban al enfermo debajo de la cama. Con estas ceremonias, “muerto retirado y enfermo curado”. El hechicero, satisfecho de su fechoría, solía decir:

—Oiganlo como va, óiganle los alaridos que lleva.

Pero ni enfermo ni acompañante, oían los gritos despavoridos

* Mangliau: Amarrado con hechicería.

del difunto, que sólo eran oídos por el brujo que trataba de alucinar a los incautos.

AGUARSE LOS PLANES

Cuando se hablaba de algo positivo, había que dar tres golpes con el puño sobre madera, para asegurar este bienestar; de lo contrario sería interrumpido.

Asimismo se esfumaría todo proyecto si se tomaba café estando de pie.

UN PUÑADO DE TIERRA PARA LOS DIFUNTOS

Antiguamente, no se acondicionaban las fosas para el enterramiento de los cadáveres, como se hace ahora, sino que se colocaban los ataúdes en el fondo de la excavación y se llenaba el hoyo con la tierra extraída al abrirlo.

Al rellenar este hoyo, todos los asistentes tenían la obligación de echar un puñado de tierra al difunto, porque de no hacerlo, se caía en el peligro de ser perseguido por el finado. Esta tierra era bien recogida formando un montículo sobre la superficie, hasta que llegara la ocasión de ultimar los arreglos de la sepultura.

CAERSE EN EL CEMENTERIO

Cuando se visitaba el cementerio, había que pisar con mucho cuidado, pues se vivía en la creencia de que si una persona sufría una caída en el cementerio, su muerte sería casi inmediata.

CRUZAR LOS BRAZOS SOBRE LA CABEZA

Ponerse una persona los brazos sobre la cabeza, se consideraba un imán que atraería toda clase de mala suerte.

LA MALA HORA

Si un niño se sentaba o se acostaba en el piso de la casa,

quedando en el medio de la puerta de entrada, cosa muy frecuente en aquella época, se le regañaba diciéndole: —“Quítate de ahí, que por ahí pasa la MALA HORA y te mueres”.

EN EL DIA DE FINADOS

La última persona que salía del cementerio el día de Finados, moriría primero que todos los asistentes.

CONTRA LA HEMORRAGIA NASAL

Para suspender la hemorragia nasal era suficiente fijar con una sustancia pegante cualquiera una moneda de un centavo sobre la frente de la persona afectada. También en estos casos se proporcionaba que la sangre cayera sobre una pequeña cruz formada de la madera del árbol de piñón.

ALEJAR LAS BRUJAS

Poner sobre la cama del niño recién nacido un espejito, alejaba las brujas, porque al reflejarse en el espejo, ellas se asustarían de sí mismas. En las cuatro esquinas de la casa, se esparcían puñados de pimienta de guinea, también indicado para alejar las brujas.

COMO AGARRAR A LOS ASESINOS

Cuando se cometía un homicidio, se velaba el cadáver de la víctima “boca abajo”, para que el homicida no pudiera huir y tuviera que entregarse a las autoridades.

QUEDARSE JAMONA

Si una mujer soltera se sentaba en un pilón de madera, se quedaría jamona. También se quedaría jamona toda soltera que al hacer un brindis en bandeja se quedara con ella en la mano después de agotado éste. Para evitarlo, había que voltear la bandeja.

Tampoco se casaría, la que permitiera que se le pasara una escoba por los pies al barrer.

BARRER POR LA NOCHE

Si se barría la casa por la noche, se acortaría la familia, muriendo a temprana edad algunos de sus miembros.

ESPEJOS ROTOS

Romperse un espejo era señal de mala suerte. Era necesario echar a los pedazos abundante azúcar, para evitar la desgracia que presagiaba.

SANAR EL BAZO

Una supuesta enfermedad del bazo, se sanaría con pasarle una naranja formando una cruz sobre el estómago y luego atravesar la naranja con dos astillitas de cuaba diametralmente opuestas, a fin de formar también una cruz, luego se colgaba esta naranja en el caballete de la cocina, para que recibiera abundante cantidad de humo, como resultado de la leña que allí se quemaba. Se daba por seguro de que según se iría secando la naranja, se iría sanando el bazo.

EFFECTOS DE UN CHUCHILLO EN AGUA HIRVIENDO

—No, ¡no metas ese cuchillo de punta en agua hirviendo! gritaban las abuelas o personas mayores cuando alguien sin “experiencia” introducía un cuchillo en un envase con agua hirviendo, con fines de extraer algún alimento que se cocinaba. No metas cuchillos en agua hirviendo, que se te enfría la sangre y se te para el corazón”.

Hemos numerado aquí algunas de las creencias que la mente humana atesoraba como defensa propia, pero no toda nuestra población prestaba atención a estas abuciones, mucha gente había que se cuidaba de ellas, pero mucha gente había también, que nunca las tomaba en cuenta y de ellas se reía.

CAPITULO V

LA EDUCACIÓN

LA EDUCACIÓN EN EL SIGLO XIX

Contrastando con el aislamiento en que se mantuvo durante siglos, la carencia de vías de comunicación y la circunstancia de su situación geográfica, Neyba ha sido siempre un pueblo luchador por abrirse brechas entre las brumas de la ignorancia. A mediados del siglo XIX, gran parte de su población urbana sabía leer y escribir. Dentro de la restante población, abundaban los casos de los que sabían leer, pero no sabían escribir, pues la deficiencia de los métodos usados ofrecía esta dificultad, ya que separaba el proceso de la alfabetización en dos etapas: Primero la enseñanza de la lectura, y después la enseñanza de la escritura. Como en todos los tiempos, diversos factores han incidido en la deserción escolar; es esta la razón de que muchos abandonaran el aprendizaje a medias, sin alcanzar las destrezas que aprestan para grabar por medio de signos en una superficie plana cualquiera el precioso contenido de la idea, sin el uso indispensable del lenguaje oral.

Aprender a leer y a escribir en aquella época, en pueblos de igual desarrollo que Neyba en su nivel económico y social, era un privilegio, pero no así en éste, cuyas inquietudes son siempre rebeldes al óbice que intente frustrarlas. Las personas que lograban dominar el secreto de la palabra escrita, se encargaban de difundirlo entre sus familiares y amigos y, he aquí, que esto se convirtiera en

un entretenimiento que se usaba en las horas de ocio y que se conocía con el nombre de “dar lecciones”.

Así, era frecuente preguntar por un muchacho cualquiera, a lo cual se solía contestar: —Está “dando lecciones” donde las Teresa, o: “Está dando lecciones” donde las Cindo”. Porque el ahinco de aprender a leer impulsaba a los jóvenes de uno y otro sexos, a buscar entre los vecinos a alguien que supiera leer para pedirle ayuda en el ejercicio del “deletreo”. Aprender así a leer, diríamos “saltando”, influyó también en que muchos no aprendieran a escribir, pues la escritura exige una enseñanza con técnica, sosiego y ejercicio constante.

Se aprendía a leer por el “Catón”, que era un silabario alfabeticador que constaba del abecedario y de las combinaciones silábicas indispensables para la mecánica de la lectura. Se usó un tiempo después otro silabario, un poco más avanzado, el Libro Mantilla, que aunque seguía también el método del “deletreo” resultaba un poco más funcional, por la abundancia de ejercicios de distintas combinaciones, de las cuales carecía el “Catón”.

En cuanto a la enseñanza de la escritura, no se conocía método ni sistema.

Se trazaban los rasgos de la palabra escrita, de acuerdo a la habilidad de quienes la enseñaran. Por único material didáctico se conocían unas pizarritas de aproximadamente un pie de largo, por diez pulgadas de ancho. Eran usadas con unas barritas de grafito de forma cilíndrica, de menor grueso y menor extensión que un lápiz y que recibían el nombre de “creyones”. Se borraba la escritura con la mano, con un pedazo de papel o con un pedazo de tela. Este deficiente material, hacía más difíciles aún las labores. Después de dominadas las primeras dificultades, practicando ya la escritura de palabras, se iniciaba el uso de tinta y papel rayado, tomando estos ejercicios el nombre de planas. Largo tiempo después, aparecieron los cuadernos y los lápices.

LOS PRIMEROS MAESTROS DE QUE TENGAMOS NOTICIAS:

La deficiencia de organización en que se desenvolvían todas las actividades públicas, no permitió que en aquellos tiempos quedaran rastros fidedignos de los primeros maestros que en Neyba tuvieron a su cargo la noble misión de enseñar. Tradicionalmente se hablaba de Marcelino Quiñones, Tomás Bonilla y María Teresa Martínez, pero no pudimos obtener datos concretos acerca de su labor. Sin embargo, pondremos a disposición de nuestros lectores otros profesores también antiguos:

César Sepulveda

Procedente de Barahona, llega a Neyba como maestro, César Sepúlveda. Pertenece a los tiempos en que se marchaba según sus antecesores, fuera de organización y de programas. Tuvo algunos tropiezos en su labor, porque en su empeño por ofrecer frutos agradables, quiso aplicar la vieja teoría de que “la letra con sangre entra” y por eso la mayoría de la población escolar no asistía a las aulas. Las hembras evadían esta obligación con la excusa de ayudar a la madre en los quehaceres domésticos y los varones, envueltos en su manto de pánico, se escurrían simulando ir a la escuela, pero pasaban su tiempo en los conucos y en los montes que circundaban la población, entretenidos en la colección de frutas silvestres y en la caza de pajaritos. Como consecuencia del ambiente escolar en que se hallaban, era frecuente oír entre los muchachos del pueblo conversaciones que revelaban su temor y el poco interés que tenían por una escuela de esa naturaleza y así hablaban entre amigos:

—Oye, José, ¿tú no vas hoy a dar lecciones?

—Yóoo?... —Contesta José—, yo sí que no voy, ese maestro “me guinda”.

—Ven, no seas tonto —continúa el amigo, vamos hoy a ver si ya nos aprendimos el “deletreo”. Yáaa... yóoo... casi me lo sé, sí, me lo séee...

—No, Miguelito, no voy, si quieres que te “guinden” como a un chivo, vete tú, que yo me voy a cogé rolones.

—José, vámonos pá la escuela, mira que ya yo me sé el “deletreo”, sí, sí, me lo sé, me lo sé, ahora tú verá...De inmediato, hacía esfuerzos para demostrar a su amigo su avance en el deletreo.

Ya podremos apreciar lo adelantados que estarían aquellos muchachos en su proceso enseñanza-aprendizaje. Sepúlveda se conformaba con abrir y cerrar las puertas de la escuela cuando lo creyera conveniente, pues nadie lo controlaba. De aquí se desprende que muy poco hacía con la impresión que tenían sus discípulos de sus métodos y sistemas. Creía este buen señor, que aplicando castigos físicos alcanzaría buenos resultados en sus propósitos. Usaba muy especialmente la práctica de agarrar a los muchachos por el cuello, con fines de exigirles la atención, muy lejos estaba de hacerles daño, pero esto le restó simpatías entre alumnos y tutores. De esta forma de castigar, surgió entre los alumnos la expresión: “No quiero que me guinden como a un chivo”.

Manuel Báez

Desplazándose desde la antigua ciudad de Azua, llegó a la histórica villa de Neyba, el apuesto caballero Manuel Báez, quien llevaba la seria misión de difundir en aquella naciente civilización, los destellos de una cultura transmitida a su pueblo desde los tiempos de Cortés. Su pulcritud en indumentaria, en actos y en actitudes, hacían de Nené Báez, como se acostumbraba a llamarle, el verdadero arquetipo del maestro.

Se unió a la juventud como amigo, como hermano, como mentor y sobre todo como ejemplo del bien y de la virtud. Pero... negros crespones cubrieron la esbeltez de su figura y muere trágicamente en el franco disfrute de su vida fructífera, dejando la estela del dolor en una sociedad que despertaba al calor de su palabra orientadora.

Alfonso Wilson

Duros reveses sufrió la educación en este pueblo, después del

triste suceso en que perdió la vida el eficiente maestro y franco amigo Nené Báez. Pasaba el tiempo y nadie acudía a llenar el vacío producido por el maestro ido, mustio el hálito de la esperanza y en mera cosecha de la duda, de hallar o no, un maestro paralelo al ya finado, llega a principios del siglo XX, el austero profesor Alfonso Wilson, oriundo de San Pedro de Macorís. Este llevó un nuevo amanecer, pleno de fe y de ilusiones, para aquella juventud que sentía el ansia inmensa de la instrucción y sobre todo necesitaba del estímulo para una más correcta formación.

El nuevo Director de la Escuela de Varones, pues estas eran sus funciones, encontró abonado el terreno para su siembra en el vasto campo del saber, pues pudo contar con maestros auxiliares, que ya habían recibido la forja de la conciencia cívica y los preliminares para la docencia, bajo la inolvidable rectoría del insigne maestro Nené Báez.

Entre esta pléyade colaboradora del Director Wilson, citaremos: Luis Felipe González, Alfredo Medina, Fermín Labour, Jesús María Ramírez, Ismael Perdomo, etc.

Fuertes pilares fueron estos jóvenes neyberos para que Alfonso Wilson, pudiera triunfar en sus labores, ya que es de suponer la serie de óbices que tendría que vencer, en un pueblo que se había desmoralizado ante la pérdida de su querido predecesor.

Algunos de estos jóvenes, se alejaron de la ennoblecedora carrera del magisterio, tal vez por razones personales, otros, con carácter independiente abrazaron este apostolado, brillando sobre el vértice del triángulo de la responsabilidad, la consagración y la rectitud, el inolvidable Luis Felipe González. Abanderado del magisterio como su aliado inseparable, dedicó toda su vida a la enseñanza, sintiendo gran afición por la Caligrafía y las Reglas Gramaticales. Maestro de vocación, que vertía toda su alma para alcanzar los objetivos trazados, que como es natural, siempre marchan a compás de la ocasión.

Su amoroso empeño por tocar la meta de sus aspiraciones, lo hacían presa de la desesperación, que lo impulsaba muchas veces a usar métodos y procedimientos contraindicados, pero esto no

mermaba en un ápice la ingente labor educativa que desarrolló hasta la senilidad, sin menoscabo de su entusiasmo.

Fama es y no tiene precio, que en las épocas en que el despilfarro de los gobiernos era tal, que no se cumplía con la remuneración asignada a los empleados públicos, mientras otros abandonaban las aulas en busca de sustento, Luis Chuchú, (como familiarmente se le llamaba), mantuvo siempre en alto la bandera del deber, como bravo centinela que custodia los sagrados intereses de la Patria.

La estela luminosa que dejó Luis Chuchú en su largo batallar en el campo de las aulas, envuelve varias generaciones, antigüedad que justifica el hecho de no poseer título académico que lo acreditara como pedagogo, ya que en los tiempos de inicio en la carrera de sus amores, esto era casi un imposible. Luego, con el transcurrir del tiempo, cuando llega a nuestro medio el alborear de las Ciencias de la Educación, ya para él llegar a titularse para enseñar, era más que una onírica esperanza; ya estaba destruido por la presión inclemente que ejerce sobre la vida el inflexible cronómetro, que no tiene privilegios, ni tiene compasión.

Es muy justo que se haya honrado su memoria, bautizando con su nombre una calle de nuestro pueblo, su pueblo natal; lástima que no fuera la calle donde viera la luz por vez primera, nuestro viejo abanderado del magisterio, cuyo recuerdo simboliza el deber y el sacrificio.

Valores ocultos

Con la misma espontaneidad con que brotan las aguas de la fuente, sin que la mano del hombre llegue a perforar las entrañas de la tierra, surgen ante nosotros valores ocultos, que el crespón del olvido ha mantenido bajo la frialdad del tiempo: Bernabela González, Evarista Acosta, Epifania Guiteaux y Eugenia Medina, fueron regueros de luz en la lobreguez de la ignorancia en nuestro medio.

Bernabela González

Contrastando la austeridad de su carácter con la bondad de su corazón, fue un ejemplo de desinterés y de abnegación. A Dios

consagraba las primeras horas del día con firme dedicación religiosa que manifestaba en su asidua asistencia al Templo Católico y abría paréntesis en la fatiga de su trabajo de costurera, para dar rienda suelta a su reconocida vocación para enseñar. Así reunía en la sala de su casa a las niñas y señoritas del vecindario, impartiendo lecciones de moral cristiana y de buenas costumbres, así como también los rudimentos de la enseñanza de la lectura, de acuerdo a sus esfuerzos y capacidad. Muchas señoritas de la época aprendieron a leer con doña Bebelá, aunque no aprendieran a escribir.

Esta labor meritoria realizada sin remuneración alguna, solo tuvo como recompensa el afecto de sus discípulas y el reconocimiento de la sociedad.

Evarista Acosta

Merece mención y respetuoso recuerdo Evarista Acosta, quien desempeñó el cargo de maestra con anhelo y buena voluntad, distinguiéndose por el esmero y el amor volcado hacia sus alumnas. Tenía instalada su escuela en una vieja casa de la calle Canela, donde lograba a duras penas enseñar a leer según los métodos de entonces. Su principal disposición se dirigía a la enseñanza de la Historia Sagrada, que aprendían de memoria sus discípulas a fuerza de repetirla. En esta misión la ayudaban con las alumnas menores, Saturnina Herasme y Rosalía Acosta, quienes eran sus “pequeñas monitoras”. La población escolar orientada por Evarista, después de dominar el abecedario y las primeras lecciones del Libro Mantilla, era transferidas a la escuela de la maestra Epifanía Guiteaux (Fana), quien se encargaba de los grupos más adelantados, aunque sin ninguna sistematización en la enseñanza.

Debemos apuntar, que estas esforzadas profesoras, sólo se dedicaban al elemento femenino, ya que era estricta la separación de sexos en la educación.

Epifanía Guiteaux

Agraciada por la naturaleza con el don de mando, conjugaba

esta actitud con la afabilidad de sus modales. Esto hizo de ella una figura señera, símbolo de respeto en aquel conglomerado que la admiraba con cariño y devoción. Maestra consagrada, de una actitud incansable, sabía comprender a sus alumnas y hacerse comprender de ellas, se dedicó a la enseñanza con tanta decisión, que la comunidad le dio el sobrenombre de “la maestra”, por el cual todos la conocían. Algunos, al referirse a Fana, nombre con que la bautizaron los afectos de la sociedad en que vivía, lo hacían añadiéndole a este nombre la palabra maestra, o decían simplemente “la maestra”, quedando sobre entendido que se referían a ella.

Además de impartir docencia, labor que al igual que las demás realizaba en su propia casa, se preocupaba por la instrucción religiosa, dirigiendo en la Iglesia Católica lecciones de catecismo y preparando grupos de niñas para acercarse a Dios mediante el Santo Sacramento de la Eucaristía.

Eugenia Medina

Dulce, cariñosa, sencilla, de voz melodiosa, como el susurro de la brisa en una noche serena, así, con esa suavidad y donaire, desempeñó sus deberes de maestra. Eña, derivado de su nombre propio, con que sus familiares y amigos enviaban hacia ella un mensaje perenne de amor, no necesitó nunca del látigo que lastima, ni de la palabra soez que deprime, que eran los asiduos auxiliares del maestro de aquellos tiempos, porque su trato maternal puesto al servicio de la niñez y juventud era suficiente para mantener su autoridad y alcanzar la meta perseguida.

Hay que ponderar los esfuerzos realizados para lograr los fines, cuando no se disponía de ningún recurso didáctico, que no fuera la idea y la inquebrantable voluntad del encargado de realizarla.

ORGANIZACION ESCOLAR

Podrá observar el lector que hemos hablado de los más destacados maestros de nuestras viejas generaciones, pero no hemos hablado de cursos ni de organización de ninguna especie, sólo hemos

apuntado que las maestras dirigían las escuelas de hembras y los maestros las escuelas de varones, poniéndose de manifiesto, que a mediados del siglo XIX y principios del siglo actual, nuestra escuela marchaba sin rumbos fijos, limitándose a los siguientes aspectos referentes a varias disciplinas: Lectura, Escritura, Nociones Gramaticales, Historia Sagrada, Historia Natural y Cálculo, sin excederse de las cuatro reglas fundamentales de la Artimética, todo al gusto y de acuerdo a la capacidad técnica del maestro, sin horarios, programas, ni sistemas definidos. La Escuela de Varones, casi siempre funcionaba en la Casa Consistorial, llamada también Casa del Pueblo y las Escuelas de Hembras, que había siempre más de una, funcionaban en las casas de las maestras, algo semejante a lo que es hoy una Escuela Hogar.

Muy poco se ocuparon los gobernantes de aquella época, de este hermoso renglón de la Administración Pública. Los alumnos llevaban sus asientos a la escuela y casi siempre regresaban con ellos a la espalda, porque nunca sobaban en sus hogares.

Es justo consignar que el desorden interno de las frecuentes luchas intestinas, ofreció oportunidad a los Estados Unidos de Norteamérica para que, atendiendo cuestiones de índole político-económico, realizaran su negra intervención del año 1916, estableciendo aquí un gobierno Militar, que introdujo reformas en nuestra primera Legislación Escolar, promulgando una Ley sobre Instrucción Primaria Obligatoria y creando un Consejo Nacional de Educación que se encargara de la instrucción pública en el país, organización que nuestros antiguos gobernantes, no debieron esperar que viniera un extraño a realizarla.

Sistematizada ya la enseñanza a nivel nacional, llega a nuestra villa, el distinguido Preceptor Don Pablo Barinas, natural de San Cristóbal, a quien correspondió la oportunidad de ajustar la Escuela Primaria en cursos y grados, labor que pudo llevar a efecto desde su alta investidura del cargo de Inspector de Instrucción Pública, dignidad que ostentó Neyba por primera vez.

Al organizarse la enseñanza atendiendo a disposiciones normativas, como es natural, comenzó a sentirse la necesidad de

personas capacitadas para servir los cargos de maestros. De orden superior se organizaron en todo el país Cursos Pedagógicos, que recibieron el nombre de Escuelas de Verano. Una de estas escuelas funcionaba en Neyba bajo la inmediata dirección del Inspector.

Las clases de verano tenían horario nocturno. Acudían a ellas todas las personas que teniendo algunos conocimientos técnicos, quisieran ingresar en las filas del magisterio.

Trasladado el Inspector Barinas cuando ya el pueblo estaba acostumbrándose a la nueva organización, llegó para reemplazarlo en sus funciones el intelectual azuano Angel Montes de Oca. Al igual que su antecesor, trabajó con tesón y entusiasmo para cumplir a cabalidad sus deberes correspondientes.

El resultado de una enseñanza desenvuelta en ausencia de toda técnica, no permitía la agrupación por edades formando cursos paralelos, por lo cual fue imprescindible la agrupación por cursos y grados. Como es natural, organizados los alumnos en esta forma de acuerdo a su aprovechamiento, resultó que la adolescencia contrastaba con los grados correspondientes a su preparación técnica dentro de la Instrucción Primaria, ya que habían recibido clases, pero sin ajustarse a la racionalización sistemática indispensable en todo nivel educativo. Esto dio al traste con la heterogénea población escolar asistente a las escuelas, terminando con la deserción de los alumnos de edad más avanzada, que no quisieron permanecer en los cursos que les correspondían, quedando las aulas momentáneamente desiertas, ya que sus edades escapaban a los cánones de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria.

Esta ley establecía en su artículo 1ro., que “todo niño que tuviera cumplidos los siete años de edad y no hubiese cumplido los catorce, estaría en la obligación de asistir a una escuela pública o privada, siempre que su vivienda no distara más de dos kilómetros de donde estuviera ubicado un centro de enseñanza”. El artículo 16, establecía, que “todo guardián (así denominaba esta ley a los tutores) cuyos menores faltaran a la escuela donde estuvieran inscritos diez o más períodos dentro de un mismo mes, sería sometido a la acción de la justicia”.

Otro artículo muy conocido, por ser el más aplicado en las

zonas rurales era el No. 23, al que llamaban los campesinos “el sanguinario”, porque les privaba de los servicios de sus hijos en las labores agrícolas, pues en su virtud, “todo menor en edad escolar que fuera sorprendido en horas de clase, realizando trabajos físicos, sería conducida a prisión la persona que había utilizado sus servicios, aunque no tuvieran entre sí, ningún vínculo o parentesco”.

LA POLICIA ESCOLAR

Con fines de poner en ejecución la mencionada ley, fue creada la Policía Escolar, cuyo cuerpo funcionó en todo el país.

No es un secreto, que en aquellos tiempos, la asistencia a las escuelas era muy escasa, muchos iban a la escuela como querían, cuando querían y si nos referimos a Neyba, como podían.

La Policía Escolar, luciendo uniforme de color blanco adornado con botonadura dorada, kepis blanco de ribetes también dorados y llevando siempre un látigo en la mano, tenía como único servicio, velar por la asistencia a las escuelas de los menores sometidos a las reglamentaciones de la ley en referencia y tomar las medidas oportunas contra los tutores que fueran infractores a la misma.

Diariamente deberían presentarse los agentes a los planteles a donde fueran asignados, muy especialmente en las zonas urbanas y después de tomar las nóminas de los inasistentes, su labor era localizarlos en las calles, en sus casas, o en cualquier otro sitio que estuviera a su alcance, para luego conducirlos a la escuela.

¡Cómo se veía a los niños ocultarse detrás de paredes, puertas, árboles, o en cualquier rincón que a su juicio les protegiera de la vista del policía! ¡Qué de gritos cuando éste les daba alcance!

Testigos de estas aventuras infantiles, fueron las bayahondas, los “palos de chivo”, y las matas de “aceite de palo”, que hasta hace poco existieron en cualquier callejón del pueblo y donde los muchachos se encaramaban cuando no querían asistir a la escuela. Muchas veces, estando en sus travesuras, desde su escondite asomaban la cabeza y a lo lejos divisaban al agente escolar en su afanosa escrutación para cumplir sus deberes y tratando de burlarse de sus afanes, le gritaban en tono lastimero: ¡Ariííáááá...Ariííááá...

Arias, se apodaba al policia escolar en esos tiempos. Cuando este oia vociferar su nombre en esa forma, se dirigia al sitio señalado por la dirección de las voces y tan pronto como se acercaba, los muchachos emprendían una acelerada carrera. El agente en pos de ellos, corría, corría como un desesperado para capturar a sus inocentes perseguidos, que muchas veces dejaban en sus manos la "babucha" y otras veces agarrándolos por el brazo, eran conducidos a las aulas, mientras los tutores sabiéndose infractores a la ley, nunca se atrevían a protestar.

Tales eran las funciones de la Policía Escolar, en la época de la intervención norteamericana.

Pero a medida que pasaba el tiempo, la generalidad de los dominicanos se fue acostumbrando a enviar a sus hijos a la escuela y en un momento dado, un bello despertar se apodera de todos: el entusiasmo vence a la apatía, la actividad vence a la inercia, la confianza vence a la timidez, la ciencia inicia su guerra contra la ignorancia y florecen las aulas escolares, sin la necesidad de castigos físicos, ni de la apremiante presión de los rigores de una ley.

ESCASEAN MAESTROS

El Gobierno Militar de los Estados Unidos importó gran número de maestros desde Puerto Rico, que fueron diseminados por todo el país. Muchos de ellos trabajaban como profesores en los Cursos para Maestros y otros trabajaban como maestros de aulas en la Educación Primaria. Egresados de estos Cursos de Verano, llegaron a Neyba como maestros: Luis Peguero, oriundo de Santo Domingo, quien había prestado servicios en Duvergé, desde donde pasó a ocupar las funciones de Director de la Escuela de Varones, Angel María González y Gustavo Montes de Oca, nativos de Azua, Lucila Noboa y Rosa María Acosta, naturales de Barahona, donde había dirigido el cursillo el puertorriqueño Manuel del Toro, quien recomendó a estas dos últimas como alumnas sobresalientes, ya capacitadas para impartir docencia a nivel primario.

En esta renovación escolar neybera, asumió la Dirección de la

Escuela de Niñas, la puertorriqueña Isolina Seán. Este cuerpo de nuevos docentes, abrió rumbos también nuevos a la educación y a pesar de que fue sustituida Mariana Méndez que era neybera y ocupaba la Dirección, el pueblo se mostró contento, pues estaba ávido de progreso en tal sentido y vió en estos cambios, savia nueva que podría producir frutos con la vitalidad indispensable para el desarrollo de toda actividad progresista.

En esta época se abolió el Sistema Silábico, reconocido en el medio como "Lecciones de Deletreo", el cual, además de formar el ojo mal lector presentaba el inconveniente de establecer la disociación de la imagen visual gráfica, con la imagen auditiva y con la ejercitación motora de la articulación. De aquí, que aprendieran primero a leer y luego, como un mundo ajeno a la lectura, aprendieran a escribir, mundo, que como ya hemos señalado, muchos no llegaban a descubrir.

Este paso de adelante fue impulsado por los reflejos del Sistema de las Palabras Normales, que desde hacía tiempo había sido divulgado por Vogel, cuyo resultado es la simultaneidad en el proceso enseñanza-aprendizaje de la Lectura y la Escritura, que hoy marchan a un mismo ritmo formando una sola asignatura: Lecto - escritura.

.Este cambio produjo un notorio mejoramiento en la lectura y sentó las bases para la enseñanza de la escritura, que hasta entonces había sido engorrosa y deficiente.

Este cuerpo de profesores, que prendió la chispa del desarrollo intelectual, no tuvo la oportunidad de verla salir al aire, pues muy corta fue su estadía en nuestro pueblo. Algunos se trasladaron a otros sitios por asuntos personales y otros por razones oficiales, pero ya bullía el entusiasmo en el medio ambiente, siguiendo todo en marcha ascendente hacia las ciencias y la civilización aunque fuera a paso lento.

SE ESTABLECE LA COEDUCACION

Aproximadamente en el año 1922, se dispuso de orden superior, la fusión de las Escuelas de Niñas y las Escuelas de Varones en todo

el territorio nacional. En virtud de esta medida, la Escuela de Niñas y la Escuela de Varones en Neyba, pasaron a formar un solo cuerpo, con la denominación de Escuela Graduada Mixta, asumiendo la Dirección de la misma el Sr. Luis Gil que era entonces el Director de la Escuela de Varones.

Evolucionando el tiempo, la población escolar fue creciendo hasta exigir la creación de otra escuela, pues no había casas con capacidad para alojar la ya crecida población escolar. Al hacer esta creación, la escuela ya existente, tomó el nombre de Escuela Graduada Mixta No. 1 y la de reciente creación, el de Escuela Graduada Mixta No. 2. Estas dos escuelas marcharon paralelas hasta el año 1935, en que fueron fusionadas, surgiendo una sola con la elevada categoría de Escuela Primaria Intermedia; iniciándose con la creación del Séptimo Curso, que por primera vez funcionaría en Neyba, ya que la anterior categoría terminaba su programa con la expedición del diploma de suficiencia en los estudios primarios (Sexto Curso).

La escuela tomó entonces aspecto diferente con cursos paralelos mixtos y Director sin clase a su cargo. Desempeñó estas funciones por primera vez en nuestro medio, la Profesora Altagracia Mena de Aristy, natural de Santo Domingo.

A pesar de que la coeducación tuvo carácter oficial, considerando las ventajas que ofrece para la buena formación de la juventud, muchas escuelas en el país continuaron con la separación de sexos hasta hace pocos años y aún en nuestros días existe en algunos centros privados.

OTRAS MAESTRAS DE AYER JUSTAMENTE GALARDONADAS

Resplandores de amor y de fe, iluminan la senda trazada por maestras ejemplares que lograron los fines en su obra educativa, poniendo en práctica las sentidas palabras del célebre pedagogo Luis Vives: “El maestro es como una pavezca, que a medida que vierte su luz, se va extinguiendo”. Patria Leyba, Heroína Calderón

y Zoraida Medina, forman la tríada que alimentó la genésica formación intelectual, que ha ido evolucionando a través de los tiempos, hasta constituir y fortalecer cada día, la mística de los primeros profesionales neyberos.

Patria Leyba

Dentro de las filas del magisterio de su época, emerge Patria Leyba como un faro orientador que taladra las gruesas barreras del analfabetismo.

No tuvo la oportunidad de tropezar con los obstáculos que ofrece la complejidad de la adolescencia, pero su labor ocupó los niveles correspondientes a la niñez y pubertad, que es donde realmente se necesita la capacidad de adaptación y comprensión, para poder formar de manera firme, el primero y más delicado peldaño del grandioso escalón educacional: La Educación Primaria.

Desde 1916, año en que inició sus labores educativas, puso de manifiesto su interés, dedicación y entrega.

Fue su colaboradora Esperanza Medina, en calidad de ayudante, joven neybera que presentaba aptitudes para la docencia, compartiéndose las duras tareas de enseñar, faena que se realizaba sin ninguna orientación de la superioridad, hasta que fueron creadas las Escuelas de Verano.

Esta abnegada maestra, cargando con una responsabilidad encomiable, obedeciendo órdenes del Inspector de Instrucción Pública, Don Pablo Barinas, acompañada de su ayudante y con el corazón contrito y el rostro desencajado, abrió el plantel escolar, ¡un día de La Altagracia!

Pero, un pueblo como el nuestro, dado por completo a sus tradiciones religiosas, hizo el vacío y ni una sola alumna se asomó por el recinto, viéndose el Inspector en la obligación de contravenir su propia orden.

—¡A la Iglesia! ¡a la Iglesia!— Exclamaron las dos a una voz y llenas de emocionante función católica, se dirigieron a la casa del Señor. Es este un exponente vivo de lo que fue su apostolado.

Habiendo realizado estudios en Puerto Príncipe, dominaba el francés a perfección, conocimientos que puso al servicio de los primeros jóvenes que luchaban por alcanzar el Bachillerato como estudiantes libres matriculados en la Escuela Normal de Azua (hoy Liceo de Educación Secundaria).

Programados por el Ministerio de Instrucción Pública (hoy Secretaria de Estado de Educación Bellas Artes y Cultos), los idiomas inglés y frances, dentro del cuadro de disciplinas para este nivel de la educación, el inglés no ofreció mayores dificultades, ya que éste se había difundido en todo el país, atendiendo a diversas circunstancias; pero el francés, no había tenido la oportunidad de infiltrarse en nuestro medio, como lengua técnica ni vulgar, llegando a convertirse en un escollo poderoso para los estudiantes que no tuvieran acceso a las escuelas Normales Oficiales, quedando muchos a mediados de camino como víctimas de esta frustración.

Vencida quedó esta dificultad en Neyba, con la colaboración ofrecida solícitamente por Doña Patria a nuestros jóvenes estudiantes, impartiendoles lecciones de Francés en su propia casa, sin recibir ninguna clase de honorario. Este gesto de amor y desprendimiento, la hacen acreedora a la gratitud y al reconocimiento de la comunidad.

Haciendo honor a la justicia, esta distinguida maestra fue objeto de dos condecoraciones: la medalla de honor de educación, impuesta por la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos y la orden del mérito de Duarte Sánchez y Mella, otorgada por decreto del Poder ejecutivo en el año 1950.

En franca actividad, problemas de salud la impulsaron a optar por el beneficio de la jubilación, privilegio que recibió con lágrimas en los ojos, al tener la necesidad de separarse de lo que fue para ella, la sublimidad de su existencia: Enseñar.

Rafaela Heróina Calderón Ramírez

Floreecía la educación en la Escuela de Niñas bajo la Dirección de Isolina Seín, cuando motivos personales le exigieron dar la

espalda a tan brillante labor. Sin embargo, su partida no se dejó sentir con la llegada de Rafaela Heroína Calderón Ramírez para sustituirla, quien fue como un símbolo de amor, de luz, de comprensión y de confianza. Revelaba su preclara inteligencia en la sagacidad de su mirada que parecía penetrar en la profundidad de la dormida conciencia de la juventud de entonces y en la elocuencia de su sonoro verbo, todo lo cual fue verdadero preludio de la fecundidad de su labor docente. Tomó posesión del cargo el día primero de febrero del 1921, tomando bajo su dirección, alumnas de su mismo nivel en edad cronológica, pero su carácter, que a pesar de su eterna sonrisa inspiraba respeto, fue arma poderosa que la ayudó a conquistar el efecto y la consideración de la colectividad.

Esta esforzada maestra, natural de Azua, asumió sus funciones con tanto arrojo, decisión, seriedad y responsabilidad, que contrastaban con su juventud, pues era una flor que acababa de brotar en el campo fresco de la primavera de la vida.

Al servicio de todos puso sus principios morales y religiosos, así como también sus conocimientos técnicos, llegando a merecer un sitio que la hace inmortal entre las generaciones en cuya forja de conciencia fuera ella artífice de vanguardia.

Al establecerse la educación conjunta para ambos sexos, pasó de su posición de Directora de la Escuela de Niñas, al servicio de maestra de dos tandas, aunque ella siempre había tenido docencia, pues entonces los Directores tenían clases a su cargo. Iniciar sus labores en una escuela mixta, fue para ella la apertura de nuevos horizontes en su amplia trayectoria formativa, pues aquí, los destellos de su ingenio alcanzaron en pleno la masa juvenil, que fue campo germinativo para sus sabias enseñanzas.

Casi una década desgranó la semilla del saber entre los neyberos, maestra alfabetizadora famosa, especializada en las destrezas de la escritura, creando esta frase común en Neyba: “Si no sabes escribir no has pasado por las manos de Heroína Calderón”.

Además de esta singular disposición para adiestrar la mano incipiente en el ejercicio motriz de fijar grafías, tenía aptitudes y preparación técnica para impartir docencia en grados superiores. A

ella se debió la preparación del primer grupo de estudiantes que alcanzó en Neyba la graduación a nivel primario, pisando el último peldaño del primer ciclo básico de la programación oficial. Formaban este grupo entre otros: Carmen B. Acosta, Consuelo Medina, Ramona Noboa, Ramona Duval, Manuela González, Rómulo A. Duval, Manuel A. Acosta, Romilio Herasme, Arlturo Vásquez y quien escribe estos relatos, recibiendo sus diplomas de SUFICIENCIA EN LOS ESTUDIOS PRIMARIOS, de manos de esta consagrada profesora, en solemne acto de investigada, que por primera vez se vió en nuestro pueblo. Este acto, celebrado en los bajos de “la casa de alto”, donde se alojaba la Escuela Graduada No. 1, fue presidido por el venerable sacerdote Gregorio Miranda, acompañado de Don Diógenes Noboa que desempeña las funciones de Alcalde Comunal (Juez de Paz).

Heroína Calderón se multiplicaba desarrollando actividades extraescolares, organizando eventos sociales y culturales. Colaboró muy de cerca como redactora de periódicos locales que editaba la fogosa juventud neybera, a quien asesoraba en todo cuanto fuera solicitada.

Por su determinación personal fue trasladada a su ciudad natal, en el año 1930, continuando dentro de las aulas esparciendo luz y derramando amor.

En reconocimiento a sus méritos le fue impuesta la MEDALLA DE HONOR de educación, en acto solemne celebrado en el Aula Magna de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

Algún tiempo después, en el año 1951, nuevo galardón recibe nuestra insigne profesora, se le otorga la Condecoración de la ORDEN DEL MERITO DE JUAN PABLO DUARTE EN EL GRADO DE COMENDADOR.

Al recibir el merecido premio de la jubilación, fue objeto de un lucido homenaje en los salones del ayuntamiento de su ciudad natal.

Zoraida Medina

A pesar de que su labor se extiende hasta períodos posteriores

al tiempo en que se enmarcan estos apuntes, formó parte del germen civilizador en nuestro viejo y querido pueblo.

Careciendo Neyba de los medios indispensables para proporcionar a la niñez y juventud una educación adecuada, las personas que disponían de algunas facilidades trasladaban a sus hijos a otros lugares, donde pudieran recibir una mejor formación. En atención a estas razones fue desplazada Zoraida Medina hasta la ciudad de Azua, donde ya la educación estaba mejor encauzada. Allí adquirió una preparación intelectual acorde con métodos y procedimientos más avanzados.

De regreso a su pueblo natal, puso al servicio de la comunidad los conocimientos adquiridos, desde el seno de las aulas como profesora y desde el seno de la sociedad como parte integrante del núcleo de la misma.

En el ejercicio de la docencia, comenzó a esparcir al voleo las esporas de la sabiduría, envueltas en las ondas de su esfuerzo, desde Cerro en Medio hasta Los Ríos, desde Los Ríos hasta Tierra Nueva, desde Tierra Nueva hasta Duvergé, regresando a su ciudad de origen, cuando ya maduraba la cosecha, que en franca floración había dejado a su paso por doquier.

Su labor social es de todos conocida, luchó por la instalación de clubes diversos, por la instalación de bibliotecas públicas y por la creación de una Escuela Normal en Neyba, cuando éstas se iniciaban en el Séptimo Curso con el nombre de Escuelas Normales prácticas, pues una vez que los alumnos de entonces terminaban el Sexto Curso, se veían impedidos de seguir adelante. La construcción de un Parque de Recreo, fue en ella inquietud viva y constante.

La organización de veladas artísticas fue labor que llevó a cabo, dando a conocer el arte dramático a la medida de sus conocimientos y al alcance del medio donde actuaba.

Ensayaba con jóvenes de ambos sexos para su participación en las presentaciones, sin que nadie vislumbrara que estos eran pequeños brotes de grupos teatrales. Predominaba el drama, pero nunca faltaban los bailes, las canciones, diálogos, monólogos y pantomimas. En el desarrollo de una de estas célebres veladas, el

público fue sorprendido, porque sin aviso previo, se presentó un grupo de niñas con un rótulado en el que se leía: CUPLE-PARQUE DE NEYBA. La niña que ostentaba el guión, que servía para separar el género literario del título portador del mensaje, cantaba los versos y las acompañantes cantaban el estribillo. No se dio a conocer el autor del cuplé, ni de donde lo obtuvo la profesora, pero sí aseguramos que fue empleado muy acertadamente para estimular a los moradores del pueblo, a luchar por la construcción de un parque de recreo.

Acontinuación anotamos algunos de esos versos.

CUPLE-PARQUE DE NEYBA

Debe empezarse el parque

*es una necesidad
está causando vergüenza
iniciado nada más.
sí, señor, es verdad
sí, señor, es verdad.*

*Unos se comprometieron
el solar dar
y cuando el cobrador vieron
ay! ay! ay! ay! ay!
Sí, señor, es verdad
sí, señor, es verdad.
Tú, que firmaste un vale
no lo has querido pagar
“afloja” esos cuatro reales
para el parque empezar.*

*Sí, señor, es verdad
sí, señor, es verdad.*

Si te ha gustado el cuplé

*de mandarlo a repetir
"aflójame" la moneda
para irte a divertir.
sí, señor, es verdad
sí, señor, es verdad.*

BAILES DE MASCARAS

Introducidos también por Zoraida Medina fueron los bailes de disfraces, conocidos entonces con el nombre de "Bailes de Máscaras".

Las presentaciones de incógnitas, que sólo eran para mujeres, pretendían lograr su objetivo, mediante el uso de telas fuera de lo común y disimulando las líneas del cuerpo colocando trapos en las regiones apropiadas para ello, así como también, adulterando la expresión fisonómica usando pinturas u ocultando la cara cubriéndola en distintas formas, entre ellas con caretas de fabricación local.

Estos bailes revestían una animación fuera de lo normal por la concurrencia de espectadores. las fechas escogidas para su celebración, eran los días de la Independencia Nacional y los Sábados de Gloria, (ahora Sábados Santos). Después de las doce de la noche comenzaba la intriga por descubrir a las damas, hasta dejarlas, entre aplausos y alegría todas identificadas.

EL PRIMER CERTAMEN DE SIMPATIA

Investigaciones realizadas con personas de avanzada edad, nos permiten asegurar que el primer concurso de simpatía, acontecimiento social conocido en el habla familiar con el nombre de "reinado", fue organizado en Neyba por esta reconocida luchadora, hija del pueblo. Este primer concurso de simpatía, tuvo carácter infantil. Resultaron triunfadoras, Altagracia Consuelo Acosta Sierra, que fue coronada Reina, Altagracia Medina Rodríguez y Estervina Labour que fueron investidas como princesas. El acto de coronación se llevó a efecto en los salones de una casa propiedad

entonces de Don Pablo Duval, sita en la calle Presidente Jiménez entonces (hoy Mella). Preparado el trono y organizada la fiesta, se realizó el desfile de la reina y su corte, en la misma forma en que hoy se acostumbra.

La gente de los barrios periféricos, se aglomeró en los alrededores del local, para presenciar este evento nunca visto por ellos. Entre empujones de los deseosos por saber de que se trataba, entre uno y otro pisotones de pies, todos se disputaban los sitios más apropiados para “dar ojos”. Y así, todo lo que fuera progreso social y cultural, se mantenía en ebullición en la mente de Zoraida Medina.

Afectada su salud, solicitó y obtuvo la recompensa de la jubilación, pero aún después de retirarse de sus labores oficiales, continuó el ejercicio de la docencia a nivel privado, al fijar su residencia en la ciudad de Santo Domingo, donde mantuvo su firme disposición para enseñar, dejando sus últimas palpitaciones educativas en el Colegio “Santa Margarita” del Ensanche Luperón.

Ya en los finales de su fructífera existencia, cuando ya la vencía una mortal enfermedad, su ingente obra fue reconocida por las autoridades Superiores y mediante decreto No. 2702 del 1ro. de febrero del 1977, le fue concedida la Condecoración de la Orden del mérito de Duarte, Sánchez y Mella, en el Grado de Caballero, homenaje que no tuvo el regocijo de recibir, porque no lo permitió el final de su trayectoria por la vida.

Aurelia del Villar

También es justo consignar, que aproximadamente en el año 1934 llegó a la Villa de Neyba la profesora Aurelia del Villar, llamada Lelita cariñosamente, cuyo recuerdo perdura a través de generaciones.

Una vez posesionada en su cargo, volcó en la juventud su comunicación de entusiasmo, eficiencia y amor.

Dedicada con ahinco a la noble tarea de enseñar, llenaba a cabalidad los programas correspondientes, ampliando siempre su labor hacia varias actividades.

A pesar de que sus funciones correspondían a la Educación Primaria, la edad de su alumnado oscilaba entre los trece y los dieciseis años, circunstancia que la inspiró a celebrar reuniones en su hogar, donde identificada con ellos, les impartía charlas de moral y de urbanidad.

Creemos que, aunque la Educación Física figuraba entre las asignaturas programadas, este renglón de la Educación no se llevaba a efecto, pues despertó la curiosidad y la admiración del conglomerado cuando enseñaba a los alumnos ejercicios calisténicos, que realizaban al compás de canciones especiales que ella misma les enseñaba.

Debemos ponderar, que esta profesora, prestó atención especial a las actividades manuales: labores femeniles para las niñas (ya que la época no existían Escuelas de Economía Doméstica) iniciándolas en sus primeros pasos sobre bordados, tejidos y quehaceres hogareños como pegar botones, rellenar ojales y coser ruedos y rasgones.

Con los varones realizaba trabajos de construcción de figuras geométricas, objetos de madera en miniatura.

Con todos estos trabajos se presentaban exposiciones cada año, llenando de regocijo a los padres y a la comunidad general.

No podemos dejar de reconocer que la profesora del Villar, desarrolló el arte dramático en sus alumnos y otros niños de la escuela presentando veladas que servían a la colectividad como testimonio de una labor social que ofrecía distracción y goce estético.

Contrajo matrimonio en la iglesia parroquial con el señor Santos Sánchez, Sargento del Ejército Nacional.

Por razones personales se trasladó a un pueblo del Cibao dejando en nuestro Neyba una estela de luz imperecedera.

CAPÍTULO VI

LA VIDA MATERIAL

ESCASEZ DE RECURSOS

Desprovisto de los factores naturales indispensables para el desarrollo económico, no fue nunca, Neyba, joya codiciada por inversionistas nacionales ni extranjeros que radicaran en su suelo creando industrias y manufacturas, quedando desde su fundación, cubierto por el velo gris de la miseria, que no han logrado diluir, ni la mano insistente del tiempo, ni el soberbio poder de la civilización. Con excepción de los cargos públicos indispensables para el funcionamiento de la común cabecera de provincia, categoría alcanzada en el año 1943, este estado de cosas persiste hasta el día de hoy, como divisa fehaciente, de que los neyberos que han escalado posiciones distinguidas en las diversas manifestaciones de la actividad pública nacional, lo han alcanzado por inherencia ancestral de sus características. El neybero es inteligente, tenaz, luchador, de férrea voluntad y arrojo incondicional, capaz de franquear cualquier barrera que se interponga a la realización de sus propósitos, desafiando muchas veces los embates de la naturaleza misma, para lograr sus objetivos.

Durante toda su existencia, los habitantes de Neyba se han mantenido de la Agricultura y Ganadería en pequeña escala, podríamos decir, de subsistencia. Los terrenos que comprendían las secciones de El Tanque, Cerro en Medio, La Puentequita y El

Memiso, se irrigaban con las aguas de Las Marías, y El Tanque, fuente esta última, que dio su nombre a la sección anteriormente mencionada.

Los terrenos de la sección de Cachón Seco y los parajes de Tonela y "Los Turrumotes"* etc, se regaban escasamente con las aguas de las pequeñas fuentes de El Tejar, Cachón Grande y Cachón Seco.

La mayoría de los troncos de familias de la zona urbana, tenían sus conucos en esos lugares, pero la dificultad en el riego, no permitía que la mayor parte de la tierra apta para el cultivo, se mantuviera en producción, ya que gran cantidad del agua, corría por lechos subterráneos y la que lograba brotar a la superficie terrestre, se deslizaba por cauces naturales, que eran desviados en ocasiones por pequeños ramales y regolas, donde podía llevarse a cabo este trabajo sin mucha dificultad, pues estas eran construidas por la tenacidad de los necesitados, sin el auxilio de herramientas apropiadas, o de estudios técnicos que pudieran garantizar sus resultados.

Las tierras de Neyba, ricas en materias químicas y orgánicas indispensables para la vida vegetal, al primer beso con el disolvente requerido, ofrecía la fecundidad de su seno a la simiente, cuyo proceso evolutivo llenaría en breve muchas necesidades hogareñas.

Fuente productora de variados frutos menores, fue en todo tiempo la sección de Cambronal, que comprendía las aldeas de El Mamón, Cebollín (hoy Galván), Cabimal, Las Tejas, El Rodeo, El Salado, Los Cocos y otros lugares igualmente productivos.

También podemos citar la sección de El Estero, que multiplicaba sus esfuerzos agrícolas, cuando hacía sus avenidas el río El Manguito, consiguiendo por el tesón de sus hombres, bañar temporalmente su inmensidad de tierras blancas. Cada una de estas secciones y muchas otras que no hemos mencionado, tenía su producción

* Suponemos que este nombre deriva de unos agrietamientos aparecidos en esos lugares después del terremoto del 1842, por lo cual creemos que debe ser Los Terremotos.

especial de señalado fruto, aunque la variedad era algo común en toda la región.

Se cultivaban plátanos, rulos, guineos, habichuelas, cocos, maíz, guandules y una infinidad de frutos que la tierra daba sin mayores sacrificios, pero que no podía extenderse su cultivo por la escasez de lluvias y de otros elementos ya descritos. Algunas secciones, como Barbacoas, (hoy municipio de Jaragua), además de su fuerte producción de cocos, llegó a producir arroz para abastecer a toda la común y lugares circunvecinos, hasta que el lago Enriquillo extendió sus dominios, ocupando lo que fuera para muchos base de su manutención. Esta diversidad de productos, aseguró un vivo intercambio comercial con las vecindades de Las Damas, (hoy Duvergé), Rincón (hoy Cabral), Barahona, Azua, San Juan y otros lugares de las cercanías.

EL CULTIVO DE LA CAÑA DE AZUCAR:

Producían nuestras tierras en determinadas porciones, caña de azúcar de excelente calidad. Las plantaciones se desarrollaban con una exhuberancia tal, que las hojas, cuyo verdor deleitaba la vista al abrirse en hermosos penachos, contrastando con los tallos amarillo oro, sumaban a su riqueza económica, la riqueza espiritual por el solaz proporcionado. Otras tierras menos fértiles y con abundancia de sal en su constitución química, como eran las de "Tonela y Los Turrumotes", producían también abundante caña de azúcar, pero de una calidad inferior, pues su salobridad desvalorizaba el producto de ella elaborado, ya que todo procedimiento eliminatorio de la sal era desconocido entonces y no sólo desconocido, sino difícil de aplicar.

Fue la caña de azúcar una de las principales fuentes de trabajo de nuestros ascendientes, porque aunque las tierras cañeras no estaban al alcance de todos, era la industria rural de "raspaduras", haz luminoso que se diseminaba llegando a la mayoría de los hogares; pues como dijo Jesucristo: "No sólo de pan vive el hombre", el que no tenía cañaverales, era empleado en las molindas, tocando el pan las puertas de todos los necesitados.

LOS TRAPICHES:

Muchos neyberos poseían trapiches para la elaboración de las “raspaduras”. Entre los antiguos propietarios citamos algunos: Simeón Suberví, Rudecindo Ramírez, José Dolores Vásquez y Turbón, que era de nacionalidad haitiana. Algunas décadas después, fueron propietarios de trapiches: Nicolás Cuevas, Régil Herasme, Eufracio Vásquez, Israel Suberví, Pablo Duval y otros.

LA MOLIENDA:

Preparar la molienda de caña en aquella época, era relativamente, como preparar la zafra en los ingenios azucareros en todos los tiempos. Los dueños organizaban las actividades correspondientes individualmente, pues aunque algunos no poseían trapiches, no se acostumbraba a vender la caña, como hacen ahora los colonos con los grandes ingenios, sino que se tomaban en alquiler para fabricar cada quien sus “raspaduras”.

Realizados ya los preparativos para la industrialización de la caña de azúcar, los hombres iniciaban su faena con el corte de la misma al amanecer de cada día y con la agilidad requerida, se veía cual relámpagos fugaces, el brillo de los afiliados machetes, que rasgando el aire en prodigioso zig-zag, caían certeramente en el tronco mismo de la vara de caña de azúcar, que inclinaba su hermosa cabellera verde, dando su vida en holocausto a la supervivencia de sus inmoladores. Otro grupo de hombres era encargado de recoger en el campo de la cosecha las destroncadas doncellas y colocarlas ordenadamente en los “jambac”* ya colocados sobre el lomo de los animales de carga y que ya esperaban en forma de brazos abiertos, para transportarlas formando haces

* Jambac. horquetas de madera que servían para transportar la caña y la leña.

También puede ser una deformación del inglés HANDBARROW que significa angarilla o parihuela.

estrechamente unidos hasta llegar al sitio de destino, donde las recibirían ávidas de ejercicios, las fuertes dentaduras de las formidables masas del trapiche.

Interrumpían los cargadores de caña el silbido alegre de aires populares con que mitigaban los rigores del duro trabajo, con los latigazos que descargaban sobre las ancas de las bestias, que formando recuas conducían la preciosa mercancía y con las voces complementarias de este oficio, que a lo lejos se persibían como algo perdido en el espacio:

—Burroóóó! burroóóó...! cabalióóó...! obligando a los vehículos vivientes a acelerar la marcha. Estas expresiones se oían repetir con una voz acalorada, llena del vigor de un perfecto desarrollo físico, que es la resultante de esta clase de ocupación.

La caña se amontonaba al lado del trapiche, formando pirámides entretejidas, cuya cúspide parecía escudriñar a Dios en la inmensidad de lo infinito. Ya otros obreros, especialmente mozalbetes, alistaban los bueyes que deberían impulsar al trapiche para emprender su vertiginosa marcha giratoria. Una pareja de estos, unidos por el yugo, formando la yunta, eran atados cual presos indefensos al brazo de la rústica maquinaria y tan pronto como recibían el estímulo de parte de sus conductores que gritaban: Oh!... oh...oh...oh! vamo', oh! oh oh! Perla Fina, Brazobán... oh! oh!, Nube Negra, Buena Jembra!, etc. (cada buey de trabajo tenía su nombre propio), iniciaban su trabajo sacudiendo hacia arriba la enyugada cabeza, hasta que un fuerte azote los inducía a arrancar dando vueltas con la rapidez de una tromba marina. Otros muchachos designados para ello, con una destreza admirable introducían la caña en las angostas aberturas que separaban entre sí las mazas del trapiche. Al recibir la caña la presión ejercida por las mazas, dejaba escapar su azucarado líquido, que en forma de lluvia rubicunda, iba cayendo en una abierta cañería de madera, que en vivo movimiento serpentino, descargaba en la gran canoa que esperaba ansiosa llenar sus oquedades.

Varios gañanes cargaban el guarapo a la caldera, conocida entonces con el nombre de “fondo”. Este descansaba sobre bases preparadas con piedras y ladrillos, quedando empotrado de tal suerte, que pudiera quedar la parte inferior convexa al voladizo, dando cabida al montón de leña que era el combustible empleado para hacer hervir el guarapo, que tranquilo se dormía en la caldera. Poco duraba la tranquilidad de la rica savia de la caña, a los primeros grados de calor, se notaba un ligero movimiento, una especie de temblor rítmico, pero suave, sobre la superficie del líquido. Al fin, el fuego llena su cometido y llega el momento de la ebullición. ¡Qué calor se sentía en los alrededores de las calderas! ¡Cómo ardía esa gran cantidad de leña! ¡Como se desintegraban las brasas que allí se consumían!

Una infinidad de desperdicios de la caña y de insectos que quedaban atrapados por el calor y que habían sido atraídos por el olor a la miel de caña hirviendo, bollaban en la caldera, para preocupación de los dirigentes de la molienda, que sabían que esto le restaría valor a la calidad de su producto. Pero el ingenio del hombre todo lo resuelve, aun desde los tiempos primitivos, pues siempre tuvo un ardid para vencer sus dificultades, en atención al lugar y a la era correspondiente, salvaba la situación en estos casos, la mitad de un güiro o sea una higüera, agujereada en toda su superficie, la cual se ataba a un largo palo y ya tenían un colador, aunque rústico, pero efectivo, que eliminaba del contenido de la caldera, toda clase de impurezas sólidas. El mismo utensilio se empleaba para recoger la cachaza que se formaba en la capa superficial del líquido hirviendo.

El guarapo al hervir constantemente desprendía el agua por evaporación y se iba tornando espeso poniéndose pegajoso de color pardo oscuro y entonces recibía el nombre de “melao” (melado). Continuando el proceso sobre el fuego se iba tornando cada vez más espeso, llegando a formar hermosos hilos dorados, que se envolvían en cualquier objeto alargado, muy especialmente en los dedos, de donde derivó esta fase de elaboración del dulce de caña, su bien reconocido nombre de “dulce de deo”. la gente tenía predilección por este dulce y era normal, que amigos y familiares, llevaran a las

moliendas sus vasijas, para que los dueños les obsequiaran un poco del sabroso “dulce de deo”.

En pasos progresivos iba apareciendo la codiciada azúcar de caña. Largas paletas de madera danzaban dentro de las calderas, en acompasado vaivén de aquí para allá y de allá para acá, agitadas por la fuerza de los robustos brazos varoniles que tenían a su cargo esta misión. De pronto, el producto reclama el punto final, formando en los bordes y paredes internas de las calderas, diseños secos de diversas figurillas. ¡Había llegado el momento de la cristalización del azúcar! . Pero,... no había posibilidades para aplicar los procedimientos indispensables para la obtención de los cristales y había que conformarse con sacar... ¡raspaduras!

Algunos cosecheros de caña intentaron elaborar azúcar, tomando el dulce a medio cuajar, lo echaban en capachos de yagua, que cubrían con fibras de ciertas plantas, lo prensaban con gruesos trozos de madera y así lograban que destilara toda la melaza, quedando en el fondo del capacho los cristales del azúcar, que aunque muy pardá y mucho más húmeda que la elaborada por procedimientos científicos, era azúcar que tenía los mismos usos que otra cualquiera, pero su rendimiento era tan escaso, que esto solo lo hacían a manera de prueba los más adelantados, pues la cantidad que lograban obtener comparada con el material empleado, de hacerlo en otra escala, además del trabajoso procedimiento, les representaría pérdidas considerables. y así que, esto no pasó de ensayo.

Conocido el punto final con la presencia de los cristales, alguien gritaba:

—¡Ya viene el punto! ¡Ya viene el punto!

—La cal, la cal—, decía otra voz con cierta seguridad.

Porque al llegar el punto de solidificación, había que agregar un poco de cal, para que el dulce secara a perfección.

¿Y las mujeres? No puede faltar en ninguna actividad humana, la participación activa de la mujer: Cargaban el agua, desde la

fuelle o regola hasta la enramada del trapiche, preparaban la comida, atendían a la gente que iba a comprar al mismo sitio calentitas las raspaduras, que contaban y ordenaban por centenas y sobre todo eran las encargadas de coser las “cajetas”. ¿Y que eran las cajetas? Las cajetas eran especies de cartuchos fabricados de yagua, cerrados en su longitud con agujetas de madera que ensaltaban con fibras de las hojas de palma cana o con ripios de la corteza del tallo de las matas de plátanos o cualquiera otra musácea.

Las cajetas eran medidas al gusto, pero con uniformidad en el tamaño que se le quisiera dar a las raspaduras, pues no eran más que una especie de molde. Grandes tablones colocados sobre fuertes horquetas, servían para ordenar en forma vertical las cajetas, que eran llenadas del dulce con cucharones fabricados del fruto del higüero o sea el güiro. Secas las raspaduras se transportaban al sitio de almacenamiento.

Aunque esta industria rural ha desaparecido ya, aún en nuestros días aparecen de vez en cuando algunas raspaduras.

LAS TIERRAS BALDIAS

Las grandes extensiones de tierras que permanecían sin recibir los buenos días de parte de los implementos de labranza, mantenían el espíritu luchador del neybero, en una constante agitación que desbordaba con frecuencia en acciones emprendedoras, tratando de vencer a la naturaleza, para sacar de sus entrañas el producto de su esfuerzo sin respaldo. Lucharon por canalizar el río El Manguito, (ya en capítulo anterior hemos hablado de Los Caños de Alberto), lucharon por canalizar el río Don Juan en Cerro en Medio, soñaron con las aguas del Yaque del Sur o Río de Neyba, como una solución a sus problemas económicos si los gobernantes daban el frente a la región disponiendo de los recursos necesarios, para que fueran bañadas nuestras fértiles sabanas que dormían sumidas en la inercia, a falta del auxilio bienhechor del líquido indispensable para la vida de todo ser vegetativo.

A Gregorio Vásquez, sus amigos le apodaron “el cucú”, porque vivía hoyando dondequiera que a su juicio había posibilidad de

encauzar un manantial construyendo una regola, siendo la mayoría de las veces vencido por el fracaso, ya que estos sacrificios los realizaba sin estudios concienzudos y sin apoyo económico. Sólo contó para estas duras empresas, con su férrea voluntad, su poder de decisión y su potente brazo.

EL CONVITE

Nadie en aquellos tiempos tenía recursos económicos para cubrir los gastos de preparación de los terrenos para las siembras, tales como: tala, desmonte, habite, laboreo del suelo, siembra, etc., resultando estas labores casi imposibles para los agricultores de entonces; de aquí, que se estableciera la ayuda mútua, conocida con el nombre de "convite". Reuníanse los convivales, seleccionados por las relaciones familiares o de amistad, dándose cita en el conuco donde debería realizarse el trabajo.

Un grupo de hombres, más o menos numeroso, de acuerdo a la magnitud del trabajo, iniciaban su labor al nacer el día, con el mismo amor, el mismo entusiasmo, el mismo interés que animaba al propietario. Era difícil determinar quien era éste, a no ser por las múltiples atenciones que dispensaba a sus invitados. Así predominó la unión en nuestra villa, haciendo de todos el dolor de uno, haciendo de todos el afán de uno, haciendo de todos la alegría de uno.

A medida que se iba desarrollando el trabajo, casi siempre bajo la influencia de un sol de fuego, que era estímulo para enardecer los ánimos, comenzaban los chistes y las bromas, hasta que el mas listo abría su garganta, como se abre la flor al rocío primaveral, inundando los aires con los arpegios de una copla popular, al compás de la azada o del machete. La voz de los restantes trabajadores brotaba espontánea y alegremente contestaba a coro las coplas que siempre llevaban contenido político, amoroso, satírico, etc.

Pongamos ejemplos:

—*Sólo: Me dicen que tiene una*

- Coro: *Poray...poray..te va...*
- Sólo: *Me dicen que tiene doóó*
- Coro: *Poray...poray...te va...*
- Sólo: *Coge la que te convenga*
- Coro: *Poray, poray te va...*
- Sólo: *Por eso no lloro yooooo....*

Otro ejemplo:

- Sólo: *Tírale la yerba al bueey...*
 - Coro: *Ombéé, ombéé, ay! ombéé...*
 - Sólo: *Y “júyele” a la cornááá...*
 - Coro: *Ombéé, ombéé, ay! ombéé...*
 - Sólo: *La mujer es la que pierde...*
 - Coro: *Ombéé, ombéé, ay! ombéé...*
 - Sólo: *El hombre no pierde náá...*
 - Coro: *Ombéé, ombéé, ay o, béé...*
- etc. etc.*

A veces había enfrentamientos entre personas y entre grupos, que a son de música y a cuenta de juego, se decían muchas cosas...

Siempre en los convites, algunas mujeres, además de su habitual ocupación de preparar la comida, desempeñaban algunas labores en el campo, ora regando los granos, otra cubriendo con tierra la esparcida semilla dentro de los surcos, integrábanse así al trabajo y al canto que lo dulcificaba.

En esta misma forma se organizaban trabajos para la realización de la cosecha, cuando se trataba de frutos que requerían una rápida atención en la recolección, como las habichuelas, que había que evitar su merma y su desvalorización.

Al atardecer, terminada la lucha del día, todos regresaban a la zona urbana satisfechos del trabajo realizando y en la seguridad, de que en su ocasión, estos servicios serían correspondidos, pues esta rotación de ayuda se imponía como ley, ya que era la única forma de resolver los problemas de esta índole.

LA LOMA DE PANZO

Hacia el Norte del valle, con la altivez de una reina, se levanta la loma de Panzo, que al anexionarse a nuestra vista con la inmensidad del cielo, nos presenta un color verde azulado, como signo de amor donde se oculta, todo un mundo preñado de esperanzas.

Muchas familias, en todos los tiempos, han tenido en el tesoro de esta loma, la fuente inagotable para obtener su sagrado sustento y hasta han logrado adquirir pequeños capitales, que les han servido de base para emprender otras actividades, cuya factibilidad les ha hecho posible la obtención de rentas considerables.

Tierras fértiles en su mayoría, agraciadas con las lluvias necesarias para una infinidad de cultivos, ha sido siempre granero de frutos menores, como plátanos, yuca, habichuelas, maíz, guandulés, tubérculos de todas clases, etc., pero su mayor riqueza estriba en los densos cafetales que son orgullo de todos, ya que el café de Panzo es de una excelente calidad.

Otro tipo de riqueza ofrecía nuestra loma, muchas tierras en que circunstancias adversas impedían que fueran cultivadas, se cubrían de plantas forrajeras, formando pastos naturales para toda clase de ganados.

Además, los hermosos pinares, que en su rítmico vaivén embalsaman el ambiente con su olor a trementina, producían grandes cantidades de madera a la vez que ofrecían la gran utilidad de la cuaba de alumbrar, que tanto favoreció en aquellos tiempos a urbanos y campesinos. No menos abundantes eran los bosques de caoba, candelón, roble, y otras maderas en abundancia y sin explotación. Parte de la foresta de nuestra loma, era formada por el árbol de yaya, cuya verticalidad buscando el cenit y su fortaleza y flexibilidad, le dieron sitio de preferencia en la construcción de la vivienda, pues sus cualidades la hacían inigualable para el enlatado de los techos o cobijas, ya que en la época no se usaban para este fin, cuarterones de madera cubicados como se usan en la actualidad. Estas varas de yaya, desprovistas de la corteza se empleaban al natural, bastaba agujerear en algunos sitios donde era imprescindible clavar, pues la mayor parte de ellas en sus encuentros

perpendiculares, eran amarradas con fuertes tiras de la corteza del árbol de “cuba”, propio también de la loma, cuyos servicios han sido sustituidos por el llamado “alambre dulce”.

EL RIO DE PANZO

Como ya hemos visto, la loma de Panzo ha sido siempre exponente de riqueza para cubrir las urgencias de la carente población; pero, como si esto no bastara, en su prodigalidad se rasga las entrañas, para que de su seno brotara, la corriente venturosa que se deslizara formando el río de su nombre, como un regalo divino a la localidad.

Según los geógrafos, los ríos atraviesan por varias etapas denominadas edades, cuyo secular proceso no permite a la corta duración de la existencia del hombre hacer las observaciones directas de sus transiciones.

La tradición nos informa, que fue este río, la primera fuente de abastecimiento de agua que tuvo Neyba, corría libremente por su cauce natural, que se extendía por los terrenos que más tarde serían ocupados, por la grisácea y reluciente cinta de la pavimentada calle San Bartolomé, atravesando a su paso por el centro del caserío que se levantaba hacia el Norte de donde hoy se encuentra la ciudad y que aún se conoce con el nombre de Las Mesetas.

Tal vez las aseveraciones de los geógrafos coincidan en las variantes del río de Panzo en cuanto a su caudal y que esto obedezca al paso de una etapa a otra; o quizás la influencia de factores naturales, especialmente climatológicos, incidieran en su ahocinamiento en las proximidades de la Punta del Cerro, desde donde se escurría en tiempos ordinarios, un mísero chorrillo hasta el sitio denominado “Las Dos Vereas”, donde tendrían que proveerse de agua los antiguos moradores del pueblo. Pedregosos caminos poblados de espinas y malezas y larga distancia para recorrer en el diario batallar, acarrearon muchas dificultades, que adicionadas a los peligros que ofrecían las periódicas avenidas que Panzo hacía, arrancando peñascos, árboles y hasta bohíos que estuvieran en las cercanías de sus riberas, sembraron el pánico en

los lugareños que optaron por abandonar aquellos predios ocupando el espacio comprendido entre las calles; Tavera, Cambronal, General Sosa y Rodolí.

A medida que pasaba el tiempo, crecía la población y como es natural se construían nuevas viviendas, que iban ocupando cada vez terrenos más al Sur de su segundo asentamiento, con fines de acercarse más y más a las fuentes de agua, organizándose poco a poco la calle Comercio, que limitó la urbanización por el Sur durante mucho tiempo.

Aún después de organizada la zona urbana en los terrenos que hoy ocupa, el río continuó por muchos años, corriendo en las épocas de avenidas, aunque con escaso caudal, por el lecho que tuviera en sus orígenes, hasta que las necesidades urbanísticas exigieron su desviación en ramales hacia el Este y Oeste, de suerte que sus aguas bañaran los alrededores de las tierras habitadas. Estos terrenos colindantes fueron convertidos en zonas de cultivo.

Tan pronto como se observaba tiempo lluvioso en la loma de Panzo, revivía el espíritu luchador del neybero esperando la llegada del río para mojar esas tierras. Cuando alguien digno de crédito anunciaba que el río no tardaría en correr, con sólo haber visto humedecida la arena del cauce, todos los habitantes del pueblo se tiraban a la calle con inmensa alegría, palmoteando y dando saltos de entera satisfacción. Jubilosamente se dirigía la masa viviente por el camino que conducía a la citada loma, hasta llegar a “Las Dos Vereas”, que era el lugar donde se podía determinar, si en realidad vendrían tiempos mejores, porque había aumentando el caudal del río, pues si allí había agua en abundancia, era señal de que la corriente permanecería por algún tiempo. Al aproximarse al sitio promisor, comenzaban todos a gritar: ¡Bajó el río! ¡Bajó el río! ¡Agua! ¡Agua!

¡Cuánta emoción! ¡Cómo palpitaban de gozo los corazones! Pues esta perspectiva significaba para ellos en la palabra riego: trabajo, pan, vestido, felicidad, vida para todos. Desde este mismo momento, cada hombre y muchas mujeres iniciaban la preparación de las bien reconocidas “vueltas” (huertos), o sean pequeños conucos, pues no había tiempo que perder para aprovechar al

máximo, el chorro de agua, portador de los bienes que de Panzo descendían.

Estas huertas, eran cercadas con las ramas del desmonte y tala de las mismas. Realizadas todas las labores indispensables para el acondicionamiento de la tierra para la siembra, se enterraba la esperanza junto con la semilla, que a pocos días brotaba como una bendición del cielo y pronto una muralla de verdor circundaba el radio urbano, hasta llegar a Tabardillo, El Estero, El Tanque, y todos los terrenos cercanos que pudieran recibir esta gracia. Es natural que este florecimiento fuera temporero, pues si temporero era el riego, temporeros tendrían que ser los resultados. Siempre al seleccionar los cultivos, se daba preferencia a aquellos frutos cuyo ciclo no excediera a los seis meses, pues era éste el máximo de duración del “Don de Panzo”.

Las aguas de Panzo volvían a ofrecer al poblado los servicios prestados en su primer asentamiento. Además de los beneficios para uso doméstico, se establecía una serie de “bañaderos” improvisados a todo lo largo de las márgenes del río en sus proximidades a la zona habilitada para viviendas, donde todos lograban mitigar la desesperación del sofocante calor que se sentía. Al paso del tiempo estas aguas fueron canalizadas buscando un mayor rendimiento y dejaron de bañar la periferia de esta zona. Estos terrenos, que antiguamente proporcionaran sustento a nuestros ascendientes, en su mayoría han sido urbanizados.

LA GANADERIA

Siendo Neyba desde su fundación un hato de crianza, es de suponer que existieran allí, distintas especies de ganado: bovino, caprino, caballar, etc., y aves de corral en abundancia. Por lo expuesto anteriormente se adivina que la crianza de animales se hacía libremente, pasándose por alto los daños ocasionados en los cultivos que crecían en los terrenos contiguos a la población. Así no era extraño ver pasearse despejadamente por las calles de Neyba, vacas y hasta toros bravíos, que muchas veces, eran motivo del habitual corre, corre de la gente, que al menor estímulo, huye, sin

saber de que huye, para qué huye, ni a quien le huye, pues sin haber visto siquiera la sombra del famoso “torito del cura”, ponía desesperadamente “planta en tierra”, sólo porque la voz alarmista de algún intruso gritaba: ¡El torito del cura! ¡El torito del cura!* Dando por resultado, que todo aquel que estuviera en la calle, no importaba la hora en que esto sucediera, en una sola carrera saliera hacia su casa, estimulado por el brin. bran, brimbrán, del cerrar violentamente puertas y ventanas, “no fuera a suceder que el torito del cura, de un solo brinco penetrara en sus hogares, sembrando el espanto entre sus familiares”. Cuando esto sucedía, la población quedaba en el más absoluto silencio, durante varias horas.

No menos que las vacas, pastaban los burros y los caballos por las calles del viejo Neyba, ¡Cuántos muchachos corrían detrás de los caballos! Deseosos como estaban siempre de travesuras, saltaban a sus lomos tan pronto como les fuera posible y sobre el pelo resbaladizo y asidos a las crines, ¡a correr se ha dicho! sumando una más a las famosas diversiones de la época.

Injusto sería olvidarnos de los chivos y los cerdos, que se veían pacer por todas partes, como “Pedro dentro de su casa”. Habitual fue esto durante mucho tiempo, hasta que después del año 1916, comenzaron a funcionar los Cuerpos de Policía, que apresaban a los animales que deambulaban por los sitios no declarados zonas de crianza, haciendo cumplir a sus indiferentes dueños la Ley sobre Vagancia de Animales.

Confundidos con las viviendas del pueblo, había corrales de chivos, que eran encerrados al atardecer, utilizando muchas veces como ayudantes en esta tarea, perros, que azuzados por los encargados de este trabajo, obedecían intimidados por los nombres satíricos escogidos para ellos, con la finalidad de ridiculizar a

* El padre Miranda era poseedor de ganado bovino que pastaba libremente en Las Mesetas y Tabardillo. En cierta ocasión surgió el rumor, de que dentro de este ganado, había un toro, que atacaba con frecuencia a la gente que anduviera por esos lugares.

determinadas personas. De estos nombres, cuya mordacidad empañaba la quietud del bello atardecer neybero, señalamos entre otros:

“Ponte en Puesto”, “De ná’ te Vale”, “Por tu Culpa”, “Lo Verán”, “Así te Cuesta”, etc., cosas de ayer de nuestro pueblo, que hoy a nosotros nos divierten.

Estos corrales proporcionaban abundante leche todas las mañanas, mediante el ordeño de las chivas que albergaban. No sólo los dueños se alimentaban con el sabroso manjar, sino también los vecinos que lo adquirían a los más ínfimos precios y muchas veces regalado o por trueque con otro producto. Para esta época la leche de vacas era poco usual, pues se tenía la impresión de que era aguada, mal oliente y de sabor desagradable, por tanto, muy pocas personas se dedicaban al ordeño de esta clase de animales, ya que esta leche sólo algunos la tomaban cruda, so pretexto de que en estas condiciones era medicinal, pero por la forma en que se hacía, aseguramos que era un motivo de esparcimiento.

Para ello se levantaba la gente al amanecer y en grupos que alegremente charlaban durante la caminata, se dirigían a El Tanque, La Puentecita, “Los Turrumotes”, etc., que eran lugares donde algunos dueños de vacas vendían leche al ordeño en sus conucos y que ofrecían a los compradores en vasijas rebosantes de copiosa espuma, que formaba niveos bozos a los que apuraban con dificultad el nutritivo alimento, puesto que ya existía la predisposición que la hacía intolerable. ¡Cómo se divertían contemplando los bozos pasajeros que formaba en derredor de los labios aquella leche rica tomada con menosprecio y abandono!

Complemento de este líquido usado como medicamento, eran algunas píldoras especiales e infusiones de hojas, especialmente de una planta llamada guajabo. Lo cierto es, que hasta ahora, no hemos podido investigar, sobre cual enfermedad ejercía esta leche su poder curativo o preventivo.

Salir a tomar leche “al pie de la vaca” era común sobre todo en la niñez y juventud, dando a esta actividad una animación de festival, pues donde quiera que hay grupos juveniles, no importa el motivo que los congregate, allí hay alegría, allí hay entusiasmo, allí

todo se convierte en placer, con sólo la entrega al disfrute de su vital energía.

Agitados los ánimos durante la caminata, se aprovechaba al máximo el trayecto para sacar el rendimiento total a la libertad de recrearse, ajenos a los beneficios que esta ejercitación muscular redundaba en cuanto al desarrollo del cuerpo y el mantenimiento de la salud física y mental. Trepar aquí en una empalizada, saltar allí una regola, trepar a un árbol corpulento, o huir de un “maco” imitando todos sus sancadas, eran acciones realizadas como parte de este tipo de excursiones.

—¡Un panal de avispas! Avisa alguien.

—¡Qué desenfrenada carrera emprenden todos a la vez!

Todo risa, todo placer, todo encanto, todo ilusión y buen vivir, pues no se conocían muchas cosas que hoy absorben el tiempo precioso de la no menos preciosa juventud.

Después de tomar la leche, para completar el tratamiento de salud, había que tomar un baño en agua corriente en cualquiera de los balnearios conocidos, según el sitio visitado: El Curtidero, El Tejar, El Charquito de Socorro y muchas veces en el río Don Juan llegando a Cerro en Medio.

AVES DE CORRAL

Llamamos aves de corral a las que se criaban entre nosotros, atendiendo a su clasificación ecológica, ya que nunca hubo allí gallineros y corrales para ellas. Estas se criaban libremente como los demás animales y era común encontrar detrás de los matorrales, o en el tronco de cualquier árbol, una nidada de huevos, o una gallina que sin la atención de su dueño, sacaba del cascarón hermosos polluelos, al igual que los pavos y las guineas, no las palomas, porque aunque se criaban algunas, eran muy escasas, porque al decir de los supersticiosos “daban mala suerte”. Más escasos aún eran los patos, pues la escasez de agua era obstáculo poderoso para las atenciones por ellos requeridas.

LAS ABEJAS

Aunque no en abundancia, había muy especialmente en las secciones vecinas, algunos colmenares que ayudaban con su producción de miel, sustituyendo al dulce de caña, ya que este alimento cual que sea su origen es factor importantísimo en el desarrollo de la vida humana. Las colmenas consistían en troncos de tallos de palmeras, ahuecados al despojarlos de su compacta fibra natural para alojar los enjambres que elaboraban la codiciada miel. Estos “barriles”, como se les llamaba comúnmente se colocaban en sitios frescos poblados de árboles y arbustos, donde la sombra fuera su más pródiga protectora.

Los enjambres emigraban frecuentemente y donde su natural inteligencia señalaba sitio acogedor, se posesionaban, ocupando los huecos de troncos de árboles caídos o no y hasta allí solía perseguirlos la tenacidad de la mano del hombre, para apoderarse del fruto de su trabajo. Esta miel obtenida en troncos de árboles y huecos de piedras, era conocida como “dulce de abejas silvestre” o “miel silvestre”.

Otras veces los rutinarios apicultores descubrían un enjambre que volaba en busca de refugio y con dos pedazos de hierro, comenzaban un tintineo golpeando uno con otro, hasta hacer que las abejas, aunque parezca mentira o parezca curioso, atraídas por el tin, tin, tintín, tin, de hierro con hierro o hierro con piedra, se posaran en un árbol, donde ellos con gran habilidad las introdusían en sacos y las trasladaban a la colmena, donde se quedaban sumándose a las demás.

Sacar de la colmena el rico panal de miel, era algo delicado y que había que saber hacerlo, pues este singular insecto en su admirable asociación, defiende como un batallón de soldados sus propios intereses.

Emocionante era la operación de castrar. ¿Qué era castrar? Pues bien, esto era retirar los panales cuando estaban en sazón, así como también los macones para aprovechar la cera, cuidando de no tocar los vasos propóleos y los panales empollados o en avivamiento. Para retirar de los barriles el “pan de dulce abeja”, nombre con que

todos designaban los panales, la persona entendida, tomaba un tizón encendido, lo cubría con hojas secas y guajaca para provocar abundante humo y cuchillo en mano, se dirigía al colmenar, cubierta por una nubosa envoltura formada por la humareda. Tan pronto como se aproximaba a los barriles o colmenas, las abejas, huyendo del humo, abandonaban sus casas y aunque formaban círculos voladores de puntos negruzcos alrededor del intruso que las despejaba, éste lograba apoderarse de su valioso tesorero. Muchas veces, recibían picaduras que les producían inflamaciones dolorosas y hasta fiebres altísimas.

Hasta el día de hoy, se reconoce a la miel de abejas propiedades medicinales, pero en aquellos tiempos, se veía en ella un símbolo de sanación.

Se cuenta de un señor conocido con el nombre de Yoyén, que tenía su colmenar en las cercanías del pueblo y un día, de esos en que el astro rey es más bravo que lo corriente, al llegar a su casa con la agitación propia de una carrera forzada y presentando las cataratas que provocan las sudoríparas cuando reciben directamente los ardientes besos que desde la altura les envía el astro central del universo, una señora, en tono suplicante clama al propietario:

—¡Yoyén!, ¡Yoyén! ¡“dulce abeja, dulce abeja”!

Este, la vio tan desesperada, que sólo alcanzó a preguntar: ¿Cómo?

—¡“Dulce abeja, dulce abeja!, para mi hijo que está enfermo, está malito.

—¿“Dulce abeja”? ¿Con este sol tan picante?

—No tengo en mi rancho “nían” un chin y ahora no hay quien tiene a esas “mujecitas celosas con alas pa’volá” —dice Yoyén, jocosamente.

—Pero, Yoyén, es que la tos “ahoga” a mi hijo, por favor, deme “dulce abeja” —replica la necesitada.

Yoyén, quiere ayudarla, se tuerce el bigote, se estira los dedos haciendo que suene cada una de sus coyunturas, se rasca la cabeza y al fin dice: —Bueno, eso ahora no será “dulce abeja”, ahora será dulce “come oreja”, porque ese “endiablau” pajarito no se pega en

otra parte y al momento las tiene uno calientes y “jinchá como un bobote”. Pero, vamo’ a vé’. —Ah! te quería mencioná’, —continúa Yoyén, que anoche no te “acordate” de mí, ni de mi “dulce abeja”, cuando “taban con suj aponderaciones” ande “Nicó.

Llegó Isabé’, diciendo con aquel “remeneo de lengua”, que trajo de arriba unoj arenque’... ¡qué apagan laj brasa’ “diun boliu”. Brinca Luisa y dice que “ande” Fidel hay un arró’...!, que tiene el grano como el puño, y tú no te “acordate de mi dulce abeja”, que vive al que no vive. “Ujtede’, “namá” se “acuerdan de Santa Bárbara, cuando truena”.

—Bueno, es verdad que me quedé callá’ —dice la señora, pero como quiera que sea, deme “dulce abeja”, que mi hijo está enfermo, es pa’ remedio.

Entonces Yoyén se adentra en el colmenar para dejar complacida a su desesperada vecina y tizón en mano, se acerca a los “barriles”, que comienzan a bomitar millares de abejas formando enjambres, que se enarbolaron acosadas por el fastidioso humo.

La vecina en su ambición sigue los pasos de Yoyén sin ninguna precaución y... de pronto, ¡juy!, uy!, uyyyy!, se despeina, grita, salta, dice palabras que nadie entiende y de un momento a otro, se le ponen los ojos tan horribilmente hinchados, que a penas si los puede abrir. La boca se le puso tan grandota que no pudo saborear la presa, que con tanto afán había exigido. Esto ocurría con mucha frecuencia, cuando personas sin experiencia en estos asuntos, osaban penetrar en el recinto de estos útiles, laboriosos, como agresivos insectos.

PEQUEÑAS INDUSTRIAS Y MANUFACTURAS

Acordes con las posibilidades del medio, existieron manufacturas e industrializaciones de productos, que fueron fuerte apoyo para la economía de aquella precaria colectividad.

Las raspaduras

Conocida la importancia del dulce entre los artículos de primera necesidad, es de suponer el valor que representó en tiempos antiguos la industria de “raspaduras”. En capítulo anterior hemos apuntado los pormenores desde el equipo necesario hasta el final de la industrialización rutinaria de la caña.

Velas de cera

Fabricar velas de cera era trabajo de muchas mujeres, que ayudaban con ello al sustento de sus familias. No siempre fabricaba velas, la mujer poseedora de colmenas, sino que en su mayoría, se ocupaban en esto, personas que adquirían la cera mediante la compra a quienes se dedicaban al cuidado de los insectos productores de ella.

La cera se vendía generalmente por libras y se ofrecía al comprador en pequeña escala, en bolas crudas, o sea, que solo se les había extraído parte del agua que retiene después de separada la miel.

Cada fabricante de velas, realizaba en su casa su trabajo y para ello disponía de un pequeño equipo compuesto de dos calderos, un pedazo de saco de paja, conocido con el nombre de “chenchén”, un pedazo de tela de algodón, dos o tres higüeras pequeñas y varias varitas finas de madera alisadas para colocar las mechas, que recibían el nombre de “binzas” y cuya cantidad dependía de la capacidad de producción de la fábrica.

Las mechas eran también fabricadas por la empresaria, con el pavilo que algunas hacían hilando el algodón y otras lo compraban por “bollos” (rollos) a personas que hilaban algodón para la venta.

La cera por naturaleza tiene un color amarillo oscuro unas veces y amarillo claro otras veces, dando a las velas esos mismos colores. Las velas blancas de cera, son el resultado de un proceso de su decoloración. Como especialista en el blanqueado de la cera, se recuerda a Tanica, residente en la sección de La Puentequita. De esa cera amarilla, hacía ella velas blancas, tan blancas como las de

esperma y parafina, que hoy fabrican las industrias de alta escala.

Las blancas velas de Tanica tenían demanda en todos los tiempos, pero en especial cuando se aproximaba la fecha para la celebración de la fiesta de la Virgen de La Altagracia, pues todos querían hacerle las mejores ofrendas.

Fabricaba también velas para la venta, Elena, una señora del pueblo, de una laboriosidad reconocida, pero sus velas no eran blancas como las de Tanica. Esto mantenía a Elena intrigada y un día encontrándose con la experta en velas en el mercado, le dice con mucha complacencia: Tanica, quería verte para pedirte que me enseñes a blanquear la cara.

Tanica, se echa a reír, diciéndole:

—Elena, tú no aprendes a blanquear la cera, aunque yo con todo el gusto quisiera enseñarte.

—¿Qué noóó...? Pues entonces yo soy más bruta que tú, siendo yo del pueblo y tú del cerro de las higuanas. —Responde Elena un tanto enojada.

—Eso no, no, no, Elena, —dice Tanica. El caso es que eso requiere mucha paciencia y tú no tienes ninguna, tú eres un fuego ardiendo, un remolino, tú eres como una máquina, tu paciencia “la enterran con tu ombligo cuando te parió tu may”.

Elena suelta una carcajada y le reclama nuevamente. Con paciencia o sin paciencia, enséñame a blanquear la cera.

Está bien —dice Tanica. Tú coges la cera derretida después de bien colada y metes botellas “paradas”, tantas como se coja la vasija. Tan pronto como tu sacas las botellas de la cera, al darle la brisa la cera se seca y se queda pegada en las botellas, entonces tú retiras estas telitas de cera de las botellas y las pones en un envase. Esta operación se repite hasta que se termine la cera. Luego coges todas las telitas de cera y las pones al sol, rociándolas con agua a cada rato. Al día siguiente se vuelve a derretir la cera y se repite lo mismo y así se sigue hasta que la cera se ponga blanca.

—¿Cuántos días mas o menos hay que hacer esto? —Pregunta Elena.

—Hasta que la cera se ponga blanca. —Contesta Tanica.

—Pero... ¿tú no me puedes decir más o menos, diez, quince, veinte días? —Pregunta otra vez Elena, que ya va perdiendo lo que no tenía según su amiga Tanica, paciencia.

—Hasta que la cera se ponga blanca —responde fríamente Tanica.

Elena se incomoda y dando media vuelta, se vuelve a su amiga y le dice completamente airada:

—¡Vete al diablo! Tú no quieres que nadie aprenda a blanquear la cera porque te quitan tu “avencia”*.

—¿Tú ves? —expresa la interlocutora —por eso yo te dije que tú no aprenderías a blanquear la cera, porque no tienes, te lo repito, paciencia.

Elena pidió excusas a su amiga y se fue a su casa dispuesta a conquistar lo que le hacía falta para alcanzar su anhelo de fabricar velas blancas, pero, intentó muchas, para muchas veces, llenar este cometido sin lograrlo. Después de solear dos o tres días su cera, fabricaba sus velas y decía entre dientes: “Yo no tengo paciencia pa’ esto, yo hago mis velas con la cera como la hizo la abeja, que se quede mamá paciencia blanqueando cera”.

Cese de la fabricación de raspaduras y de la fabricación de velas.

Raspaduras y velas marchaban al unísono, como apreciados integrantes de la economía familiar de Neyba, hasta que la mano despiadada de Trujillo asestó la estocada mortal a esta pareja, que lánguida quedó aplastada totalmente por Ley del Congreso Nacional, aproximadamente en el año 1936. Las raspaduras cesaron violentamente, pues nadie se atrevía a violar la ley, con excepción de algún campesino de las lomas, que clandestinamente y expuesto a vida o muerte, sacaba y vendía sigilosamente algunos cartuchos

* Negocio.

del necesario artículo. No así las velas, que por mucho tiempo se vendieron a escondidas con el nombre de “bombones”, hasta que la escasez de la cera exigió su agotamiento.

Las tabaquerías

Una serie de pequeñas tabaquerías se instalaban en cualquier habitación de casas determinadas y cuyo material y equipo lo constituían, algunas sartas de hojas de tabaco, que luego de secarse eran procesadas rutinariamente, dos o tres chavetas*, tres o cuatro mesas bajas y bancos a la altura de las mesas, donde se sentaban los tabaqueros que eran los encargados de fabricar los túbanos. Se hacía también una clase de cigarrillos conocidos por “pachuché” y otros en igual forma pero más largos, que tenían por nombre “por tu hondo”.

Estos se fabricaban con las picaduras o desperdicios y las hojas desechables por irregulares o rotas. Para acondicionar las hojas de tabaco se practicaba la operación de despalillado, arrancando cuidadosamente las nervaduras. Luego se colocaban las hojas una sobre otras, rociándola con agua.

El conocido tabaco de andullo, que tanto fumaban los ancianos, no se prensaba en Neyba, sino que lo transportaban desde El Cercado y San Juan. Sin embargo se prensaban pequeñas porciones de hojas de tabaco que luego se torcían en forma de trenzas, doblándolas por la mitad y envolviéndolas en hojas de limbo ancho, que enterradas en ceniza caliente para que el tabaco se secara, se vendían en el mercado bajo el nombre de “tongas o güevas”.

Las panaderías

Ocupaba el pan, como siempre en todas partes, sitio de preferencia entre los principales alimentos. Para elaborarlo se transportaba

* Chaveta. Pedazo de hierro corto, aplanado y afilado por un extremo.

harina desde Azua o se importaba desde Haití. Como parte fundamental de las panaderías, existían unos hornos rústicos llamados “cuevas”, que consistían en abrir un hoyo en la tierra con una capacidad aproximada de tres metros cúbicos. En una de las paredes formadas al hacer la excavación, se hacía un agujero redondeado en el seno del suelo, en sentido contrario a la pared paralela, hasta llegar a la medida deseada. Este hueco, cuya abertura inicial recibía el nombre de boca y que tenía aproximadamente cincuenta centímetros de diámetro, se iba ampliando hacia adentro. Una vez obtenidas las dimensiones de largo, ancho y altura, se suavizaban las paredes así formadas y se le ponía piso de ladrillos.

Estos hornos, calentaban asombrosamente con la leña que ardía en su interior. Algunos tenían al lado, casi en el fondo de la cavidad hecha en principio, una boca más pequeña, que al comunicarse con el horno propiamente dicho, servía para la expulsión de los restos de leña quemada, las brasas y cenizas, o para encender fuertes leños que comunicaran calor al horno en casos de enfriamientos.

Este sistema antiguo de cocer el pan era utilizado además para toda clase de dulces y otros alimentos que exigieran la cocción de hornos.

Levantados sobre la superficie de la tierra surgieron los llamados hornos de mampostería, que sustituyeron las cuevas.

Para la producción del pan, se preparaba la levadura de la misma harina, mojada con agua y puesta a fermentar en un morro de güiro. Pasados tres o cuatro días, la levadura presentaba sus fermentos y este era el momento de añadir un poco más de agua y un poco más de harina, tomando entonces la masa el nombre de “reciento”. Este se dejaba en reposo por algunas horas, dando luego el toque final añadiendo más agua, sal y manteca. Esta masa, ya uniforme se amasaba con el puño. Avanzando el tiempo se usó el cilindro, formado por dos rolos de madera que dejaban entre sí una abertura, para que la masa rodara, acto que la suavizaba, quedando lisa y lista para dar al pan las formas deseadas antes de llevarlo al horno.

Este trabajo era desempeñado por mujeres y niños que recibían un módico pago por estos servicios.

Alcoholes y ron.

Por medio de pequeños alambiques manuales de fabricación local, eran muchas las personas que se dedicaban a la obtención de alcoholes y a la fabricación de aguardiente, sacando de este trabajo parte de su manutención.

Entre los alambiques más conocidos en Neyba, el de mayor importancia, era propiedad del señor Cornelio Sosa. Este estaba instalado en su conuco que se ubicaba no lejos de la fuente de agua de Cachón Seco y al lado de una regola o canal que recogía parte de las aguas de Cachón Grande. La base donde descansaba la caldera, estaba construida de ladrillos, colocada en forma tal, que fuera fácil colocar debajo de ella, la leña que servía para proveer el fuego. La cabeza era de metal, así como los tubos que servían para la destilación. Este aparato fue importado desde Haití, por su propietario. En sus ruinas se pudo apreciar su alta calidad, haciendo suponer los beneficios que aportó a la comunidad. El nombre de “El alambique” aún se conserva en nuestros días a aquellos predios, donde tal vez aparezcan vestigios de la instalación que le diera origen.

El caramanche

La proliferación de alambiques ofreció a Neyba facilidad para producir alcohol, abriéndoles el camino a nuestros ascendientes, para la fabricación de su bebida favorita: El famoso Caramanché. Poner a hervir azúcar en agua, agregando su ficiente alcohol y alguna esencia de plantas importada desde Haití, como anís, canela, etc., estaba al alcance de quienes quisieran, de aquí la popularidad de nuestra típica bebida, que siempre se hace presente en el recuerdo en honor a nuestra tradición.

Manufactura de cogollos de palma cana y de guano

Casi ha desaparecido ya el uso de sombreros confeccionados de las fibras del cogollo de la palma cana, pero fue esta hasta hace

pocos años una producción manufacturera, que era fuente de ingresos económicos para muchas familias de escasos recursos. Las secciones de El Estero, Barbacoas, Clavellinas, etc., eran los principales centros de producción de estos típicos sombreros, llamados “de pajita”. Los hombres, muy especialmente los de la zona urbana, usaban sombreros de fieltro importados, pero solo para los domingos y demás días feriados.

Como el uso de sombrillas no era muy común por la dificultad para adquirirlas y los medios de transporte eran lomos de animales, las mujeres usaban también sombreros de paja para protegerse del sol en los viajes. Los sombreros para mujeres se fabricaban con la copa más baja y el ala más ancha. Se les solía llamar “pavas”.

Se observa sin embargo que en Haití y en las poblaciones fronterizas se mercadea en estos días la venta de sombreros de palma y cana.

Serones y aparejos

Los serones y aparejos que aún en nuestros días están en uso, proporcionaban remuneración aunque módica a quienes se ocupaban en su fabricación. Los serones servían para acomodar el equipaje cuando se iba de viaje o para acomodar los artículos de venta, si se trataba de viajes de negocios. Tanto éstos, como los macutos, escobas y “escusas” (escusabarajas), se fabricaban de guano.

El aparejo, se confeccionaba con fibras fuertes de cortezas de ciertas plantas, cuya dureza era reconocida. Tenía la forma aparente de una silla, para acomodar el cuerpo de la persona montada y para que ajustara bien la carga de los serones. Algunos aparejos se hacían cubriendo su parte superior con pieles de chivo. Como protección al lomo de la bestia de carga, se colocaba debajo del aparejo, la “esterilla”, preparada con fibras suaves, sacadas de los tallos de matas de plátanos regularmente. Este arnez se fijaba con una soga especial llamada “cincha” y otra soga que se pasaba por debajo del rabo del animal conocida como “gurupela” (gruper).

Utensilios de uso doméstico

Debemos aceptar que el hombre siempre ha sido potencialmente rico, pues busca y consigue lo que necesita, con sólo el empleo del inmenso caudal de la naturaleza y la mina inagotable de su inteligencia.

De aquí, que gran parte de los utensilios de cocina, se los proporcionaran sin mayores dificultades: la bangaña, o sea la mitad del fruto de una cucurbitácea como el calabazo, la “jigüera”, esto es, la mitad del fruto del güiro, las llamadas cucharas de “cuesco”, que se hacían dividiendo en tajadas el fruto del güiro, etc. Todas estas fracciones de frutos criollos, eran despojadas de su pulpa, se pulimentaban con cualquier objeto cortante y se ponían a hervir para quitarles el sabor natural a la materia prima.

En esta misma forma se preparaban los “morros”, que no eran otra cosa, que güiros abiertos por un extremo. El uso de los morros dependía de su tamaño. Había una variedad de güiros pequeños, que se conocían con el nombre de güiros de café, porque su único uso era tomar café en ellos, pues su tamaño no les permitía otro. Además de estos enseres criollos, era muy común, tener vajillas de loza y cristalería traídas de Puerto Príncipe y que estaban a tono con la época y con sus poseedores. Estas se exhibían en las salas de las casas en anaqueles, conocidos con el nombre de “cantaderas”.

Es natural, que por intuición se descubra, que nuestra antigua cocina consistía en fogones formados por tres piedras cada uno y abundante leña que todos iban a buscar a los montes cercanos. En toda cocina había siempre colgada una especie de cesta llamada “escusa” (escusabaraja), para guardar algunos alimentos y cosas necesarias en los quehaceres correspondientes. Nunca en la “escusa” faltaban la raspadura y un güirito repleto de café en polvo.

Con maderas fabricaban patas de catres, que fue la cama común de nuestros ascendientes, camas propiamente dichas, aunque rústicas, paletas para hornear y para cocinar, pilones o morteros grandes para machacar arroz, café, maíz, etc. y pequeños para majar los condimentos de la comida.

Había personas versadas en la fabricación de otro tipo de

muebles de madera: mesas, “silletas”, como decían nuestros abuelos, pues para ellos, sillas solo eran las de montar a caballo. No olvidemos el “batidor” y la batea, tan usuales como necesarios para el lavado de la ropa. Ultimamente hizo su aparición la fábrica de mecedoras, que aún existe. Todo con maderas sacadas de nuestros montes, maderas de abundantes variedades y excelente calidad. El cogollo de palma cana y el guano, completaban los materiales para la fabricación de estos muebles, de los muebles que ofrecieron a nuestra progenitura, el placer, no solo de sentarse a descansar cómodamente, sino de presentar más o menos ordenada su vivienda.

Las platerías

Alhajas de oro y de plata usaban nuestros hombres y mujeres de antes, no sólo las importadas que eran de calidad superior, sino las fabricadas en el mismo lugar, que aunque fueran un poco más rústicas, no por eso dejaban de venderse y mucho menos de usarse, como algo que daba vida y esplendor a la indumentaria tanto masculina como femenina.

Divertido era el constante tip, tap, tip, tap, tititap, unas veces lento otras veces acelerado del continuo batallar de Miguel Méndez con el yunque y el martillo en su modesta platería de la calle Canela, donde el chisporroteo permanente de una soldadura manual, sin más auxiliares que un madero encendido y un poco de acetileno, eran exponentes del hombre que trabaja espoleado por el sólo incentivo de su ingenio y la fuerza espontánea de su responsabilidad.

Un poco mejor equipada funcionó la platería de Cindo Ramírez, donde se percibía el fuá, fuá, fuá, fff, de los fuelles, al unísono con el tip, tip, tap del yunque y el martillo, que abusando de la maleabilidad y la ductilidad de los metales empleados, lograban diversas formas de orfebrería en sus trabajos realizados a base de procedimientos rudimentarios que ofrecían gran dificultad.

Estos orfebres criollos, labraron anillos, pulseras, cadenas, aretes, leontinas, gemelos, etc., formando parte activa en el movimiento económico de la región. Muchos descendientes de

ellos continuaron la práctica de este oficio hasta hace poco tiempo, cuando ya la falta de oro no les permitió seguir adelante por los caminos que trazaron sus progenitores, pues no importa que la evolución comercial haya inundado al país de finas joyas de alta confección y calidad superior en materiales, pues si el metal noble estuviera a su alcance como anteriormente lo estuviera, sus trabajos hallarían mercado.

Jabón de Tierra

Las informaciones acerca de ciertas actividades ejercidas por nuestros antepasados, son reflejos de las estrecheces económicas en que se desenvolvía aquella gente y un factor más que manifiesta la fuerza de creatividad que brota en todos los tiempos de la inteligencia humana. La conocida carencia de vías de comunicación y la inexistencia de vehículos de motor para transporte, hacían que Neyba permaneciera cerrada al comercio con las poblaciones más adelantadas del país. Todo intercambio comercial tenía su fundamento en la vecina República de Haití, desde donde se obtenían los artículos indispensables para el desenvolvimiento de la vida. entre un cúmulo de efectos importados, asomaba su cuerpo resbaladizo el jabón de lavar o jabón de cuaba, que por tales razones siempre escaseaba en nuestro medio. De aquí surgió la necesidad de fabricar el llamado “jabón de tierra”.

Frecuente era ver en las casas de algunas personas que se especializaron en este trabajo, grandes cantidades de sebo de chivo y de ovejo, que era la materia prima principal para la pequeña industria.

Llamaba la atención el tosco equipo formado por calderos, paletas de madera, trapos, etc., que movido por el ágil brazo de los fabricantes, les ayudaba a producir no sólo el jabón para la ropa, sino también valioso aporte para el indispensable pan de cada día, mediante la venta de tan ridícula mercancía.

Curioso era el procedimiento empleado en su fabricación: Tomar el blanco y reluciente sebo y derretirlo en calderos mediante el fuego, luego colar el líquido, mezclar en un cántaro agua y ceniza

en cantidad proporcional al sebo disponible y agitar constantemente con la paleta durante varias horas. Repetida esta operación después de retirar los desperdicios, se ponían a hervir la mezcla. Luego se dejaba en reposo durante dos o tres días, separando entonces de ella por decantación, el líquido que formaría la lejía. Este líquido se ponía a hervir nuevamente agregándole el sebo, que al derretirse dentro de la lejía, despedía una fetidez que impregnaba el ambiente haciendo la respiración insoportable, pero... se sacaba jabón para lavar, el conocido “jabón de tierra”. Consumida toda el agua, se bajaba de fuego para volver al batido con la paleta, hasta que se iba enfriando a la vez que se solidificaba. En esta fase, se sobaba fuertemente con las manos hasta que fuera posible formar las bolas que resultaban de color oscuro, casi negro y de olor desagradable.

Para desodorarlas, eran expuestas al sol, pero aún así, eran intolerables.

Si bien es verdad que este jabón no blanqueaba la ropa, podemos asegurar que ayudaba a quitarle el sucio y que muchos se auxiliaban con su uso.

Zapaterías y Chanclerías

Generalmente los zapatos usados eran importados desde Haití, pero podían adquirirse de ciudades nacionales.

Existieron algunas zapaterías en baja escala, importando el material más usado que era el marroquín (tafilete), aunque la suela era acondicionada en la localidad curtiendo las pieles de vaca. Estos zapatos, tanto de hombres, como de mujeres y niños, eran de confección muy rústica, razón por la cual sólo los usaban personas de muy escasos recursos económicos.

Las chancletas, que fue un artículo muy usado en los siglos pasados, se fabricaban en abundancia, había en algunos barrios del pueblo, verdaderas colonias de chancleros haitianos. Algunos dominicanos las fabricaban también pero con menos dedicación.

Se hacían chancletas a imitación de zapatillas y a éstas, se les llamaba “calzadas”, pues comunmente, las chancletas eran al descubierto en el talón, con la finalidad de ser arrastradas. La parte

superior de ellas, era siempre de tela, que podría ser fuerte azul o lona.

En las “calzadas”, había una marcada deficiencia de confección, en la consistencia del contrafuerte, cuya debilidad originaba torceduras en la prenda, que motivó a que se les diera el nombre de “busca idea”, por lo cual era muy común decir, tratando de conformarse así misma:

—mis chancletas quedaron muy bien —¡ojalá no busquen idea! esto es, ojalá no pierdan la forma.

Otras veces, la deficiencia se inclinaba a la puntera y por ello, la punta se volteaba hacia arriba, entonces tomaban el nombre de “puya cielo”.

En nuestro viejo lenguaje familiar, se entendía muy bien lo que significaba:

—Préstame tus “puya cielo”.

Mucho se usó también otro tipo llamado salineras porque procedían de la sección de Las Salinas, pero como la suela era lisa, sin tacones, la gente las bautizó con el nombre de “sin marido”.

Los hombres, usaban otra especie, conocida como “soletas”, que consistían en una plantilla de suela, atada al talón por medio de una travilla también de suela y otra del mismo material que pasaba por entre los dedos para reunirse con la primera después de pasar sobre el empeine.

Estas prendas personales, a pesar de su rusticidad, llenaron su cometido supliendo necesidades en los viejos tiempos.

El comercio

Desde los tiempos primitivos, Neiba escogió un sitio para exponer su productos a la venta. Hasta donde hayamos podido investigar, el más antiguo mercado conocido, estuvo ubicado en la intersección de las calles Cambronal y General Sosa.

La calle Cambronal, después de cruzar la calle Consistorial (hoy Mella), se desviaba notoriamente hacia el Sur, en la acera del mismo nombre, mientras que la acera Norte, se iba alejando hacia el punto cardinal que la identifica, formándose así una explanada que colindaba al Este, con la calle General Sosa que allí terminaba.

Corpulentas bayahondas y frondosas baidoas se levantaban allí, cubriendo el terreno de una sombra acogedora, a pesar de que los hilos dorados portadores de la luz natural se colaban tenuamente entre la fronda. Este espacio que carecía de arbustos y de malezas, estaba alfombrado de pequeñas piedras blancas, que parecían haber sido esparcidas por alguien cuidadosamente, sin ninguna cerca ni mas detalles, era denominado el “marcé”. Suponemos que esta palabra, que viene del francés (marché), con igual significación, corresponde a los rastros que dejó en nuestra lengua vernácula, la invasión haitiana del año 1822.

Aquí se vendía toda clase de frutos y ya habían establecidas en sus alrededores algunas tiendas de tejidos y otros artículos. Los habitantes de Las Damas, (Duvergé), de Las Salinas, de Mella y de las secciones correspondientes a Neyba, llegaban allí a vender sus productos y a comprar lo que ellos no producían. Se recuerda el arroz y el almidón dameros, como decían con orgullo las vendedoras y las panelas y el pescado salado de Rincón (hoy Cabral).

Algún tiempo después, el “marcé” fue trasladado al lugar donde hoy se encuentra el parque Duarte. Aquí se construyó una cerca de tablas de palma, que ocupaba la misma porción de terreno que éste ocupa. Una altura aproximada de dos metros tenía la cerca y en cada calle limítrofe, tenía una o dos puertas; en su interior podríamos decir que era un corral. Algunas barbacoas también de tablas de palma se levantaban sobre horquetas, cubiertas por destartalados techos de cana o de pencas de cocoteros. En algunas esquinas, custodiadas por numerosos canes realengos, algunas casuchas construidas de los mismos materiales ya descritos, servían para el expendio de carne y eran identificadas con el nombre de “La Tabla”.

En el “marcé”, además de los productos citados, se vendían artículos de quincallería, que traían las haitianas en sus recuas de burros. Estas comerciantes regresaban a su país, llevando otra vez

cargados sus animales de todas clases de frutos de nuestro suelo, muy especialmente de habichuelas.

A medida que fuimos avanzando la palabra “marcé” fue desapareciendo de nuestro lenguaje regional.

Desde Neyba se exportaba ganado en pie, carne, recina, cera, pieles y toda clase de frutos menores. Desde allá se importaban telas, cosméticos, especias y toda clase de artículos que era imposible adquirir desde Santo Domingo, por razones ya expuestas. Entre los artículos importados se destaca el famoso Clerón, que vive en el recuerdo de los neyberos transmitido de generación en generación.

Los nativos neyberos que vivieron en el siglo pasado, al referirse a Puerto Príncipe, decían con toda naturalidad “la ciudad”, pero ellos sobrestendían entre sí, que se trataba de la capital de Haití, pues era la única gran ciudad, por ellos conocida y frecuentada. La mayoría de los padres de familias, cuyas condiciones económicas se lo permitieran, viajaban periódicamente a Puerto Príncipe a comprar el ajuar necesitado.

Este comercio internacional tuvo gran florecimiento, al amparo del Tratado de Paz, Amistad, Comercio y Navegación, que firmara el Presidente Ignacio María González con el Gobierno de Haití, el cual establecía el libre comercio entre los dos países, mediante el pago durante ocho años de una indemnización al Gobierno dominicano, que tácitamente reconocía la soberanía de aquel país, en los territorios nuestros que habían sido ocupados pacíficamente por ellos desde hacía muchos años.

En esta época, esta libertad de acción comercial se conocía en Neyba con esta expresión: “La puerta está abierta”. Más tarde, la violación de este Tratado por parte del gobierno haitiano, dejando de pagar la indemnización al Gobierno dominicano y tratando además de exigir el pago de impuestos a las mercancías procedentes de Santo Domingo, tanto por barcos, como por recuas, motivó que el Gobierno dominicano, representado en el Presidente José María Cabral, suspendiera el comercio con Haití, propagándose entonces la expresión contraria, que como plato del día iba de boca en boca: “Se cerró la puerta”, lo cual representaba para ellos una crisis

económica, ya que en todos los tiempos el comercio a través de la frontera ha sido arma poderosa para la defensa contra la miseria, y si no es así, lo dirán los contrabandos que han existido en todos los tiempos, pues las urgencias de subsistencia, exigían el mantenimiento del comercio, ya fuera legal o clandestino.

Puestos de común acuerdo nuevamente los gobernantes de los dos países, revive el comercio y se repite para ellos la frase, que era para todos voz de aliento: “Ya se abrió la puerta”. Nuestros ascendientes veían en este libre comercio, facilidades para solventar sus apremiantes necesidades, pero a penas si se detenían a pensar, que esta puerta abierta, sin tomar las precauciones indispensables, era también vía franca para que nuestros vecinos se fueran posesionando cada vez más en nuestro territorio y que de aquí se derivarían consecuencias que peligrarían nuestros derechos en las tierras que legítimamente nos correspondían desde el Tratado de Aranjuez.

Exportación marítima

No solo los productos exportados hacia Haití mediante recuas de mulos y de burros, formaban nuestro humilde comercio de exportación. A éstos adición-á-banse otros productos como parte activa de nuestra vida comercial: los troncos de guayacán, las maderas de todas clases, el café de Panzo, las pieles de animales, la miel y la cera, eran transportados con duros trabajos, para ser exportados por el puerto de Barahona, por mediación de la antigua Casa Mota.

Llevar desde Neyba hasta Barahona estos artículos, era un calvario, usando casi siempre el lomo de animales, que arrastraban las maderas amarradas del aparejo con grandes dificultades. Cuando la posibilidad lo permitía, se utilizaban carretas tiradas por bueyes, que rodaban por caminos angostos que apenas si cabían y cuya sinuosidad accidentada les proporcionaba virajes que, muchas veces ponían en peligro la carga y hasta la vida del conductor.

No es un secreto que para esa época no teníamos una Secretaría de Obras Públicas, que se encargara de estrechar mediante los

caminos, los fraternos lazos de los pueblos del interior, pues fue en el año 1909, cuando se creó la Dirección de Obras Públicas, que durante el Gobierno de Ramón Cáceres inició dos redes de carreteras: una por el Norte que terminó en Los Alcarrizos en el camino del Cibao y otra por el Sur, que no alcanzó llegar hasta Haina.

Esta falta de comunicación terrestre exigió del Gobierno la promulgación de la llamada Ley de Caminos, que establecía a los vecinos de cada lugar la obligación de mantener en "buenas condiciones" los caminos correspondientes a su jurisdicción. Buenas condiciones significaba, que pudieran ser transitados con facilidad por los animales de carga y de transporte, pues no tenían los hombres de entonces, capacidad de trabajo, ni las herramientas adecuadas para construir caminos que permitieran el libre deslizarse de vehículos de ruedas.

Esta Ley tuvo repercusión en todo el país y los hombres tenían que proveerse de un carnet que los acreditara como miembros de las Juntas de Caminos, que deberían existir en cada lugar presididas por la autoridad competente.

Este documento era exigido al elemento masculino con la misma insistencia, con que se exigió décadas después la Cédula de Identificación Personal y se conocía con el nombre de "Papel de Caminos".

Algunas medidas usadas

Es muy notorio, que la mayoría de las medidas usadas por los antiguos moradores del Suroeste, hayan desaparecido sin dejar rastro alguno.

Las telas, cintas, encajes, etc., tenían como unidad de medida la hona. Esta medida tenía algunos centímetros más que el metro y suponemos de procedencia haitiana.

En Neyba, la grasa comestible usual para la época, era la manteca de puerco. Para su expendio se medía por un envase de hojalata, cuya capacidad era un cuarto de botella y recibía el nombre de "vidrio". La mayor cantidad de manteca procedía de Las Damas (hoy Duvergé), se envasaba en güiros, pues las latas

escaseaban, ya que se conseguían por la importación del gas del alumbrado. Este gas, era vendido midiéndolo por un frasquito de vidrio estrecho y alargado que se denominaba “enana” y su capacidad era la cuarta parte del vidrio o sea equivalene a un dieciséis-avo de botella.

Abundaba en la época, una serie de vasos gruesos pequeños, que eran usados para la venta del arroz. Un vaso de arroz era igual a media libra, pero podía ser más o menos, pues nadie tomó nunca ese peso exacto. La venta de arroz sin despulpar se hacía por cajones, laticas y “anegas” (fanegas).

Los demás granos, como habichuelas, guandules, maíz, café, etc., tenían como medida el jarro. Comúnmente se usaban jarros con la capacidad de un litro y por éstos se vendían también la leche y la miel de abejas.

En relación con las medidas de peso, la equivalencia del jarro no es exacta, los tubérculos y otros productos, no tenían medidas fijas, podían ser montones, racimos, cargas, y hasta por unidades.

La libra, era muy poco usada, era difícil localizar una balanza. Antiguamente se improvisaba, con una vara de madera que hacía de fiel, desde cuyos extremos pendían por medio de cuerdas, dos higüeras de igual tamaño que desempeñaban la función de platillos. En una de las higüeras, se colocaba una piedra, cuyo peso había sido tomado del peso de una libra y en la otra higüera se colocaba el artículo que se quisiera pesar. Con este tipo de balanza rústica, que recibía el nombre de “peso”, se pesaban la cera y la carne principalmente. Es de suponer lo atesorada que estaría esta piedra modelo, por lo cual era frecuente decir entre vecinos, “préstame tu libra”. Esto es, préstame tu piedra que pesa una libra.

Monedas en circulación

A pesar de que hubo algunos intentos para dotar al país de una moneda propia de curso legal, fue a finales del siglo pasado, cuando obtuvo la correcta circulación de un sistema monetario definido, que podría considerarse como el primero, siendo su unidad reglamentaria el peso nacional, que era representado por una

moneda de plata que presentaba de una cara la efigie del perfil de una indígena con el cabello trenzado, sostenido por una diadema de plumas, que llevaba en letras incusas la palabra “Libertad”. De la oreja colgaba una argolla y de su cuello pendía una gargantilla de pendientes de distintos tamaños. la otra cara de la moneda presentaba el escudo nacional.

Esta primera acuñación de moneda, tuvo efecto en el Gobierno de Ulises Heureaux siguiendo acuñaciones sucesivas, pero en cada una de ellas, ésta, iba perdiendo un porcentaje de su valor intrínseco, hasta llegar a la desvalorización, que le originó al peso nacional, el nombre popular de “clavao”, pues los comerciantes lo repudiaban y lo clavaban en sus mostradores en señal de desprecio. Muchas son las versiones que corren acerca del origen de este nombre, pues algunos decían, que quienes lo recibían quedaban “clavaos” por el poco valor de la moneda, como se dice en nuestros días” estoy cruzao”, por decir no tengo dinero.

Con la misma impresión de la moneda de un peso nacional, había monedas de medio peso, de un quinto de peso, denominada peseta, y de una décima de peso, que era el reconocido “real”.

Existieron además otras monedas fraccionarias, la mota y la nica, que también eran de plata y el medio, que era de cobre, por lo que era común llamarle simplemente “un cobre”. Estas tres últimas monedas, no tenían en las dos caras igual impresión que las descritas anteriormente.

Hubo también para la época, circulación de papel moneda o papeletas, cuya facilidad de emisión, fue propicia al Gobierno, para crear un estado inflacionario que dio generación a su descrédito, con los consecuentes resultados funestos para la economía nacional.

El Gobierno provisional de Horacio Vásquez, en 1899, puso fuera de circulación este papel moneda o papeletas, surgiendo de aquí el viejo refrán tan usado en todo el país, cuando algo pierde valor o pasa de moda: “Cayó como la papeleta de Lilís”. Durante esta administración gubernamental, se fijó una tasa de cambio de cinco pesos de plata dominicanos, por un peso oro o dólar, quedando el “clavao” reducido a veinte centavos (veinte centésimas de dólar).

Es justo consignar, que a estas monedas, se unía la circulación de la moneda haitiana, que se mantuvo en todo el suroeste, hasta muy entrada la cuarta década del presente siglo. La juventud neybera que ya empezaba a despertar, la trataba con desprecio y murmuraba con frecuencia: “El curso de esta moneda es una invasión pacífica al país”.

Después de la intervención norteamericana, como es natural, con la penetración de soldados, vino la circulación del dólar y como consecuencia, este fue anulando la moneda nacional, que poco a poco se fue extinguiendo, ya que un país intervenido, no podía seguir acuñando moneda, ni hacer emisiones de papeletas, pues al carecer de independencia política, se carecía de independencia financiera.

A partir de entonces se llamó a la peseta nacional “peseta sencilla” o simplemente “una sencilla” y a la moneda americana de cinco centavos, “una peseta fuerte”. Estas nominaciones eran decires populares, sin tener en cuenta lo que significa en términos de Economía, una moneda fuerte.

La moneda americana de veinticinco centavos, era reconocida como una peseta oro. El medio, desapareció por completo de inmediato, dándole paso a la moneda americana de un centavo, hasta que unas décadas después del Plan de Evacuación, las circunstancias permitieron nuevas emisiones de monedas dominicanas, con la aspiración de que tuvieran paridad con el dólar.

Entierro y Botija

Aunque la extrema pobreza de nuestro pueblo natal es bien reconocida, no faltaron personas, que pudieran conservar algunas monedas de oro: el doblón, cuyo valor era entonces de cinco pesos oro, la media onza, que tenía un valor de diez pesos oro y la onza o morocota, valorada en veinte pesos oro.

Estas monedas de oro, al igual que algunas monedas de plata pura, correspondientes a las primeras acuñaciones, eran guardadas en el seno de la tierra por sus poseedores y a estos tesoros

escondidos, se les llamó “entierros”. La botijuela, era una vasija de barro, redondeada con una especie de cuello corto, que tenía una abertura o boca, suficientemente ancha para que pasara por ella sin dificultad, una moneda de las de mayor diámetro. Su uso especial era enterrar en ellas las monedas.

Cuando se advertía algún mejoramiento económico en determinada persona, sin un motivo conocido que lo justificara, era frecuente la expresión: “Fulano se sacó una botijuela”.

Todavía hay personas que alimentan la esperanza, de que en nuestros bosques cercanos, puede haber tesoros escondidos desde tiempos inmemoriales.

La Vuelta Arriba

El inmenso poderío político del gobierno Militar de los Estados Unidos en nuestro país, fue campo propicio para que capitalistas de su mismo origen impusieran también su poderío económico. Así fue como en el año 1921, sonó la formidable trompeta exótica, que anunciaba la instalación de una industria azucarera en la provincia de Barahona.

Esta compañía de inversionistas que llevaría por nombre Barahona, tomó en compra las plantaciones de caña ya existentes en la provincia y que eran propiedad de unos cubanos, entre ellos, uno muy conocido con el nombre de don “Lauterio”.

Estos se desprendieron de sus propiedades sin ningún inconveniente, tal vez viendo aventajados rivales en sus compradores.

Don Lauterio hacía excursiones por Neyba en compañía de hombres blancos, quizás cubanos, tal vez yanquis, instalando sus cargas en una explanada al Sur del mercado de entonces, terrenos hoy ocupados por la calle Sánchez y el parque Duarte.

Estos hombres, corrían en fuertes caballos por la calle San Bartolomé, dirigiéndose a casa de una solterona de nombre Toní, quien les servía la comida. Aquí conversaban animadamente sobre la venta de sus predios cultivados de caña y de la visión sobre sus nuevos proyectos.

Los muchachos del vecindario no acostumbrados a ver este tipo de gente, les arrojaban piedras al verlos pasar, acto que ellos veían sin ninguna preocupación.

Estos hombres exploraban en nuestras tierras en busca de una supuesta existencia de petróleo en esos lugares, llegando a fijar señales como indicadores en terrenos comprendidos entre Neyba y Duvergé y en el cerro que bordea la cabeza de Las Marías, tal vez con la intención de extender sus dominios económicos, con la instalación de una industria petrolera, paralela a la naciente industria azucarera ya que a este tiempo comenzaban a extenderse las alambradas de la finca de la Barahona Company, cada día más y más, sacando aquella gente a base de capacidad técnica y dinero, gran provecho de las tierras, que baldías dormían desde siglos, el sueño de la eternidad. Fueron envueltas también en el manto poderoso de la ambición de los hombres del Norte, muchas tierras que cultivadas o no, tenían sus propietarios, pues por el solo afán de ampliar las áreas de la finca, eran solicitados en compra y había que complacer sus pretenciones.

De aquí se desprende que muchos propietarios cambiaran su condición de agricultores por la simple condición de jornaleros. No tuvo Neyba parte activa en este acontecer, pero la repercusión de la trompeta despertó el oído en todos los ámbitos colindantes, interrumpiendo las habituales labores agrícolas y produciendo el impacto una indecisión en los hombres, que agobiados por el duro batallar con los obstáculos de la naturaleza, anhelaban encontrar algo que pudiera conducirlos por caminos factibles a una meta de progreso. Algunos, los más avanzados en edad, obedeciendo a los afectos de nexos familiares, retrocedieron con un ¡no!, doblando nuevamente la cerviz sobre la tierra. Pero ¡ay!, la juventud, sintiendo en su ser la aspiración de una vida mejor, batió las alas en busca de nuevos rumbos al grito unánime de: ¡Pa' la finca!, ¡a la vuelta arriba! ¡Pa' la finca! ¡a la vuelta arriba!

Así se vieron desfilar a pie, contrastando la animación del que ambiciona cambio favorable, con la tristeza del aventurero, cargadas las espaldas con humacas y alforjas, en busca de un nuevo sol, en medio de la tempestad de un mundo desconocido.

Tristes quedaron las jóvenes esposas, tristes las madres, las hermanas, tristes todos, pues Neyba, después de apaciguadas las turbulencias de las luchas intestinas, formaba una sola familia que compartía entre sí, tristezas y alegrías.

Ya los jóvenes no trabajarían en los conucos con sus padres, con sus abuelos, con sus tíos o con sus amigos, ahora estarían a las órdenes de un jefe, de un jefe desconocido que los discriminaría por muchas circunstancias, ahora serían asalariados, pero asalariados en muy bajos niveles.

La Barahona Company inició y desarrolló sus trabajos en una especie de “danza de los millones”. Los hombres que con paciencia esperaban el producto de sus labores agrícolas, de eventuales rendimientos a causa de la ausencia de técnicas de cultivo u otra clase de recursos y que muchas veces tenían que vender “en flor” sus cosechas para cubrir erogaciones imprevistas, ahora trabajarían a plazos fijos y tendrían en sus manos dinero en constante evolución. Los pagos se realizarían semanal o quincenalmente. Esta viva circulación de dinero, dio origen a la proliferación de improvisados mercados en todos los bateyes de la finca y en los lugares aledaños a ella, como Palo Alto, La Bomba, La Bombita, Mena, El Palmar, La Puerta del Tres y Hatico (hoy Tamayo).

El mercado de Hatico fue el de mayor popularidad, por la ventaja que ofrecía su ubicación en un punto equidistante a los sitios más concurridos. La gente de toda la región se trasladaba los domingos al mercado de Hatico, para disfrutar de los beneficios económicos de la finca. Había allí toda clase de vendedores y se vendía allí todo género de mercancías, llegó a ser el centro comercial preponderante en el Suroeste.

Los nombres de todos lugares resonaban en los oídos con la cadencia halagadora del bienestar económico, pues se estableció la costumbre de llevar hasta ellos toda clase de frutos y toda clase de objetos destinados a la venta, ya que era un decir popular, “que los cuartos por allí, andaban como hojas en los palos”.

Trasladarse desde Neyba a esos mercados, era rutinario tanto de hombres como de mujeres. Todos salían en recuas de burros y mulos, para protegerse unos a otros por aquellos desiertos y peligrosos caminos.

Como los pagos, generalmente eran quincenales, el sábado de pago, era llamado, sábado de quincena, o “sábado vivo”. Estos eran preferidos para asistir a los mercados, donde les esperaba venta segura para sus productos y a los mejores precios.

Se cuenta que en uno de estos viajes, un mozalbete fue enviado en compañía de amigos y familiares al mercado de Hatico y sus alrededores a vender una carga de pan y bombones. Al regreso, el joven iba triste, sin participar en las conversaciones con que los recuerdos, animaban el trajín de la travesía.

Alguien que venía observando su estado de ánimo, le pregunta:

—¿Qué te pasa, José? Estás enfermo?

A lo cual José responde como fulminado por un rayo:

—Ay!, ay!, soy hombre muerto! —Me mató Mima, me mató Mima! ¡Ni pan ni cuartos! Ni pan ni cuartos!

—¿Cómo? Y qué has hecho los cuartos? —Le dice un compañero, pues yo vi en tus serones, un compra pan, compra pan, compra pan... que parecía que tu pan era el mejor pan de todos los bateyes y de Hatico.

¡No! No! —dice José, yo me muero, ni pan ni cuartos y sollozaba abrazado a las crines de su montura.

A pesar de que la moneda americana había invadido al país desde hacía algunos años, nuestra apartada región tenía apenas algún conocimiento de su clasificación, mucha gente no la conocía y José era uno de esos tantos.

Emilio, un pariente de José, al ver la desesperación de éste, le dice:

—Bájate del mulo, muchacho, porque aquí vamos a saber que se hizo del pan y donde están los cuartos.

José obedeció y los dos se internaron entre los montes, que se habían separado para dar paso al camino, donde José, con la amargura de la frustración, extendió sobre el suelo un pañuelo y volcó en él todo el contenido de sus repletos bolsillos. Emilio

comenzó a contar las monedas, cuando José, más asustado aún le interrumpe gritando.

—Espera!, que la saqueta”* esta en los serones y se dirige a buscarla.

Cuál fue la sorpresa de Emilio al ver aquella funda! No era capaz de pensar que aquel bulto fuera dinero. De inmediato se puso a contarlo y ¿qué había sucedido? Tenía más del doble de la cantidad que había debido recibir por la venta del pan.

—José, dame una explicación —exige su tío Emilio, pues no sé de donde has sacado todo ese dinero.

Otro compañero de viaje interviene, llegando a la conclusión de que, el muchacho no conocía la moneda extranjera y calculaba por un medio, la moneda de cinco centavos y por un real, la moneda americana de diez centavos.

—Eso es! Eso es! —dice su tío Emilio, no lleva pan, pero sí lleva “mucho cuarto”.

José espoleó su mulo y salió galopando con la satisfacción que embarga a todo triunfador. Escenas como estas sucedían a diario, pero fue este un falso florecimiento, pues no hubo el equilibrio indispensable en la economía, ya que, mientras las locomotoras con su estruendo, anunciaban el transporte de su preciosa carga, una infinidad de artefactos surcaban los terrenos de la finca en actividades distintas, pero encaminadas hacia una finalidad común, el ingenio del Batey Central ya en franca producción embalsamaba el ambiente con su riquísimo olor a melado y sus chimeneas arrojaban por las bocas, concéntricos remolinos de humo que ennegrecían el espacio, todo como evidencia de su apogeo industrial en marcha, muchos campos de cultivos de la provincia languidecían por la ausencia de brazos, mermando considerablemente las cosechas,

* Saqueta: Funda de tela que se usaba para guardar dinero.

con la consiguiente agravante de que los pocos frutos cosechados eran trasladados a los mercados de la finca y sus alrededores en busca de mejores precios, dejando sin bienes de consumo a los habitantes extra-finca, con la resultante de que el hambre tocaba las puertas de las mayorías.

Pasada la euforia de la primera etapa de producción de la industria, dentro de una convulsionada población cosmopolita, donde sobresalían los haitianos y los cocolos, hay que aceptar como un imperativo, la casi extinción de nuestras costumbres hispánicas en los predios ocupados por la empresa y su degeneración en los lugares circunvecinos.

Estas razones, anexionadas a la abundancia de dinero en circulación, ofrecieron al vicio campo oportuno para extender sus tentáculos, en cuyas redes quedaron atrapados los más incautos.

Aquí fue donde surgieron los prototipos negativos dentro de nuestra sana sociedad, así como también hicieron su presentación enfermedades hasta entonces desconocidas, llegando hasta Neyba los reflejos de esa lujuriosa situación.

Algunos compoblanos enfermaron allí física y mentalmente, otros, menos frágiles lograron escapar a esta ola de lascivia, amasando pequeñas fortunas, como resultado de su arriesgada aventura a “LA VUELTA ARRIBA”.

CAPÍTULO VII

CONDUCTAS CULTURALES Y SOCIALES EL ASEO DE LAS PRENDAS DE VESTIR

En nuestra cultura, misión propia de la mujer, es la realización de determinadas labores, que aunque a veces comparte con el hombre, están a ella íntimamente ligadas. El lavado y planchado de la ropa de la familia, siempre le ha correspondido en la generalidad de los casos.

Salir del hogar al amanecer, cargando la cabeza con la batea llena de la ropa que se habría de lavar y dirigirse a las fuentes de agua, fué rigurosa ocupación que realizó la neybera de ayer. Pero había que hacerlo como un sagrado deber, pasando muchas veces días completos entregada a su dura, pero obligatoria faena.

Cobijada por la espesura de árboles frondosos, recibiendo las bromas de un amigo, que sin alas, sin brazos y sin labios, besaba su frente sudorosa, revolviendo sutilmente sus desordenados cabellos; y ella, soportaba las hojarascas que a su paso levantaba rozando su fruncido ceño, como un adios cariñoso confundido con los rayos solares en declive.

A pesar de los momentos sufridos en acérrimo combate en cumplimiento de sus obligaciones, se dejaba oír de vez en cuando una alegre copla popular o una melodiosa mangulina.

Muchas mujeres había siempre en cada manantial, porque no había tantos y tenían que realizar en común su actividad. La

convivencia de esta colectividad de caracteres tan desemejantes, originaba la presencia de sucesos donde se producían rozamientos que muchas veces generaban agresiones físicas.

Los tablones de colocar la ropa para ser golpeada con el “batidor”, aunque fueran fijados allí por determinadas vecinas, se iban haciendo de utilidad pública y a todas correspondían por igual, pero siempre en todas las cosas trata de imponerse- “la ley del más fuerte”.

Transcurría un día de sol, estímulo que provocó la coincidencia de gran número de vecinas que se dieron cita en el mismo lugar para realizar las labores del lavado de ropa, colvulsionando las riberas de Cachón Grande de tal suerte, que daba la impresión de un refugio en tiempos de calamidad pública.

Abriendo espacio entre la concurrencia, cierta joven, llega apresuradamente y sin tener en cuenta la congestión que allí había, moja su ropa, la pone sobre el tablón en actitud de ejercer la acción correspondiente, pero... se marcha hacia los conucos cercanos, con la ambición de encontrar en los mangos en sazón, los recursos indispensables, para saciar las sensaciones que en breve se harían presentes en su organismo. A su regreso, otra joven, sentada sobre el servicial madero, se disponía a “batir” su ropa. La primera, que al volver halló ocupado el sitio que en su imaginación ella tenía reservado, dice con la fuerza del derecho:- ¿Por qué diablos me quitaste mi ropa del tablón? Dame mi puesto, porque mi ropa estaba ahí, primero que tú.

__Tu ropa sí, pero tú no, __contesta la aludida.

__Dame mi puesto,__ añade la ofendida, porque si no.....

__¿Si no qué?__ dice la posesionada, tu puesto está en el cementerio y sigue batiendo su ropa.

__Porque si no, te empujo, !Hija de la mala may!

__!Ja !Ja !Ja!__ ríe irónicamente la usufructuaria__ si me empujas a mí, te bebas “tuelagua” de Cachón Grande “diún” solo trago. Porque tú, parece que. . .has visto a. . .quien tú sabes en coche.

La contrincante se sintió herida y de un solo salto se le acerca y en ademán de agredirla físicamente le pide explicaciones:

—¿A quién? ¿eh?, dí, dí a quien, porque tú a míí. . . . no me tienes ningún muerto “tapao”, “todito somo neybero todito noj conocemo, si todo tenemo caca maj vale que noj callemo”.

Habiendo tomado el asunto este carácter, una señora mayor, interviene diciendo:

—Miren, mu. . . muchachitas. . . “casquivanas”* “cállense las bocas”, porque si no, se lo digo a sus “may” y si yo abro esta boca pa contáá. . . . de verdá, que salen a “pasiá” en coche a “punto ‘e doce”.

Las muchachas, ante esta expresión se tranquilizaron cesando la discusión. Solo interrumpía el silencio de la tarde, la cadencia del tá, tá, tá, del “batidor que castigaba con los golpes a la estropeada ropa, que aguantaba entre sus dos opresores tan injustificada pela.

No faltaba para completar el equipo del lavado, el cántaro de hervir la ropa, constumbre hoy desaparecida, pero que entonces era obligatoria. Después de hervida, la ropa se volvía a golpear con la paleta, para sacar completamente los restos del jabón que pudieran dejar la ropa mal oliente. Y así, hablaban entre abuela y nieta:

—Mira, muchacha, no me tiendas mi ropa sin “jervé” ni con “un solo ojo” tampoco.

—Es que esa ropa la necesitan, “agüela,” yo me voy de pronto al pueblo pa’ que la ropa se seque.

—Qué pronto!, ni que de pronto, una ropa sin “jervé”, se le queda el “bajo” a gente y. . . . Avemaría!, Jesu!, yooo....no me le paro cerca.

* Cabeza vacía, alocada

__Es que mi pay me lo dijo, que la quiere tempranito, porque él va pa' la gallera y acuérdesse bien "agüela", que ayer me pegó la vaina del colín en la cabeza porque rompí una "jigüera".

__Muchacha de Jesucristo!, pon la cosa "ande" yo digo, póngame, a "jervé" la ropa y póngale el "otro ojo", "porque ni tuerto ni cojo, nunca han hecho buen safé*; si tu pay no juega hoy, que lo deje pa! dejpué!"

__ "Agüela", es que yo no quiero que mi pay me dé un vainazo.

__Muchachita respondona, ¡cállate! y no me hable! má' "a tu may que venga ella, si tu pay se va "jediondo" viene la "mermuración" de que no tiene mujé' y a eso sí, que yo me opongo, el que corta su cojombro, tiene que echáselo al hombro".

__ 'Tá bien, agüela", __contesta la atribulada nieta y todo se hizo según disposición de la abuela, pues entonces las disposiciones de los mayores eran leyes que había que cumplir.

Poner añil a la ropa blanca, era el complemento del lavado, ahora nadie hace esto porque vamos de pronto. La lavandera, lava y plancha en un "sant-amén". Pero antes el aseo de las prendas de vestir, era un proceso de tres o cuatro días por lo menos. Después de azuleada y seca, el segundo día venía la operación del almidonado para endurecerla con el almidón. Esta ropa almidonada, se rociaba con agua un día antes de plancharla.

¿Y el planchado? Pues bien, antiguamente, las clases mas pobres, no tenían planchas de hierro para planchar su ropa. Se acostumbraba a extenderla sobre la mesa y con un dedal de metal, se iban suavizando las mayores arrugas, hasta conseguir que la ropa estuviera menos áspera.

Cuando abundaron las planchas de hierro, en la mayoría de los casos, eran calentadas en gruesos palos, que se ponían a quemar en los patios, pues pocas viviendas poseían anafes y mucho mas escasa era la producción de carbón.

* Safé: Acuerdo

Condimentación de las Comidas

Al hablar de la producción agrícola de Neyba, omitimos las especias indispensables para el sazonado de los manjares, produciéndose muchas de ellas en nuestro suelo, desde tiempo inmemorial. El cebollín, el ajo, el cilantro, etc., eran todas conocidas y usadas en nuestro medio, no así el orégano, que tenía una aplicación medicinal y se trasladaba desde San Juan de la Maguana y El Cercado, donde abundaba su producción.

La sal, factor indispensable en nuestra dieta criolla, era suministrada desde la secciones de Las Salinas y Mella, pues aunque ninguna fuera jurisdicción de Neyba, había con ellas estrecho acercamiento comercial, muy especialmente por este producto.

Los habitantes de esas secciones, explotaban las minas de sal que estaban a su alcance, por medio de procedimientos rutinarios, sin que a esto nadie se opusiera puesto que ello escapaba al control del Estado y a las minas tenían acceso todos cuantos quisieran. La explotación de estas minas, era fuente de ingresos económicos para muchas familias, aunque su costo era bastante bajo por no formar parte del comercio de exportación en esa época. Grandes y pequeñas piedras de sal eran expuestas a la venta en el “marcé”, según resultaran de la explosión de la dinamita, así como también se vendía en granos, que en grandes cantidades se recogían en los alrededores de las minas y entonces se medían por jarros y por higüeras. Cuando la venta no era favorable, venía el trueque con otros productos: pan, raspaduras, café, u otro efecto que en la ocasión no tuviera demanda. Y si aún así, no se lograba deshacerse de tan barata mercancía, la dejaban abandonada por montones, que la gente recogía, pero sin precipitarse, porque aunque su uso era imprescindible, era fácil adquirirla sin costo alguno. Se usó también en Neyba, la llamada sal de agua, que algunos recogían a orillas del Lago Enriquillo, al evaporarse el agua que llenaba los hoyos y las partes bajas de la playa, con los movimientos del oleaje.

Se recuerda, que cuando se gravaron impuestos a la sal, desfilaron hombres y mujeres de las secciones costeras del Lago, con güiros

llenos de sal de agua debajo de los brazos, para ser sometidos a la acción de la justicia.

!Cuánta sal incautó debajo de las camas de algunos habitantes de aquellos lugares, la guardia de Trujillo!

Hubo muchas prisiones, muchas golpizas, pero al fin se respetaron las leyes y se acostumbró el público a comprar lo que antes adquiriera libremente.

La Cosecha de Mangos.

No abundaban las frutas en nuestro medio, pero los mangos, que aparecían dando el aspecto del “Granero de Egipto”, en el período comprendido entre Mayo y Agosto suplían esta necesidad.

Nuestros mangos pudieron abastecer al país, si hubiese surgido la idea y obtenido las facilidades para establecer su mercadeo. No compitieron nunca muchas variedades, predominando el conocido “mango de flecos” o “mango largo”. Pero, !qué importaban los flecos, que inoportunos se introducían en los intersticios de los dientes! El jugo azucarado y abundante de ésta, nuestra fruta principal, contrarrestaba cualquier inconveniente que pudiera presentarse al ingerirla.

Llegada la época de la cosecha, el pueblo interrumpía diariamente su monotonía, al soplo de la brisa meridiana, para volcar en una sola su alegría, emprendiendo excursiones sin organización alguna, hacia los sitios de producción, pues solo bastaba oír la conocida expresión: !A los mangos! !A los mangos!, para que todos portando toda clase de vasijas formaran una marcha procesional que iba adquiriendo la característica de un festival improvisado. La gente se dirigían hacia el Cachón Seco, El Tanque, La Puentecita etc., donde había libertad para recoger al antojo esta deliciosa fruta, pues no habíamos alcanzado la etapa de ofrecerla con fines comerciales.

Entre los sitios preferidos para la recolección de mangos, no podemos olvidar “Las Carreras de Antonia Callá”. Eran éstas, aproximadamente, una centena de matas de mangos, dispuestas en hileras a orillas del canal de El Tanque.

Antonia Callá, miembro de una familia de los sucesores de los

originales propietarios de esos terrenos, parece que por su raro temperamento, se le permitió posesionarse como dueña absoluta de esos mangales. Por eso, cuando era tiempo de cosecha, pasaba la mayor parte del tiempo rondando sus matas, cachimbo en boca y tizón en mano. Cuando veía llegar los grupos a comer y recoger mangos para cargar, les decía con un lenguaje muy peculiar: “ Ya, ya, ya vie-vienen esos dej-dej-graciaussse, pu-puebleroj jel-didi-ablo, a a a comese, to-toloj ma-mango, pu-puen co-comese to loj que ja-jayen en el su-suelo, pé-pero el jijo de de la chuza qu que le le titora un pa-palo a la ala mata, va a sabé lo lo que ej mujé y pa-paqué mi mi may me me pa-parió je-je-jembra.....ca-ca-rajo!

Todos conociendo a Antonia Callá, recogían los mangos del suelo tranquilamente, para evitar problemas con esta cómica propietaria. Si se veía entre las ramas, algo que denunciaba la presencia de mangos en sazón, había que conformarse con la oración de “San Lorenzo manda viento”.

Se cuenta, que en una de estas tardes, concurridas y bulliciosas, en los alrededores de las famosas “Carreras de Mangos de Antonia Callá”, en la cima de una enhiesta palmera, la imaginación creadora de alguien, se forjó la figura de un santo. Circuló la noticia por todos los lugares contiguos a la propiedad señalada como teatro de la rara aparición, acudiendo todo el que por allí se encontraba, como atraído por un poderoso imán. Se produjo entonces un alboroto en que resultaba difícil distinguir, si aquella muchedumbre allí reunida, sentía temor o alegría, espanto o satisfacción, por una pseudavisión de algún alucinado y que nadie más lograba vislumbrar. Corre hacia el pueblo la voz de alarma y la incitación movida por la curiosidad, hace que la población se precipite con vehemencia hacia el lugar de la ocurrencia.

Al llegar allí, la multitud, sin antes ver lo que en realidad sucedía, cae de rodillas en tierra sumida en la mas sentida y fervorosa oración.

Luego, sale del grupo una voz que pregunta:

__Pero ...?Dónde está el santo?

__Mírale ahíí... arriba de la palma!__contesta uno de los mas destacados visionarios.

—Pero donde, donde, contestan a coro los que querían ver, pero nada habían visto.

—Ahí!, ahí, ahííí....!—exclama una muchacha histéricamente y que tampoco había visto nada, porque allí, ninguna imagen de santo había, ni nada que se prestara para tales confusiones.

Muchos días se mantuvo esta falsa propaganda en el pueblo de Neyba, que desfilaba constantemente hacia el venerado lugar, hasta que la razón desplazó los quiméricos celajes de un santo, que un soñador percibiera sobre una hermosa palmera del conuco de Antonia Callá.

No menos entusiasmo revestían las caminatas con estos mismos fines por los conucos de Simeón Suberví, por todos conocidos como Papaón.

Entre todas las matas de mangos de sus conucos, había una, que la pródiga naturaleza había premiado con la hermosura de su fronda y la calidad de sus frutos. Al lado corría alegremente una regola originaria de Cachón Grande, circunstancias que fueron aprovechadas para instalar en sus cercanías el “can del conuco”. Este can, generalmente era habitado por un miembro de la familia cuyo nombre era Sebín y que sufría de enajenación mental. Sebín mantenía los alrededores de esta mata de mangos, con una limpieza extrema, pues barría constantemente, aún en la ausencia de todo desperdicio. Los mangos en tiempo de cosecha, adornaban aquel terreno limpio, simulando una alfombra bordada de puntos amarillos, pues no todos tenían la osadía, de pasar a recogerlos, por temor a Sebín, a no ser que éste estuviera entre los cultivos realizando a su juicio alguna labor, pues estaba tan prendado de esta mata, que la popularidad la distinguía con el nombre de “La Mata de Mangos de Sebín”.

En un recodo de la regola, se había formado un “bañadero”, pero muy pocos se beneficiaban de él, eso era de Sebín, quien permanecía bañándose la mayor parte del tiempo. Sus familiares, tenían la obligación impuesta por él, de mantenerle en el can permanentemente “briscas” (barras) de jabón de cuaba, pues a cada

rato se enjabonaba de una manera especial, colocando una barra de jabón entre las piernas, pues su obsesión era enjabonarse el ano, porque eso “jm- jedía mucho”. Jabón y cuerpo eran humedecidos lo suficiente, para que el primero, formara una espesa espuma que semejaba una capa de pintura blanca sobre el segundo.

Cuando alguien llegaba a La Mata de Mangos de Sebín, este salía del can o del baño, tomando prestado su traje a Adán y embadurnado de esta pasta de jabón, se presentaba a sus huéspedes tranquilamente.

Los hombres reían a mas no poder, pero las mujeres echaban a correr, huyendo mas de la visión de su figura, que de sus ataques, pues su estado mental nunca se manifestó en agresividad.

El Hotel.

Muchos otros sitios ofrecían ricas cosechas de mangos, entre ellos, surge en la pátina del recuerdo con caracteres indelebles, “La Mata de Mangos de Ciré”. Esta se levantaba en una propiedad que en la antigüedad perteneció a un vecino apodado Mayin. Su espeso follaje se extendía hacia afuera de la propiedad, formando un gigantesco pabellón que protegía una porción del camino que conducía a Las Damas (Duvergé), a su paso por estos lugares. Protección hospitalaria proporcionaba este recinto a los grupos que allí se reunían, recreándose al amparo del frescor que ayudaba a mitigar los rigores de un sol abrasador, donde la percepción de una tenue corriente de aire murmuraba al oído, secretos de cordialidad, de bienestar y sobre todo de paz espiritual.

Pero no solo el privilegio de solazarse en este paraíso terrenal, fué el estímulo que impulsara la realización de aquellas congregaciones urbanas y rurales que allí se daban cita, pues a esto se sumaba el aprovisionamiento natural de la fruta, siempre presta para todos, ayudando a subvenir necesidades vitales, que muchos no siempre lograban satisfacer en otra forma. Esto supone el nombre de “Hotel”, que le asignara la muchachada de épocas pasadas y que se ha transmitido de generación en generación.

El Tejar

Nuestro lar nativo conserva puntos, que son inseparables a nuestras vidas y a nuestros recuerdos, aunque no tengamos una noción exacta de lo que ellos fueran, ni de lo que ellos representaron en nuestros primeros tiempos.

Parece que la tradición ha ido sembrando esos afectos, que ya han llegado a formar parte de vivencias inextinguibles en todos los neyberos, que a través de los tiempos siempre se preocupan por dirigir una mirada a aquellos lugares tan queridos como añorados, o por lo menos vivirlos en la inmesidad imaginaria de nuestra fantasía.

El tejar, lugar donde aflora una débil corriente de agua, que a pesar de ofrecer sus servicios para la vida doméstica, beneficios generales no pudo aportar por la pobreza de su caudal; como sitio de esparcimiento juvenil, forma parte del relicario inmortal de los neyberos.

Ese hilo plateado que se escurría por aquellas oscuras hondanadas, con la timidez de quien no quiere ser percibido por nada ni por nadie, es de grata recordación y atracción mental de todos, mucho más de aquellos que en sus años mozos corretearon por allí, en busca de todo, de un todo que es nada, muy especialmente cuando iban rumbo a “La Mata de Mangos de Ciré”.

Por qué esa atracción involuntaria en nuestra imaginación hacia esos lugares?

¿Por qué los neyberos no podemos olvidarlos? El imán de la tradición.

Es posible que a esta fecha, los árboles de ceibas y guatapanás, que allí existieron hayan desaparecido con el azote inmisericorde de los años y que sólo quede allí, la hondanada, y las laderas que conducían hacia aquella perezosa corriente de agua, que fuera inspiradora de la actividad que dió el nombre de “El Tejá” a ese paraje, pues en los tiempos colonizadores hubo instalado un tejar en esos predios.

Narraciones ancestrales nos informan, que Neyba fué fundado al Norte del barrio hoy denominado Puerto Plata, donde aparecían

calzadas de piedras y ladrillos, que se especula eran restos de las antiguas edificaciones y que éstos eran fabricados en el tejar, donde la tierra tenía constitución física apropiada para tales fines, había espacio para la instalación de los hornos y agua permanente para todas las necesidades.

El hecho de que originalmente el pueblo fuera fundado en las alturas, quedó confirmado después de la creación de la provincia, cuando el Ayuntamiento, formando parte de él en calidad de regidores, el Cura Párroco Fray Crispín de Alcalá, Paulino Vásquez hijo, Alberto Pérez P. y otros, dispusieron despejar de los montes los edificios construidos en esos tiempos, entre los cuales se cuenta el que en la actualidad ocupa el Casino Unión Neybera. Erradicados por tractores los entretejidos guazabarales que cubrían la parte norte de la nascente ciudad, poblados esos lugares de higuanas y lagartos, que también exigían esta rápida limpieza, testigos oculares presenciaron, que la tierra así removida por las maquinarias arrojó a la superficie los restos de un uniforme de color azul con botonadura metálica, que por su presentación indicaba ser pertenencia de un militar español, quedando evidenciada así la existencia en aquel lugar, de un antiguo cementerio.

Se encontraron entonces también, restos de ladrillos y de objetos de barro que testimoniaron una vez más, la existencia del viejo tejar en los siglos pasados.

Informados estos últimos hallazgos al “Superior Gobierno”, hubo la intención de rehabilitar El Tejar y para ello fueron llevados a Neyba españoles refugiados en el país en la época del Generalísimo Franco, a los cuales se atribuyó capacidad técnica para la fabricación de tejas. Estos instalaron sus equipos en el sitio donde había existido el viejo Tejar e iniciaron sus trabajos bajo la dirección del también español Hilario Sancho Bellido, pero esto no surtió los efectos deseados, volviendo El Tejar a su acostumbrado estado de abandono, cuya permanencia aguarda el día en que a luz salgan los valores que atesora en sus entrañas como un secreto de siglos. _____

LA COLONIA HAITIANA

Diversos móviles propios de la ocasión estrechaban íntimamente

habitantes urbanos y rurales, hecho que justifica que muchas cosas narradas en esta memoria estén ligadas a esta gente en iguales condiciones, pues se formaba con ella una sola familia que frecuentaba los mismos sitios y a veces tenía las mismas costumbres y hasta ocupaciones, pero no así con los haitianos, que aunque no fueran discriminados como seres humanos que son, su habitual forma de vida, los aislaba de toda intimidad social con los nativos, que solo guardaban con ellos relaciones de amistad, de comercio y de trabajo, manteniendo siempre una línea de separación en los actos sociales recreativos, sin que esto excluya los casos en que llegaran a unirse maritalmente.

Formaban la colonia, viviendo en ranchos de tejamanil destartados, cubiertos de lodo los setos unas veces, para evitar la penetración del viento, la lluvia y el sol, otras veces sus paredes se ofrecían caladas por el desajuste del tejamanil, que al ser atravesados por los cálidos rayos solares provocando un calor insoportable, creaban diseños en los polvorientos, ondulados y muchas veces pedregosos pisos de las chozas, simulando la silueta de un perfecto encaje al claro-oscuro, por el contraste atractivo de luz y sombra.

Completando su exponente de miseria se presentaban los techos de cana oscurecidos por la obra del tiempo, dándole el lúgubre matiz de la tristeza. Estas viviendas ocupadas todas solo por haitianos, estaban ordenadas al gusto y capricho de sus poseedores, sin orientación determinada, adecuación de espacio, ni simetría de ninguna índole.

Entregada a una vida sin reparos, esta gente vivía allí, a su antojo, hablaba libremente su dialecto, practicaba sus ritos y desempeñaba distintas clases de trabajo para ganar el sustento de su vida. Había allí, carniceros, carpinteros, zapateros, (yo diría chancleteros), pues no creo que ninguno tuviera capacidad y comodidad para fabricar zapatos, había también agricultores y sobre todo, los llamados “busca vida” o “chiriperos”, que realizaban menores y variados servicios por una módica propina, pues en su mayoría practicaban cualquier ocupación que les remunerara algún dinero, no importaba el oficio que fuera, ni la cantidad pagada por el mismo. De aquí surgió el viejo refrán:

“El haitiano trabaja por una batata”.

A pesar de la escasa relación que existía con los haitianos, éstos introdujeron en nuestro lenguaje regional muchas palabras del patois, que hasta hace muy poco tiempo se oían en constante adulteración de nuestra lengua materna, que nunca lograron dominar, hablándola a su manera y en forma jocosa. No todos los haitianos que vivían en Neyba, lo hacían en la colonia o clan, muchos vivían separados en sitios distintos, pero no por eso dejaban de ser haitianos para practicar sus costumbres innatas. Algunos sobresalían como adelantados socialmente, tal vez por poseer mayores recursos económicos. Entre éstos, recordamos a Turbón, que era poseedor de campos de caña y de un trapiche, además practicaba el comercio de provisiones y tejidos. Tanto su vivienda, como su tienda, se ofrecían en una casa de su propiedad, que se ubicaba en el solar que hoy ocupa el Teatro San Bartolomé. Muy reconocido era también Maceí, que era carnicero y poseía propiedades agrícolas. Este vivió en Neyba mas de cuarenta años y nunca logró soltar la lengua para pronunciar alguna palabra de nuestro idioma. Se cuenta que una de sus distracciones era dirigir la palabra a los animales y que un día, yendo de sus conucos, unos muchachos inquietos por oírle, se escondieron entre los montes cercanos. Volaban rolas y palomas invitando la atención de Maceí, que creyéndose sólo, alza los ojos a los árboles y ve en una rama, posado un rolón, que disfrutaba de las riquezas de la libertad y del bienestar del aire libre. Maceí, muy conmovido, le dice: Lolón....lol-lón, vet, pront, ahguí...si Per-so te vit, um—moguí. ?Qué le decía Maceí al rolón?- Ay!, rolón, vete pronto de aquí....si Pedro Soto te ve....tú te mueres. Porque un señor, natural de Las Matas de Farfán, de nombre Pedro Soto, se divertía cazando rolones y palometas en los alrededores del pueblo.

Otros haitianos que vivían en el clan eran: Senatí, Pleguí, Mardí, Sambil, Nogá, Yacmel, Loganá, Ceniciá, etc. Muchas son las historietas que se conocen de esta gente, que solo por la forma de vida que llevaba, causaba diversión.

Arceí, era un haitiano acomodado económicamente, pues se dedicaba a la agricultura en Cambronal y allí tenía plantaciones de

plátanos, yuca y otros frutos en abundancia, así como también tenía crianza de vacas, puercos, chivos etc.

Este, parece que se había enamorado de una dominicana, que vivía cerca del clan haitiano, donde él visitaba frecuentemente a sus iguales en origen y en costumbres, pero su posición económica le había asegurado alguna prestancia entre lo suyos y era recibido como un “Papá Bocó”. Por las noches se reunían en los patios formando círculos a su alrededor, para oírles sus charlas que siempre versaban sobre él y sus “hazañas” y para rendirle pleitesía. Solo se percibía a lo lejos, el uí, ouí. uí, um, um umem, ouí, sin comprender nadie lo que allí ocurría.

El haitiano enamorado trató de establecer relaciones amistosas con la dominicana que lo subyugaba y comenzó a parar su caballo en el frente de la casa de ella y sombrero en mano, le hacía reverentes saludos.

Repetido esto de día en día, se inició la soñada amistad de Arceí, comenzando éste a hacerle presentes, obsequiándole plátanos, guineos, aguacates, rulos y de todo cuanto cosechaba en sus bien cultivados predios, así como no faltaban entre los regalos, carne de chivo y de puerco, pollos y huevos.

La dominicana muy complacida con los regalos que a granel le llegaban con frecuencia, llegó a aceptarlo como amigo, pero fuera de sus pretensiones y le invitaba a desmontarse a tomar café, conversando con él animadamente, pero sin tocar el punto del amor mundano.

Hasta que un día, cansado de tanto hablar sin llegar a lo que era su sueño, llegó a la casa de su amiga resuelto a aclarar la situación.

Llega, se desmonta del caballo, lo amarra en el patio, saluda alegremente, entra en la casa, se quita el saco, lo cuelga en un clavo de la pared de la sala y se dispone a penetrar en el aposento.

La dominicana, que lo observaba con ojos asombrados y con el corazón que saltándole en el pecho buscaba rápida salida, exclama con la exaltación del terror causado por aquella inesperada actitud de un “mañé”, como solía llamársele a los haitianos:

—Oh!, compay Arcey! Con qué confianza te quitas tu el saco en mi casa?

¿Te estarás volviendo loco? Párate ahí! Qué a mí hay que respetarme, yo no te he autorizado a tí, para eso. !Salga por la misma puerta que entró!

Usted aquí,.....del quicio para afuera!

Asustado el visitante, con sísmica agitación comenzó a balbucir y en un estado penoso de confusión reclamó de la dominicana en patois la devolución de todo su regalos.

Dicho esto, salió y jamás volvió a molestar a la mujer que lo subyugaba.

Como Enterraban a sus Muertos los Haitianos.

Muere una haitiana y todos se congregan en su choza, acomodándose de acuerdo a sus costumbres y tratando de imitar algunas de los dominicanos, como poner velas encendidas, y luminarias, no las andas, porque un haitiano en esa época podía morir en su catre o en su barbacoa, pero al ponerlo en andas, lo ponían en el suelo, pues ellos tenían por principio, que desde que una persona muere, lo llama la tierra y debe colocarse en ella inmediatamente.

El cadáver se cubría con yaguas y luego lo amarraban con varas largas, formando una especie de parihuela, lo levantaban en hombros y tan pronto como lo sacaban del rancho, le daban varias vueltas con la rapidez de un remolino alrededor de la vivienda y se dirigían al cementerio cantando en un español a su manera. Así cantaban en el entierro de esta difunta:

__Ojoojojóóó.....la pop la mujendro
__Ojojójóóó.....o ell se muriendro
__Ojojójóóó.....la pop la mujendro'
__Ojojójóóó.....o e ell se jumiendo.

Un dominicano que observaba el entierro, preguntó a uno de los que cantaban:

¿Por qué cantan así a la difunta, Pleguí?
Este, con señal de disgusto, contestó:

__“Ell contet, ell mpa trabai, mpa lav la rop, mpa aihñé la jam”.

__¿Qué no tiene qué?__Pregunta otra vez el intruso.

A lo que el haitiano, echando chispas por los ojos, responde en actitud de pleito:

__“Mpa guehié gangú, no fuñ umen mué, dejam quiet a mi, dominican de diabl, oc, oc, oc, !Mesamfo, a la pasay!”

El entierro siguió su curso normal y el haitiano se integró al grupo que seguía cantando hasta darle sepultura, a la que no sufriría mas hambre ni tendría que trabajar más.

Vemos que había tanta miseria en aquella gente, que veía la muerte como un alivio a sus penurias.

Esta población extranjera, cuyo clan se ubicaba a la entrada del pueblo, en el sector que hoy lleva el nombre del Placer Bonito, salió de Neyba, cuando se iniciaron los trabajos de la finca de caña de la Barahona Company, donde encontraron ocupación. Muchos radicaron allí hasta ver desarrollarse la finca, pues sabemos que desde un principio, esa Compañía proporcionaba vivienda a sus trabajadores, aunque fuera en los llamados “vara en tierra” o “barrancones”.

Juegos Infantiles.

La actividad fundamental de la niñez es el juego, aquí vuelca todas sus inquietudes y ve cristalizar todos sus intereses y todos sus deseos, de aquí que, por ser algo propio de su instinto, en todas las épocas, por remotas que sean y por apartados que sean los lugares, los niños han jugado siempre. Juegan, para transportarse a un mundo superior, viviendo la realidad del adulto. Lo que no podemos precisar es, que corriente llevó los juegos primitivos a Neyba , o quienes fueron los creadores, pero sí señalaremos los mas antiguos, conocidos por testimonios tradicionales.

Especialmente en las horas de poco sol, al atardecer o en las primas noches, los niños hacían sus rondas con canciones infantiles, que accionaban según el juego de que se tratara.

La separación de sexos era muy rigurosa en aquellos tiempos y por ello había juegos de hembras y juegos de varones. Así, cuando un varón intentaba participar en los juegos de hembras, era echado por éstas y reprendido por los mayores y si alguna hembra intentaba participar en los juegos de varones, inmediatamente salían las abuelas con su acostumbrado regaño: “Mira, mu....cha...muchachita, María...María macho.....”

La niñas lloraban amargamente, pues esta frase tan usual en aquella época, lastimaba profundamente sus sentimientos.

Eran juegos propios de niñas:

El Zapateo

Consistía en cantar algunas canciones propias del juego, colocándose en círculos que ellas llamaban ruedas. Así se les oía decir: Formen la rueda para bailar el Zapateo, pues como sabemos, este juego era imitación de un baile español. Una vez formado el círculo comenzaba el canto a compás de palmadas de manos delante y detrás de sus cuerpos, tratando de que éstas, fueran sincronizadas entre sí y con el movimiento de los pies, formando el zapateo levantándolo con una uniformidad admirable. Lo mas curioso es, que ese zapateo, lo bailaban descalzos, por lo que se nos ocurre llamarle “Pisoteo”.

Dentro de las canciones a cuyo compás se bailaba “El Zapateo” anotamos los siguientes versos:

*Bailando el zapateo
en casa de María
me pisaron un “deo”
pero no me dolía.
Bailando el zapateo
en la casa de Inés
me pisan el zancarrón
y no me duele el pie.
Zapateo, zapateo*

*pa' adelante y pa' "atrás"
yo no soy la primera
que deja de bailá!*

A pesar de que este juego era apropiado para hembras, también lo jugaban los varones, aunque separadamente.

COTEJI COMAY.

Es tal vez uno de los juegos mas antiguos usados por muestra ascendencia. Se practicaba en parejas de niñas que se trataban como comadres. Se colocaban una frente a la otra en cuclillas a una distancia considerable, e iniciaban el juego con este diálogo:

- __Buenos días, mi comadre.*
- __Buenos días, su mercé.*
- __No ha venido mi compadre?*
- __Sí, ya llegó su mercé.*
- __y qué le trajo pa'usté.*
- __Un vestido, su mercé.*
- __Con qué cosido, diga usted.*
- __Con un cordón de "piloñé"*
- __En qué metido, diga usted.*
- __En un cajón, sobre el seron.....*

__Pues, cotejí comay, con lo 'zancarrón, cotejí comay, con lo' zancarrón.

Repitiendo esta frase las dos a un mismo tiempo, se iban saltando hasta que cambiaban de sitios y así se repetía el juego.

Se supone que el nombre de Cotejí, deriva del nombre cotejo, que se da en Venezuela a una especie de lagartija, pues la posición tomada por las niñas para este juego y los saltos dados para trasladarse de un sitio a otro, se asemejan a la forma de caminar de estos saurios.

Martinejo.

Formada la “rueda” de niñas, dos eran las encargadas de dirigir el juego. Una, con un pedazo de trapo en la mano, iba dando vueltas alrededor de la ronda, mientras cantaba sacudiendo el trapo:

Cutupé, Cutupé; Antonio Belé, Cutupé, Cutupé, Antonio Belé. Repitiendo esto incesantemente, tan pronto como tenía la oportunidad de soltar el trapo detrás de alguien sin ser vista, se dirigía a la compañera que debería estar dentro del círculo formado por las demás, comenzando a dialogar:

- __Martinejo.*
- __Señor viejo.*
- __El pan que te dí?*
- __Me lo comí.*
- __Y el trabajo?*
- __Pa' tu “gargajo”*
- __Y el huevito*
- __En el hoyito*
- __Y la sal?*
- __En su santísimo lugar.*

Al decir esto todas echaban a correr hasta llegar a un lugar convenido llamado “salvo”. La última que allí llegara perdía el juego y le correspondía tomar el trapo, repitiendo todo en la misma forma. Muchos otros juegos usaron las niñas en la antigüedad, tales como Mambrú, Arroz con Leche, La Pájara Pinta etc., pero estos se han seguido repitiendo a través de los tiempos, en cambio los que hemos narrado ya han ido desapareciendo.

En las horas del sol, las niñas jugaban a las muñecas, que en la mayoría sus madres y abuelas fabricaban de trapos viejos y que solían confeccionar en distintos tamaños. El pelo de estas muñecas, en ocasiones era de barbas de maíz, en otras de hilachas de telas negras, o usaban cabellos auténticos o humanos. Se fabricaban

también muñecas de astillas de madera, llamadas “muñecas de palo”.

Estas llevaban la cabeza de cera, a fin de dibujarle los ojos, la nariz y la boca. El pelo era de los mismos materiales que el de las muñecas de trapo. Algo muy curioso y peculiar de Neyba, eran las muñecas de tusas de maíz, pues las hojas que cubren la mazorca, eran ripliadas en fibras finísimas para formar la cabellera, dejándolas fijadas a la cabeza de la mazorca. Se forraba con tela la parte que ocuparía la cara y con tinta o tizne se les dibujaban los ojos, nariz y boca. Se vestían en igual forma que las de trapo, solo que al carecer de pies, siempre iban de largo, al igual que las de “palo”.

En raras ocasiones aparecía una que otra muñeca de loza o de aserrín, traídas de la vecina Rep. de Haití. Las muñecas de aserrín, se conocían con el nombre de muñecas de “basnil”. Estas tenían la cabeza y las extremidades cubiertas por una capa de barniz, de donde creemos deriva el nombre dado.

Juegos de Varones.

No menos abundantes eran los juegos de varones. Jugaban a la pelota (Basse Ball) pero sin ninguna organización, podríamos decir que hacía un juego similar al de los indígenas, ya que el sistema usado modernamente, llegó a Neyba décadas después con la Intervención Norteamericana. La pelota era de trapos viejos y se usaba el “topao”, en lugar del out actual. El topao, era el golpe que daba el contrario al bateador mientras éste corría después de batear. Si el golpe se daba tirando la pelota, era “topao tirao”. Se usaba también el “topao pegao”, cuando el que tenía la pelota daba alcance al contrario pegándole la pelota al cuerpo sin tirársela.

En su época mas remota, este juego se practicaba entre dos personas, que eran el bateador y el lanzador de la pelota. A partir del año 1916, la influencia “yanqui” se dejó sentir en todos los aspectos de la vida y en todos los rincones del país. La juventud tuvo entonces nociones de otro tipo de juego de pelota y comenzó a organizarse en novenas y equipos, aunque con muy deficiente orientación, comenzando a sustituir la palabra “topao”, por la

palabra extranjera “out” y a conocer aunque muy lentamente la técnica de este deporte.

El Juego de Mates..

Común era en la comarca una fruta seca, conocida con el nombre de mate, ésta, al madurar tomaba un color negro, era del tamaño de las bolas de vidrio usadas en el juego de parché chino. El juego resultaba interesante, pues cada jugador aportaba el número de mates convenido, que depositaba dentro de un círculo construído trazando una circunferencia en el suelo. A cierta distancia de este círculo, se trazaba otra línea también en el suelo y que debería ser recta, conocida con el nombre de “pique”. Para determinar el orden de jugadores, antes de iniciar el juego, cada jugador tenía que rodar su “bon”, que era un mate especial escogido al efecto, desde el círculo hasta la pique. Según la distancia a que se pararan los bones respecto de la pique, se repartían los turnos, correspondiendo el primero al dueño del bon que mas se acercara a ella. Después de organizados los turnos, comenzaba el juego, siguiendo los jugadores en orden de acuerdo a la distancia en que habían quedado sus bones. El jugador de turno hacía un lance rodado desde la pique con su bon, tomando las precauciones necesarias para que éste pasara por el centro del círculo donde de antemano se habían colocado los mates. Si lograban rozarlos y éstos se desparramaban afuera, correspondían al jugador, pero si el bon no tocaba ningún mate saliéndose del círculo, el dueño perdía la tirada, pero le correspondía nueva oportunidad, si los compañeros que seguían en el orden de turnos según las reglas preestablecidas, no llegaban a sacar todos los mates que entraban en el juego.

En cambio, si un bon se quedaba dentro del círculo, se oía la vocinglería de los jugadores: !Se ahogó! !Se ahogó! Quedando el jugador fuera de la mano de juego, pero le correspondían los mates que en esta ocasión salieran del círculo. Cuando se agotaban todos los mates que entraban en el juego, se iniciaba otra mano siguiendo los mismos pasos.

Caza de Golondrinas.

En determinadas épocas del año, cuando hacía una tarde plomiza, cubierto el firmamento de oscuros nubarrones, no simbólicos de calamidades públicas, sino presagio del mensaje divino, que nos llega mediante el peso del vapor acuoso suspendido en la atmósfera, poblábase la inmensidad del espacio de juguetonas golondrinas, que emigrando de las costas del Lago Enriquillo, festonaban los alrededores del pueblo con el gracioso ondear de su vuelo sutil. Apréstabanse los muchachos para su juego favorito en esas ocasiones, construyendo círculos de papel liviano, haciendo en su centro un hueco también de forma circular, en el cual introducían un palito que podría ser del largo y grueso de un lápiz o proporcional a la superficie del papel. Agarrando el palito por un extremo, los muchachos lanzaban hacia arriba los redondeles de papel con todas sus fuerzas, a fin de que las incautas golondrinas, tratando de apoderarse del material, introdujeran sus cabeçitas en las aberturas de éste quedando atrapadas, pues como es natural, los palitos solo servían de ayuda para la elevación de las sencillas trampas, regresando al suelo inmediatamente, mientras sus instrumentos de caza, seguían dando vueltas en las alturas movidos por el viento. Muchas veces, cazaban al instante, otras veces, la trampa caía sin presa. ¡Qué armonioso movimiento se observaba en el espacio inundado de estos circulitos de papel agitados por el viento!

Era encantador, que mientras durara la caza de golondrinas, nuestros muchachos al lanzar al aire sus instrumentos, cantaran sin cesar:

Golón....golón.....golón.....” ese si coge cai” “ese si coge cai”....sube..... sube pa’riba....bonito que va..... “ese si coge cai”.....que venga un aburriu” y se lo lleve ar’ niu”.....golón...golón.....sube....pa’riba”.....*

Y con este canto pasaban las tardes hasta el anochecer,. Algunos lograban cazar golondrinas, otros, no cazaban ninguna, pero todos

* Tírale a ese bonito que va.....

se divertían, sobre todo cantando la canción característica del juego.

Exploración de los Montes Cercanos.

Campo adecuado eran los montes periféricos a la villa, para una entretención habitual de los muchachos de la época, que tomaban sus acuerdos al salir de la escuela. Juntos se dirigían a las mesetas cercanas hacia el Norte y allí, entre espinas, malezas y cactus, comenzaban sus aventuras en busca de pichones de pájaros de todas clases. No vacilaban en trepar las bayahondas, las bitoas, los guayacanes etc., para violar los nidos de los indefensos pajarillos y apoderarse de sus huevos y de sus hijos. Los mas osados, tomaban garabatos y derrivaban unos cactus altísimos, los cayucos, dada la imposibilidad de trepar por ellos, por estar éstos cual puerco espín totalmente cubiertos de espinas.

Tan pronto como caían al suelo, arrancaban los nidos, quedando en sus manos las débiles crías.

Todos con la satisfacción propia de la edad, se avisaban sus hallazgos desde las copas de los árboles donde se posesionaban hasta apoderarse de los perseguidos.

__Manuel, Manuel, -llamaba-Federico desde su posición.

__Eh!, eh!. __responde Manuel ¿Qué pasa? ?Te caíste?

__!No !No __responde el primero. Ya llevo siete pichones y doce huevos.

__Y yo tengo tres pichones, pero no tengo ningún huevo, porque me los voy bebiendo uno por otro.

__Jesús!, Manuel, no digas eso.

__Sí, lo hago porque no soy como tú, que ya te salieron bozos de las espinas de las cachimbolas.

__Pues no, eso no es verdad, lo que yo me comí fueron cinco pitahayas.

__Ja!, ja!, ja!, Bájate ya, que hemos perdido el rastro de los compañeros.

Estos muchachos de entonces, coleccionaban pichones de rolas, rolones, palomas, palometas, zumbadores, “barranqueras” etc. El cucú, (cuculillo), que creemos se le llamó así por su canto, era el mas dichoso de todos los pájaros, pues como es tan feo, los muchachos no se interesaban por sus hijos. El “cucú”, como la garza, tienen la propiedad de pararse en una sola pata, levantando la otra, por esto, la única diversión frente a ellos era, contemplarlos en la plaza de la iglesia y en la plaza del cementerio, para cantarles: “Cucú, cucúúú...si me besa’ la mano te jayo la cueva”, pues sabemos que es costumbre entre nosotros, reconocer con la frase “besar la mano”, una genuflexión en señal de reverencia.

En sus andanzas por los montes, además de la pitahaya, colectaban la fruta de la guazábara, de nombre cachimbola, pero casi no podían comerla sin pasarla por el fuego para quemarle la infinidad de espinitas que tenían y que fácilmente se alojaban en la lengua. Para aprovecharlas, las cargaban en fundas y las enterraban en las cenizas calientes de los fogones, luego las pelaban y ya estarían listas para comerlas. No es fácil creer, que animales montaraces no aventajarían a estos excursionistas en los trillos que abrían para realizar estas aventuras. Muchas veces, los vestidos tenían rasgones de tal magnitud, que parecían fugitivos.

Las piernas y los brazos mostraban dibujos caprichosos, con los múltiples rasguños producidos por las espinas y en ocasiones, las guazábaras se prendían de la ropa en tal forma, que traían el recuerdo del barroco de charreteras y botonaduras de los generales haitianos.

Debemos hacer constar, que las piernas de estos muchachos carecían de protección por el solo uso de pantalones cortos, ya que en la época, el uso de pantalones largos era símbolo de haber adquirido la mayoría de edad.

En la mayoría de las casas de Neyba, lucía colgada una jaula con pajarillos como divisa de las hazañas de los muchachos en sus horas de diversiones.

Estas andanzas, cuyo objetivo era conseguir los nidos y los pinchones, no solo se realizaban en las mesetas hacia el Norte de la

población, sino que a veces se encaminaban hacia el Sur, buscando además los yacimientos de agua de que ya hemos hablado, correspondiendo en estas ocasiones a urgencias de sustento con la presencia de frutas silvestres que también por allí eran asequibles y que todos ingerían con placer. Las baitoitas, o sea el fruto de las baitoas, que a la menor brisa descendían desde su morada semejando una colección de aladas maripositas, las frutas de pavo, de melífero jugo y los no menos codiciados coquitos, cuyas flores rojas de flexibles pistilos, vibraban por el aire bucal aspirando por los protagonistas, produciendo la mas caprichosa sinfonía. Entre estos árboles citados sobresalían los aceitunos, de amargo fruto, pero acogedora sombra, las corpulentas ceibas, que adornaban el recinto con la hermosura de sus capullos de fina lana, que en hábil colecta por manos femeninas, ofrecía la riqueza de su disfrute en la confección de colchones y de almohadas. Permitía esta variada flora, abrirse paso al estrecho camino que conducía desde el poblado hasta la cabeza de agua de Cachón Seco.

Nuestros jóvenes exploradores, usaban la honda y algún tiempo después el tirapiedras como instrumentos de caza, logrando generalmente hacer blanco en las aves que interrumpiendo sus vuelos se posaban sobre las ramas de los árboles y que éstos recogían llenos de alborozo, comenzando a desplumarlos a lo largo del camino.

Al llegar a sus viviendas, eran recibidos por sus mayores, no con la reprensión del muchacho vagabundo, sino con el beneplácito del que llega con algo útil en las manos.

Otros Juegos.

No huelga señalar los raros juegos de Piedra Alta y Hoyitos. Estos, como otros ya citados, se realizaban en el suelo, lo que pone de manifiesto, que época y condiciones, eran favorables para que los niños se ensuciaran. La Piedra Alta, era un juego parecido al que hoy se usa con el nombre de Jack. Cada jugador proporcionaba una cantidad fija de piedrecitas y por medio de un acuerdo previo, se determinaba quién debería iniciar el juego. Cada jugador en su

turno, tiraba hacia arriba a una altura conveniente, la piedra tomada como “bon” (ya hemos hablado del bon) y trataba de apoderarse del mayor número de piedrecitas de las que entraban en el juego, aparando luego su “bon”. Si esto se lograba, eran suyas todas las piedras recogidas, pero si el bon se caía, perdía el juego y así se iban sustituyendo los jugadores en el orden establecido, hasta que no quedara ninguna piedra.

Hoyitos.

El suelo era también el sitio para practicar este juego, que era un entretenimiento para grandes y chicos. Observemos que la madre tierra era un gran auxiliar para las diversiones de aquellos tiempos. Para realizar el juego, se abrían hoyitos en hileras formando parejas de frente. En cada hoyito se echaban cuatro mates o cuatro piedrecitas. El primer hoyo a la derecha de cada hilera, recibía el nombre de cabeza. Cada jugador debería comenzar el juego por la cabeza de su hilera.. Mediante convenio, se podía iniciar el juego a derecha o izquierda. Hecha la apuesta para determinar quien debería comenzar el juego, éste tomaba las cuatro piedras de la cabeza de su hilera e iba echando una en cada hoyo, al echar la última, tomaba todas las piedras de este hoyo y seguía el orden de una hilera a otra, siempre echando una piedrecita en cada hoyo. Cada vez que la última piedra caía en un hoyo que tenía tres piedras, se hacía “casa” y estas piedras eran sacadas del juego pasando a propiedad del jugador. Si la casa se hacía en la hilera del contrario, se le tapaba el hoyito con una piedra grande o con cualquier objeto, lo cual significaba que este hoyo estaba fuera del juego.

Si la última piedra caía en un hoyo desocupado, el jugador perdía y correspondía al contricante regar las piedras o mates.

El juego se terminaba cuando quedaban cerrados todos los hoyos de una misma hilera y el dueño era el perdedor.

¿A quién se le ocurriría ahora abrir hoyitos en la tierra para ensuciarse las uñas?

Cosas de ayer que importa conocer.

Recientemente observamos por una película relativa a la cultura africana la presentación de este juego, por lo que suponemos que el mismo se introdujo en nuestro país por nuestra vecindad con Haití.

Los Caballitos de Palo.

Correr en caballitos de palo. ¿Qué era esto? Muy sencillo. Se buscaban palos lisos como los usados para la escobas, se les hacía una ranura por uno de los extremos y ahí se les amarraba una soguita o una tira de trapo. Colocado el palito entre las dos piernas, los muchachos abrían carrera agarrados de la soga o tira que hacía de freno. Corrían por las calles imitando todos los sonidos propios del escape de los caballos, levantaban entre veces un pie estirándolo hacia adelante, y empinándolo hacia atrás, reproduciendo las coces de los caballos, emitían sonidos con la garganta cual caballos relinchando y así se oía aquel gí, gí, gí, gígigi, que como eran varios a la vez, llamaba la atención de los mayores. Algunos repetían esta sílaba: cue, cue, cuecuecué, como si fuera el sonido del cuajar de los caballos en su carrera. Otros, soltaban explosiones de aire por las bocas, produciendo un chiste salado, pues todos reían al oír aquel pop, pop, popopop, recordando el momento en que los caballos, sin pedir permiso, ni respetar sitio ni ocasión, hacían sus necesidades fisiológicas.

!Qué vida tan barata la de aquellos tiempos!

La Gayumba.

Antiguamente se usó la gayumba como instrumento musical y de aquí, el ingenio de los muchachos creó el juego del mismo nombre.

Como instrumento era una caja de madera, preparada al efecto. Como juguete, era un hoyo que se abría en la tierra en forma circular, de profundidad y diámetro acordes con el tamaño que se quisiera dar a la gayumba. En el fondo del hoyo, se clavaba un poste, cuya altura fuera aproximadamente la mitad de la profundidad del hoyo. De la base del poste se amaraba una cuerda, que debería pasar por un agujero que llevaba la tapa de yagua que cubría la boca del hoyo.

Esta cuerda era sostenida por una mano y con la otra se tiraba de ella haciéndola vibrar para producir el sonido.

Andando el tiempo, se hacían gayumbas en otra forma. La boca del hoyo no se cubría, sino que en su alrededor se clavaban en el suelo varios clavos. Desde un clavo a otro, en varias direcciones, se amarraban las cuerdas bastantes estiradas y con los dedos, se tiraban produciendo así las vibraciones.

“La Güica o Cuica”

Ratos de placer pasaban los niños en este acostumbrado juego, Muchos le llaman ahora “Subibaja”. Como todos los juegos de la época, era muy fácil realizarlo y estaba al alcance de todos, pues no ofrecía costo alguno.

Era muy sencillo fijar un poste fuertemente en la tierra, lo suficiente para soportar el peso de dos personas y a una altura conveniente para que los pies descansaran en el suelo. El espesor del poste podía ser al gusto y su parte superior o cúspide, debería ser suavizada y redondeada.

Una tabla de palma, de una anchura aproximada de un pie, sin despojarla totalmente de su fibra, a fin de dejarle aproximadamente un grueso de diez centímetros, completaba el instrumento. En su parte media, la tabla tenía un hueco, también redondeado, que debería coincidir con la cúspide del poste para que enchufaran convenientemente. Colocada así la tabla sobre el poste, estaría el aparato listo para usarlo.

Debemos observar que la “güica” formaba una palanca, cuyo punto de apoyo era el poste. Hacía su potencia y su resistencia, por medio de los dos jugadores.

En tal virtud, algunas veces, los dos niños se sentaban cada uno en un extremo de la tabla, pero esto solo sería posible cuando jugaban niños de igual peso, pues como es natural, por leyes físicas, la distancia de cada niño desde el punto de apoyo, dependería del peso de su compañero.

Subir y bajar con ritmo espontáneo, era lo habitual, pero cuando los espectadores gritaban: !Güica! !Güica!, vertiginosamente comenzaban a dar vueltas impulsándose con los pies que en ocasiones tocaban el suelo, cual remos indispensables para el

movimiento de la güica. Estas vueltas terminaban cuando alguno de los participantes se cansaba o se caía.

El juego de güica fué sustituido por el columpio, el tiovivo etc., con los cuales guarda alguna semejanza.

Advertimos que nuestros muchachos de entonces jugaban cumpliendo las leyes de la vida y como todas las cosas atienden a diversas razones, sus juegos y sus juguetes eran bastante económicos y asequibles.

La Primera Casa Consistorial.

Desde sus primeros tiempos, Neyba tuvo aspiraciones de pertenecer a las principales entidades del país y aunque los factores negativos que salían a su encuentro le cerraran el plaso, siempre dijo: Adelante; Pero este adelante se perdía en el vacío, pues a despecho de transcurrir su tercer siglo de existencia, no ha logrado alcanzar gran cosa. Su aspiración la impulsó a luchar por adquirir casa propia para alojar las oficinas del Ayuntamiento, logro que obtuvo y a ésta se le dio el nombre de Casa del Pueblo o Casa Consistorial.

Se levantaba en la calle del mismo nombre (hoy Mella), esquina Canela (hoy Av. 27 de Febrero). La razón de existir allí la casa, dio origen al primer nombre de la calle, que sólo las variantes políticas, escollo infranqueable a la justicia histórica y social, pudieron borrar este nombre bautismal para escribir el de Presidente Jiménez, el cual fue sustituido más tarde por el de Julia Molina. Pero gracias a la cordura de un grupo de munícipes contemporáneos, tuvieron el acierto de dar a esta calle el nombre que hoy ostenta, el nombre de un varón que tuvo la gloria de lanzar al aire la diana anunciatrix de la victoria, con el recio rugir de un cañonazo.

La Casa Consistorial servía de alojamiento a las oficinas del Ayuntamiento y una parte de la misma era cedida para el funcionamiento de la Escuela de Varones. Como todas las construcciones de la época, era toda de maderas rústicas, techo de cana y piso de tierra. Con el discurrir del tiempo, ésta se fue deteriorando y el Concejo Edificio tuvo que trasladar su sede a otro

sitio, luego a otro y así anduvo de punto en punto, hasta que se estacionó durante muchos años en una casa de su propiedad que existió hasta hace poco tiempo en la calle San Bartolomé esquina Apolinar Perdomo, en solar que hoy ocupa el Cuartel de Bomberos Civiles. Hoy, parece que por designios de la Divina Providencia, se levanta en su solar primitivo, el vistoso Palacio del Ayuntamiento, como ahora se le llama y que parece decir con airosa y majestuosa soberbia: “EL BUEN HIJO A SU CASA VUELVE”

La Vieja Comandancia de Armas.

Desde el año 1822, Neyba formaba parte de la demarcación política de la República como común. En 1844 fue adscrita a la Provincia de Barahona con la misma categoría de que disfrutaba. Desde entonces, el poder civil y el poder militar estaban a cargo de una misma persona, bajo el título de Comandante de Armas. Este tenía facultad para intervenir en todos los asuntos políticos y sociales de la común. Su oficina estaba instalada en una casa que recibía el nombre de Comandancia de Armas. Era esta una casa común a las demás con un tosco equipo formado por una o dos mesas rústicas con papeles pisados con piedras y algunas libretas, donde se anotaban las denuncias, los nombres de los guardias con los servicios correspondientes y un sello gomígrafo con esta inscripción: “COMANDANCIA DE ARMAS DE NEYBA”.

Hacia el Norte, en la misma esquina de la casa, se levantaba desde el suelo, un par de altos horcones, atravesados en su parte superior por una gruesa viga, de donde colgaba una campana, que servía para dar los toques convencionales para llamar a los guardias o dar algún aviso extraordinario en caso de emergencia.

Tenía la comandancia en su parte interior, una especie de cielo raso, que separaba un espacio entre éste y el techo. Esto siempre estaba repleto de armas, era un verdadero arsenal. Había servicio de centinela organizado y era de orden, que el jefe de servicio del día, desde una esquina próxima, dejara oír la voz de autoridad: ¡Centinela, alerta!

Y el centinela tenía que contestar rápidamente: ¡Alerta está!

Si esto no sucedía con la velocidad exigida, significaba que el

centinela estaba dormido y había que arrestarlo como castigo. Queda demostrado que la comandancia tenía también funciones de cuartel.

El local de esta oficina cívico-militar, se orientaba de Norte a Sur en la calle San Bartolomé, haciendo esquina hacia el Oeste con la calle Tavera (hoy Rodolí). Obsérvese la cercanía de ésta con el Templo Católico y ponderemos el contraste de funciones que exitía entre estas dos instituciones de actividades tan opuestas. Siguiendo la esquina de la citada calle Tavera, estaba instalado el cubo, que no era más que un ranchón largo, sucio, putrefacto, construído de los mismos materiales de la comandancia, pero en peores condiciones de mantenimiento e higiene. El cubo tenía dos o tres divisiones, pero no en forma de celdas y la mayoría de los presos, vivían en comunidad. Tenían vasijas de recoger los excrementos humanos. Ya existía la costumbre de “votar el bache”.

El Juego de Azar.

La predisposición a una emotividad política desajustada y flexible en que se desarrollaba la segunda mitad del siglo XVIII, prolongada hasta los inicios del presente siglo, mantenía colectivamente intranquilo el espíritu en la generalidad del país, creando en el elemento masculino una especie de evasión o incertidumbre, en que nadie era capaz de iniciar ninguna acción que le permitiera asegurar “el pan nuestro de cada día” para sí y para los suyos.

Iniciar un cultivo para tener que abandonarlo al hendir la tierra la semilla, era un absurdo, iniciar un cultivo para tener que abandonarlo cuando éste exigía mayores atenciones, era un error, iniciar un cultivo y separarse de él al contemplar la plantación en franca florecencia, significaba la más completa frustración, y peor aún, realizar el proceso completo de un cultivo para tener que darle la espalda al llegar la tan ansiada cosecha, dejando a merced de los más listos el premio de su dedicación, sería el más rudo golpe que podría recibir un hombre de trabajo.

Frente a estas consideraciones, el hombre de ayer buscaba algo fácil que le proporcionara algunos pesos para subsistir y además

que le ayudara a llevar una vida en zozobra, que como era dicho común “los hombres dormían con un ojo abierto y otro cerrado y además parados”. Esto explica la imposibilidad de dedicarse a toda actividad productiva.

Aquí tuvo su origen la propagación del “Juego de Azar”, que tanto trabajo costó erradicar en los tiempos posteriores.

El hombre no trabajaba, el ocio lo empujaba al vicio en las cortas treguas entre Gobierno y Gobierno.

Había en los pueblos y en los campos, casas que aceptaban el juego, mediante un porcentaje del dinero apostado, que debería pagar el ganador.

Algunas veces estos juegos no se realizaban en las viviendas ni en los patrios, sino que los jugadores se internaban en los montes, tal vez para evitar la concurrencia de mirones, pues cuando alguien que no participa en el juego, daba opiniones acerca del mismo, los jugadores protestaban y solían decir: “No me gusta juego culiau, los mirones son de cera y se derriten”.

Se practicaron en Neyba los siguientes juegos: Brisca, La Pa’riba, La Tablita, Bacará, Veintiuno, Caída, etc., sirviendo de entretenimientos, mientras sonaba el po..po..pópópóóó... de las carabinas. En estas tertulias nunca faltaba la botella de clerén, lo cual mantenía siempre caldeados a los jugadores, aunque estuvieran perdiendo “hasta el modo de andar”. Por eso mientras jugaban, entre mano y mano se divertían cantando:

*Yo no juego a la bolita
ni tampoco al bacará
la banca gana y se ríe
y el punto se queda atrás’
Son veintiuno, una má’
son veintiuno, una má’.*

De aquí que la filosofía moral del país, se forjara para representar al hombre popular de la época, con un personaje fantástico a quien se llamó “CONCHO PRIMO”, nombre que sirvió para señalar aquella era de dolorosos recuerdos. Este era simbolizado por un

sujeto montado a caballo, indumentaria de “no me importa”, zapatos rotos desacordonados, sombrero de paja soltando fibras, un cachimbo en la boca echando humo, un cinto y un correaje repletos de balas, llevando como complemento una carabina al hombro.

A principios del presente siglo, a partir del Gobierno de Mon Cáceres, fue perseguido tenazmente el “Juego de Azar”, pero siempre hubo quienes continuaran esta desagradable práctica, haciendo de este vicio su amigo predilecto, confiando a la revuelta armada y a los naipes la solución de sus responsabilidades familiares.

Los Derrotes.

Con este nombre se conocían los desalojos voluntarios y precipitados que hacían las familias, abandonando sus hogares, para refugiarse en los campos vecinos en busca de seguridad, cuando el trepidar de un tiroteo, la sofocante percepción de olor a pólvora quemada, la observancia de un cielo cubierto de crespones grisáceos formados por el constante humear de las balas trazadoras de mortíferos caminos, anunciaba el inicio de una contienda bélica entre hermanos.

Este acontecer, denominador común de toda la República en las antigüedades en que se enmarcan estas narraciones, era el resultado de los frecuentes choques de intereses ilegítimos que originando luchas intestinas, hacían que la máxima aspiración de las mayorías, tanto urbanas como rurales, estuviera cifrada en los constantes cambios de gobiernos, que deberían ser rápidos por medio de la revuelta armada.

En un mundo así, saturado de emociones débiles e infructuosas, el hombre... carabina en mano, de conspiración en conspiración, por la noche y por el día, por la mañana y por la tarde... mientras las mujeres, con los niños a cuestras o agarrados de la mano, trastos recogidos, ropas hechas líos, de vigilia en vigilia y de suspiro en suspiro, esperaban el aviso de sus hombres, para en un momento dado, abandonar sus viviendas, como un medio de preservar sus vidas y las vidas de los más débiles que a su patria potestad obedecían, pues los más fuertes, irían a la “revolución” para

conquistar el poder supremo para su líder o irían a formar la muralla de contención para defender al Gobierno si pertenecían al grupo de los de “arriba”.

Neyba, como los demás pueblos, sufrió episodios dolorosos en estos enardecidos enfrentamientos.

El levantamiento en armas de las fuerzas vivas horacistas, para derrocar al Gobierno de turno, se propaga por todo el país. Llega a Neyba el aviso por el comisionado del Sur desde Azua y por el caudillo sanjuanero Carmito Ramírez.

Los horacistas de Neyba, encabezados por Paulino Vásquez y el General Luis Pérez, (Luis Liquí), reúnen sus hombres y eligen como punto de concentración las lomas de Panzo y desde allí dirigen las operaciones de ataque.

De inmediato las mujeres de las familias de los hombres cabecillas (líderes) de la oposición, recogen utensilios y ropas y tomando con la fugacidad del relámpago, el camino del destierro dentro de los terrenos jurisdiccionales, actuando con el mayor sigilo para ocultarse de las tropas gobiernistas, que veían en estos levantamientos de armas una amenaza para su poderío y podrían tomar represalias contra los aturdidos deudos de los insurrectos.

Y así salían las mujeres, en burros cuando era posible, a pie, si no lo era llevando sobre sus cabezas los paquetes que contenían lo indispensable y a todo trote, caminando con la esquividad de un fugitivo, dirigiéndose a El Estero, Los Ríos, Postrer Río, Dos Brazos, etc. y hasta en predios de cultivos solían esconderse, donde esperaban encontrar amigos que les ofrecieran entera protección.

¡Cuántos trabajos pasaron llevando en brazos a sus hijos y llevando una pesada carga en sus cabezas! ¡Cuántas veces dejaron girones de sus vestidos entre ramajes de fuscas espinosas! ¡Cuántas veces sus piernas y sus brazos se vieron adornados con los dorados y punzantes alfileres de los guazabarales! ¡Y qué dolor al arrancarlos formando menuda lluvia de sangre, que enrojecía los blancos pedregales de la vereda!

Torturadas por la desesperación ocasionada por las noticias de que ya se peleaba en determinados lugares, aceleraban el paso con

la esperanza de llegar a sitio seguro sin ser alcanzadas por el feroz enemigo.

—Lo que son los “fijos”,* son hombres sin corazón, yo me llevo a mis hijas, aunque sea a “jalones” de orejas —dice una señora del pueblo muy nerviosa.

—Y yo los míos —responde una compañera, hasta a los varones —añade, porque esos “porquerías”, todavía no se han bajado los pantalones.

Anoche pasé por una cierta casa —continúa hablando la señora —y vi un movimiento muy raro, parece que han sabido algo nuevo, porque no se percibían palabras, sino susurros.

Así partían familias completas desocupando el pueblo, por temor a los atropellos, que una y otra fuerzas solían hacer a sus contrarios.

Las tropas de la revolución salían de las lomas por diferentes caminos, con fines de asaltar la Comandancia de Armas a la hora indicada. Numerosos hombres de El Manguito formaban la tropa que debería entrar pasando por El Estero para reforzarse y luego atravesar por los montes de Cachón Seco para salir a la cabeza de El Tanque, donde fueron vistos por un grupo de hombres y jóvenes que se bañaban. Al ver éstos las tropas armadas y en actitud rebelde, se vistieron velozmente y se dirigieron al pueblo a dar cuenta de lo visto. Un joven neybereo que por allí se encontraba, informó a personas allegadas al Gobierno, que “los suaves”*, andaban por el camino de El Tanque. De inmediato llegó el comentario a oídos del

* Los fijos: Militares correspondientes al Batallón Ozama, que fueron enviados a Neyba para contrarrestar los ataques del levantamiento de las fuerzas horacistas. Estos cometían muchas tropelías, pues no eran neyberos, fueron reclutados en el Cibao, para respaldar al Gobierno.

* Suaves. Nombre con que se designaban los miembros de la revolución llamada de 1912.

comandante de Armas y éste dispuso que el destacamento saliera en su alcance, para impedir que lograran su objetivo de atacar la comandancia.

Las tropas de la revolución se habían posesionado detrás de unos árboles de córbanos que había en un lugar entre El Tanque y Cerro en Medio, que era conocido con el nombre de “El Cerrito del Nono” y muchos se habían apostado echándose de barrigas para estar a la defensiva.

Desde su escondite, los “suaves” divisaron a las huestes gobiernistas y sin pérdida de tiempo les abrieron fuego, trabándose un reñido combate donde fueron derrotadas las armas del Gobierno. Aquí perdió la vida Ernesto Perdomo, joven muy querido en la sociedad neybera y un hijo del Comandante de Armas. Otros jóvenes perdieron piernas y otros fueron heridos de gravedad. Los hombres de la revolución sólo contaron un herido, pues llevaron la gran ventaja de la estrategia del lugar.

Enterado el Comandante de Armas de los sucesos ocurridos en el Cerrito del Nono, ordenó represalia en todas direcciones, para que los dirigentes de la insurrección depusieran las armas, comenzando una exhaustiva requisa en toda la población, buscando la forma de hacer apresamientos compulsivos a la sumisión.

A pesar de que los derrotes dejaban el pueblo desolado, lograron los guardias dar alcance a Gasó, la esposa de Paulino y a sus hijas Lorenza y Sarita, que a penas contaban 15 y 12 años respectivamente. Encaminándose hacia la comandancia, por el camino de “Rincón Callao”, atraparon los fijos a Catalina y a Eufracio, conduciéndolos también a prisión por ser hermanos de Paulino.

Al tiempo de encerrarlos en el cubo, Catalina siente compasión por la niña y le suplica al oficial del día, que le permita enviarla a una diligencia, que ella le daría instrucciones para que regresara en breve.

El oficial, en la seguridad de que la niña volvería en pos de la madre, fue indulgente y le permitió salir. Sarita, que siempre tuvo vivacidad de ardilla, cual pájaro enjaulado que logra violar la vigilancia de su guardián, vuela sin tener alas y llega a casa de Marcela, que era la madre de Gasó, contando la triste situación que

atravesaban las mujeres en ese momento. Pero... ni tonta ni perezosa, no volvió a dar la respuesta del supuesto mandado, que no dejaba de ser un ardid de Catalina.

Las pobres prisioneras sufrieron a más no poder. La inocencia de Lorencita le hacía ver esto como un monstruo gigantesco que destruía sin piedad su joven existencia, verse encerrada en un calabozo inmundado, fue causa que le produjo una constante crisis nerviosa. De pronto cesan las crisis, transmutándose en sucesivos desmayos. Catalina, quien era su tía, fungiendo siempre de “médico”, le daba masajes, le daba a oler alcanfor y sobre todo, la tocaba con una “reliquia” o “resguardo”, que consistía en una colección de oraciones escritas a la Santa Cruz, a Santa Elena, a Jesús Crucificado, a las Cinco Yagas del Cristo etc., todo dentro de una bolsita de tela, donde no faltaban granos de pimienta de guinea, de sal y de incienso.

¿Y Gasó? Podría describirse la ansiedad y desesperación de una madre, viendo la flor de la vida de su hija ultrajada en tales condiciones? No podría descifrarse el doloroso estado de una mujer que contempla un pedazo de sus entrañas como protagonista de un cuadro tan desgarrador.

Aunque mucha gente había desocupado el pueblo, de entre los pocos que quedaban, algunos corrían de un lado a otro, en busca de informaciones sobre la suerte de las prisioneras. Gasó, a cada instante caía de bruces con los brazos abiertos, convertidos en dos raudales los ojos que no habían logrado cerrarse inclinados hacia el cielo, pidiendo al Dios todopoderoso, la solución de esta triste situación.

Mientras este drama conmovedor se desarrollaba, una voz de trueno retumba en el espacio, embargando los alrededores del recinto militar exclamando:

—¡Carajo!, Mataron a Ernesto! Los malditos nos atajaron frente al Cerro del Nono. Entre tanto, llega otro soldado a todo correr y dice con desesperante grito de agravio: —¡Esto es lo último! Mataron a Abad!

Bone, que era el Comandante de Armas, hace varios disparos al aire, Abad era su hijo. De inmediato da las órdenes fijando las últimas horas de plazo para aplastar la revolución a toda costa. Se dirige al lugar de los hechos, pero antes de dar la espalda, grita con voz enardecida: ¡Atención! ¡Atención! ¡Ultima orden!

¡Ultima orden! —Repite uno de los hijos: Corran!, ¡corran!, rociar con gas el cubo y pegar fuego con las mujeres adentro, para ver si ese Luis Liquí y ese Gurrúñin, no les dan las órdenes a sus hombres de que se entreguen.

¡Qué entreguen las armas, carajo! ¡Qué se rindan! o; . . . ¡fuego con ellas!

La angustia de las mujeres al oír esto desde el interior del cubo, queda tácita, hay quienes opinen, que aquí tuvo su origen la afección del corazón de Lorencita, que más tarde le costó la vida. Pero al volar por los aires estas duras expresiones, salta León, quien era custodia de la cárcel y dice rechazando las banderías políticas para dar paso a la sensibilidad de una amistad nacida en la niñez: —¡Alto ahí! Eso sí que no! Conmigo aquí, no se comete ese crimen. Y corriendo alrededor del cubo, llama desesperadamente a Ismael y le dice: —Ismael, mataron a Ernesto, es tu hermano, pero esa orden es horrible.

¿Qué culpa tienen esas infelices mujeres, de lo que haga la revolución?

Ni los mismos cabecillas que son sus familiares, tienen la culpa, eso fue un encuentro a tiros y nosotros llevamos la peor parte. Bone es el jefe, pero es rinconero, ¡nosotros, carajo, somos neyberos!

Ismael reacciona y aunque tiene el corazón destrozado por la muerte de su hermano, dice con firmeza: “No, no estamos locos, si esto sucediera, volveríamos las armas bolos contra bolos, porque eso no, eso no, eso es demasiado.

Los hijos, que formaban la guardia y estaban a las órdenes del Gobierno, se pusieron furiosos con la decisión de los civiles de no acatar las órdenes del Comandante de Armas y se fueron tomando la calle San Bartolomé hacia el Sur dejando abandonada la Comandancia. Después de cruzar la calle Cambronal, se levantaba una casa recién construida que había sido inaugurada días antes con

un baile, pero no había sido habitada todavía. Esta casa, era propiedad de Nicolasa, una hermana de Paulino. Al llegar los inconformes frente a esta propiedad de sus adversarios, se enardecieron los ánimos y con el gas que tenían disponible para rociar el cubo, rociaron la casa y de manera inmisericorde le prendieron fuego. Estos hicieron guardia durante toda la noche, para evitar que alguien se atreviera a acercarse y vieron convertir en cenizas hasta el último grano de carbón encendido por su cruel iniciativa.

Mientras los hijos contemplaban con bronceados corazones, el flamear de las llamas de su hazaña de terror, León Acosta dejó salir cautelosamente a Catalina que regresó de inmediato, llevando ropas de mujer que puso a Eufracio, lo montó en un burro, luego de haberse escurrido todos por la puerta que con tales fines León había dejado semiabierta. Libres ya de la cárcel por la generosidad de un compoblano, se internaron en los montes cercanos, hasta encontrar salida por el camino de El Estero. Esta acción de León Acosta puso en práctica el viejo refrán: “PERRO NO COME PERRO”.

El Bando.

Dada la dificultad existente para dar a la publicidad las órdenes y disposiciones superiores, así como también la difusión de noticias de alguna trascendencia, se adoptó el sistema de dar lectura al contenido de las mismas en cada esquina del pueblo, acto que se realizaba por un hombre desde el lomo de un caballo.

Mediante esta actividad, que tomó el nombre de bando, aunque no se tratara de ello, semánticamente hablando, se difundían las informaciones con la velocidad del tiempo, ya que no se disponía de otros medios de comunicación más fáciles y más rápidos.

El lector del bando, que era seleccionado por su expresión verbal y por el timbre y el tono de su voz, hacía los esfuerzos por llenar su cometido a pleno pulmón, pues no contaba con ningunos recursos auxiliares.

Tan pronto como se hacía la primera lectura, la gente salía de sus casas y comenzaba a anexionarse a los pocos acompañantes de

inicio, siguiendo por todo el pueblo aquella procesión sin santo, presidida por el hombre, que erguido, ufano y seguro, se dirigía al conglomerado desde su tribuna móvil y viviente.

Muchas veces, se oía entre vecinos:

—Oye, están leyendo un bando —¿Qué pasará?

Porque este acto invitaba la atención de todos, despertando su interés sobre cualquier asunto que se quisiera publicar.

Siniestros.

—¡Candela! ¡candela! ¡candela! —exclamaba a cualquiera hora del día o de la noche algún transeúnte, que al pasar por las tristes y desérticas calles de Neyba, descubriera la presencia del inicio de un incendio, en una que otra vivienda o sus dependencias.

—¡Candela! ¡candela! ¡candela! —repetía desesperadamente todo el que oía aquellos gritos, formándose una confusión fonética por la repetición de una misma palabra, que chocando con su propio eco, aturdí el oído y aceleraba el corazón.

Un tropel de personas cual caballos desbocados, se apretujaba por cada esquina para encaminarse hacia el lugar del suceso. Este fenómeno se presentaba con mucha frecuencia, tal vez por encontrar campo propicio, dada la carencia del agua y la precaria instalación de la cocina neybera. Esta, con muy raras excepciones, se componía de horcones cruzados en su parte superior por varas que servían de soporte al techo de palma cana, mal acondicionado. En su mayoría carecía de paredes y de tenerlas, eran de tejamanil, materia que siempre ha sido atractiva para el fuego. Sus fogones, que ya hemos descrito, empobrecían la leñera al convertirse en perennes fogatas innecesarias para la cocción de los escasos alimentos.

Desde estos fogones, expuestos a merced del viento, se desprendían chispas de fuego, que se elevaban hasta posarse en los resecos y pajizos techos de nuestras antiguas viviendas, produciendo su contacto el génesis del siniestro, cuya evolución sería asunto de segundos.

Nuestra capacidad reflexiva puede analizar el dolor, la angustia

y desesperación que embargaban a los antiguos moradores del pueblo de Neyba, cuando veían desarrollarse estas catástrofes sin tener ellos los recursos indispensables para impedirlos.

Gritos histéricos, carreras locas, trastos abandonados por doquier, muebles tirados sin miramientos, güiros y calabazos llenos de agua, lanzados desde abajo hacia arriba en función de bolas de juego, machetes, palos, escaleras, todo agitación y nerviosidad extremas.

Los hombres escalaban las soleras de las casas afectadas, hasta lograr alcanzar el techo, equipados de los ya citados instrumentos y sobre todo del más valioso y potente de todos: ¡el valor!

Cada hombre era un hombre que exponía su vida por salvar la propiedad incendiada, o impedir la propagación del fuego destructor. No quedaba en el pueblo ni una sola gota de agua, pues todas las vasijas que en cada morada contenían este líquido, eran aportadas por las manos hábiles de las mujeres que las transportaban hasta el lugar afectado sobre sus abrumadas cabezas.

—Yo soy un león de hombre —Decía alguien orgulloso del riesgo corrido en la peligrosa empresa.

—Y yo come candela —Respondía otro, que machete en mano, combatía para destruir el caballete de una casa, que formaba ya, una sola lengua de fuego, lamiéndole los pies en franco desafío con la muerte.

De pronto se oye otra voz plena de seguridad, que clama:

—Tírame una sábana mojada para darle unos “rebencazos”,) como si la sábana fuera un rebenque) Pa’ que salgan las chispas que se esconden en la palma, porque si nó.. noj ardeno””.

Hubo ocasiones en que la valentía de nuestros hombres, los hizo acreedores a autotitularse con nombres expositivos de su arrojo, como lo hacían, pero se presentaban otras, en que todo esfuerzo era infructuoso, tal vez porque se detectaba el fuego cuando ya estaba muy avanzado y era demasiado tarde.

Tal fue la ocasión en que fueron destruidas por este nefasto enemigo, más de veinte casas en la calle San Bartolomé, trágico

suceso que sirvió para fijar una era en la localidad, estableciendo relaciones cronológicas en esta forma: “Esto sucedió antes de la candela grande”; eso fue... “después de la candela grande”; de eso, no hace tanto porque “fue cuando la candela grande”.

Obsérvese, que en nuestro Neyba, antiguamente, no se usaba el término fuego, sino candela.

El sitio arrasado por este incendio, el más aterrador de todos los acaecidos en Neyba hasta entonces, durante muchos años fue denominado “Los puestos quemados”, como punto de referencia u orientación. Estos solares permanecieron décadas exponiendo la tierra y las piedras ennegrecidas como divisa permanente del dolor pasado, pues la reconocida carencia de recursos económicos impidió la rápida reconstrucción de las viviendas destruidas y permitió que el devenir de los tiempos asignara a éstos, nuevos propietarios, con excepción de algunos que están en posesión de los sucesores de los damnificados.

Algunos Peinados de Ayer.

“La historia se repite” Es una frase muy usada y conocida de todos”.

“Nada se crea, nada se pierde, todo se transforma” Dijo el célebre químico francés Lavoisier. “Qué es lo que fue. Lo mismo que será. Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará”; y nada hay nuevo bajo el sol. Hay algo de que se puede decir: ¿He aquí esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido” Son enseñanzas del libro bíblico ECLESIASTES.

Estos mensajes reviven en nuestra imaginación al encontrarnos en un salón de belleza en la Capital de la República, cuando vimos llegar a una arrogante señora, que con la soberbia característica de la superioridad de nivel socioeconómico, sin dar las buenas tardes, se dirige a la dueña del negocio en estos términos:

—De seguro que mi turno estará libre, pues llamé hace una hora, para que se me atendiera de tres a cuatro, porque quiero un peinado... un peinadoooo.... que eso sííí... sea yo, la mujer más

atractiva que asista a la recepción que habrá esta noche en el Hotel Santo Domingo. quiero ser con mi peinado “Madame de Pompadour”, la mujer más bella, la que monopolice la atención de hombres y mujeres, de criollos y de extranjeros.

La dueña del salón, un tanto perpleja, mira a su alrededor y ve que ningún secador de pelo está disponible y como quien sufre la presión de algo indeseable, le dice casi balbuciente:

—No se desespere, señora, usted tendrá su peinado a la hora indicada, pues ahora mismo son las tres y media y habíamos fijado de tres a cuatro, estoy en la mejor disposición de servirla y dejarla complacida.

—Yo pensé que me estarían esperando, ahora lo veo todo ocupado, hasta mi cabeza está ocupada con la idea de que no esté a tiempo ese peinado, ese “Madame de Pompadour”, “Madame de Pompadour”, con que voy a deslumbrar como algo que nadie haya usado ni visto, ¿eh? ¿eh? ¿qué tal? —expresó con entusiasmo y seguridad, la interlocutora.

—OH!, no!, —responde la estilista de belleza, mi arte es pura vocación para copiar lo que antes que yo otros hicieron, trataré de satisfacer sus deseos, pero cumplo con el deber de explicarle, que no es usted la primera mujer que luce un “madame de Pompadour” en República Dominicana.

—¿Cómo? ¿Acaso ha olvidado que fui yo quien le trajo la revista con esa innovación para lucir el cabello? —protesta la cliente con amarga desilusión.

La peinadora, revistiéndose de la paciencia de que carecía, le dice tratando de sonreír:

—Señora, las revistas, tanto criollas como extranjeras, reproducen las cosas pasadas, pero no por eso dejan de ser elegantes, ese es el caso de su peinado. Quedóse la gente en el salón ponderando el orgullo de los mortales, llegando a la conclusión de que nuestras abuelas lucieron también ese peinado.

En Neyba, ya se ostentaba en el siglo pasado, con la única diferencia, de que llevaba el nombre de “Moño Gallo” o “Quiquiriquí”.

Con la misma euforia de la dama señalada, conversaban dos muchachas amigas al encontrarse en la calle El Conde de Santo Domingo.

—¡Hola!, Inés, quería verte para contarte... —decía una de ellas.

—¿De qué se trata, Mary? —Contesta Inés.

—Anoche estuve de fiesta con Eduardo y no quieras saber la sensación que causó mi peinado en aquel sitio, —añade Mary entusiasmada.

—¿Oh?, ¡qué bueno! ¿Y... se puede saber por qué? —continúa Inés muy intrigada.

—Pues sí, todas las miradas se centralizaban en mi peinado, ya sabes, de última, me hice un “San Antonio” y creo que fui la primera en llegar a tono con la moda, me sentí feliz, importante.

—¡Ah! Mary, —dice Inés con alegría —es que ese “San Antonio”, ¡es un tiro! ¿Cómo te lo hicieron? Con la rosa o sin la rosa?

—Con la rosa de lado, pero eso sí que... mató...mató...

Con esta exaltación de ánimo se habla siempre en el extremo de las modas, pero ¿y qué? Las modas rotan como la tierra, son como el sol, que sale y se oculta, como el día, como la noche, en un constante ir y venir, ese “San Antonio” que enloquece a las chicas y a los chicos de hoy, también se usó en el siglo pasado. Nuestras abuelas lo usaron en Neyba, con el nombre de “Aureola”, hoy toma el nombre de “San Antonio”, tal vez para imprimir algo nuevo, tal vez por la forma en que lleva cortado el cabello la imagen del santo.

Ultimamente tenemos en boga trenzar el cabello, dándole distintas formas en la cabeza. Se trenza el pelo en variadas direcciones, se trenza el pelo en mechones, muchas veces envueltos en tiras de tela o en cintas, cosa que admiran las mujeres de hoy

cuando contemplan la destreza con que la experta en belleza realiza este trabajo.

¿Y no se han trenzado siempre las mujeres el cabello? Antiguamente, el cabello trenzado estuvo en uso tanto en el campo como en la ciudad.

El trenzado que hoy se lleva en el medio de la cabeza, desde las proximidades del frontal hasta la nuca y que con tanto donaire exhiben las artistas en las pantallas de cine y televisión, se llevó en Neyba en la época señalada, con el nombre de “Aparejo”.

Las trenzas sueltas, que aunque no son muy comunes, aparecen de vez en cuando en el presente, son también moda repetida, se peinaron mucho trenzas las neyberas del siglo XIX, cuyo pelo se lo permitiera, pues no abundaba el pelo largo ni lacio en nuestro lar, recibiendo esta forma de peinado el nombre de “clinejas”, (cremos que se querría decir criznejas).

El pelo trenzado, se usó hasta hace poco tiempo en toda la región sur, se trenzaba habitualmente toda clase de pelo, tanto el lacio como el rizado, se decía comunmente “tejerse el cabello”. Cuando no se trataba de largas criznejas, sino de pelo corto, hirsuto por naturaleza, al tejido se le llamaba “a la haitiana”, porque era este un peinado permanente en las haitianas que habitaban en aquellos lugares, peinado que aún perdura en las que por una u otra razón conviven con los dominicanos.

Muchos de estos peinados que hoy exigen ingredientes que reciben el nombre de fijadores, también ayer los exigían para asegurar su permanencia, pero entonces no llegaban a nuestras abuelas por medio de la elaboración química, sino por intuición innata de los seres humanos, que en todos los tiempos se han proporcionado así mismos los medios de satisfacer sus necesidades, de acuerdo a la época, al lugar y al asunto de que se trate.

Por esta razón, sin haber explorado sobre ciencia alguna, tomar pedazos de tallos de determinados cactus, especialmente de uno conocido con el nombre de cayuco, despojarlo de la corteza, macerarlo y luego agregarle un poco de agua agitando fuertemente y colando esta mezcla, se obtenía una solución que hacía de fijador casero, que se usaba para mantener ordenados los peinados especiales en los días festivos.

“Todo cambia según las circunstancias, pero nada hay nuevo bajo el sol”.

Algunos Cantores Populares.

Desde que surge a la vida, el género humano ha tenido el ardid de mantener vivos los hechos históricos y toda clase de acontecimientos vividos por medio del verso suelto popular y el canto. En nuestro país, en todos los tiempos, se han publicado los sucesos en esta forma, dando a los versos el calificativo de coplas o décimas, aunque su organización en estrofas no se ajustara a la métrica correspondiente.

Neyba, como otras regiones, tuvo sus cantores populares, que propagaron el acontecer, tanto en el aspecto social como en el aspecto político, transmitiéndose a través de la tradición, sin saber en la mayoría de los casos, quienes fueron los que, bebiendo en la fuente de los hechos, tuvieron la decisión de hendir los aires con la mística de sus inspiraciones, hasta llegar a nosotros en concéntrica revolución de ondas sonoras, como fiel exponente de su creatividad.

De estos cantores, muchos dejaron sus nombres sellados en el ropaje de sus alegres musas, pero otros, tal vez involuntariamente, se despojaron de sus creaciones, permaneciendo en el anonimato que los envuelve, ya sin esperanza de visos de claridad.

Conocido el momento político de ayer, es evidente que los hombres se mantuvieron en constante comunicación, exigiendo el caudillismo imperante, que se viviera de conversación secreta en conversación secreta, conversaciones secretas, que no tardarían en convertirse en acciones públicas, por medio del fuego avisador de las carabinas.

Esta situación impuso que los hombres del campo, vistiendo lo mejor de su ropero, fueran los sábados y los domingos al pueblo a visitar a sus compadres y amigos, a tomar tragos, a hablar de política y sobre todo, a entregarse al único deporte por ellos conocido: El Juego de Gallos.

Se unía el pueblo con algunas secciones y parajes, por el Camino Real, que era la más fácil y franca vía de comunicación,

dejando salir a todo lo largo de su trayectoria, una serie de angostas veredas, que atravesando los montes que limitaban su anchura, conducían con duros trabajos hasta los sitios donde se levantaban las rancherías. El Camino Real, se extendía de Oeste a Este, desde La Descubierta hasta llegar al “Córbanos Jachao”, próximo a la entrada de la población y que fue punto de referencia en muchas situaciones importantes y teatro de la escena que dió origen, a la famosa mangulina, popular en todo el país y que lleva por título: “CHE BLANCO”.

Este camino, nuestro más antiguo lazo de unión con las vecindades, al llegar al sitio señalado, que conserva los recuerdos del coraje de muchos hombres del pasado, doblaba hacia el Norte, haciendo una quebrada que formaba un ángulo recto.

A una distancia aproximada de cuatrocientos metros doblaba nuevamente, recuperaba su anterior dirección Oeste-Este, colindando por el Sur con el lateral Norte del viejo cementerio. Continuando siempre hacia el Este, se internaba en la zona urbana con el nombre de calle Canela (hoy Av. 27 de Febrero). Continuando rumbo hacia el mismo punto cardinal, doblaba hacia el Sur entre las espesuras de los bayahondales hasta llegar a la sección de El Tanque, donde tomaba su primitiva dirección hasta llegar a Cambronal.

Muchos eran los senderos que daban acceso al pueblo de Neyba, pero el aspecto festivo de las caballerías, que asomaban a galope, correspondía siempre al Camino Real. Los hombres de Monserrate, Hatico, El Palmar, Cambronal, El Estero, Barbacoas, Los Ríos, Postrer Río etc., iban allí a jugar sus gallos en la mas cordial camaradería.

Había allí muchas galleras, muchas galleras que funcionaban por turnos según las reglas preestablecidas, había entre tantas, una gallera, que a su lado tenía una panadería, para proveer de pan calentito a los galleros, que en sus afanes solo se preocupaban por sus gallos y nunca se preocupaban por sí mismos. Había allí, pan sabroso, amarillo dorado, que salía contrastando con la negrura de la boca del horno, negrura que era efecto del hollín, producido por el humo sofocante de la leña quemada. Había también en esta

gallera, mesas con expendio de ron, caramanché y túbanos, para alegrar los intervalos entre pelea y pelea.

En estas treguas de orden, se hacían las apuestas para los enfrentamientos de los gallos, los dueños perdedores, con marcada melancolías, recogían sus “bagazos”, mientras otros acariciaban alegremente las crestas y las colas de los gallos triunfadores.

Esta gallera, cuya figura se forja en la imaginación por la transmisión constante de relatos de sucesos en ella ocurridos, estaba ubicada en la llamada entonces calle Canela, frente al solar que hoy ocupa el edificio que aloja la Escuela Primaria Arzobispo Valera y era propiedad del señor Chano Suberví. No faltaba aquí la enramada, donde una vez terminado el torneo gallístico, todos se entregaran al disfrute del carabiné, la polka, la mangulina y la rumba.

Pero... un día, de esos en que parece que la nube fatídica de la tragedia proyecta su sombra de muerte sobre la humanidad, en uno de estos recesos, cuando todos buscaban la “vendicia” para animarse un poco y luego continuar su acostumbrado deporte, Viejo el Mocho, natural de Barbacoas, a quien se le dio este nombre por haber perdido accidentalmente una mano, con la arrogancia de que son presa los galleros, compra una botella de ron, la coloca debajo de una axila y trata de destaparla con la única mano que tenía. Che Blanco, natural de Postrer Río, que observaba aquel titubeo de un hombre manco, obedeciendo a las órdenes de los tragos ingeridos anteriormente, prorrumpió en una estrepitosa carcajada y haciendo uso de nuestro habitual tono sardónico le dijo sin miramientos:

—Pasa pa’ “destapátela”, “que hombre manco no es pará’ ...!

Viejo el Mocho, que pertenecía a ese grupo de hombres de entonces, que sentía en su ser la valentía y soberbia del león, se sintió empequeñecido, ridiculizado y dando sueltas a la intrepidez de su yo, le salta encima diciéndole:

—Ahora mismo tu verás, “si hombre manco no es pará’”.

Pero la multitud allí presente, impidió que este altercado tuviera en el momento, las funestas consecuencias que tuviera más tarde.

Separados los dos hombres, consejos de los amigos, frases de reconocimiento a su hombría de bien entre aplausos y brindis por la reconciliación, se creyó todo subsanado con un abrazo y sellado con un amistoso apretón de manos.

Pero, la calma de Viejo el Mocho, fue una calma aparente, una calma aparente como la calma de las tempestades, pues la rebeldía se agitaba en su interior con la violencia y rapidez de un torbellino y juró ante sí mismo, vengar esta afrenta, y se fue... se fue... agujoneado por la ira y escoltado por la creencia de “yo soy el macho” “el macho que no come pendejá”, como eran los decires de aquellos lejanos tiempos. Y corrió, corrió en su caballo por el Camino Real con Che Blanco en la retina y el eco de sus palabras repercutiendo en sus oídos, siguió corriendo en su caballo, pero al llegar al sitio denominado “El Córbanos Jachao“, esperó... esperó con ansiedad vengativa a su adversario.

De pronto aparece Che Blanco en su alazán por el mismo camino, ostentando su aureola de triunfo en su caravana de satisfacción, con la frente despejada y erecto el pecho de hombre prepotente, cuando le sorprende la presencia de su contrincante, que le dice sin pérdida de tiempo y con iracundo rencor:

—Bájate del caballo y sabrás, “si hombre manco no es pará” y sin esperar respuesta, le dispara a la cabeza, pero no fue certero, el tiro solo alcanzó una mandíbula; es decir, “de la barba a la quijada”. Che Blanco se desplomó del caballo cayendo en tierra, cubierto el rostro por la sangre que manaba cual torrente, pero Viejo, no satisfecho aún, se encarama encima del cuerpo herido de su contrario y comienza a espolearlo como si fuera su caballo de carrera.

Ante este acicateo, Che Blanco recobra las fuerzas, se incorpora un poco debajo de su verdugo y logra disparar certeramente atravesándole el costado, herida que le costó la vida.

Che Blanco se recuperó de su herida en “la quijá” y vivió muchos años después de la ensangrentada escena, llevando consigo el recuerdo imperecedero en la cicatriz de su mandíbula derecha.

Como el temperamento y costumbres del hombre de ayer, eran tan diferentes a las del hombre de hoy, sobre todo en la altanería que les acompañaba en las lides de cualquiera índole, no dudamos, que Che Blanco, bailara la mangulina, que llevando por título su nombre, surgiera de este episodio y que aún en nuestros días no ha perdido su popularidad. A continuación, algunos fragmentos:

Che Blanco.

*A Che Blanco le tiraron
de la barba a la "quijá"
por amigo de decir
"que hombre manco no es pará' "
le tirán, le tirán
le tirán, le tirán
le tirán, le tirán
"de la barba a la quijá".*

Como esta mangulina, muchas son las que la tradición ha transmitido y que guardan recuerdos de asuntos ocurridos en nuestro medio y que no debemos permitir sean extinguidos en nuestra cronología cultural.

Perpetuar en la copla o en la décima el duelo de dos hombres, la muerte de una persona o el fracaso de alguien en cualquier aspecto de la vida, era usual en aquellos tiempos, no importaba el por qué, ni las consecuencias.

Así surgió otra mangulina:

La Vieja Cina.

Muerta en la sección de El Tanque una anciana centenaria, a quien todos conocían y que llamaban con amor la vieja Cina, fue motivo para que allí fueran todos, los del pueblo y los del campo y hubo gritos y hubo duelo profundo, hubo pena, mucha pena, pena por la pobre viejecita, que se iría y no volvería, aunque mucho

tiempo hacía, que aquí ella no estaba, pues el tabaco de andullo por arenque se comía y el arenque asado ella, con tabaco confundía. Pero todos la querían así arrugada, la querían así encogida, así mojada de cosas, cosas que todos sabemos. Pero un día, un triste día, un triste día, triste y frío en el invierno, sin que nadie lo quisiera, sin que nadie lo impidiera, la viejecita murió. Se murió porque ya el aire no salía por su boca, que era el único consuelo de que no era ella una cosa. y hubo luto, mucho luto, la familia Peña toda recibió las condolencias, las condolencias del pueblo, las condolencias del campo, porque era ella su tronco, porque sí, su tronco era, aunque fuera un tronco hueco.

A pesar de la nutrida concurrencia que allí había, mucha gente que no pudo estar presente ese día, a los Peña, les rehuía. Pero un día el hijo Pancho, que al duelo se le escondía y al mercado se escurría en busca de su comida, se sorprende con el llanto de la que hacía él corría, su comadre, la comadre, que en el “velorio” no estuvo y gritando le decía:

—¡Ay!, Pancho, ¡se murió Cina... ay!, Panchoóó... se murió Cinááá...

Pero Pancho contemplando los majares de ese día, le dice para calmarla con su habitual cortesía:

—¡Ay!, sí, sí, sisisis´s´s’si... mi may Cina se murió... mi may Cina se murióóóó...

Caramba!, “que nián piyó” ¡ay!, ¡caramba! “nián piyó”!

Creemos que quiso decir que murió tranquilamente, pues decir popular es, “murió sin decir pío”, para significar que alguien muere sin desesperación ni fatiga.

La muerte de una anciana centenaria, por muy sentida que sea, no marchita los planes festivos de ninguna persona en el pleno desarrollo de su juventud, esto es acto repetido con frecuencia por eso los nietos de Cina, después de darle cristiana sepultura, dieron por cumplida su misión y... fiesta!

De aquí que, la sagacidad del cantor, sin demora ni escrúpulos,

desgranó los pormenores de la muerte de la anciana, en los versos de la mangulina que llevó por título: “Nián Piyó” o “La Vieja Cina”. A continuación algunos:

“Nián Piyó”

*¡Ay!, Pancho se murió Cina
¡Caramba! que “nián piyó
El baile de Cerronmedio
Enrique se lo bailó.
Lo dice Enrique Estefana
Ahora dirán que yo*

*Cornelio que era su nieto
En Cambronral la bailó.
¡Ay! ¡caramba!, “nián piyó”
¡Ay! ¡caramba!, “nián piyó.”*

*La pobre de Candelaria
que hasta la gota le dió
Por esa maldita vieja
Que tan vieja se murió.
¡Ay! ¡caramba!, “nián piyó”
¡Ay! ¡caramba!, “nián piyó”.*

*Bellisario en el paraje
Acompañado de Yito
Por esa maldita vieja
que piyó como un pollito
¡Ay! ¡caramba!, “nián piyó”
¡Ay! ¡caramba!, “nián piyó”.*

Parece que Belisario, más sentimental o más consecuente que los otros nietos, no asistió a la fiesta por la muerte de la abuela y se conformó con tomarse sus tragos en compañía de su amigo Yito, pero los demás...! fiesta, que se acabó!

Esta mangulina era conocida por todos los neyberos de la época, pero corresponde a esta infinidad de composiciones que han perdurado por audición sin que nadie sepa quienes fueron sus creadores.

Manuel Vásquez.

Manuel Vásquez, apodado Manuelico Negra, no fue productor de una poesía popular abundante, pero se contaba entre esas personas dotadas de un verbo singular, que les permitía ofrecer en forma de versos, los detalles de cualquier hecho ocurrido, cosa que despertaba gran interés, por surgir de asuntos vividos, de todos conocidos.

Ya hemos señalado que en el pasado siglo, casi todos los hombres ocupaban su tiempo de ocio en el juego de azar, donde se presentaban estimulantes para que los cantores desarrollaran sus actividades, dando rienda suelta a su imaginación.

Manuelico jugaba “caída” con un grupo de amigos y un poco entrada la noche se sintió ganador, habiendo casi arruinado a su amigo Pedro. De pronto se para y expresa como una despedida:

*Yo me voy a mi “bojío”
Rosario me ‘tá esperando
con los ojos par’ camino’
pensando que su “marío”
a “corriu” un mal destino.*

Todos los contertulianos se paran y le impiden salir, porque el pobre Pedro casi lloraba y esperaba el desquite, sí, el desquite, la esperanza que mantiene, la ilusión que no se va, la droga que al jugador anexiona a la taberna y lo conduce por sendero a la derrota.

Estirando los brazos, Manuelico se agarra del quicio superior de la puerta y se dispone a salir. Su afligido camarada, con la cara oculta entre las manos, a penas si pronunciaba una palabra, que de haberlo hecho, él mismo inyectaría consuelo, pues la palabra es a veces lenitivo, la palabra es a veces medicina, arma mortífera es

para las almas y arma para vencer en muchas veces. Pedro no pudo articular ninguna, por eso su pesar se hizo más hondo.

Pero Manuelico, al derrotado toca con burlescas palmadas en el hombro y estirándose como un gato perezoso, deja que brote la palabra hiriente, de su pecho henchido de sarcasmo y de inclemencia:

*Ya ese pájaro no vuela
"ye se" tunar no da tuna
"ye se" pájaro no vuela
porque le faltan las plumas.
Laj pluma' yo le arranqué
con ñaj de guaraguao
pregúntenmele a Mecé
lo que vale un "dejplumao"*

Aún repercutían sus palabras en los oídos de los presentes, cuando entre chanza y realidad se fue perdiendo entre el penumbroso amanecer, que dejaba percibir, apenas los reflejos melancólicos de Pedro y la cínica alegría del ganador.

Resulta increíble que este tabernero compositor, tuviera al acecho a un colega que lanzara los versos nacidos de la llegada a su casa en una de estas noches de diversiones. Al asomar la cabeza a la puerta del hogar, Rosario su mujer, le reclama por su larga ausencia, surgiendo de aquí una riña, una riña de esas tan comunes entre los esposos, cuando el marido llega bajo la acción de los tragos. Rosario, gritando desesperadamente implora a sus vecinos el auxilio, quienes prestos a socorrerla se presentan, narrándose la escena sin rodeos:

*De a media noche pa' "alante"
Se oye una mujer que dice
Corre, corre, Cheché
que me mata Manuelico.
Entonces responde él
No sé por qué "tá" llorando
Pero ella le dice entonces*

*La sangre me "tá chorriando".
Dice el vecino Cheché
"Tate" quieto Manuelico
Pero él le dice muy pronto
Yo "no ma' le dí un pellizco"
¡Ay, ¡ay!, ¡ay!
Yo "no má' le dí un pellizco"
¡Ay! ¡ay!, ¡ay!
La sangre me "tá chorriando".*

Muchos fueron los cantares populares que circularon en épocas pasadas, llegando hasta nosotros a través de cuentos y relatos.

José Antonio Acosta (Totoño).

A no ser porque los neyberos somos excéntricos y herméticos, circunscribiéndonos a nuestro yo y al ámbito de nuestra demarcación geográfica, correría Totoño parelelo con Juan Antonio Alix, entre los cantores populares dominicanos. Tal fue la fecundidad de su ingenio. Reconocido político partidarista, participó en movimientos bélicos en el Cibao, pero hasta donde sepamos, no esparció allí el ardoroso perfume de sus versos. Su poesía satírica fue muy variada, llevando siempre el aguijón de la verdad, que aunque dicha en perífrasis, no deja de ser siempre la verdad.

Muchos de sus versos han sufrido adulteraciones, pues su poesía fue propagada por el decir popular y es axiomático el principio de la degeneración de las informaciones orales.

El amor a su pueblo natal lo volcaba con frecuencia por medio de sus inspiraciones y así dijo:

*Neyba ha sido un estandarte
desde los tiempos fecundos
pues Neyba no cabe en parte
y en Neyba cabe to' el mundo.*

Como el aspecto físico de nuestra villa no ofrecía un panorama

atractivo, las personas que allí llegaban, procedentes de ciudades dinámicas o de pueblos bien urbanizados, con muy raras excepciones, tenían la imprudencia de exteriorizar el desprecio que sentían por nuestro precario estado de desarrollo, ridiculizando a los nativos que, no eran responsables de aquella situación. Muchas fueron las disputas entre nativos y extraños por estos inconvenientes, pues muchos cometían esta grave falta aunque fueran allí obligados por la miseria a ganarse la subsistencia.

Al llegar a Neyba en el año 1924 un venezolano de apellido Portillo, quien llegó para ocupar el cargo de Director de la Escuela Primaria, parece que Totoño pensó que aquel caballero, seguiría la vieja costumbre de sus antecesores, pues muchos hablaban sin ambages detractando nuestro medio de vida, nuestros modales y nuestro grado de limitaciones.

Nuestro cantor, adelantándose a los acontecimientos, en un arranque de amor a su patria chica, cantó:

*Un forastero.
Ha lleglado un forastero
Con el nombre de Portillo
Con el peso del martillo
Le tapamo' el agujero
"Tate quieto" forastero
No te metas con neybero.*

Pero fue el señor Portillo Gómez una excepción en este asunto, pues convivió cordialmente con los neyberos sin exclusión de ninguna especie, orientó con la luz de su preparación intelectual a la juventud, que interpretó notoriamente sus cánones, así como también ofreció a la comunidad sus servicios científicos en medicina, muy especialmente en cuanto a las atenciones del recién nacido, que para su sorpresa hasta entonces no se habían superado los tratamientos primitivos.

Portillo Gómez casó con una neybera y cuando alguien le decía a Totoño: —Se casó el forastero con una neybera —Este, impregnando de satisfacción el ambiente, contestaba: —“Ya está quieto el forastero”

Nonagenario ya, se le veía cruzar las calles vecinas apoyado en su inseparable compañero de madera, sobre el cual descansaba el peso de los años, cubierta siempre su cabeza con sombrero de fieltro y protegido su tronco con el saco que nunca abandonó, conservando las normas en que había sido formado.

Es fama, que aún a esta edad, su preclara mentalidad se mantuviera fértil, teniendo la peculiaridad, de tener días extraordinarios, en que sonreído y ocurrente, todas sus conversaciones, especialmente los saludos, llevaran la rima de sus versos, versos que solo se agotaron, cuando el paso hacia la eternidad puso punto final a sus inspiraciones.

Lucas Evangelista de Sena (Luca Merón).

Conocido popularmente con el sobre nombre de Luca Merón, fue hombre de acrisolada personalidad, donde se conjugaron, la inteligencia, el valor, la dignidad de hombre de trabajo y la alegría de vivir de todo joven enamorado.

Muchos dirían, que fue tan enamorado de la hembra, de los animales, del trabajo, de la política y de la vida en sí, que lo estaba también de sí mismo, ya que sus coplas siempre llevaban su yo, como punto de referencia. Aquí algunas:

*Mi caballo Nube Negra
Vamo' pa' Guayacáná
Que me espera mi muchacha
Atrá' de la palizá.*

*Yo soy potro e' la sabana
'Nadie me pone la silla
"Corcobiando" o "culumpiando"
Soy como me da la gana.*

De reconocida militancia en el Partido Bolo, su figura emerge entre las oscuras humaredas de la pólvora quemada en la luchas intestinas, dejando al descubierto su vocación política, cuyos

quehaceres le hicieron acreedor al título de General, honor que era usual conceder a los hombres que se distinguían en las revueltas armadas, así como también, de un episodio surgido dentro de estos menesteres, recibió el apodo de Carnavá, nombre que él aceptaba complacido cuando decía:

*Yo ante' era Luca Merón
Ahora soy Carnavá
General por la mañana
De noche y de madrugada.*

Pero la perfidia asechaba y envuelve a este hombre excepcional en un negro manto de acusaciones. Las Autoridades de Barahona mediante un ardid le hicieron prisionero y después de interrogarlo en Neyba, resolvieron trasladarlo a la sede de la provincia.

Tomaron el camino de Rincón, (hoy Cabral), tal vez porque el Comandante de Armas de Neyba era originario de aquel lugar, motivo por el cual se hizo allí una escala, escala que sería el final de su trayectoria política y sería el final también de su trayectoria existencial.

Comprendiendo éste que se encontraba envuelto en los crespones de la muerte, exclamó:

*Yo soy hombre entre los hombres
Yo soy macho entre los machos
Merón siempre me decía
Que yo nunca fui muchacho.*

Luego, como un adiós de eterna despedida a la mujer de sus amores canta:

*Lo único que yo siento
es que Pancha 'tá "embarazá"
Pero si pare varón
Que le pongan Carnavá.*

Carnavá será siempre para la posteridad, arquetipo de la nobleza y de la hombría.

Este hecho lamentable, sembró la consternación desde Cabral hasta Las Lajas, pero esto no impidió que el cantor, cuyo arte siempre estaba presto, compusiera la mangulina, que arrancando de tan doloroso suceso decía así:

*Yo no fui que lo maté
ni que lo mandé a matá
de esa muerte solo saben
Bartolico y Nicolá.*

Bartolo Feliz, apodado Bartolico, era el Comandante de Armas de Neyba en aquella ocasión.

Cabo E'vela.

Abundando en la acendrada costumbre de los acontecimientos, por medio de composiciones populares, reseñamos un incidente muy curioso ocurrido en Cambronai y que fue la chispa que prendió en la imaginación del trovador para componer con aires de mangulina, el merengue Cabo e' Vela.

Siempre se han distinguido los animales domésticos, muy especialmente los de trabajo, con nombres propios, Cabo e' Vela, era un buey de trabajo.

Este incansable servidor de su propietario y de todos cuantos lo necesitaran, cumpliendo fielmente las leyes biológicas, comenzó a envejecer y por consiguiente a escasearle las fuerzas para el duro trabajo. Su mirada lánguida, su respiración tardía y sus movimientos lentos, eran señal inequívoca de que se le acercaba el final.

Los propietarios, gente de escasos recursos económicos, vieron en el estado físico de su viejo buey, mermado su capital y resolvieron convertirlo en mercancía, para aliviar sus necesidades.

Y.. una mañana, mañana lóbrega y sombría, mientras rumiaba, brilló ante sus ojos apagados, el fugaz reflejo de afilado machete, que al impulso de manos indolentes, le ultimó con poca dificultad.

El agudo sonido de un “fututo”*, difundió la noticia de que carne fresca se ofrecería a la colectividad. Y comenzó el expendio de carne, carne que mucha gente compró y comió y que mucha gente no compró ni comió, pero de este asunto sí, que todo el mundo habló:

—¡Cuántos días que no sonaba un fututo!, parece que hay un “tajito” por ahí.

—Decía una comadre a otra, eh? Oyó ujté?

—¡Tajito; No tajito, tajazo! Ese es el pobre de Cabo e’ Vela que lo “matán” dizque pa’ vendeééé... responde la comadre aludida enterada ya de la penosa historia de aquel buey que todo el vecindario conocía.

—Uy!; Jesús! —dice la primera, esa si fue criminal, que mató al pay de sus hijos, ese buey, se “loj ayudá a levantá’ a toito”.

Comentarios insistentes de esta naturaleza circularon por toda la localidad como hojas que lleva el viento. Poco después surgieron los rumores de que esta carne había causado extraños trastornos digestivos y así hablaban:

—Mercé, “ande tá’ Livén? —pregunta un amigo que conocía el suceso.

—Allá “adentro tá’ acojtau”, eso fue lo que yo dije: No lo como, no lo como y no lo comí...” me taban dando laj asadura”, pero... yoooo?, no la cogí. El, se sentó “abajo e’ la mata e’ mango, ande no lo taban mirando y se lo comió agachau” “sí, agachau... se lo comió con chenchén”, y como se supo, ahora “tá avergonzau, dizque avergonzau, dizque acongojau... oigan eso.. dizque acongojau”. Al pasar por allí el Alcalde Pedáneo de la sección, interviene diciendo:

—Yo “toy averiguando lo quiá pasau, porque yo oigo un jabla,

* Fututo. Especie de silbato hecho del caparazón de un molusco.

jabla, de que se comián a Cabo 'e Vela, pero si eso ej verdáááá... no tienen perdón 'e Dió, yo no me viera comiu un buey tan mansiiiiicooooooooo”

De todas estas conversaciones nacieron los versos acomodados del autor, que era originario de aquellos lugares, quien gestionó de un músico rutinario sanjuanero, los pusiera a volar al compás de los místicos ensueños de Euterpe, que los difundió en sus mágicas alas surcando el espacio en la dimensión nacional.

De esta ordenación sucesoria de pensamientos rítmicos nacidos como consecuencia de la célebre historia de Cabo 'e Vela, presentamos:

*La gente de Cambronal
son gente que comen tó'
se comián a Cabo 'e Vela
sin sabé de qué murió.*

*Cabo 'e Vela era un buey
que jalaba más que tó
el que le quitó la vida
no tiene perdón de Dió.
Muchacha ande tá Livén
allá adentro tá acostau
no se lo comió a la clara
pa coméselo agachau.*

*Apura la paila
calienta el buren*
abajo 'e la mata è mango
se lo comián con chenchén**

* Burén: Bandeja de hierro que sirve par tostar el cazabe.

* Chenchén: Mafz molido sin cernir en el cedazo.

*Alcalde Pedáneo
me va a perdonáa
tú te lo comite
'y lo quié negáa..*

José Dolores Vásquez (Negro).

Tal vez se juzgue de apasionamiento, la presentación de Negro Vásquez entre los cantores populares de Neyba, ya que su producción literaria no tuvo gran proyección; pero creemos de interés dar a conocer nuestros valores a las nuevas generaciones, cual que haya sido su magnitud.

Negro Vásquez, a quien podemos señalar como sinónimo de cordialidad, y sinceridad, fue el hombre inofensivo que en todo momento tuvo firmeza de carácter para afrontar las adversidades de la vida. Su temperamento pacífico, ameno, y abierto a la amistad, reflejaba un corazón desbordante de amor para todos cuantos le conocieron. Fanático del deporte gallístico, volcó en ello su inspiración en los siguientes versos:

Mi gallo "Lapichí"

*En el pico lleva oro
en las patas papeleta
tengo mi bolsa repleta
de Rincón a Jimaní
porque no hay gallo
que gane
a mi gallo "Lapichí".*

Hacia el año 1925, se desempeñaba como agente de Correos y Telégrafos en la entonces sección de La Descubierta.

Era costumbre en la época, disponer el alumbrado de las oficinas públicas en los lugares más apartados del país, mediante el uso de lámparas, para las cuales el Gobierno establecía el suministro de gas. Atendiendo a estas circunstancias, Negro administraba el

gas de la oficina que dirigía, ofreciendo la oportunidad a una vecina, que a su ventana se acercó diciéndole en tono lastimero: —
Ayj, Negro, dame un “chin de gá” “Mi lámpara tá apagá”

Negro, entre sus carcajadas que siempre brotaban al menor estímulo, como producto de su ingenuidad, de inmediato compuso:

Severina “dame un chin”.

*Severina me decía
que su lámpara era maga
porque su mecha no apaga
ni el agua de Las Barías.*

*Luego llegó a mi oficina
cerca de su vecindá
diciendo por la ventana:
—Negro, dame un “chin de gá”
mi lámpara” tá apagá”*

*Imposible! Severina,
tú pidiendo “un chin de gá”
Pero Negro Nicolasa
a quien le pide le da,
si me pide, te doy gá
aunque sea en la oscuridá.
Severina, ven acá
Severina, toma “chin de gá”.
si me pide te doy má,
aunque sea en la oscuridá.*

Estos versos se difundieron en toda la región con el acompasado ritmo de la mangulina, que Negro y Severina bailaban disfrutando a plenitud el tesoro de su juventud.

En sus años juveniles tocaba guitarra y cantaba canciones que ofrecía en forma de serenata y que interrumpía con frecuencia para

dar paso a su sentimiento amoroso en verso vestido. De estos versos tan originales tan sentidos, señalamos:

*La mujer mía.
La mujer que ha sido mía
mientras a otro no quiera
lo será siempre hasta el día
en que uno de los dos se muera.*

*Tus Ojos.
Son tus ojos seductores
es precioso tu mirar
brindan luz a mis tinieblas
son tus ojos sin igual.*

*Es milagro del Hacedor
brindarte tanta dulzura
eres imagen de Diosa
y Reina de las ternuras.*

Como todos los cantores populares de su época, la vibración de su lira se dejó sentir, haciéndose su nave a la vela en el puerto de los hechos; de aquí que, estando en la enramada de Julián Gollo donde se celebraba un baile de vendicia, sintió el influjo de su ingenio, cuando una señora, viendo a su esposo bailar con una joven soltera, puesta en ascuas por los celos dijo entre dientes:

—Mírenla! —tan “parecía” a una pava. Y... él, que no se apure, tan “pareciu” a un jején.

El cantor, sin ofender a la señora, a su marido, ni a la soltera que disfrutaba del amor ajeno bailando complacidamente, cantó de inmediato con cierta perspicacia:

Eso parecen.

*Aquellos que van bailando
se creen que lo hacen muy bien
ella parece una pava
y él se parece a un jején.*

*si la pava abre las alas
preso quedará el jején
pero esa es la única cárcel
en que uno se siente bien.*

Estos versos circularon con la popularidad de copla vocalizada para imprimir intenciones mortificantes, pero solo Negro y su celosa amiga, sabían quienes eran la pava y el jején.

Su vida transcurrió en la armonía hogareña y hasta en los últimos días de su existencia, salían de su garganta canciones no solo populares, sino de otros géneros literarios.

Humoradas de mi Pueblo.

Creemos de alguna importancia señalar aquí algunos hechos humorísticos ocurridos en nuestro Neyba, como un aporte más que complete el contenido de este trabajo.

1.- Conocido de toda la comarca fue un señor llamado Julián Peña, a quien haciendo uso a una vieja costumbre nuestra, apodaron Julián Gollo. Su carácter chistoso y jocundo, su facilidad de expresión y su sinceridad para con todos, hicieron de él, un personaje célebre y simpático. Citaremos algunas de las ocurrencias de nuestro inolvidable Julián Gollo.

a) Yo estaba un día en mi conuco y oigo ese ruido sobre mi cabeza: rúú...rúú... rurú... uuuuuu....., miro pa' "riba" y viene una salivita de-reee-chiíf-ta y me "cai" en un ojo. Me sacudí la cabeza pa' "un lau" y pa' otro, como un buey con "arigón" y cuando abro los tomatee', (los ojos) ¡Dios del cielo! qué susto!, vi clarito,

clarito., un hombre que ‘taba tan corte e`vista, que cuando “vía” a Juana, me creía que era mi vaca, parece que esa salivita tenía “Medecina”.

b) Era también decir de Julián Gollo:

La gente sabe ya, que un “arioplano” me “jondió” una salivita en la cara. Otro día, siento el maldito pájaro, que parece que cogió la puntería de mi conuco y comienza con su rú, rú, ruúú, y yo me pregunto yo mismo ¿qué será lo que quieren esos blancos conmigo? (parece que los que no somos blancos no teremos derecho al aeroplano) y sigo mirando pa’ “riba” y “veu” el pájaro que ya viene volando bajitiiiiicooooo... pegando a laj mata ‘e coco, le alargo una buena vara ‘e caña y la “cogien con tua la mano!, parece que “diban pa’ . Haití y de contentos que “divan” me “jondiaron” cigarrillos.

c) Este mismo señor, cuya rica imaginación merece que le demos el calificativo de “Fénix de las Embustes”, contaba con una seriedad que asombraba: “Mi mujé, es una cosa del otro mundo, tiene la fuerza de Sansón, ‘taba ordeñando una vaca, la vaca le jizo una maña y “diuna patá” le voltió” la lata con la leche, entonces Juana se paró (Juana era su mujer) le dio una patá a la vaca por el “jocico”, la vaca se tragó la chancleta, pero Juana le arrancó los dientes. Al mes mataron la vaca y le encontraron la chancleta adentro.

2.- Con muy raras excepciones, antiguamente, los moradores de Neyba, no se preocupaban por cercar los patios de sus casas o viviendas y éstos eran transitados con la misma regularidad que las calles, para fines de acortar trayectos, dando por resultado que muchas veces, los patios tenían más transeúntes que las calles.

Hagamos honor a nuestras ancestrales costumbres, recordando que era también habitual, excavar hoyos para la construcción de retretes, dejándolos abiertos a merced del tiempo, sin ninguna preocupación, hasta que los posibles cambios económicos, permitieran llevar a término el asunto propuesto.

Estas excavaciones, se cubrían algunas veces con pedazos de madera o ramas de árboles, sin pensar en los peligros que ofrecían. Algo digno de mención ocurrió en el patio de una casa ubicada en la calle Canela, a consecuencia de esta práctica hoy desaparecida. Un señor capitaleno, de nombre Nicanor, había ido a Neyba como Director de la Academia de Música. Este, en compañía de algunos alumnos, gustaba del Medalla de Oro y del Brandy Viejo. Un día, en que parece que le acompañaban estos buenos amigos, que siempre alegran el espíritu, después de visitar a su amiga Rosalía, atraviesa por los patios, a fin de llegar cuanto antes a su morada en la misma calle Canela. Pero... en uno de éstos, se trató de evitar el peligro ocultándolo, pues se había cubierto una cavia con ramitas secas de bayahonda, que tenían punzantes espinas.

El deseo de llegar rápidamente a su destino y el estado en que se encontraba, tal vez impidieron que el Director advirtiera la cavia o la débil cobertura que discretamente la encubría. Al pisar las flexibles brozas, ¡pataplum! ¡el maestro cayó en la profundidad que no esperaba!

Rosalía, que lo seguía con la vista, observa el accidente y grita con desesperación:

—¡Corran!, corran ¡se cayó! ¡se cayó! se fue en el hoyo! se fue en el hoyo! Corran pronto!, se cayóóó...!

Alguien, que oye los gritos, corre hacia ella y le pregunta:

—¿Quién?

Pero ella, en su empeño por salvar la situación, solo acertaba a repetir:

—¡Se cayó!. ¡se cayó! ¡se cayó!

El barrio en un abrir y cerrar de ojos se llenó de curiosos, que a los gritos de Rosalía se dirigían al lugar por ella indicado. Al llegar allí, todos miraban, pero nadie actuaba. Rosalía, con los brazos abiertos, seguía en la desesperación, al ver que todos se miraban entre sí, pero nadie tomaba una decisión positiva. Entonces comenzó a dar vueltas y en el momento en que ve llegar a una amiga suya, le ordena:

—¡Sácalo!, ¡sácalo!, ¡sácalo del hoyo!

Pero la amiga queda estupefacta, mientras tanto, Nicanor, sigue con los ojos cerrados y el cuerpo encorvado en el fondo del hoyo, copioso sudor inundaba su rostro y la sangre corría por brazos y piernas formando hilos purpurinos expresivos del dolor.

Ya Rosalía no sabe que hacer, pues nadie dispone rescatar a su amigo de aquella fosa improvisada y como actriz del no menos improvisado teatro, en un arranque de nerviosismo revestido de valor, se dirige a otra muchacha que por esos lados se acercaba y ve resuelto el problema cuando grita:

—¡Angélica!, ¡Angélica!, préstame tus chancletas pa' yo “sacá” al maestro (pero tenía puestos sus zapatos que nunca se quitó), es más, —continúa diciendo —¡pásenle el “bombardín”,* pa' que se agarre y salga.

Un tanto calmados los ánimos, tomados los acuerdos necesarios, se logró sacar a Nicanor de aquel incómodo lecho, quien al verse libre, aunque chorreando sangre por las caricias de las espinas, abrió desorbitadamente los ojos y dijo como quien despierta de un profundo sueño:

¿Qué pasó? ¿Pelearon los bolos y los coludos? Y siguió durmiendo como si nada hubiese sucedido.

4.- Muchas veces un mal entendido da origen a difíciles situaciones. Dos primos llegan a Neyba desde Jimaní, bajo la acción del famoso clerén en altas horas de la noche. En los patios de las casas, no faltaba nunca, “la bayahonda de los animales”. En

*El instrumento ideal de Nicanor Espinal era el bombardino, que según su propia declaración, en su juventud, él alcanzó el segundo lugar en el manejo del mismo en la República.

esta ocasión a ella se dirigen para amarrar sus monturas y se acuestan a dormir.

Parece, que como las cabezas de los viajeros daban aceleradas vueltas, uno de los caballos quedó con el cuello estirado, ya que la rienda había sido amarrada a una rama de altura desproporcional, quedando el animal casi colgado.

El caballo, incómodo en esta posición, comenzó a dar coces y a emitir fuertes resoplidos, resuellos tan fuertes, que despertaron a Robertina, la dueña de la casa. Esta se levanta y va en auxilio del pobre animal, pero no tiene la suficiente habilidad para ayudarlo y como no puede hacer nada en su favor, dispara su arma de defensa: la garganta, que revienta el aire con gritos ensordecedores.

—Lospoy, se “ajorca”, Lospoy, se “ajorca” Lospoy, se “ajorca”!

A los gritos de Robertina, Negro, su marido, salta de la cama y dice muy asustado:

—¿A dónde?, ¿adónde? ¡qué a dónde carajooooo!

Robertina no contesta a Negro y sigue con los brazos abiertos dando fuertes gritos:

—¡Ay! ¡ay! ¡Se ajorcó” Lospoy!

Negro se ve envuelto en un asunto serio, la agarra por los brazos temblando como un viejo en carretera pedregosa.

—¡Qué a dónde está áá....! Yo no sé por qué lo hizo, yo no sé de eso, él venía muy contento hasta cantando, me voy, me voy pa’ la policía, antes de que me metan a mí en eso, me voy así... asííí...

Al decir así, quería decir en paños menores, pues había salido en calzoncillos y salía y entraba en la casa, dando vueltas sin saber por qué y sin ver al caballo, que ya casi agonizaba.

Robertina que ve a Negro perplejo, y al caballo a punto de morir, comprende su error, cobra fuerzas y grita con nuevos bríos:

—Lospoy se “ajorco” y sale corriendo a alcanzar a Negro.

—Ya se murió! —dice Negro, —ahora sí que no me salva nadie, yo no sé por qué Lospoy hizo eso andando conmigo, ahora

Ayuntamiento y volcó su cólera haciendo al joven una demanda judicial por difamación.

Cómo es natural, había que darle curso al asunto y se hicieron los trámites de orden para llevarlos al tribunal. Allí, el estudiante fue descargado por no encontrar pena que imponerle por esta muchachada.

El disgustado demandante, que no era neybero, salió protestando por la actuación de la justicia y detractando al pueblo en todo sentido, pero el acusado, con el mismo entusiasmo y satisfacción con que se asiste a una fiesta, le dice a su maestro al salir por la puerta de la sala de audiencias:

—¿No vééé?, ¿maestro? que to' es “ñe, ñe, ñé, ñeñeñé y ñeñeñeéé...”

Simultáneas carcajadas de todos los presentes retumbaron en los oídos, el alumno lucía sereno, no así el maestro, que lucía como un verdadero volcán en franca erupción, quiso riña, riña de puños, puños apretados y dientes que crujían, intenta acercarse al intruso muchacho, con el saco quitado y las mangas de la camisa arremangada, mientras éste, con una franca sonrisa, se agachó diciéndole:

—Maestro! ¿y que eeeee? ¿me va a “dame”? ¡ñeñeñé! y le sacó como decían ellos entonces, “la quisonda”*

6.- Los hombres de finales del siglo pasado, manifestaban sus pensamientos y sus intenciones por medio de refranes y parábolas. Comunes eran las expresiones:

“Yo soy hombre de pelo en pecho”, “Le mato el gallo en la funda”, “Le pelo el plátano”, “La hicotea se mata por la cabeza”, “Donde se mata la vaca se le saca el cuero” !Donde yo meo jago joyo”, “Le saco al maco rabo y a la rana pelo” etc., Llevando cada

* Sacar la quisonda: Esquivar algo.

uno de estos decires su contenido de acuerdo a las ocasiones en que fueran empleados.

Se cuenta que Paulino Vásquez, que era miembro activo y dirigente del Partido Nacional, que lideraba el General Horacio Vásquez, había luchado personalmente y había invertido su aporte pecunial en la campaña proselitista del año 1924. Obtenido el triunfo en las elecciones, Paulino se traslada a Santo Domingo a entrevistarse con su líder y allí reclama la posición de sus aspiraciones dentro del naciente gobierno.

Horacio Vásquez, recibe a Paulino con la fruición que genera el triunfo alcanzado y adelantándose a su amigo, a quien llamaba pariente, le dice demostrándole una confianza ilimitada:

Gurruñín, la gente verdaderamente mía, es la que espera, de inmediato, no te voy a poder complacer con lo que tú aspiras, porque me comprometí con otra persona más extraña que tú, aun a sabiendas de que tú esperabas eso, pero habrá algo mejor para mi gente, sí, para los míos...

El rostro de Gurruñín enrojeció de cólera y le dice con todo respeto y seguridad:

—General, lo que usted haga, está bien hecho, seguiremos luchando hasta que el cuerpo aguante, solo le digo: “qué yo no soy un hombre muy arreglador, pero descomponedor... des-com-po-ne-dor...

Horacio Vásquez meditó unos segundos sin decir palabras, pues conocía la rebeldía de sus caudillos regionales. Paulino se quitó reverentemente el sombrero para saludar y salió del despacho, pero cuando éste llegó a Barahona, encontró su designación en el cargo que aspiraba.

7.- Hubo en Neyba muchos humoristas de sano vivir, de relaciones afectuosas y sinceras para con sus compoblanos. Dentro de éstos, estaba un señor, avanzado en años, a quien se recuerda con mucho respeto, su nombre era Yito. Reuníase la juventud por cualquier motivo como es costumbre en todas las épocas. Si Yito

pasaba por esos lugares, compartía con los jóvenes en la más completa animación, pues su espíritu juvenil contrastaba con su edad cronológica, intregrándose a los grupos y llenando a todos de satisfacción. En una de estas ocasiones, Yito se acerca donde compartían algunas muchachas y muchachos. Como su presencia era tan bien acogida, alguien le saluda con esta exclamación:

—¡Oh!, Yito.

Este contesta sin vacilación, con la agilidad de una mentalidad que estaba preparada:

—No, hoyito no, yo no soy hoyito, en tal caso seré hoyazo, porque yo en nada ni para nada soy “ito”, en todo lo que a mí respecta, pónganle un “azo”

8.- Cierta señor de mi pueblo, se mantenía en precaria situación económica. Parece que su oficio de chancletero, no le rentaba lo suficiente para solventar sus apremiantes urgencias. Acosado por la necesidad, hacía uso de su habitual jococidad o se valía de algún ardid, para salir de éstos, sus comunes apuros. De aquí, que un día, uno de esos en que el hogar pobre carece de todo, hasta de la sal, decide enfrentar las cosas a como diera lugar y se dirige a visitar a una señora comerciante. Al llegar, así saluda:

—¡Ay! ¡doña!, ¡ay! doña!, consígame algo. Esta mañana, esta mañana....

—¿Esta mañana qué? —dígame por favor, que yo me desespero —dice la señora embargada por la sorpresa.

El acucioso continúa fingiendo sollozar: —Mi hijo más pequeño, el más chiquito, ¡ay!, ¡el más chiquito, se cayó en el fogón!

La comerciante revestida de humana compasión, exclama muy apenada:

—¡Oh!, ¡Qué pena! ¿Y cómo fue? ¿Está grave? ¿Dónde fueron las quemaduras?

¡Ay!, ¡pobrecito!, ¡qué triste! Quiera Dios no muera. Ahora mismo le busco una medicina muy buena, lo único para quemaduras. ¡Dios mío! ¡Cómo debe dolerle al pobrecito!

Pero al dirigirse en busca de la medicina, nuestro sujeto la intercepta y con los brazos abiertos y el rostro desencajado: le explica:

—¡No!, ¡no!, no vaya, no se quemó. ¡El fogón estaba apagado! Consígame algo pa' "encendolo".

Sorprendida la dama, su tristeza se torna en seriedad y nada expresó frente a este chasco.

Infinidad de humoradas de este tipo se confunden entre nuestros recuerdos, pero solo quisimos señalar algunas, como parte integrante del proceso evolutivo inolvidable.

Pseudos Apellidos.

Designar las familias, especialmente las familias numerosas, con los nombres de sus troncos, ya fueran los padres o las madres, es herencia ancestral a la cual no podemos substraernos los neyberos. Frecuente era decir: las Cindo, por decir las Ramírez, las Gollo, por decir las Peña, las Teresa, por decir las Acosta, las Elena, por decir las Vásquez, las Mariquita, por decir las Medina etc. Se usaba así mismo para nombrar personas ómónimas, agregar al nombre de la persona aludida, el de la madre o del padre, como si fuese un apellido. Esto aún perdura en nuestros días. Como paradigma de lo expuesto, tenemos los bien conocidos nombres de: Papá Gasó, Papá Abraham, Papá Cornelio, Papá Mellí, Papá Silveria, José Toní, José Milí, José Gasó, etc., para distinguir unos de otros.

Esta modalidad nos invita a hacer un paréntesis en la cronología de estas remotas memorias, para incluir una anécdota ocurrida en nuestra era.

Encontrándome al frente del Liceo de Educación Secundaria "Manuel de Jesús Galván", en funciones de Directora, habíanse matriculado allí, varios alumnos de nombre Ramón y por

coincidencia, a cada uno, se le conocía por el nombre familiar de Mon. En consecuencia, estos no se distinguían por los apellidos, sino por el nombre de la madre correspondiente. parece que el hecho de ser omónimos dobles y contemporáneos, produjo en ellos una admirable cohesión, que terminó formando un bloque monolítico para toda clase de aventuras. Por ello, cuando algo interrumpía la disciplina escolar, alterando el orden con asuntos comunes en este tipo de actividades, como romper un pizarrón, una butaca, estallar un cohete, chillar en el recinto, llenar de toda clase de letreros las paredes, etc., inmediatamente, la Directora ordenaba:

—¡Búsqüenme a los Mones! —¡Qué si no fueron ellos, saben quienes fueron los autores de semejante desacato;

Se vivía en la era de Trujillo, los Mones, aunque no tenían madurez política, decían ser antitrujillistas y como pertenecían a la Acción Católica, en la época del rompimiento del tirano con la Santa Sede, parece que para ellos esto fue un estímulo y no se duda “el que jugaran con candela”. La acción de Judas se repite como todo hecho histórico, y estos muchachos imberbes, todavía sin cédulas personales de identificación, fueron denunciados ante el Oficial Comandante del Ejército destacado en la ciudad, como enemigos del régimen imperante. ¡Qué enemigos! Por esta acusación, muy de cerca siguieron los militares el desenvolvimiento del Liceo, ya que era el sitio donde se reunía la juventud, cuya rebeldía, propia de su inexperiencia, le incita a la realización de actos que ellos mismos juzgan prohibidos o peligrosos.

Hervía el antitrujillismo de los muchachos en los oídos de los militares con la misma agitación de un líquido en ebullición, los Mones andaban con cautela, los militares andaban tras la pista. Una noche, en que éstos se encontraban en el parque, un militar que por allí pasaba, sorprendió a un amigo de ellos, que integrado en un grupo, participaba en una viva conversación. Se acercó al sujeto, lo agarró por el cuello y haciendo patente la fuerza de la autoridad le dice o exige:

—Dime donde vive Mon, carajo.

El joven, asustado, tembloroso, solo alcanzaba a contestar:

—¿Eh? ¿eh?, ¿eh?, ¿eh?

—¡Mierda! —dice el militar. Yo te he mandado a leer? ¡Qué me digas donde vive Mon!

El atormentado individuo, desesperado por libertarse, desea hablar, pero el susto no se lo permite. Al fin haciendo duros esfuerzos dice:

—¿Cú cu- cual Mo- Mo- Mo-món? ¿Cu cuaa- cual- Mo-mo-moón?

El oficial se enfada y de manera cada vez más violenta lo presiona diciéndole:

—¡Tú eres cómplice, habla! Si no me llevas donde Mon ahora mismo, te llevo yo a tí a la chirona.

El pobre muchacho, desorbitados los ojos, trata de hablar sobreponiéndose para que le salieran las palabras, diciendo al fin:

—¿Pe-pe-ro cu- cual Mon? Mon Fella, Mon Dida, Mon Gloria, yo creo que Mon Poína no es, porque ese es una alma de Dios, ese no se mete en na'...

—¡Ah!, tú los conoces y sabes que se meten en algo -dice el militar -tirándole fuertemente de las solapas.

El atrapado cobra un tanto la fuerza y le dice:

—¡Ya le dije, Cabo!

—¡Cabo no!, ¡Atrevido! ¡Yo no soy Cabo!

—Sí, sí, Jefe, mi Jefe! Ya le dije que si es...

—¡Cállate! Yo no soy jefe, tu sabes que solo hay un jefe, yo soy teniente, teniente, carajoooo!

—Sí... pero mi jefe...

¡Cállate!, cállateee... que no me digas jefe, —dice el militar ya fuera de sí y hecho la ira exclama furioso:

—Vete al demonio, ¡muchacho del diablo! ¡No me busques vainas a mí, por estas malditas gentes que ni nombre tienen, esas gentes son haitianas, así no se llama nadie. maldito pueblo ¡Qué ni apellidos tiene la gente!.

Lo que si, que si yo encuentro a esos Mones, los vuelvo cuatro m..... nes!

CAPÍTULO VIII

ALGUNOS PASOS DE AVANCE

Aunque golpeada por la infinidad de factores que le oponían resistencia en la ruta hacia el progreso, Neyba siempre asomó su cabeza con tesón y gallardía, tratando de vencer las causas de la terrible anquilosis que sufría. Observar en las noches serenas, aunque cubierto el firmamento de nubarrones, los frecuentes fusilazos que en todas direcciones cortaban la cortina atmosférica, vislumbrando la silueta del viejo caserío de la triste villa, no fue para los neyberos de antaño “presagio de la fuerte ira de Dios”, sino estimulante para pensar, que sus vetustas calles, que antes que calles, parecían más bien, lechos de arroyuelos extinguidos a través de los tiempos y puestos de manifiesto en la blancura de sus pedregales y en la prolijidad de sus hondonadas, cubiertas siempre de blanca y reluciente arena, pudieran alcanzar una iluminación artificial, que ofreciera mayor seguridad para la vida humana y que hiciera más amenos los intercambios de las tertulias nocturnas.

Animosos, tenaces, temerarios, los neyberos querían iluminar sus calles, pero... ¡qué calles! Las calles de la ciudad... ¡qué ciudad! Así ellos la llamaban... así ellos la veían. Aceptando lo que nuestros antepasados pretendían, ésta tenía como límite por el Norte, la calle Tavera, (hoy Rodolí), que después de cruzar la calle San Bartolomé en su inicio, donde daba su frente al Sur franco la Iglesia Católica,

se extendía hacia el Este hasta la calle Consistorial, (hoy Mella) y por el Oeste colindaba con una amplia plazoleta que tenía la Iglesia y que a su vez terminaba bordeada por infranqueables guazabarales y otros cactus.

Un poco hacia el Sur de estos entretegidos montes, se iniciaba en dirección Norte-Sur la calle Rodolí (hoy Tavera)*, la cual formaba adherencia con la plaza del viejo cementerio, que servía de límite a la zona urbana por el Oeste. Esta calle terminaba su trayectoria, haciendo esquina en perpendicular con la calle Canela (hoy avenida 27 de Febrero).

Hacia el Este, la zona urbana era limitada por la calle General Sosa, que se extendía, desde su encuentro con la ya citada calle Canela, hasta el primer mercado del que ya hemos hablado. El espacio comprendido entre las calles Consistorial al Este y Canela al Norte, estaba cubierto por montes. De haberse prolongado la calle Tavera hacia el Este y la calle General Sosa hacia el Norte, hubieran limitado una manzana.

El linde del pueblo por el Sur, era la calle Comercio (hoy Apolinar Perdomo), Entre esta calle al Norte, la calle Consistorial (hoy Mella) al Este y la calle San Bartolomé al Oeste, estuvo ubicado el segundo mercado, manzana hoy ocupada por el Parque Duarte.

Podemos observar, que al delimitar el segundo mercado, no señalamos calle colindante por el Sur, pues no existía entonces ninguna. Se extendía por este punto cardinal, una porción de tierra blanca, que al construir el mercado, con el fin de independizarlo del bosque existente allí, había sido desprovista de toda vegetación. Este terreno, sin otra utilidad que la antes señalada y que años más tarde fue dispuesto para campo deportivo, formaba frontera con la

* Obsérvese que las calles Tavera y Rodolí, llevan en la actualidad invertidos los nombres que originalmente llevaron. En la esquina formada por las antiguas calles Canela y Rodolí, se levantaba un bohío, donde nació el Coronel Juan Pedro Rodolí, en cuyo honor se bautizó la calle ya señalada, con ese nombre.

espesa arboleda compuesta de bautoas, bayahondas, aceitunos y otros árboles, quedados en pie después de la despoblación forestal, y que ofrecían el servicio de proteger con su sombra a los animales de carga que desde los campos trasportaban los frutos al mercado.

Ya vemos como el viejo Neyba, estaba circundado por los cuatro puntos cardinales por tupida flora.

La calle San Bartolomé terminaba en la esquina Sur del mercado y la calle Consistorial en una casa de madera construida en dos plantas, que recientemente fue destruida por el fuego y de la cual hemos hecho mención en capítulo anterior. Estas dos calles, se prolongaban hacia el Sur, en forma de caminos, que conducían a las fuentes de agua de Cachón Grande y Cachón Seco, que eran los sitios donde comenzaban los predios de cultivos con riego permanente.

Aclarados los linderos del área habitada podemos ponderar la osadía de los neyberos de ayer, cuando por primera vez querían iluminar sus calles, calles... que para ellos, eran trenzas de amor patrio, extendidas en el centro mismo de su alma. Ellos querían iluminar sus calles, no importaban sus condiciones físicas, ellos querían iluminación, claridad, progreso, adelanto. Y lograron su objetivo.

Primer sistema de iluminación pública

Con duros esfuerzos obtuvieron una serie de faroles grandes que colocaron en postes de madera preparados para ello en cada esquina de calle y lograron iluminación pública, aunque a costa de caros sacrificios.

Un empleado pagado por el Ayuntamiento, se encargaba de encender estos faroles todos los días a las seis de la tarde y de apagarlos al día siguiente a las seis de la mañana. Se recuerda que el primero en desempeñar este trabajo fue un joven de nombre Tilón. Este, escalera al hombro, iniciaba su labor vespertina seguido de un enjambre de muchachos del vecindario, que al oír el toque de oración, que era habitual en aquellos tiempos, se dirigían al sitio donde Tilón debería cumplir su ardua, pero meritoria labor de

“hacer la luz”. Y... como movidos por una fuerza centrífuga, se arremolinaban alrededor de Tilón y cantaban a coro: Tilón la luz!, Tilón la luz!, Tilón la luz! Tilón, paciente por naturaleza y aturdido por la gritería de la muchachada, los dispersaba diciéndoles tranquilamente:

—Si no se callan, no enciendo la luz, para que me griten: Tilón, que oscuro! y se den golpes corriendo por las calles —Pero nada, los muchachos al oír las campanas, seguían su mismo ritmo cantando: Tilón la luz! Tilón la luz! Y así, tarde por tarde, tilín, tilán, tañían las campanas, Tilón la luz, gritaban los muchachos que corrían desenfrenadamente por las calles perturbando los deberes de Tilón.

Estos faroles, tenían forma de quinqué, no alumbraban con velas, como ocurría con los usados en otras poblaciones en tiempos remotos, sino que tenían su depósito para el gas o queroseno. La incesante acción del tiempo, se encargó de su deterioro. Muchos de ellos, perdieron los tubos por los impactos de balas fugaces que solían pasar por cualquier esquina, sin saber nadie de donde venían, que buscaban, ni hacia donde irían.

Caídos en desuso los pioneros lumínicos de Neyba, surgieron nuevas luchas por adquirir algo que resolviera con mayor eficacia el problema oscuridad.

Aproximadamente en el año 1920, se instaló la primera planta eléctrica, en un solar de la calle Cambronal, (hoy frente a la verja de la Iglesia Católica). Esta planta funcionaba con un sistema muy antiguo. Durante el día trabajaba el motor, con un estruendo que ensordecía al vecindario y produciendo vibraciones tan fuertes, que se percibían en todo el recinto contiguo a su ubicación.

La finalidad de este trabajo diurno, era dar carga eléctrica a una especie de grandes pilas que llevaban el nombre de acumuladores. A las seis de la tarde se apagaba el motor, pero había que seguir el mismo sistema de los faroles, escalera al hombro, ensendiendo una por una las bombillas, para realizar en la misma forma el apagado a las seis de la mañana del día siguiente, pues la planta carecía de

los interruptores adecuados e indispensables para el manejo de las luces. Varios años se disfrutó de estos agradables, aunque engorrosos servicios, pero el raro funcionamiento de esta maquinaria, ya discontinuado en el mundo civilizado, hacía difícil reponer las piezas que el desgaste hacía sacar de uso y además, a la dificultad del tipo de artefacto, se sumaban los inconvenientes del comercio exterior, pues no se tenía una comunicación tan activa con el resto del mundo, como se tiene hoy.

En tales circunstancias, se vivía seis meses con luz y seis meses sin luz, llegando al fin a la conclusión, de que era preferible prescindir de este viejo aparato.

Deshacerse de la fuente de energía generadora de luz, fue un golpe mortal para el pueblo, que aun conservando su primitiva forma iluminativa en sus hogares, ya conocía el disfrute de la claridad nocturna, aunque fuera intermiso este servicio.

Cada día se enardecían más y más los deseos de reponer la luz. Surge de nuevo la lucha tesonera de los moradores, que no tardó, ya con caminos más claros, en adquirir aunque un poco estropeada, una planta más moderna, iniciándose aquí una sucesión de plantas usadas, que con frecuencia interrumpían su trabajo, acosadas por el justo deterioro, que es producto del continuo batallar. De estas intermitencias lumínicas, surgió la vieja manía neybera, de lanzarse la gente a la calle cuando encendían las luces, con esta vocinglería, eh!, la lú, eh!, la lú, la lúúú... llegó la lúúú...

Este estado de cosas fue mejorando a través de los años, hasta el día en que esto dejó de ser dependencia del Ayuntamiento, pasando a la Corporación Dominicana de Electricidad.

Espectáculos Públicos

Función!, función!, función!, gritaban dos hombres que cargando sendos bultos, sobre sus espaldas, iban y venían, calle arriba y calle abajo doblando esquinas sin rumbo fijo y llamando la atención del público, con su anuncio a base de garganta limpia. Con el nombre de función se conocían algunas presentaciones artísticas, que exhibían personas que iban de ciertos lugares con tales

propósitos. Entre estas funciones que animaban el espíritu, rompiendo la monotonía de un pueblo triste por naturaleza, citaremos algunas:

Un Equilibrista

Era este el objetivo de la anunciada función de los hombres señalados anteriormente. Habían tomado en alquiler la casa de alguna persona del pueblo y aumentaban su propaganda indicando el sitio donde actuarían en esta forma: Esta noche, esta noche, esta noche, en la casa de X, vaya usted y verá como un hombre, baila sobre una cuerda de alambre. Vaya usted, tan solo por un real, en la casa de X, vaya usted, tan sólo por un real! Vaya, vaya, vayaaaa...!

La gente ansiosa por conocer algo fuera de lo común y que le proporcionara algún esparcimiento, se atropellaba en el frente de la casa en referencia para asistir a la función. Extendida una cuerda de alambre de uno a otro extremo de la sala y a una altura conveniente, se tomaban las medidas de seguridad para que la cuerda quedara bien amarrada a algún soporte. El señor protagonista que se hacía acompañar por acordeón y pandero, al son de una guaracha o cualquier aire musicalailable, comenzaba a realizar su presentación artística.

Risas, aplausos, alegría en general de los espectadores, saturaban el ambiente en que se divertía, aquella gente que se conformaba con algo antes que nada.

Luego el debutante decía con toda seguridad: Verán ahora, como fumo sin caerme, como me quito la camisa, cómo levanto un pie bailando sobre esta cuerda y así ofrecía una serie de piruetas que todos asombrados aplaudían llenos de emoción, transcurriendo así el tiempo, hasta que éste daba por terminada “la función”.

Primera Exhibición de Cine

Procedentes de Puerto Príncipe, con una recua de cinco o seis burros, cargados su cerones de múltiples objetos, para los antiguos

habitantes del pueblo muy extraños, hacen su aparición dos hombres y una mujer, que buscan alojamiento en la casa de Vicente Rodolíf, sita en la entonces calle Canela.

Estos transeúntes, traían entre el cúmulo de cosas que llenaban los cerones de sus asnos de carga, pequeños equipos cinematográficos, que accionaban por medio de enormes pilas. Anuncian su “función” en la forma acostumbrada y hacen sus proyecciones en la casa de la señora Ignomina Massó, ubicada en la esquina formada por la calle Tavera (hoy Rodolíf) y la calle San Bartolomé.

Contaban los viejos pobladores que disfrutaron de este espectáculo, que las cortas películas exhibidas, llevaban por títulos: “El Volcán de Vesubio” y “La Confesión de Lolita”. Es de suponer la admiración que esta presentación despertó en la generalidad de la población, pues si bien es cierto que algunos habían tenido la oportunidad de presenciar este tipo de cosas, no lo es menos, que gente había, que no alcanzaba a concebir la representación gráfica de cosas reales, sobre un paño que haciendo de pantalla, cubría la parte de la pared de la sala destinada para tales fines. Los visitantes repitieron su trabajo hasta que tuvieron público y luego se marcharon hacia Barahona.

Una Bailarina

De moda estaban entonces las ya mencionadas funciones, cuando llega a Neyba con tales propósitos, una pareja de puertorriqueños, deseosos de hacer fama y deseosos de hacer fortuna. El hombre respondía al nombre de José Coran Montenegro y su acompañante, una rubia y vivaracha joven, que sólo se identificó con el nombre de Kety. Esta pareja se instaló en una casa del pueblo y dio a conocer sus pretensiones artísticas, a la vez que se entrevistaba con el Síndico Municipal y con algunos miembros del Ayuntamiento, que muy gentilmente les cedieron los salones de la Casa Consistorial para sus presentaciones. El, entusiasta, decidido, preparado, cortés y arriesgado, tocaba clarinete y cornetín. Ella, coqueta, activa, dulce y cariñosa, cantaba y bailaba a un tiempo

mismo, mientras se hacía acompañar por su protector, actitud que era demostrada por las múltiples atenciones y halagos que a ella, él le dispensaba.

En algunas ocasiones, Coran solicitaba la música local, un conjunto de acordeón, güira y pandero, pues prescindía del balseo, porque nunca pudo bailar al ritmo de este instrumento de percusión. Otras veces, él, con su instrumento de viento, interpretaba ritmos exóticos, como eran el “Fox-trot” y el “One-step”, bailes de origen norteamericano y que él había enseñado a que le acompañaran con los instrumentos criollos. Ketty, solía hacer presentaciones de baile sola, ya la Rumba, ya el “Fox-trot” o el “One-step”, arrancando nutridos aplausos y despertando la admiración de todos, en un pueblo que observaba por primera vez un acto de tal naturaleza.

La pareja bailaba cuando la música disponible tocaba una rumba o una guaracha, papel que desempeñaban con tanto donaire y con tanta maestría en mímicas y ademanes, que en estas presentaciones, no gozaban de menos admiración que en las anteriores.

Es fama, que un repetable señor de nombre Julio, prestara todo tipo de atenciones a la pareja, para que ésta pudiera alcanzar con éxito sus objetivos.

Pero es sorprendente también, que Julio quedara prendado de Ketty y más que sorprendente, es gracioso el caso: ¡Ketty quedó también prendada de Julio!, pues sin mucho trabajo se establecieron sus relaciones amorosas.

No sabemos cual sería el vínculo que uniera a Coran y a Ketty, fuera de sus relaciones cómo aficionados del arte. Lo que sí sabemos es que, las presentaciones artísticas fueron languideciendo hasta extinguirse por completo, dando por cuenta final el que Coran se marchara. Pero.. como el amor mantenía inextinguible el calor de su llama, Ketty se quedó en Neyba por mucho tiempo, pero sin ejercer su lucida carrera de bailarina, tal vez el amor a su profesión fue muerto por un nuevo amor que daría sabor distinto a su existencia.

Tiempo después, Ketty abandonó a Neyba, sin saber nadie por qué, hacia donde iría, ni cual sería su final.

Los Primeros Músicos de Instrumentos de Viento

Sintiéndose atraído José Coran Montenegro, por la cordialidad y entusiasmo con que fue acogido en Neyba durante su estadía en unión de Ketty, decidió volver, en esta ocasión, con nuevos y loables propósitos. Llega, hace contactos con la juventud masculina, con quienes había establecido anteriormente relaciones de amistad y con fines de entusiasmarlos, les permite soplar sus dos instrumentos, que eran sus inseparables compañeros: un cornetín y un clarinete. Entusiasmados así los muchachos, se dirigen al Ayuntamiento en solicitud de la creación de una Escuela de Música. Sin ninguna dificultad, esta solicitud fue atendida, designando Director de la misma a José Coran Montenegro, con una asignación mensual lo suficiente para mantenerse dentro de las limitaciones del medio. Así surgió nuestra “Primera Banda de Músicos”, como le hemos llamado siempre, aunque curioso es observar, que el número de músicos no pasaba de seis, debemos ponderar los esfuerzos que haría el Ayuntamiento para adquirir esos pocos instrumentos.

Este mismo conjunto musical, desempeñaba funciones de orquesta, pues tocaba también los bailes, por eso se nos antoja decir, que nuestro primer conjunto musical con instrumentos de viento, constituía una Banda-orquesta, aunque en miniatura por extensión numérica. Pero así llenaba su cometido y fue espina dorsal en las tradicionales fiestas Patronales y otros eventos festivos durante la época de su actividad, llenando de satisfacción a todos los antiguos moradores de nuestro viejo y querido pueblo.

A ciencia cierta, no logramos investigar acerca de los métodos empleados por Coran para enseñar a sus alumnos, nos inclinamos a creer que se trató de una enseñanza empírica, tomando como base el aprendizaje de la escala musical en los instrumentos, sin los preliminares del solfeo. Aún así, estos músicos adelantaron bastante para la época, porque el entusiasmo y la decisión son los factores determinantes del triunfo en todas las empresas de la vida.

Al iniciarse los trabajos de la Barahona Company, Coran

obtuvo un puesto mejor remunerado en los trabajos de la finca de caña y optó por abandonar el arte. Ya en estos tiempos, los músicos neyberos se desenvolvían solos y siguieron practicando lo aprendido por varios años aunque rutinariamente.

Los primeros músicos se iniciaron siendo adolescentes y continuaron aún en plena edad madura. Cada sábado se reunían en la casa de alguno de ellos para ensayar las piezas conocidas y tratar de aprender algo nuevo.

Es digno de mención, que estos músicos, sin remuneración alguna, se impusieron la obligación, de asistir los sábados a las siete de la noche a la Iglesia Parroquial, para acompañar con sus instrumentos al sacristán que cantaba la salve a la Santísima Virgen, quien a su vez, se acompañaba con el armonio. A la salida de este culto, tocaban piezas bailables alegremente, al desfilar por la calle San Bartolomé. A veces eran invitados por algún vecino a entrar en su casa y era este el inicio de una fiestaailable que podría prolongarse hasta el amanecer, pues aunque esta tuviera apariencia improvisada, tenía de antemano, la planificación que proporcionan, el deseo, la alegría, la unión y el bienestar espiritual de una juventud que obedecía a un sano vivir.

Entre estos jóvenes entusiastas, que constituyeron el primer conjunto que diera a Neyba el placer de recibir el mensaje divino de las notas musicales a través de este tipo de instrumentos, podemos citar algunos: Máximo Pérez, (Machín), Alfredo Medina, (Ferín), Arquímedes Acosta, (Quimín), Manuel María Vásquez, (Aria) y otros que no pudimos descubrir. Estos músicos, producto de los esfuerzos de Coran, siguieron unidos por los vínculos del entusiasmo fortalecido por una sincera amistad, que los unió hasta los últimos días de su existencia. Machín, Aría y Ferín, formaban un trío que simbolizaba la palabra fiesta. Nadie era capaz de pensar en uno de ellos, sin que las imágenes de los otros dos, se hicieran presentes en actitud festiva. Años más tarde completaron este conjunto musical, los jóvenes, Negro y Currito, quienes tocaban el pandero y la güira respectivamente.

Pero, los escasos instrumentos comenzaron a sentir el peso de las leyes del uso y el Ayuntamiento no podía reponerlos, a pesar de

los servicios que tan desinteresadamente prestaba a la sociedad el grupo de sus usuarios. Así, el pueblo veía con ojos de tristeza, como iba desapareciendo este hálito de vida espiritual. El bajo, instrumento que era tocado por Aría, comenzó a agrietarse en toda la extensión de su superficie lateral. Aría, en interés de impedir que por estas grietas se escapara el aire, adulterando el sonido de la nota musical por él deseada, colocaba cuidadosamente sobre cada una de ellas, pequeños casquetes de blanda cera, que daban a su estropeado compañero, el aspecto de una guanábana por la infinidad de protuberancias que adornaban su figura. Tantas eran la hendiduras, que al tratar de ajustarlas acercando sus bordes, el bajo fue adquiriendo la expresión de un rostro octagenario.

No así el clarinete y el cornetín, que correspondían a Ferín y a Machín respectivamente, pues éstos, siempre disfrutaban de una más holgada situación económica que Aría y cambiaban con frecuencia sus instrumentos con recursos de sus propios pecunios.

No sabemos de estudios técnicos en materia de arte musical realizados por estos esforzados enamorados de la música, pero sí sabemos que su vocación los impulsó hasta la composición de piezas musicales, como los danzones “Ramonita” y “Viva Neyba”, que siempre fueron atribuidos a Alfredo Medina. Lástima que no queden rastros que atestigüen estas creaciones, como símbolos de los valores de nuestro ayer.

Si aquilatamos en su valor socio-cultural la labor rendida por estos hijos del pueblo, sin duda su recuerdo perdurará como la esencia misma de la vida.

La Academia Santa Cecilia

Corría la tercera década del presente Siglo XX, se crea por Resolución del Ayuntamiento una Academia de Música, que luego llevaría el nombre de “Santa Cecilia”. Esta alcanzó mayores proporciones que la anterior Escuela de Música dirigida por José Coran Montenegro, tanto físicas como técnicas. Fue designado como Director de este nuevo centro musical, el señor Nicanor Espinal, originario de Santo Domingo de Guzmán.

Una camionada de instrumentos de música de viento llega a Neyba y pone a vibrar de emoción a la fervorosa juventud neybera. Llega también el Director, el maestro, como todos cariñosamente le llamaban. La mayoría de los jóvenes inician sus lecciones en el nuevo centro de estudios, allí van todos, todos llenos de fe, todos con el luminoso anhelo de que Neyba, alcanzara un ápice siquiera en el proceso de avance progresista que imaginariamente ellos se trazaban.

Hasta el elemento femenino se aprestó a inscribirse en la nueva Escuela de Música y muchas aprendieron lecciones de solfeo. El maestro, muy complaciente, preparó tableros simulando el teclado del piano para agilizar los dedos de las alumnas, con la aspiración de que el Ayuntamiento suministrara un piano a la incipiente Academia.

‘Qué frustración para las muchachas! y ¡Qué desengaño para el maestro, cuando recibió el rotundo no, del Ayuntamiento! Las alumnas, aunque tristes, animaron al maestro a seguir adelante por el bien de todos. Y así fue, los frutos de esta labor no se dejaron esperar y en muy corto tiempo, el pueblo se divertía escuchando tarde por tarde los ensayos.

Esta Academia, cuna de una Banda de Música organizada, tenía sus estudios en una casa que existió en la calle Canela de entonces, donde hoy, majestuoso se levanta el Palacio Escolar para Educación Primaria.

Nuestros precursores en este tipo de música, ingresaron a las filas como alumnos de la Academia Santa Cecilia y perfeccionaron en parte sus conocimientos.

Todos lucharon afanosamente y antes de los seis meses Nicanor inauguraba una Banda con más de treinta músicos. Pero, cuando ya la Academia comenzaba a afirmar sus pasos y Neyba veía entre sus manos el triunfo en este aspecto, los hechos políticos ocurridos en el año 1930, determinaron la violenta salida de Nicanor Espinal, quedando los músicos nuevamente sin dirección hasta desintegrarse, manteniéndose unidos solo unos cuantos, que formaron conjunto al lado de los viejos discípulos de Coran.

Reapertura de la Academia de Música.

Un nuevo florecimiento sacude a los neyberos en los inicios de los años cuarenta del presente siglo, cuando abre sus puertas nuevamente la enseñanza musical, con la esperanza de lograr los objetivos propuestos no alcanzados por intentos anteriores de igual índole.

Instálase la nueva Escuela en la calle Apolinar Perdomo, esquina la entonces Julia Molina (hoy Mella) y se procede a la organización de los trabajos correspondientes bajo la Dirección del Profesor Angel Gatón Chevalier, (Sacito). Podemos asegurar, que fue esta la época de mayor esplendor en tal sentido, fue entonces cuando Neyba, pudo ostentar una verdadera Banda de Músicos.

El ayuntamiento, compuesto por jóvenes activos y decididos, desarrolló titánicos esfuerzos para alcanzar los fines deseados. Se compró instrumental suficiente para cuarenta músicos aproximadamente y tan pronto como el Director hizo las recomendaciones indispensables, se asignaron sueldos mensuales a los alumnos más aventajados en el aprendizaje y poco a poco quedó organizada la banda.

Plausible medida fue dotar de uniformes a los músicos, que pasaron a ser empleados municipales. Estos tenían la obligación de desfilar correctamente uniformados al compás de una marcha propia de estos menesteres, cada vez que fuera reglamentado por las disposiciones oficiales o requerido por las disposiciones sociales.

Cupo a Angel Gatón, la gloria de tocar el Primer Concierto en el Parque de Neyba, aún sin pavimentar.

Es lastimero pensar, que los problemas económicos que envuelven a nuestro pueblo, sean tan poderosos, que instituciones ya desarrolladas como esta, tomen el derrotero de la decadencia, hasta perderse en los mares tenebrosos de la desaparición.

Muchos otros músicos reconocidos regaron sus semillas de arte en nuestro suelo, pero nadie pudo vencer las contrariedades para asegurar la permanencia de tan importante factor en el desarrollo de los pueblos. Entre estos últimos recordamos a Medardo Guzmán, Andrés Mercedes, Jorgito Sierra, Antonio Perdomo y otros.

Vías de Comunicación

Mucho hemos hablado de las grandes dificultades que ofrecían las vías terrestres de comunicación, haciendo sobresalir como arteria principal al Camino Real, que hacía el Oeste se extendía hasta la sección de Las Lajas y al Este hasta Rincón (hoy Cabral). Esto nos permite advertir, los serios inconvenientes que sufriría el intercambio escrito fuera de la localidad, tanto para el interior como para el exterior.

Como la noticia más remota al respecto, presentamos los valiosos servicios ofrecidos por un señor conocido con el nombre de Juan Ramón Montes de Oca.

Este, sin nombramiento oficial y sin ninguna remuneración, tenía en su propia casa “una verdadera estafeta de correos”, que se encargaba de recibir y despachar la correspondencia. Para llenar este cometido, se había organizado un cuerpo de voluntarios que transportaban a lomo de caballo los despachos de uno a otro lugar y que por esta misión recibieron el nombre de “dragones”.

Su trabajo funcionaba por rotación que era controlada por el alcalde Pedáneo de cada sección, quien recibía de manos de ellos los envíos recibidos en casa de Juan Ramón, donde habían depositado de antemano lo que se quería despachar. Los dragones correspondientes al pueblo de Neyba, hacían la entrega conjunta de todo lo depositado semanalmente en la común de Rincón.

Algún tiempo después se crea el servicio telefónico, cuya oficina absorbió ese trabajo que gratuitamente se venía realizando, sustituyendo el sistema de dragones por el postal, que cambió esta denominación por la de postas.

La organización de esta primera oficina de tal naturaleza, correspondió a un señor de apellido Perozo natural de Santiago de los Caballeros, quien la instaló en una casa propiedad del señor José Dolores Vásquez y que se ubicaba en la calle San Bartolomé, en la manzana comprendida entre ésta y las calles Canela, Consistorial y Enriquillo.

La instalación de las líneas telefónicas desde Rincón hasta

Neyba y desde Neyba hasta Las Lajas, estuvo a cargo del banilejo Julio Sánchez. Este, estuvo en Neyba algún tiempo, pues se debe suponer los problemas que acarrearía esta empresa, con la deficiencia técnica de entonces y la ausencia absoluta de facilidades.

Con este paso de avance, Neyba rompe el velo del anonimato en que se hallaba.

Las Primeras Asociaciones

Por naturaleza, el hombre es un ser esencialmente social. Desde su aparición sobre la tierra, éste sintió la necesidad del concurso de sus congéneres para facilitar la solución a todo óbice que empañara sus proyectos. Esta inherente tendencia fue puesta en práctica por los neyberos, que aunaban esfuerzos y fortalecían voluntades, para desafiar en común a la naturaleza, que siempre ofreció escollos a la realización de sus labores agrícolas, usando la ayuda mutua.

Esta recíproca colaboración muchas veces escapaba a esta clase de trabajos y se extendía hasta la construcción de viviendas.

Recibidos los primeros destellos de la civilización, encamina su tendencia de asociarse, no ya para lograr un mayor rendimiento en el trabajo, o satisfacer sus más perentorias necesidades, sino ya buscando un nivel más elevado socialmente en defensa de intereses colectivos, que puestos en hábiles senderos, permitieran la penetración de los estímulos indispensables para descubrir el letargo en que dormitaba su conciencia.

Se asocia para ampliar sus conocimientos, desarrollar sus facultades y ejercitar sus vocaciones; para conocerse entre sí y aplicar el máximo de rendimiento en beneficio de la colectividad. Así surgieron nuestras primeras asociaciones.

La Bella Unión.

Envuelto en las turbulencias del desequilibrio político, Neyba era siempre gobernado por extraños. su anexión a Barahona, no le

permitía que sus intereses fueran administrados por los nativos, pues muy especialmente las funciones de Comandante de Armas, siempre recaían en los cabraleños, como hijos que eran de la común predilecta de la cabecera.

Cometidas algunas injusticias por las autoridades, con el reconocido abuso de poder tan común en los dominicanos, los neyberos exasperados, se reúnen en la Casa Consistorial a instancias de Paulino Vásquez, y como hijos que reclaman sus legítimas posesiones, solicitan del Gobernador de Barahona una entrevista, para exigir la recuperación de sus caros derechos ciudadanos. Para esto, no hubo distinción de banderías políticas, ni se tomó en cuenta diferencias personales, que nunca en los pueblos pequeños escasean; se reúnen y de comun acuerdo demandan de la superioridad el uso del derecho de representar, dirigir y defender su localidad, mediante la designación de un hijo de nuestro pueblo como primera autoridad de la común, que a la sazón era el Comandante de Armas.

Esta asociación, que solo perseguía el bienestar colectivo, surtió el efecto deseado, pues sus voces cálidas y justicieras fueron oídas, dando por resultado, que el primer Comandante de Armas Nativo, fuera Manuel Dolores Pérez, que aunque líder del partido Bolo que estaba en el poder, pertenecía también a un único e indisoluble partido: “El Neybero”.

La Efervescencia

Con un ligero análisis semántico del nombre, que un pujante grupo de jóvenes escogiera para designar la primera asociación cultural y recreativa conocida en Neyba, tenemos para comprender, que ya los efectos del civismo brotaban en aquellos espíritus juveniles, que incentivados por la confianza en sí mismos, firmes en sus propósitos y anhelosos de superación, constituían el núcleo de la población consciente urbana. Estos jóvenes, reflejando ansias perennes de saber, inquietudes en todos los sentidos, muy especialmente en la consolidación de los valores morales y movidos por esa vorágine que en busca de nuevos horizontes, se agita en las reconditeces del fuero de toda conciencia en despliegue, fundan “La Efervescencia”.

Distinguiéronse entre los socios fundadores: Paulino Vázquez (Añín), que fue el primer Presidente, Abelardo Perdomo, Manuel Arturo Acosta, Milcíades Medina, Alberto Herasme, Romilio Herasme Reyes, Alberto Pérez (Prado) José Dolores Vázquez (Negro), Candelario Acosta, Siméon Medina, Renato Acosta y muchos otros que en distintas formas participaron en estas actividades compartiendo triunfos y sinsabores. A pesar de la inmadurez de los socios, la agrupación tenía carácter institucional, pues se regía por estatutos que se cummplían a cabalidad. Se celebraban reuniones ordinarias y asambleas generales. Las iniciativas de los socios eran debidamente presentadas y discutidas, haciendo siempre las aprobaciones por mayoría de votos.

Los estatutos señalaban reuniones especiales conocidas con el nombre de “intercambios”, cuya finalidad era discutir con acierto, temas sobre política, literatura, gramática, historia y sobre todo de urbanidad.

No tenían instalada una biblioteca, pero leían obras de autores reconocidos, que rotaban entre ellos hasta ser leídas por la mayoría. Creemos que es esta la generación neybera, que simboliza los primeros pasos en la ruta progresista hacia el mundo de las claridades.

Con duros trabajos gestionaron y obtuvieron un “fonógrafo” (gramófono), para conocer a tiempo las canciones en boga y para celebrar sus festivales bailables. Un gramófono en aquellos tiempos, era en Neyba, como una estrella caída del espacio.

Muchos años se mantuvo esta asociación, dando ejemplo de entusiasmo y de organización, funcionando en su local de la calle Canela, (hoy Av. 27 de febrero), correspondiente a una manzana que la voluntad popular destina para la futura construcción de un parque de recreo. Aquí funcionó, hasta que la escasez de recursos económicos, le obligó a fusionarse con otra naciente agrupación compuesta de hombres maduros, cuyo potencial ofrecía mejores perspectivas.

El Club Enriquillo

Los hombres de entonces, admiraban el dinamismo y la seriedad

con que marchaba La Efervescencia, fue ese entusiasmo la razón que prendió la chispa en sus ánimos, convirtiéndose en el estímulo que los indujo a la imitación sin vacilaciones y así comienzan las conversaciones entre amigos y familiares, hasta decidirse a prestar respaldo económico y moral a esos inquietos adolescentes. Los padres hablan con los hijos, los tíos con los sobrinos, los hermanos mayores con los hermanos menores, todos tratan sobre un mismo tema, hasta conseguir que los miembros de La Efervescencia, aceptaran a los mayores como socios, procediendo como es natural de inmediato a una reforma estatutaria.

Se aumentó el valor económico de las cuotas iniciales y mensuales y se fortaleció el funcionamiento de la institución en todos sus aspectos, evolucionando rápidamente, hasta transformarse en el centro cultural y recreativo de la sociedad neybera con el nombre de “Club Enriquillo”.

Un notorio cambio se operó en este centro, que floreció durante largo tiempo embalsamando nuestro ambiente con la exquisita fragancia de la cordialidad.

La primera medida tomada después de la unificación, fue el cambio de local en busca de amplitud y comodidad. En tal virtud, se realizaron varios traslados sucesivos hasta establecerse en una casa que existió en la entonces calle Presidente Jiménez, (hoy Mella), situada en solar que hoy ocupa la farmacia Vidaly. El entusiasmo de todos, produjo el progreso de todos. El club fue amoblado en forma adecuada, se instalaron algunas dependencias, tales como salones de juego, salones de lectura, tocadores, etc.

Pero Neyba tiene un enemigo que lo asecha y lo hace sucumbir en ocasiones; la carencia pecuniaria en que se vivía. Muchos socios tuvieron que cambiar de domicilio en busca de nuevos rumbos, otros no pudieron mantenerse como socios atendiendo a razones diversas, ocasionando así la conocida decadencia, que ahogando todas nuestras obras de adelanto, logra aniquilarlas. Este centro que parecía cimentado sobre bases más sólidas, también desaparece, dejando solo un agradable e imperecedero recuerdo en los viejos neyberos.

El Primer Restaurante

Ya hemos apuntado en capítulos anteriores, algo sobre la forma de ofrecer el brindis en toda clase de reuniones. Adelantando un poco el tiempo, se superó este sistema, que fue sustituido por el ambigú, puesta en práctica por primera vez, dentro de las reglamentaciones del Club Enriquillo. Instalar el ambigú, no era más que cercar con hojas de palmeras o de cocoteros, parte del patio del salón del baile y en este espacio cercado, que debería tener dos o tres salidas, colocar las mesas y las sillas, donde tomarían sus bebidas todas las personas que lo desearan, bailaran o no, pero que correspondieran al mismo círculo social.

Al desintegrarse el club Enriquillo, ya se había acostumbrado la gente a sentarse a la mesa, que ya esperaba preparada en la ordenación del ambigú. Aquí se sentaban todos, los hombres y las mujeres, desde que hacían su entrada a la fiesta. Por esto, a cualquier salón que fuera a utilizarse para festival bailable, se le anexaba el ambigú como algo indispensable.

Las cosas habían cambiado, conseguir un salón en casa de familia para la celebración de una fiesta general, después de la desaparición del Club Enriquillo, era casi un imposible. De aquí surgió la idea en el señor Armando Duval de instalar un restaurante en Neyba, tipo de negocio este, desconocido hasta entonces, pues el expendio de refrigerios no estaba al alcance del medio y el de bebidas alcohólicas, se disponía en los establecimientos comerciales ordinarios. Los hombres que compraban su botella de ron o cosa parecida, se alojaban en casas de familiares o amigos de su confianza para apurar su contenido, o se sentaban en las aceras de las casas deshabitadas, pues no existían parques ni plazas de recreo. Para poner en práctica su acertada iniciativa, el señor Duval, tuvo presente que no existían salones de baile, haciendo diseñar una construcción para el restaurante, que contaba, además de las dependencias destinadas para el uso de las mercancías propias de estos negocios, de un amplio salón para pista de baile. Terminada

la edificación, construida de maderas criollas, piso de cemento y techo de zinc, se inauguró con un rumboso baile el restaurante, con el nombre de “El Lirio Silvestre”.

Esta construcción, que existió hasta hace poco en la calle Cambronal esquina Apolinar Perdomo, desempeñó durante muchos años las funciones de centro de recreo, pues sus salones eran cedidos para toda clase de actos sociales, con la única condición de vender los artículos que fueran a consumirse en cada caso.

Fue El Lirio Silvestre, un sitio distinguido y acogedor, frecuentado por la élite de la sociedad neybera, que encontró en su agradable presentación, el ambiente ideal para hacer más llevadera la falta que produjo la extinción de su centro de actividades sociales.

Con el devenir del tiempo, parece que el negocio dejó de ser rentable para el propietario, por falta de perseverancia de los visitantes, que tal vez flaquearon por causas de todos conocidas, impulsando involuntariamente a este remanso de esparcimiento, a tomar la curva de sus similares, hasta perderse en el abismo de lo inexistente.

Nuevamente quedó Neyba despojada de sitios determinados para recreo. Algunas veces venciendo dificultades, se lograba que el Ayuntamiento cediera los salones de la Casa Municipal, sita entonces en la calle San Bartolomé esquina Apolinar Perdomo (solar hoy ocupado por el Cuartel del Cuerpo de Bomberos Civiles) para la celebración de festivales y reuniones, que muchas veces, en atención a los munícipes de turno, resultaba difícil o casi imposible usufructuarlos en tales sentidos.

Los Primeros Periódicos

Sin duda alguna las generaciones de principios de siglo, agitaron su ser en todas direcciones, para mejorar las condiciones sociales e intelectuales del medio ambiente en que se desarrollaban. Sin detenerse a pensar en condiciones físico-económicas, pero sí impulsados por la fuerza interna de sus aspiraciones, fundan el primer periódico local con el nombre de “El Picaflor”.

Esta encomiable iniciativa, incubó en la mente del adolescente Paulino Vásquez (Añín), quien contó para su aparición objetiva, con la colaboración de la pléyade que ya había expuesto sus aptitudes civilistas en la fundación de La Efervescencia.

Este, nuestro primer periódico, fue recibido con admiración y alegría por los moradores del pueblo, que no esperaban logros de una altura tal, de aquella inexperta juventud.

A pesar de los escasos conocimientos que ellos tenían en la materia, fue El Picaflor un periódico, que despertó gran interés en la localidad. Estaba dividido en secciones, siendo su mayor contenido, asuntos sociales: Reseñas de actos festivos, cartas de amor sin firmas ni direcciones, poesías, chistes, etc.

Escrito en la maquina de la Inspección de Instrucción Pública (así se llamaba entonces la actual Inspección de Educación), que tal vez era la única existente en el pueblo y con la escasez de mecanógrafos de entonces, tenemos suficiente para admirar el esfuerzo realizado y el arrojo de esos muchachos, para cumplir religiosamente con ese semanario.

El papel se lo procuraban sabe Dios como, pues ninguna asignación existía para su mantenimiento, cuyo beneficio era el aporte que se hacía a la sociedad estimulando el hábito de la lectura y despertando el interés de enterarse sobre los acontecimientos ocurridos en sentido general.

Era divertido oír los domingos a la salida de la misa, algunos muchachos con papelitos en las manos, gritando con voz alegre como el repicar de las campanas: El Picaflor, El Picaflor, El Picaflor y todos los concurrentes iban a tomar el suyo, pues lo mejor del caso es... que era gratuito “por amor al arte”. Y, como todas las cosas que carecen de consistencia estructural, nuestro débil rayito de luz se fue extinguendo hasta ocultarse para siempre en las tinieblas.

El Moderno

Discipada ya la diminuta imagen de El Picaflor, surge sobre la base técnica de estudios concienzudos, El Moderno. No fue éste un

vocero nacido del fuego que enciende el deseo de hacer en la adolescencia, sino la continuación del ejercicio de una carrera iniciada en los círculos periodísticos de la ciudad capital de la República, donde su fundador el Dr. Luis Felipe Vidal (Bobelo) había adquirido destreza y experiencia.

Editado en una imprenta de Santo Domingo, fue El Moderno un rotativo mensual organizado, con su editorial y varias columnas, a excepción de anuncios económicos, pues no contó con ningún respaldo comercial.

Fusionáronse en la persona de su fundador, los cargos de Director, Editorialista y Corrector, tal vez por obviar dificultades creadas por la distancia entre el medio de circulación y el lugar en que radicaba la editora, pues colaboraron también en esta ocasión los muchachos de El Picaflor, ya con una conciencia definida. Aun así y con la buena acogida que le brindó la colectividad, El Moderno fue tomando el derrotero de la decadencia y no pudo mantenerse, teniendo que rodar por la pendiente hacia la desaparición esta noble aspiración de los hijos de Neyba.

El Papagallo

Aparecía de tiempo en tiempo una hoja suelta, escrita en maquinilla, sin fecha ni firma responsable, con el título de “El Papagallo”. Su finalidad era corregir las incorrecciones de las personas en cualquier sentido, mediante una crítica desfavorable. Esta hoja, dejó muy buenos resultados en cuanto al comportamiento social de las personas del pueblo, pues aunque la gente se resentía, se cuidaba de que su falta de compostura fuera arrojada a la luz pública por la lengua de “Un Papagallo”.

Nadie supo con seguridad quien dirigía El Papagallo, pero sí, todos advertían en su contenido, que se trataba de gente que sentía profundos deseos de mejoramiento en todos los aspectos que constituyen la universalidad de factores que conforman la personalidad del ser humano.

Algunos veían con admiración y simpatía la sagacidad de estos supuestos jóvenes anónimos, pero había también quien veía con indignación este control del desenvolvimiento social de su vida y

repudiaron esta acción de incógnitos intrusos, que calificaban de “gente sin oficio”, que estaban atentos a que uno se amarrara mal el nudo de la corbata, que escupiera por la calle, que no tuviera bien limpios los zapatos, que se sentara con desfachatez en una reunión, que una se pusiera mal el colorete, o que una aplicara el lápiz labial mal dirigido sobre las comisuras de los labios, etc., señalando las personas con todo tipo de identificación a excepción del nombre.

Se cuenta que un señor del pueblo, salió un día de San Bartolomé, trajeado de blanco, con relucientes zapatos negros y sombrero de Italia nuevo, pero la corbata, raída y descolorida, le marchitaba el ajuar, pues tenía mas flecos que un lampazo o un mantón de Manila.

Al otro día lo felicitaba El Papagallo por su elegante presentación en las Patronales, pero terminaba diciendo: ¡Lástima que no tuviera ojos para mirarse la corbata!

Y así, su oficio era tratar de conseguir que los modales de los moradores del pueblo fueran más urbanos. Inesperadamente El Papagallo se ocultó para siempre sin dejar otro rastro que no fuera el recuerdo de sus ocurrencias.

El Barbullón

De la inquietud de esa generación, surgió otro periódico local, que dejó apreciables beneficios en cuanto al mejoramiento de costumbres y comportamiento, llevó por nombre “El Barbullón”. Hacía su aparición mensual y su línea en general fue sistemática y refinada.

Tuvo como fundador y Director al joven Alberto Pérez (Prado), quien tenía el concurso de sus compañeros Isidro Medina, Humberto Recio y Ernesto Recio. Como Editorialista y Asesora luchó con entusiasmo la Profesora Rafaela Heroína Calderón Ramírez.

Dentro de su presentación ofrecía anuncios comerciales, aunque gratuitos, pues sólo aspiraban hacer más completo su trabajo. dos columnas muy interesantes tenía: Expresémonos Mejor, que dirigía Pérez Prado y Comportémonos Mejor, que estaba a cargo de Humberto Recio.

En la primera se publicaban los vocablos mal pronunciados

generalmente por la gente de mas baja cultura, haciendo las correcciones necesarias. Se publicaban verbos conjugados correctamente, escogiendo para ello, aquellos cuyo uso fuera más común y cuyo empleo ofreciera mayores dificultades en sus inflexiones. Fue el fundador de “El Barbullón”, un enamorado de la Gramática Castellana, asegurándose una autopreparación ampliada con cursillos por correspondencia y que puso al servicio de personas que lo desearan. Hubo una época en que este era el tema favorito en las tertulias juveniles.

La segunda, se refería a las buenas costumbres y formas de conducirse en los actos públicos y recomendaba la lectura de textos de Urbanidad, pues mucha gente había que no necesitaba de estas recomendaciones, pero también mucha gente había, que sí necesitaba de estas recomendaciones.

Tenía El Barbullón una sección Literaria, donde se publicaban cuentos, chistes y adivinanzas. No faltaban las cartas y las poesías que ocupaban el mayor espacio de la sección, siendo en su mayoría de la inspiración de algunos adolescentes neyberos, entre ellos el mismo Humberto Recio, Arturo Vásquez, Horacio Vásquez y otros que escribían versos, escribían y escribían diciendo lo que ellos sentían, lo hacían en forma tan natural y espontánea, que no hacía falta métrica ni rima, en aquellos tiempos en que esto era de rigor en la poesía, dejando muy poca cabida a la dulce canción del verso libre.

Estos esfuerzos, este arrojo, esta osadía de esta juventud coetánea, que en tiempos tan lejanos como sombríos, tuvieron el ingenio y la disposición de lanzarse a tales empresas y que hoy vemos como nimiedades dentro de lo común entre jóvenes del presente, fue algo inmenso, singular, monumental, si nos situamos en la era en que eso sucedía, época llena de calamidades y prejuicios para toda obra de desarrollo.

El Barbullón se mantuvo mayor tiempo que los otros periódicos citados, pues ya las cosas eran más fáciles dentro de lo difícil, ya había más papel, había más maquinillas y más disposición, aunque distaba mucho todavía para alcanzar el nivel del mimeógrafo.

PRIMERAS INICIATIVAS PARA CONSTRUCCION PARQUE DE RECREO

Envuelta ya en los albores del despertar, Neyba clamaba por la urgente necesidad de construir un parque de recreo, pero, ¿cómo construirlo? No había recursos económicos, ni facilidades de ninguna especie.

Siempre pensó la mayoría de los moradores, que el sitio ocupado por el mercado, era el ideal para la construcción del parque. Para esa época desempeñaba las funciones de Comisionado Especial del gobierno en el Sur, el Capitán, E. N. Luis Méndez. Promoviendo éste una reunión en los salones de la Casa del Ayuntamiento, en una de sus habituales visitas a Neyba con fines de sostener intercambios políticos y sociales con sus habitantes, se ofreció oportunidad a los señores Paulino Vásquez (Añín) y Milcíades Medina (Cacano), para formar una comisión de señoritas que solicitaran del Comisionado del Gobierno, la ayuda indispensable para la construcción de un parque de recreo.

Luis Méndez dio muy buena acogida a esta solicitud e hizo la formal promesa de impulsar política y económicamente la realización de esta obra.

De inmediato pidió a los representantes, le permitieran colocar la primera piedra, cosa que no establecería ningún contraste, puesto que él siempre se sintió neybero atendiendo a razones ancestrales.

Ese mismo día se dirigió la multitud allí reunida al viejo

mercado aún en actividad y allí... con la solemnidad natural de estos avances, se hizo la simbólica colocación de la Primera Piedra del Parque, representado por su hijo Luis Méndez hijo, acompañado de las señoritas Bélgica María Vásquez y Agripina Medina.

El alborozo colmó los ánimos, todos creían que con este acto realizado se habían franqueado las barreras que impedían la realización de tan viejo proyecto, pero no fue así, el mercado continuó por largo tiempo ocupando la añorada manzana, hasta que la tenacidad de los neyberos logró alcanzar el triunfo.

Diversos inconvenientes en la vida comercial se multiplican y exigen del Ayuntamiento la construcción de un nuevo mercado, pues ya el existente estaba en tan precarias condiciones, que era imposible demorar por más tiempo esta sentida necesidad. Construido el nuevo mercado en el sitio donde hoy se encuentra, se traslada hacia allá todo expendio de mercancías, dejando abierta la oportunidad para la construcción del parque, en el espacio que ya se ambicionaba y donde ya simbólicamente se habían iniciado los trabajos.

Compuesta la Junta de Ornato por un grupo de jóvenes que se movían como remolinos para conseguir la construcción del parque, ya no hubo vacilaciones para iniciar los trabajos. Presidida la Junta por el señor Paulino Vásquez (Añín) y teniendo como miembros a los señores Manuel Arturo Acosta Sierra, Alberto Pérez (Prado), Milcíades Medina y otros, su primer paso fue reunir a los habitantes del pueblo, para exponerles sus proyectos y presentarles sus propósitos. Todas las personas conscientes aplaudieron tan loable iniciativa y se ofrecieron para dar su incondicional apoyo. En el acto se hicieron efectivas contribuciones económicas personales y en pocos días el Ayuntamiento hizo realidad su valiosa donación.

—¡A trabajar! ¡A trabajar! —decían todos entusiasmados. Con los escasos fondos colectados se trasaron las primeras líneas por albañiles criollos sin técnica ni dificultad.

Todo el pueblo dijo presente con la cooperación que estuvo a su alcance, no importaba como, solo querían contribuir, lo que demuestra que los neyberos somos conscientes y solidarios cuando

nos dirigen personas sinceras y capacitadas; con esta obra pusimos de manifiesto que vemos los bienes comunes por encima de los bienes individuales.

La lucha fue incensante, el desnivel del terreno quiso oponerse a la realización de tan caros ideales, era imprescindible hacer un relleno de tierra y piedras para acomodar la superficie de la manzana.

—Pero, ¿cómo lo haremos? —se preguntaban entre sí los miembros de la Junta de Ornato.

—Cómo nuestra firme voluntad. —se contestaban a coro.

Y así fue como de inmediato se buscaron hombres que cavaran la tierra en el antiguo matadero y ésta fue cargada en parihuelas, no en camionetas de volteo como se haría ahora y se relleno el terreno, se niveló el terreno y se sembró el terreno con el brazo de los jóvenes del pueblo. Esta generación, fue progresista, hay que reconocerlo. Estos salían en grupos hasta la cabeza de Las Marías en busca de pequeñas palmeras para sembrarlas; a la Punta del Cerro en busca de plantitas de robles y de caoba. Testigos mudos de esta encomiable labor son un corpulento árbol de ficus que se enseñoorea desafiando a la infinidad del cielo y a la marcha continua del tiempo, frente a la farmacia Vicdaly y una no menos hermosa caoba, cuyo follaje se mece airoso en la esquina San Bartolomé-Sánchez. Estos árboles y muchos otros que también perduran, fueron sembrados y alimentados por la Junta de Ornato en la ocasión. Así surgió y siguió su desarrollo el proceso de construcción del parque de Neyba. Esto quedó demostrado más tarde, cuando los ingenieros Antonio Vidal y Elías Sarraf se encargaron de los trabajos de pavimentación, pues tuvieron algunos tropiezos en las medidas, ya que el polígono demostraba que había sido trazado con el corazón de los que aspiran y no con la técnica de los que estudian.

Creación de la Provincia

No hemos considerado necesario para la finalidad de estos relatos, insertar en forma permenorizada la serie de acontecimientos

que determinaron la accidentada trayectoria de Neyba, tanto en su desarrollo físico como político, desde sus remotes orígenes como aldea incipiente de la raza primitiva. Sólo nos limitaremos a señalar algunas alternativas, que nos permitan vislumbrar, que su reconocida pobreza por la escasez de recursos naturales, fue multiplicada por su notoria inestabilidad política.

Desaparecidos los primeros cimientos por la extinción de sus fundadores, son ocupados sus predios por españoles que los hacen hatos de crianza, a la par que levantan en el mismo lugar su caserío.

En el año 1606 aproximadamente, ocurrían las despoblaciones de la Banda del Norte repercutiendo en estas regiones, que acusadas también de contrabandistas, fueron víctimas del desalojo. Neyba fue destruido por órdenes del Gobernador Osorio, quien a su vez obedecía a los mandatos de la corona en los asentamientos del Norte. Parte de sus habitantes emigraron a Cuba, parte fueron trasladados a la villa de la Buenaventura en la ruta del Cibao y los restantes se internaron en los montes.

Hacia el siglo XVIII, se dispone la repoblación de la colonia creando nuevas villas y entre ellas fue fundado nuevamente Neyba en el año 1735; afluyendo allí por segunda vez numerosas familias españolas atraídas por la abundancia de ganado que había quedado disperso. Esta nueva instalación tuvo algún adelanto en cuanto a organización, distribución y mejor ubicación de las viviendas. Algún tiempo más tarde, Neyba fue erigido en Parroquia como dependencia del Partido de Azua.

Aquí se inicia una serie de cambios jerárquicos, que le impiden toda clase de progreso. Ya corresponde al Departamento de Azua, ora al Departamento del Sur, nuevamente al Departamento de Azua, luego al Departamento Oeste, etc., sin que ningún Departamento tuviera tiempo ni interés de atender a sus urgencias ni se preocupara por que éste alcanzara un mejor destino.

Dentro de los sucesivos cambios de Gobierno a que Neyba fuera sometido, se observa su dependencia de Azua en varias ocasiones. Al iniciarse la Ocupación Haitiana del año 1822, Neyba fue erigido en común del Departamento del Ozama el 27 de Febrero del mismo año, por decreto de Boyer marcado con el No. 778,

llevando dentro de su jurisdicción al Puerto Militar de Barahona, hasta el año 1858, en que ésta alcanzó la categoría de común del Departamento de Azua.

Al observar la trayectoria de Neyba como entidad política, no debemos olvidar que su ubicación en el camino que conducía desde Puerto Príncipe hasta Santo Domingo de Guzmán que era la capital de la colonia, le aseguró preponderancia, despertando la ambición de los haitianos, que le hicieron objeto de sus tropelías, llegando hasta a incendiarlo en varias ocasiones. Estas vicisitudes de antaño, al igual que las luchas intestinas que sacudieron al país, tiempo después fueron también rémoras infranqueables para su desarrollo en general. Sin embargo, las actividades comerciales del puerto de Barahona, propiciaron su rápido crecimiento económico y su notorio florecimiento urbano, convirtiéndose en un emporio de atracción, que determinó, que al amparo de la Constitución del 1907, se elevara ésta a la categoría de común cabecera de una nueva demarcación política que se denominaría provincia de Barahona, la cual contaría a Neyba dentro de sus comunes.

Desde entonces, Neyba conservó su dependencia de Barahona, hasta 1943, año en que por Ley No. 229 del 10 de marzo del mismo año, fue creada la provincia del Bahoruco que lo llevaría como común cabecera.

Fue este su mayor paso de avance, podríamos llamarle, su salto hacia la cumbre, aquí, la villa despierta, nuevo personal administrativo se mueve formando la dinámica urbana, se construyen modernos edificios, se construyen avenidas, se construye el ansiado Templo Católico, edificios escolares, aceras y contenes, se pavimentan las calles, etc. Asoma aquí, lo que soñaron los viejos pobladores cuando aspiraban iluminar sus calles: la figura estructural de una moderna aunque modesta ciudad.

El Milagro del Agua

Retroceder en la lejanía del tiempo y ponderar las transformaciones que periódicamente sufría Neyba en su vida agrícola en atención al disfrute del Don de Panzo, es evidencia para comprender, que sus males radican en la sed, pues un pueblo

sediento desde sus orígenes, tiene acentuada esta necesidad, que se transmuta multiplicándose hacia todas las manifestaciones de la vida.

Abandonar su lugar primitivo, siguiendo el derrotero que conduce a lo imprescindible para calmar la abrazadora sensación que consumía a todo un pueblo, no fue solución a su agobiante problema.

Ensanchada progresivamente la población hacia un mismo punto cardinal, dejando totalmente despoblado el lugar de su fundación, creó las condiciones para la generación de una nueva crisis.

La espesura de los montes que rodeaban el predio habitado, fue desapareciendo como resultado de los continuos desmontes indispensables para la construcción de las nuevas viviendas, cuya urgencia no necesita explicaciones. Esta despoblación fue ocasionando el agotamiento de las aguas que brotaban en las fuentes de esas cercanías, originándose la repetición de los males anteriores y Neyba languidece por la escasez de los recursos que habían sido objeto de sus viejas preocupaciones.

¡Las fuentes de Cachón Grande y Cachón Seco, se extinguían también en forma escalofriante!

Estas proporciones de agotamiento eran cada vez más amenazadoras, hasta llegar al extremo de entorpecer la obtención del líquido, cuya carencia hace imposible la vida de todo ser vegetativo.

Alarmada la población por esta caótica situación, se rindieron los informes reglamentarios al Superior gobierno y éste dispuso paliar la situación ordenando la construcción de un pozo, cuya bomba sería accionada por un molino de viento.

Llegan los ingenieros y se realiza la obra, se hacen las instalaciones necesarias y muy pronto, cuatro llaves de agua dejaban caer chorros transparentes del líquido vivificador, que eran chorros de anhelada felicidad, para un pueblo que padecía la más torturante de las sensaciones.

Pero, ¿Resolvería este pozo la difícil situación de la sequía?

No, no, y mil veces no, estos brotes juguetones de agua pura, solo servirían para aumentar el grado de desesperación en que se hallaba la aribulada población, puesto que, nunca serían suficientes para abastecer de agua a un pueblo que ya agonizaba, sino que, por el contrario, serían estímulo para la discordia, la incomprensión y desafueros perjudiciales al buen desenvolvimiento de la sociedad.

Concurría la gente tarde por tarde, al sitio donde se alzaba majestuosamente la ruleta del molino de viento, de cuyo trabajo dependería alcanzar los objetivos. Allí, en un solar de la calle San Bartolomé, allí en ese céntrico lugar, que habría de convertirse en breve, en teatro de escenas tristes y desagradables.

En las mañanas, nunca había agua, las brisas en Neyba comienzan a soplar ordinariamente después de la una pasado el meridiano y desde esta hora, comenzaba a congestionarse el recinto cundiendo por sus alrededores un alboroto, que contrastaba con el habitual silencio de la ciudad.

Algunas tardes, los factores determinantes del ansiado beneficio, eran adversos, no soplabla el viento y por consiguiente, no habría agua. Entonces la gente entre nerviosismo y angustia, fijaba los ojos al cielo y con voz temblorosa dejaba oír su esperanzada oración:

—San Lorenzo! San Lorenzo!, manda viento, manda vientosooooóó... y permanecían largos ratos” hasta que surtía efecto la oración de San Lorenzo”, o se hacían favorables los factores climatológicos, poniendo en activo movimiento las aspas del molino, que hacían que funcionara con la misma vertiginosidad el sistema nervioso de todos los presentes, que querían a toda costa aprovecharse del esperado bien, en la primera intención.

Aquí comenzaban las discusiones, los empujones, el zigzaguear de palabras de todo colorido, impregnando un ambiente que brillaba por el decoro de sus moradores.

Frente a estas dificultades, un grupo de señoras del pueblo, tratando de evitar los incidentes mediante alguna organización, establecieron un sistema de “turnos” para llenar de agua las vasijas.

Como era natural, nadie podría asegurar la hora en que habría de soplar el viento y por tanto el orden sucesivo para llenar los envases, debería establecerse con alguna medida tomada con anticipación.

Al fin se acordó colocar las vasijas formando largas hileras frente a las llaves y así cada una ocupaba el lugar que correspondería a su propietaria.

Pero, ¿Cómo colocar tantos envases? ¿No quería y necesitaba agua todo el pueblo? Pues bien, los turnos se fijaban con cualquier objeto, no importaba la clase, ni estado de conservación, ni uso ni tamaño, lo importante era marcar el sitio. Y así lucían: latas, latitas, güiros, güiritos, calabazos, cajas, higüeras, escobas, piedras, botellas, etc., todo cuanto se le antojara a la gente que podría asegurarle la oportunidad de conseguir una gota de agua.

Tal vez alguien pudo forjarse la idea de que esto iba a solucionar el problema, ya que el orden es piedra angular para alcanzar toda meta.

Sin embargo... ¿Qué sucede? Casi nada... las dueñas de los primeros recipientes, olvidaban las retahilas que las seguían y comenzaban llena, que te llena, y mientras no llenaban la última botella de sus casas, no cedían el paso a quienes les correspondiera. Esto originó un nuevo malestar, pues muchas veces, las que ocupaban los primeros puestos cogían tanta agua, que cesaban las funciones del molino y muy pocas personas se habían beneficiado.

Comienzan las reclamaciones, nuevas discusiones surgen, nuevos disgustos se presentan y al fin se viola el pacto del orden y las llaves son ocupadas, no por quienes dejen una señal de posesión, sino por quienes llegaran primero y muchas veces, por los más fuertes, quedando en desuso las hileras de “cuescos viejos”, que eran símbolos de miseria, de tristeza, de abandono.

Siempre en casos como estos, hay quienes tengan más disposición para imponerse a los demás, gente había, que abundante agua cogía, cogía y cogía agua, aunque la mayoría se quedara “cómo el perico en la estaca”. De aquí que una señora, cuyo cántaro esperaba, esperaba oportunidad, esperaba agua para expulsar el aire que contenía, pero el agua... prisionera de las más listas, no llegó, no llegó porque una calma atmosférica inesperada paralizó

la operación surtidora, quedando ella sólo con su larga espera “espera que desespera”, por lo cual da un salto que sorprende y comienza en voz alta a pronunciar estos versos, que no sabemos si fueron nacidos en tan aciago momento:

*La prieta y la blanca
y la pata “gambá”.
tienen cuatro llaves
que les dio “papá”.
Si soplara viento
pongan atención
porque cojo agua
o hay pescozón.
Si sopla la brisa
háganse pa’ allá
mi lata la lleno
aunque sea a patá’.*

Muchos se rieron a más no poder de la amenaza en versos, otras, tal vez aludidas muy serias se pusieron, pero muchos más, aprovechando la atención que los curiosos prestaban al asunto, advirtiendo que las aspas del molino danzaban como un trompo, saltaron inteligentemente hasta las llaves, aprovechándose del objeto de las disputas.

Innumerables eran los sucesos que ocurrían en el molino de Neyba. Transcurría una tarde, tarde tumultuosa, más cálida que todas las tardes de mi pueblo, bañada por un sol reverberante que producía oscuridad en los ojos de quienes osaran mirarlo fijamente. Este conjunto de factores negativos, era casi un reto, incitaba a la discordia, a la agresión, caldeaba los ánimos involuntariamente.

De pronto llega la esperanza en alas de la brisa, brisa que soplaba fuertemente asegurando la presencia de algo tan esperado y cuya necesidad provocaba aquel tumulto.

Pero alquien que no quiso aceptar la abolición de turnos, al llegar encuentra ocupado el sitio en que horas antes había colocado su vasija, enfadada con este hecho y considerando violados sus derechos, exclama:

—¿Quién fue la hija de la mala may que me quitó mi lata? ¡Qué salga, pa' que se las arregle conmigo! Porque yo sí, que le saco de “ande” no hay.

Mientras hablaba, miraba fijamente a una que ya cargaba su cabeza con el calabazo lleno de agua, contenta y feliz por su conquista.

Esta, al sentirse aludida, baja de su cabeza la carga y le contesta en actitud hostil:

—¿No será a mí que tú “me tá mentando mi may”? Con tus malditos ojos “achicharrau” como Totorita? Porque si tú tienes la peseta, yo ahora mismo te la cambio.

Aquí comenzó una fuerte discusión, que a no ser por la intervención de los presentes hubiera corrido “la colorá”, ya que una de las dos contendientes decía afanosamente: —Suéltenla, suéltenla, que con este garrotico la voy a “lavá”.

Mientras su contrincante, un poco más serena, decía entre dientes:

—Ay!, ñeñore, la osita de la pata pelúa, pá' que la luzcan”...

Pero al ver que el asunto tomaba proporciones serias, pues tenía la enemiga casi encima, se sacude con violencia y dice, despidiendo de los ojos llamas de fuego:

—Ven!, ven!” pá que veas como le sale al maco rabo y a la rana pelo”.

Afortunadamente todo quedó ahí, todo fue agresión de insultos, sin llegar a la materialización de los hechos.

Lo mejor de esta tarde memorable fue, que por segunda vez cesó el movimiento del molino, paralizando las funciones de la bomba, que a la vez suspendió a las llaves el suministro de agua. La gente había perdido mucho tiempo en esta tarde y no quería resignarse a la suspensión del agua. Abría las llaves, una vez, otra

vez, muchas veces abría las llaves, pero éstas, muy lejos de echar agua para apagar el fuego de las discusiones, cuando las abrían, dejaban escapar un sordo ff-fff-ffff-, que parecía soplar avivando la combustión de la sangre de aquella gente enardecida.

Terminada la tarde, el agua y las riñas, todos se retiraron a sus hogares. Unos, con agua, otros sin ella, unos alegres, otros muy tristes y dentro de este contraste, la dueña del calabazo, cuya agua motivó la famosa riña, parece que un tanto nerviosa por lo sucedido, fue a levantar con tanto ahínco su carga, que tambaleó y... ¡paf! calabazo al suelo!, quebrándose en mil pedazos. El agua derramada sobre el reseco suelo fue absorbida por éste sin preámbulo ni demora.

Sólo interrumpía el silencio de aquel atardecer, el llanto inconsolable de la protagonista de la famosa riña.

—¡Ay!, mi agua!, mi agua!, Ay!, mi agua!, mi agua!, mi agua!, ayyy! mi agua!

Hasta que el tiempo fue su consuelo y la noche su compañera para regresar a su casa, con la pena que envuelve a quien todo lo ha perdido.

Cada día esta crisis se agudizaba más y más, hasta que hubo de trascender a las esferas oficiales, ordenándose las investigaciones indispensables en estos casos, arrojando las mismas una urgencia superior a la que había sido planteada.

Con la velocidad que requieren las cosas imprescindibles, el gobierno dispone la construcción de un acueducto, obra que fue confiada a un ingeniero de apellido Pellerano, quien ya prestaba servicios en Obras Públicas. Este, obedeciendo a la rapidez que la necesidad demanda, instaló las tuberías desde un canal construido por el señor Arquímedes Acosta desde el río El Manguito, para regar sus predios. Esto originó algunos inconvenientes, pues las propiedades agrícolas del señor Acosta, a penas si alcanzaban riesgo, de lo cual justicieramente se quejaba el que veía mermado el producto de sus esfuerzos.

Corto tiempo después se solucionó este conflicto, pues se

dispuso la construcción de un acueducto de mayor potencia, cuyos trabajos fueron confiados a una compañía de ingenieros de origen extranjero, conocida con el nombre de La Lock Joint Pipe.

Desde aquí, el verdor sustituye a las polvaredas, los patios de las casas se cubren de hermosa vegetación, la gente calma los rigores del sofocante calor que ya casi originaba el clamor de la cigarra, recibiendo jubilosamente el don de esta obra, que fue presagio seguro de un futuro risueño, de una vida de mas sociego, de menores dificultades.

Cúmplese aquí el milagro del agua, aliada inseparable de la fertilidad y de la fecundación, del agua que es símbolo de vida, que es símbolo de sanación, cuando brota del costado de Jesús para dar a los ciegos la visión, símbolo de misericordia, cuando se derramada sobre el cuerpo inmóvil del hombre que fue templo de un alma que traspasa los umbrales de la vida eterna, símbolo de regeneración, cuando derramada sobre nuestra cabeza, nos despoja del pecado original para hacernos renacer a la gracia divina y símbolo de Poder, cuando en el río Jordán es sumergido el divino Mensajero de la Buena Nueva, por Juan el Bautista, recibiendo la investidura del Padre al abrirse los cielos, descendiendo sobre él en forma de paloma el espíritu de Dios.

UNA RACION IRRACIONAL

Clerén y Caramanché, fueron las bebidas típicas de Neyba en el siglo pasado, pero a finales del mismo, comenzó a introducirse la cerveza rubia con duros trabajos. Esta se tomaba a temperatura ambiente y ya conocemos el grado de calor de nuestro clima.

La espumosa bebida era presentada en los bailes y otras reuniones como algo sensacional, dando oportunidad a los más listos a integrarse a las nuevas corrientes con el arrojo de saborearla tratando de adaptarse a su consumo tal y como aparecía, mientras que los más renuentes a las innovaciones, especialmente las mujeres, murmuraban entre dientes:

—A mí, que me maten con mi caramanché, porque yo no bebo “miau” de burro.

Transcurrido algún tiempo, cuando ya existía la fábrica de hielo del Central Barahona, una noche, noche de luna esplendente, de esa luna neybera que daría inspiración a quienes con ella no nacieron, llega un señor muy emocionado a la casa de una vecina, portando un pequeño paquete, envuelto en gruesos papeles que lucían mojados y dejaban escapar de vez en cuando, una tras otra, gotas de agua.

—¡Muchachas!, muchachas! corran a ver! —dice al llegar, mientras depositaba sobre la mesa aquella rara envoltura.

—Vengan! vengan! —continúa diciendo el señor, conozcan una cosa nueva. Miren!, parece una media luna, como esa que ahora mismo nos da su blanca luz desde los cielos.

Y diciendo esto saca un pedazo de hielo, que era el contenido del paquete, que a todos tenía intrigados.

Indescifrable fue la admiración de los presentes cuando el Señor Julio González, en la casa de Eleodora Acosta tomó un alfiler, lo clavó sobre el agua sólida partiéndola en porciones que rodaron sobre la superficie de la mesa.

—¿Ven? —les dice. Esto es agua y sin embargo se parte con gran facilidad.

Tóquenla, tóquenla, para que sientan lo fría que es.

—Dios mío! —dice una.

—No lo entiendo —dice otra.

Mientras esto sucedía, una señora que observaba, sobrecogida de espanto, exclama desconcertada:

—Si el agua se parte así, como si fuera una piedra, me voy de aquí, porque se acabó el mundo.

Fue este el primer episodio conocido sobre la primera visita del hielo al pueblo de Neyba.

Generalizado el conocimiento de la materia y sus propiedades, comenzó la señorita rubia a darse un baño frío antes de presentarse en sociedad, aunque para ello tuviera que hacer grandes esfuerzos y contar con duros sacrificios, pues sabemos que el hombre, por naturaleza es adaptable a diversos ambientes, pero esta adaptación predomina, cuando se trate de asuntos que proporcionen cualquier clase de bienestar. Así, la rubia fría, se enseñoreó sobre la caliente y hubo que buscar refrigeración a toda costa.

Desarrollada la industria del hielo en el Batey Central de la Barahona Company, se estableció el expendio de blockes de hielo en el batey No. 6 de la misma compañía. Ya las cosas iban cambiando favorablemente en cuanto a distancia se refiere, pero... ¿y el transporte? Pues no teníamos vehículos de motor y era una odisea, transitar hasta a lomo de montura por nuestros caminos de entonces, pero no había otra solución, había que utilizar las vías de comunicación que estuvieran a nuestro alcance, aunque solo fueran veredas propias de animales alzados o trashumantes.

Pero, ¿Cómo cargar con este género de tan difícil transportación? Pues bien, llegar hasta Barahona para llenar los serones de paja de café, recogida en el patio de los Almacenes “Mota”, donde abundaba este desperdicio por el trabajo de las despulpadoras de este rico y apreciado grano, colocar entre este montón de paja los blockes de hielo, era tarea que se practicaba con gran agilidad. Sepulto en esta forma el hielo, se conservaba tiempo suficiente para llegar hasta Neyba y ser utilizado con muy buenos resultados. Esta operación requería algún cuidado y había que tener en cuenta la velocidad de la montura, a fin de calcular el tiempo indispensable para hacer la travesía. Atendiendo a todas estas razones, hacía su presencia el cristalino cuerpo sólido.

Se recuerda, que un día de fiesta, se había confiado la cantina del baile a un señor, por su reconocida disposición para esta clase de servicios.

Acostumbrado el señor a llenar siempre su cometido satisfactoriamente, dispuso desde el día anterior al señalado para la celebración del baile, todo lo necesario, para que en la próxima madrugada, alguien saliera hacia Barahona en busca del ansiado

factor frío.

El día de la fiesta al amanecer, alcanza a ver desde cierta distancia, amarrado en el “palo de costumbre”, al mulo que él había entregado el día anterior a quien debería transportarle el hielo para la fiesta. Al ver esto, enciéndese en cólera y grita con todas sus fuerzas:

—No creo que ese sea el mulo que yo despaché ayer para una diligencia de tanta importancia, porque si es así, ¡“la cosa es gorda”!

—Sí, ese mismo es el mulo —contesta un muchacho fuerte, hosco, acostumbrado a estos tratamientos y que parecía que trabajaba a su servicio.

—Ese mismito es el mulo —recalca el muchacho un poco altanero, lo que pasa es, que usted’, no me dio serones, parece que tanto decirme que mi barriga como un serón, se llegó a creer que era verdá’ y que en ella yo “diba a acotejá” el hielo.

—Miraj, muchacho el carajo! falto ‘e respeto!, si yo por causa tuya fracaso hoy, !no respondo!... me atrevo a cualquier cosa —dice ya en ascuas el dueño de la cantina. Luego, escupe tres o cuatro veces en el suelo, como para enfriarse la sangre y continúa:

—Vete! Corre! Vuela! Condenao... ve... ve... veeeé...

—Te has vuelto chivo, Antonio? —le dice un amigo que asomaba a la puerta.

—Mire, mi compadre, —responde Antonio, si no fuera porque es usted’ ééé... yo le enseñaría ahora mismo quien es el chivo.

—Mi compadre, ya usted’ es otro hombre —contesta el amigo, yo me voy, porque usted’ tira unaj llamarada’ por esoj ojo’, que a cualquiera arden, me voy, me voy, ja! ja! ja!, me voy no me vaya usted’ a quemá’.

El señor estaba tan enfurecido que no advirtió la ausencia del compadre, siguió atropellando verbalmente al empleado; y luego le ordena:

—Vete “ande” Julián, le dices que me preste sus serones, que

si se mojan yo se los pago como él quiera, porque ya es demasiado tarde y voy a quedar mal con la gente.

El muchacho consigue los serones y sale a las siete de la mañana a galope, como una exhalación rumbo a Barahona en busca de la ansiada mercancía. Después de ocho horas de camino, tratando de mantener la carrera que no le aceptaba la vía, llega a Barahona y con la desesperación de rendir pronto su encargo, poca cantidad de paja coloca en los serones y desde que puso en ellos el objeto de sus afanes, visión de lluvia destilaba de los arneses del fatigado animal. Aspero el camino, estropeados comisionado y montura, en vano fueron los esfuerzos por alcanzar rendimiento en la marcha, que se hacía más lenta, cuanto más acelerada se notaba la aguja del reloj.

La fiesta se inicia en caliente a las nueve de la noche. Todas las miradas se dirigen a un mismo sitio, el sitio por donde debería entrar el mojado vehículo, portador del complemento de la misma, pero... nada, no aparecía, no llegaba, no asomaba, los minutos parecían siglos, pero la encomienda no hacía su entrada triunfal.

Al fin! Las dos de la mañana! El expreso entra en el patio de la casa donde todos ansiosos esperaban.

Se desmonta con cautela, pero cuál sería su sorpresa! Tanto correr, tanto afanar para llegar a tiempo, sin embargo todo su esfuerzo había sido en vano. Los serones solo llevaban un poco de paja de café mojada. Al ver esto, su rostro se ruborizó y sin más ceremonia, se volatilizó y nadie supo cual fue su paradero durante muchos días.

La gente, que estaba a la expectativa, al observar algún movimiento en el patio grita con alegría:

—El hielo! El hielo! —volcando todo su entusiasmo los participantes de aquella fiesta, en que marchaban a un mismo ritmo, el placer y la ansiedad por algo que se desea y que su imposible golpea.

Así mismo, el dueño de la cantina, que había pasado la noche con los ojos fijos en la entrada tratando de recorrer la distancia,

impuesta por ajuste al muchacho con su mulo, al oír los aplausos y el bullicio de la gente entusiasmada, saltó de júbilo cayendo en el patio, donde vio amarrado, ya despojado de su carga, un tanto triste y fatigado, a su fiel y servicial bruto.

Los serones yacían en tierra chorreando agua, que más bien simulaban lágrimas de tristeza, que agua de hielo descongelado.

No pasando por la mente del cantinero la palabra derrota da sueltas al triunfo y al ver que los serones, sólo contenían un poco de paja mojada, exclama:

—¡Qué muchacho que vale! —hasta me puso el hielo en las cajas, pero es “desperdiciau”, porque dejó esta pajita en los serones, déjenme echársela encima, pa’ que me dure hasta mañana, por si la cosa sigue.

Y tomando los serones con la paja mojada, se dirige al sitio donde las cajas esperaban ansiosas por llenar sus cavidades.

Ver llenas, pero de aire, las rústicas “neveras”, fue una herida mortal, para quien cantaba segura la victoria.

—¿Dónde está el hielo? —dice con voz que retumba como un trueno que estremece, el amigo Antonio, nombre que llevaba el cantinero.

Un silencio de duelo invade el recinto y sólo dos empleados, que se habían alejado del baile para acompañar a su patrón al fondo del patio, le miraban con ojos asombrados.

—¡Qué dónde está el hielo! ¡Contesten! —Ruge con voz de autoridad, Antonio, ya hecho una temible hoguera.

Uno de sus empleados, un tanto resuelto a desafiar la cólera de aquella fiera humana, solo alcanzaba a decir: no sé, no sé, no sé...

—¿Qué diablos, tanto dices no! —dime siquiera un solo sí!... sííí...! Interviene el afectado, más irritado aún.

El otro empleado sale en defensa de su aturdido compañero y armándose de valor le dice con seguridad:

—El hielo “se derritió” en el camino.

El ofuscado cantinero no quiere aceptar la realidad y le dice en tono saturado de indignación:

—¿Qué se derritió? No, no lo creo, porque él no cargaba ná’ caliente pa’ !derretilo”, o sería el resuello del mulo que le “jondió” aire caliente, pero como quiera que sea, “por cacho o por quijá”, lo mejor que hizo ese “truján”, fue “largase” porque si yo agarro a ese muchacho del “demontre”, le parto la “siquitrilla”, que se meta “abajo el pabellón de la virgen del güeso” pa’ que lo libre de mi mano, porque yo... de un solo “toletazo” lo siembro “ande” no nace. Con este mochito me la desquito yo, o... no me llamo yo Antonio.

La fiesta se desenvolvió en caliente, caliente porque no se consiguió refrigerarla, caliente porque caliente era el ron y todo lo que allí había y más caliente: aún por las chispas de fuego que despegaban de los enardecidos ojos del dueño del negocio, que eran suficientes para verter sobre ella todos los calores de un volcán en erupción.

Muchos son los episodios que se cuentan surgidos de la carencia de facilidades para la realización de los actos que exigían la urgencia que se planteaba.

Avanzando un poco el siglo XX, las dificultades se amortiguaron un poco, cuando aparecen, aunque escasos algunos vehículos de motor. Se trató de suavizar también la situación con el uso de las neveras accionadas por gas, ofreciendo la oportunidad a un viejo comerciante para instalar una con fines de lucro, tratando de sacarle “cobre” mediante la venta de hielo. Pero, ¿qué hielo?

La señora del comerciante colocaba en el freezer de la nevera tantos moldes como el espacio le permitiera, pero esto con fines comerciales no era más que una mera fantasía.

Cuatro moldes con capacidad para diez o doce cubitos cada uno, formaban el minúsculo equipo. El agua que contenían casi nunca llegaba a solidificarse, ya sea por defectos del artefacto, ya sea

por descuido en su mantenimiento, o por falta del tiempo necesario para el cambio de estado físico de la materia.

La demanda de estos cubitos de hielo fue sin límites, llegó el momento en que resultaba difícil refrescarse la garganta con este producto, porque se iba “como pan caliente”*. Tanto se vendía, que la señora decidió vender el agua fría y hasta ésta se agotaba con gran rapidez, no solo por el agobiante calor propio del clima sino por lo novedoso de la venta.

Se cuenta de un joven natural de La Descubierta, que impulsado por la sed, producto de la insolación de un día en el mercado sin techo de nuestro Neyba, se acerca a la encargada de expendio y le pide con vehemencia:

—Deme cinco de hielo! cinco de hielo!, o yelo! cómo sea! Pero deme cinco, deme cinco que me “toy quemando”, démelo pronto, que me toy” ardiendo!

La comerciante muy entusiasmada con su lucrativo negocio, toma un jarrito de hojalata, vacía en éste el contenido de un molde y se lo entrega al sediento que con avidez esperaba vencer el proceso de deshidratación en que se hallaba.

Esperanzado se adelanta y con fiero arrebató agarra el jarrito, pero cuando ve el líquido, exhala un suspiro y sumido en un triste desengaño, dice con la frialdad del desprecio:

—Ah! “hombre” “Y... ejto eee?” “No embrolle túúú,.. mujé’ del diablo” “Yo creía que era con yelo?” “Eso... eso... esj un ladroncio” Mejor que así, tengo yo en “Laj Baría” y no se compra.

Sabiendo la mujer que estaba en falta, nada contestó a los ataques del joven, siguiendo sin inmutarse su trabajo, que para muchos era satisfactorio, pues se oía un constante: Dos de hielo,

* Cómo pan caliente. Hacer algo rápidamente.

deme un chele, dos de hielo, si no hay hielo démelos de agua fría, a mí primero, d deme un chù.* etc.

Evolucionando todo al compás del tiempo, fueron adquiriendo neveras, las personas más acomodadas económicamente, tanto de gas, como eléctricas, pero éstas no solucionaban el problema refrigeración, puesto que no estaban al alcance de las mayorías, coyuntura que aprovechó el señor Luis Méndez, quien sentía alguna simpatía por Neyba y de quien hemos hablado en capítulo anterior, cuando tuvo la idea de instalar una fábrica de hielo, que funcionó en el sitio donde hoy se encuentra el Ami Bar.

Entusiasmado recibió el pueblo la instalación de esta industria, que más bien que llenar una necesidad, venía a ser una gota de agua en el vasto desierto de su atraso.

Se reunía la gente en sus alrededores, para observar el mecanismo con que ésta se desenvolvía, surgiendo miles comentarios al respecto.

—Una fábrica de hielo —dice alguien. Para enfriar qué? Serán las piedras, las iguanas y las guazábaras, que es lo único que aquí abunda.

—Yo no sé..., yo no sé —responde otro. Pero por lo menos, hay aquí una bullita, con los que vienen dizque a comprar, los que vienen a perder el tiempo y los que vienen a “pendenciar”.

—Mira, mira pa' allá —dice otra voz. Yo no sé como esa gente, que hoy “no ha pecau poniendo a molé los mortaritos blancos”, gasta su chele dizque pa`bebé` agua fría, eh?, que te parece?

—No diga' na', —responde el primero, porque cuando la “sibobea” ta' difícil, lo que uno hace es calentarse la “pijama del estómago” con un trago e' café o un buen sorbo e' jenjibre caliente y ahora estos... mira como 'tan, dizque comprando hielo, de este “tiro, tá' el dolor de estómago al pecho”.

Pero este escaso movimiento de compras, no fue más que el

* Chù. Un centavo

noviciado del inicio de la producción, pues este fue disminuyendo casi de inmediato y cada día en mayor proporción, hasta que en poco tiempo, ni un alma se acercaba allí, en actitud de compra.

El propietario de la fábrica, de estrechas relaciones con el Gobierno, gestionó y obtuvo una subvención, para el mantenimiento del servicio de esta planta productora de hielo, que a su juicio, el pueblo necesitaba. Lo que desconocemos es cual fue el monto de la subvención, pero sí sabemos que estos valores, completos o no, eran devueltos al pueblo, mediante un servicio social de una ración de dos libras de hielo cada una, haciendo una cantidad aproximada de doscientas raciones, que se repartían entre igual número de familias.

Este servicio se organizó con la expedición de tickes, por la cantidad indicada, los cuales eran preparados y distribuidos por una oficina particular del gobierno.

No sería fácil describir la serie de inconvenientes que presentaba la aglomeración de gente frente a la oficina expedidora de estos tickes, que significaban algo que no pasaba de ser una ironía.

Desde las ocho de la mañana de cada día, una multitud llenaba los alrededores de aquel recinto, portando latas, laticas, jarros, higüeras, bangañas, etc., toda clase vasijas que pudiera servirles para transportar su ración asignada, desde la fábrica de hielo hasta sus hogares.

No había llegado hasta nosotros la organización de colas para este tipo de actividades, estableciéndose allí, la fuerza para abordar la puerta de la oficina, donde un agente de la policía, macana en mano custodiaba a las dos damas encargadas del reparto.

¡Qué apretujones! ¡Qué de empujones! ¡Cuántos insultos! ¡Cuántos pisotones en busca de nada!

Mientras estas cosas se desarrollaban, una de esas mañanas, de esas mañanas en que el sol parece estimular a los mortales con el fuego de sus rayos, para el brote en ellos de los rencores, que anidados en su interior formaban su único acervo, un señor de edad avanzada que iba por una calle vecina, al ver aquel “molote”, se acercó exclamando:

—¡Qué vergüenza! ¡Cuánto desorden por una cascarita! Pero

mientras así hablaba, vio entre aquel tumulto, sobresalir la cabeza de una hija suya, que trataba de ocultarse la cara con una bangañita. Al verla, más bien antes que hablar, “ruge”~

—María!, María! ¿no será que tu “may perdió la chaveta”, mandándote a tí, a pedí’ chin de hielo? Salga!, salga de ahí!, no sea que yo te arranque la cabeza!

Otro señor, que vio el enfado de su amigo, se le acerca y le dice muy quedo:

—Cállate!, que te oye el policía y va y te chivatea”. Entonces si es verdad, que el que pierde la cabeza eres tú, o por lo menos la lengua.

Emilio, que era el nombre del enfadado señor, bajó la cabeza y reflexionó unos instantes, luego se acerca al policía y le dice con tono amistoso:

—Qué le parece a usted, el desorden que tiene esta gente? Es que no respetan a la autoridad?

—Sí, ellos sí que respetan —responde el agente de la policía, si no respetaran mi autoridad’ “tuvieran toíto ahí adentro y ya se vián matau uno a otro, pa’ cogé’ el primer puesto, porque ya tuer vivo quié ta’ frúu”

En este momento fue requerida la presencia del representante del orden, para calmar los ánimos de unos que discutían y Emilio quedó solo sobre la acera mirando aquel revoloteo de vasijas y oyendo aquel escándalo, cuyo objetivo dejaba tan escaso beneficio. Desde aquí tuvo un nuevo explosivo en voz alta:

—Señores! “Cállese la boca”! Para qué les sirve a ustedes esa “cascarita” de hielo? Acaso el hielo “jarta”? Y así continúa bramando hecho un vendaval:

¡Por qué diablos pusieron aquí fábrica de cosa fría, si la gente aquí lo que necesita es “entonase” el estómago y no “desajiláselo”!

Una maldita fábrica de hielo, que ni empleados paga. El dueño prende el motor, el dueño abre la llave de agua, el dueño rueda la

manguera, el dueño llena los moldes y el dueño cierra las plumas, sólo dos muchachos trabajan ahí, uno que da las “cascaritas” y otro que vende por la calle dizque helados en palitos. Después, y... qué?

¿Por qué no pusieron fábricas para que la gente gane su “comía”, aunque beba en la “rigola”? Porque la gente cuando come, bebe, aunque sea como “el sabanero” y el que no se sabe el cuento, que pregunte lo que e’.

Aquí caía bien una fábrica de zapatos, una fábrica de jabón, una fábrica de ropa, una fábrica de fósforos, aunque sea pa’ que cojamo to’ candela, como es nuestra costumbre, o... tan siquiera... !una fábrica de mierda! Pero no de hielo, que hielo, ni yelo, !no sea zoquete Luis Méndez, “hombe” carajo!

El agente de la policía atónito ante este inesperado y acalorado discurso, viéndose comprometido, solo alcanzó a decir: Déjenlo, que está borracho, pero si el capitán lo huele... hasta yo llevo la parte que me toca.

Es posible que alguien dude de que en esos fatídicos tiempos, hubiera quien osara expresarse en esos términos públicamente, pero el que dude, que investigue quienes sufrieron encarcelamientos en más de una ocasión, aunque fueran momentáneos, pues mucha gente hubo que por la lengua perdió la vida, pero mucha gente hubo también, que quieta nunca tuvo la lengua.

Escenas desagradables como esta, se presentaban diariamente en estos lugares.

Logrado el ticket después de varias horas de sol y de angustia, se dirigían a la fábrica, donde con no menos dificultades lograban el anhelado presente. Muchos eran los que sufrían el amargo desengaño, cuando al llegar a sus hogares, observaran con sorpresa tristeza, que el objeto de sus esfuerzos, lamentablemente, obedeciendo a los factores negativos que siempre se presentan, había retornado a su estado primitivo, convirtiéndose ese servicio social tan afanado, que el Gobierno ofrecía a Neyba en una “Ración Irracional”.

*Molote: Reunión de gente desordenada.

CANTO AL VIEJO NEYBA

Dedicado a la nuevas generaciones neyberas y en particular a la que recibió mi orientación desde la Dirección del Liceo de Educación Secundaria “Manuel de Jesús Galván” 1957—1964

Prof. Elixiva María Vásquez de Díaz

Santo Domingo, D. N.
1983

CANTO AL VIEJO NEYBA

*Yo quisiera cantarte mi Neyba
cantar a la ceiba
de antiguo cachón
que sus aguas cedió en sacrificio
para beneficio
de la población.*

*Yo quisiera cantar pueblo mío
cantar al bohío
que abrigó mi ser
yo quisiera cantar a la fronda
de la bayahonda
que fue mi vergel.*

*Yo quisiera cantar la enramada
y la empalizada
que forma lindero
de la calle con postes unidos
y ripias que han sido
orgullo neybero.*

*Yo quisiera cantar madrigales
a los pedregales
cual fueran ayer
ilusión de mis años primeros
y de los postreros
también han de ser.*

*Yo quisiera cantar el secreto
que inspira respeto
al viejo tejar
y cantar a su oscuro sendero
que ningún neybero
habrá de olvidar.*

*Yo quisiera cantar las andanzas
que son añoranza
de un tiempo que fue
cuando todos sin clases ni rangos
buscamos los mangos
del viejo Ciré.*

*Yo quisiera cantar la belleza
de aquella cabeza
de agua en el camino
donde fluyen corrientes tan frías
que hacen Las Marías
oásis divino.*

*Yo quisiera cantar sin descanso
al gajo de panzo
que fue tu sostén
su café, sus maderas preciosas
y viandas copiosas
formaron tu edén.*

*Yo quisiera cantar a tus hombres
y plasmar sus nombres
con honestidad
cuando arrancan los bienes que encierra
surcando la tierra con tenacidad.*

*Yo quisiera cantar tu coraje
dentro del ramaje
del Córmano Hachado
donde el duelo, el orgullo y el brío
de machos bravíos
quedaron sellados.*

*Yo quisiera cantar tus mujeres
cantar los quehaceres
de su humilde hogar
yo quisiera cantar la templanza
que fue la confianza
de su batallar.*

*Yo quisiera... cantar la tristeza
que por tu pobreza
se deja sentir
yo quisiera cantar la esperanza
de que habrá bonanza
en el porvenir.*

*Yo quisiera cantar el rosario
desde el campanario*

*vetusto y sencillo
donde otrora admirara el paisaje
con suave oleaje
del Lago Enriquillo.*

*Yo quisiera cantar tus geniales
fiestas patronales
con gran emoción
a sus bailes de los nueve días
que son alegría
de la tradición.*

*Yo quisiera cantar la genuina
vieja mangulina
y el carabiné
como punto central de festejos
donde hace reflejos
San Bartolomé.*

*Yo quisiera cantar a la aurora
que tus campos dora
al amanecer
yo quisiera cantar al ocaso
que fue mi regazo
al atardecer.*

*Yo quisiera cantar a la luna
que da su fortuna
en la claridad
de un penacho de plata
que fuera
como una quimera
de felicidad.*

*Yo quisiera cantar a tus días
y con osadía*

*a tu ardiente sol
yo quisiera cantar a tus noches
sin ningún reproche
de inmenso calor.*

*Yo quisiera cantar a tu cielo
cantar a tu suelo
vestido de luz
y cantarte en tu marcha pausada
sin logros de nada
cargando tu cruz.*

*Yo quisiera cantar mis cantares
sin que haya pesares
con que zaherir
porque honra cantar a lo nuestro
buscando en el estro
su puro sentir.*

*Yo quisiera cantar tu pasado
hacerte dechado
de patrio ideal
incubado en matriz embrionaria
de la libertaria
lucha nacional.*

*Yo quisiera cantar tu heroísmo
cantar al bautismno
que fue la verdad
que encendió de la guerra la hoguera
para que surgiera
nuestra libertad.*

*Yo quisiera cantar a la Fuente
en donde mi gente
no pudo beber
cuando en dura misión de guerrillas
sobre sus presillas*

ostentó el laurel.

*Yo quisiera cantar al Rodeo
tener un museo
en su alrededor
donde el sable invencible expusiera
triunfo de Tavera
contra el invasor.*

*Yo quisiera cantar las acciones
que con sus blasones
te hacen inmortal
y entre tantas la lucha gloriosa
de Francisco Sosa
en El Cambronal.*

*Yo quisiera cantar al arcano
de aquel Cayetano
del tres de Febrero
cuando asalta el Poder con las armas
rompiendo la calma
su grito guerrero.*

*Yo quisiera cantar tus proezas
que son la justeza
de un himno en tu honor
yo quisiera cantar en la historia
que tienes la gloria
de ser precursor.*

*Yo quisiera cantar reverente
inclinarme mi frente
en mística unción
ofrendarte oriflamas y flores
con lazos de amores
en el corazón.*

*Santo Domingo, D. N.
1983*

PALABRAS Y FRASES QUE SE USARON ANTIGUAMENTE EN NEYBA, ALGUNAS TIENEN RELACION CON EL PATOIS Y OTRAS SON REGIONALISMOS DE ESPALDAS A LA SEMANTICA.

A:

| | |
|---|---|
| Abacorar | Dominar, Vencer. |
| Abé | Dámelo (a) Pásamelo (a) |
| Abimbar | Golpear |
| Acirimbau (a) | Tonto (a) |
| Achataplatanau (a) | Chato (a) |
| Agacharse | Esconderse |
| Aguizote (a) | Sirviente (a) |
| A la má.. fubén | Sin miramientos |
| A la que se te cayó | Estar predispuerto para todo |
| AlmiréAlmirez, Mortero de cobre que servía para majar las especias. | |
| Ande | Donde |
| Anguria | Ambición |
| Añé | Nada |
| Añingotarse | Sentarse en cuchillas |
| Apéame uno | Prenda de vestir de poco valor |
| Apologarse | Contribuir con algo como ayuda |
| Arbolario (a) | Aspavientoso (a) |
| Arrebiatau (a) Rabiatado, Que depende de otro, Apéndice, Satélite. | |
| Averiguá | Pendenciera |
| Aviva | Desesperación. Enfermedad de los caballos de carrera. |
| Azacán (a) | Ventajista |

B:

Babucha... Camisa ajustada a la cintura con una faja, ligeramente abuchada, que usaban las mujeres y los muchachos. (Fuera de semántica).

Barrumbá.-da Descrédito. (fuera de semántica)

Barselico Espíritu diabólico. (Suponemos que querrían decir, basilisco, que es un reptil a quien se atribuía poder de matar con la vista.

Batimenta Comida preparada con carne, víveres y granos.

Batumen Infusión de varias clases de hojas juntas.

Bembe Labio inferior saliente y descolgado.

Bembejó Tonto

Benberria Fiesta de poca importancia y mala organización.

Billolla Barriga grande y mal formada.

Binza Cordón umbilical

Bobote Bollo de yuca asado. (Fuera de semántica)

Bodega Colmado pequeño. (fuera de semántica)

Bombiar Lanzar

Sorbosá Borbotón

Braszalá Cantidad de cosas que se abarcaban con los brazos

Brimbrán Escándalo

Brosquecita Atardecer o anochecer

Busca Idea Chanquetas de mala calidad que se deformaban

C:

Cafunllí Harina de maíz sin cernir

Cancana Pleito. Averiguación (Fuera de semántica)

Capotiar Sancochar granos con sal para comer a puñados.

Caramanché Especie de coctel que se usaba en la región

Caramiché Chisme

Cocoyé-sá Persona de color negro, cabello crespo y Facciones feas.

Costelación Costumbre

Cubujón Cugujón

Curcutiar Escudriñar. Remover
Cusubey Cusubé.

CH:

Chacá Cocido de habichuelas y maíz.
Chácara Chancleta vieja (Fuera de semántica)
Chanfliau-á En forma diagonal
Charrascá Expresión violenta (Fuera de semántica).
Chenchén Harina de maíz gruesa.
Chueco De poco tacto (Fuera de semántica).
Chú Centavo.

E:

Empolinar Levantar. Llevar algo muy lejos.
Enarbolario-a Que se enfada fácilmente.
Encenegarse Embriagarse.
Enforforarse Enojarse. Irritarse.
Engoarse Creerse seguro-a.
Enriadora (no enriador) Chismosa.
Estangular Ajustar.
Entorchá Inconveniente. Obstáculo. Trastorno.
Escarseo Escándalo.
Espírrichuau-chuá Raquíptico-a.
Estrevegío Mueble rústico y feo.
Estruche Espina grande punzante.

F:

Fancanché Engreído.
Felie Regaño.
Filorio a De poco tacto.
Finquinfia Fiesta de poca importancia y mala organización.
Foró Adelantando-a. Osado-a, Resuelto-a.
Fu Loco-a.

Fuácata Miseria.
Fututo Estrecho. Silbato.
Fucú Azar. Mala suerte.

G:

Gabiau Un pan con un dulce encima
Gabiar Subir. Preparar.
Gadé Mira. Observa.
Galliruza De bajo nivel social.
Gasliando Con deseo intenso de fumar
Gale Gele Tonada especial de algún lugar.
Gipato Que presenta inflamación del vientre.
Gogola Núez, prominencia del cartílago de la tiroides en el varón.
Grangú Hambre.
Gremesí Limosna.
Gurgusa o Gurgucia Fea. Desagradable.
Gurupié Persona que sigue a otra en todo.

J:

Jarabazo Arañazo.
Jambac Horqueta de madera que se usaba para cargar leña y caña sobre el lomo de los animales de carga.
Jicarazo Insulto (Fuera de semántica)
Jodorau. jodorá Agujereado-a.
Jojoto-a Pálido-a (Fuera de semántica)
Jololá Baile de poca categoría.
Jurasco Roto en forma de hoyo.

L:

La tabla Carnicería
Lembo Grande (Fuera de semántica)
Lebranche Muy grande.

Limoncillo .Planta herbácea cuyas hojas se usan para infusiones.

LL:

Llonllón Hongo comestible.
Llota Bienestar económico.

M:

Magüisa Adulona
Manituoso De mala costumbre
Manito plen plen Con las manos vacías
Manyé Comida
Marcé Mercado (De marché,m en francés)
Meché Costumbre.
Melé Secreto. Enredo.
Mojadura Regalo (Fuera de semántica)

N:

Nian Negativo acompañado de un verbo.
..... Ej. Nian ha... No hay.
..... Nian veo... No veo.
..... Nian fue... no fue
..... etc.

Ñ:

Ñangó Bolsa de dinero
Ñañán Babiaca. Tonto-a
Ñeñeñe Inútil
Ñéquete fuá Negación (Esta negación iba acompañada de la inclinación del brazo hacia atrás, cuya mano iría cerrando el ñuño, que giraba hacia la derecha, describiendo una circunferencia.

P:

Pachuché ..Cigarro de fabricación casera, hecho sin delicadeza.
Pamplón-aGrueso-a, pesado-a
Pandiau-á Torcido.
Pechar Chocar (Fuera de semántica)
Pelao El sol.
Penco-a Muy grande (Fuera de semántica)
Pempeneu De poca importancia.
Pesniando Perdiendo el tiempo.
Pispireta Coqueta.
Por tu hondo: Cigarro de fabricación casera Pachuché.
Potá Bicarbonato
Potaje Regalo (Fuera de semántica)
Pringá Cuidado
Prángana Miseria.
Pronte Regalo. Obsequio.
Prungo De bajo nivel social.

Q:

Quimbamba Lugar muy lejano.
QuisondaMovimiento sinuoso con el cuerpo para evitar un golpe.

R:

Rámpano: Llaga infectada, especialmente en las piernas que tardaba varios meses para cicatrizar.
Requetán Tonada peculiar de algunos lugares.
Rimbombán Escándalo.
Ruliando Andando sin rumbo fijo (suponemos que viene de brújula)

S:

Safé Acuerdo. Liga. Unión.

Sanguilejo-a Persona desgarrada.
Sin ajuste Persona desordenada.
Sin marido Chancletas sin tacones y de mala calidad.
Siniquitate Estorbo.
Siquitrilla La nuca.

T:

Tarraya Boca abierta desmesuradamente.
Te encandiló Engaño.
Tirar un pájaro pinto Decir algo sin seguridad.
Titingó Pleito. corre, corre.
Tonga Envuelto de tabaco en rama.
Tos no puen Zapatos apretados.

U:

Uúúú Admiración.

V:

Vendicia Fiesta para vender determinadas mercancías.
Vienvién a..... Nombre con que se designaba la gente supuestamente alzada y que había sufrido transformaciones físicas. Se empleaba para insultar o ridiculizar a personas feas o de aspecto desagradable.

BREVE SEMBLANZA DE SAN BARTOLOME

DENTRO DE LAS LEYENDAS EXPUESTAS EN EL LIBRO AÑO CRISTIANO, DE LAMBERTO ECHAVARRIA Y BERNARDO LLORCA, ACERCA DE LA VIDA RELIGIOSA DEL SANTO PATRON SAN BARTOLOME, EXPONEMOS PARA ORIENTACION DE LAS NUEVAS GENERACIONES LAS SIGUIENTES NOTAS:

Según San Juan, el nombre propio del Patrón, es Natanael, que en arameo significa “DON DE DIOS”, ya que Bartolomé es un patronímico, derivado del mismo idioma.

Así mismo nos señala, que en una mañana yendo Jesús hacia Galilea con un grupo de discípulos, encontró a Felipe y le dijo: Sígueme. Felipe lo siguió, pero recordando que tenía un amigo ansioso de conocer al Maestro, fue en su busca. Lo encontró bajo una higuera entregado a sus meditaciones, se nos presenta con un temperamento reflexivo, amable, sereno, Felipe lo saca de su ensimismamiento, cuando le dice: Natanael; Natanael; hemos encontrado a aquel de quien hablaban los profetas. Lleno de fervor y alegría, Natanael sigue a Felipe y al llegar al grupo, Jesús le dice:”

“He Aquí un Verdadero Israelita Leal y Sin Engaño”

Bartolomé, natural de Caná de Galilea, se inclina con toda la plenitud de su alma y hace su profesión de fe: “MAESTRO, TU ERES EL HIJO DE DIOS’, TU ERES EL REY DE ISRAEL”, ingresando con amor y decisión en el Colegio Apostólico.

Muchas son las leyendas que existen de San Bartolomé y su fe

cristiana pero desde el siglo XII, casi todas admiten que predicó el Evangelio de pueblo en pueblo, señalándose entre otros: Etiopía, Arabia Feliz, Ponto, Bósforo, Mesopotamia, Persia, etc., pero lo más notorio es, que en un misterioso pueblo de Armenia, logró convertir al cristianismo, a una hermana del Rey Astiages, éste, enfadado, encendióse en ira y ordenó que fuese desollado vivo y decapitado.

De aquí que el artista lo presente, con la piel al rastro y un cuchillo en la mano, como instrumento de suplicio.

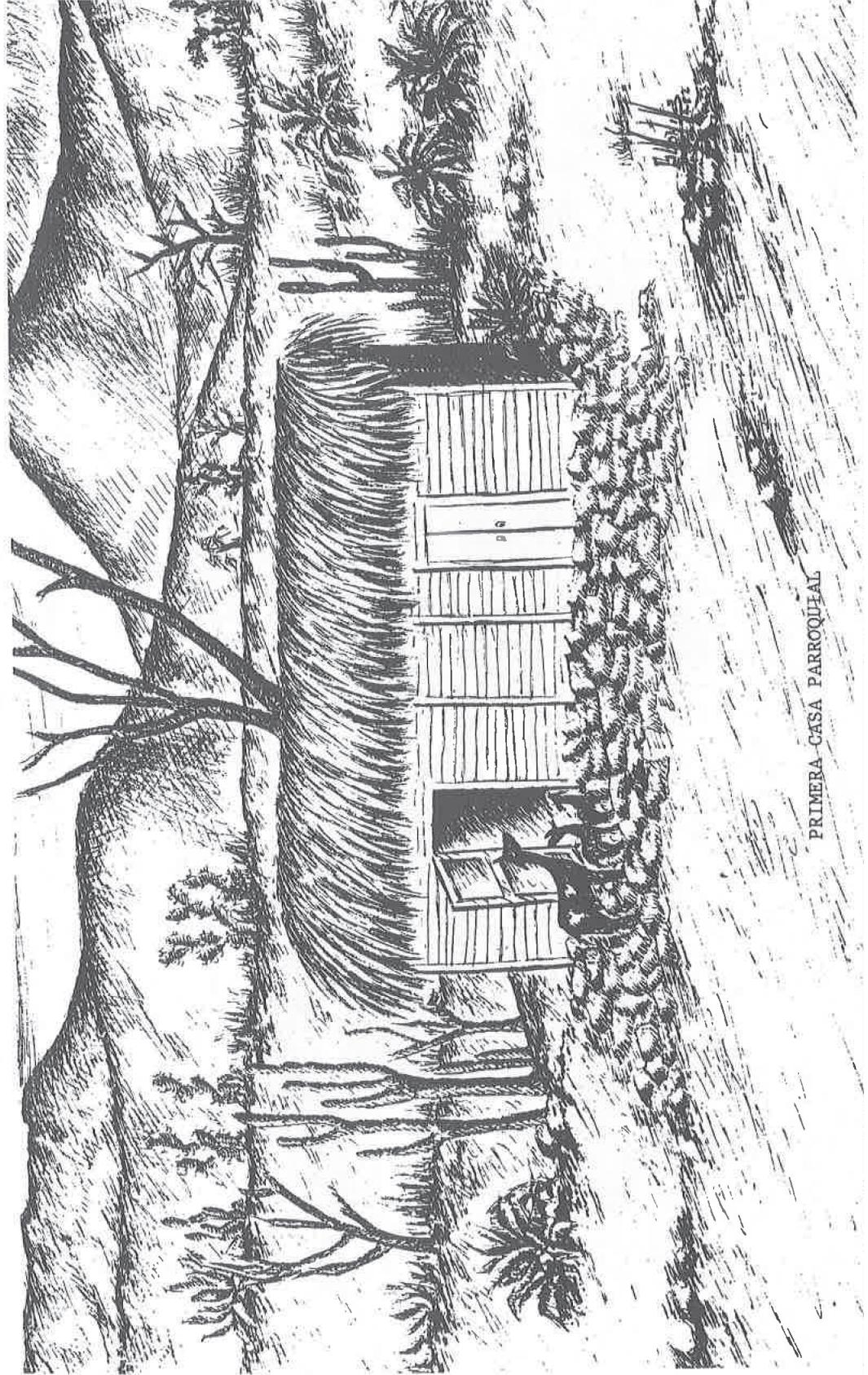
Esta versión se complementa, señalando que por gestiones del Emperador Otón III, sus restos fueron trasladados a Roma y depositados en la iglesia de San Adalberto, en la isla de Turbina, hecho ocurrido el 24 de agosto del año 1000, fecha memorable que se ha escogido para celebrar la grandeza de nuestro apóstol y mártir **SAN BARTOLOME**.

FUENTE DE INFORMACIÓN

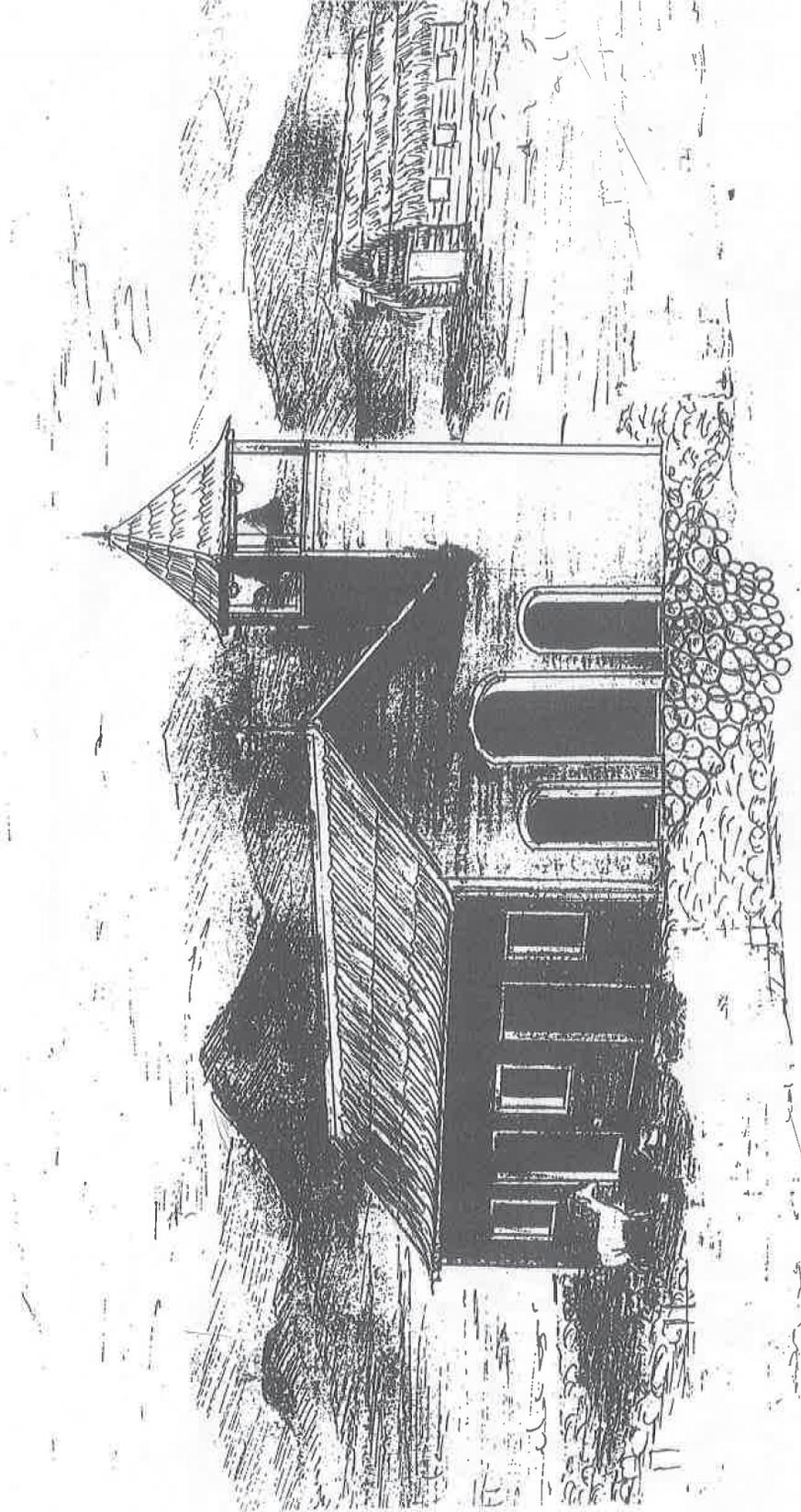
- 1.- La tradición
- 2.- Historia Dominicana - Frank Moya Pons
- 3.- Reseña Geogr. —Historia de la República Dominicana
Agr. Vicente Tolentino Rojas.
- 4.- Historia Emocional de Neyba - Armando Sosa Leyba
- 5.- Música y Baile en Santo Domingo - Emilio Rodríguez
Demorizi.
- 6.- Monedas Dominicanas - Estrella Gutiérrez.

ANEXOS

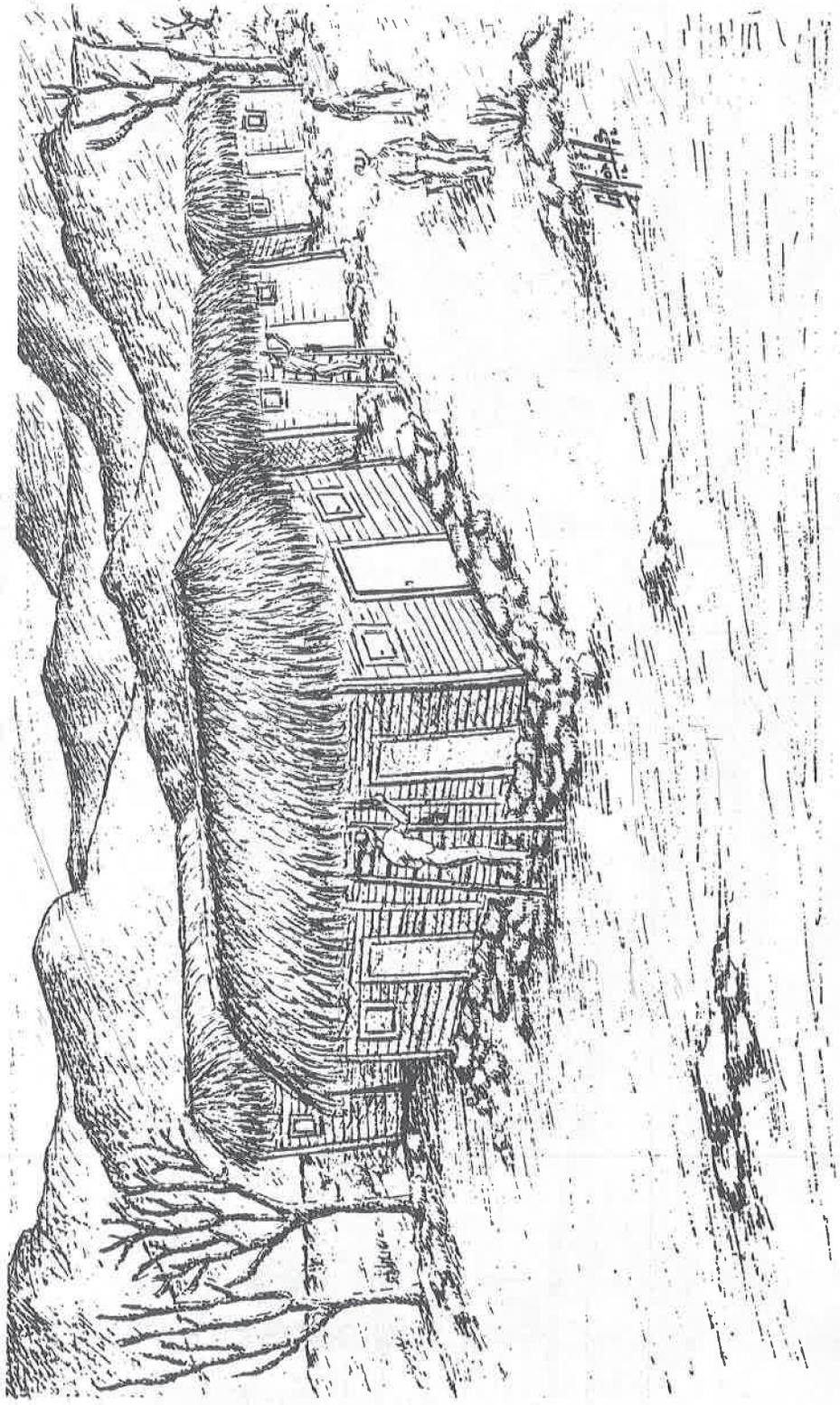
Retratos Hablados del Viejo Neyba:



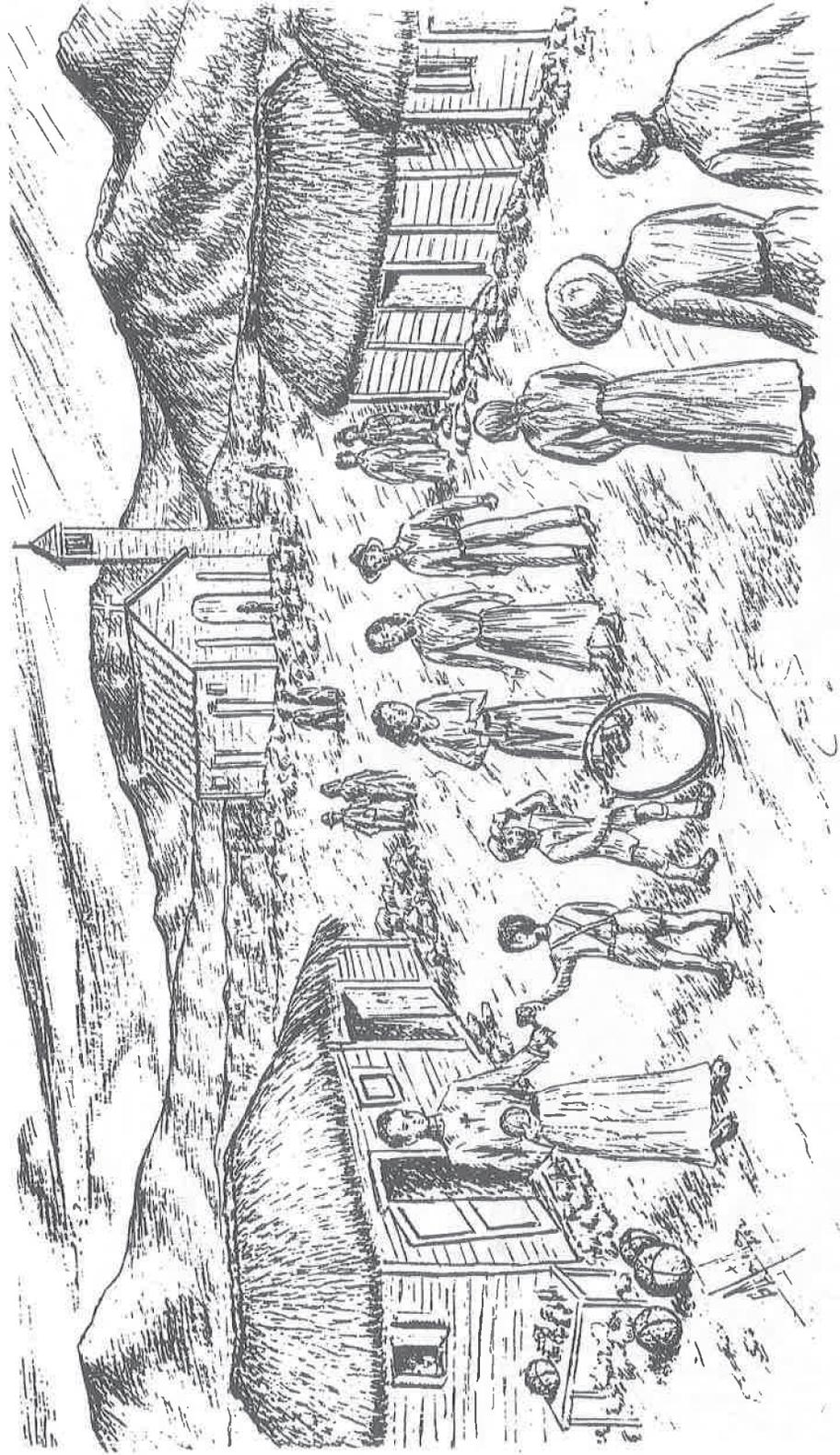
PRIMERA CASA PARROQUIAL



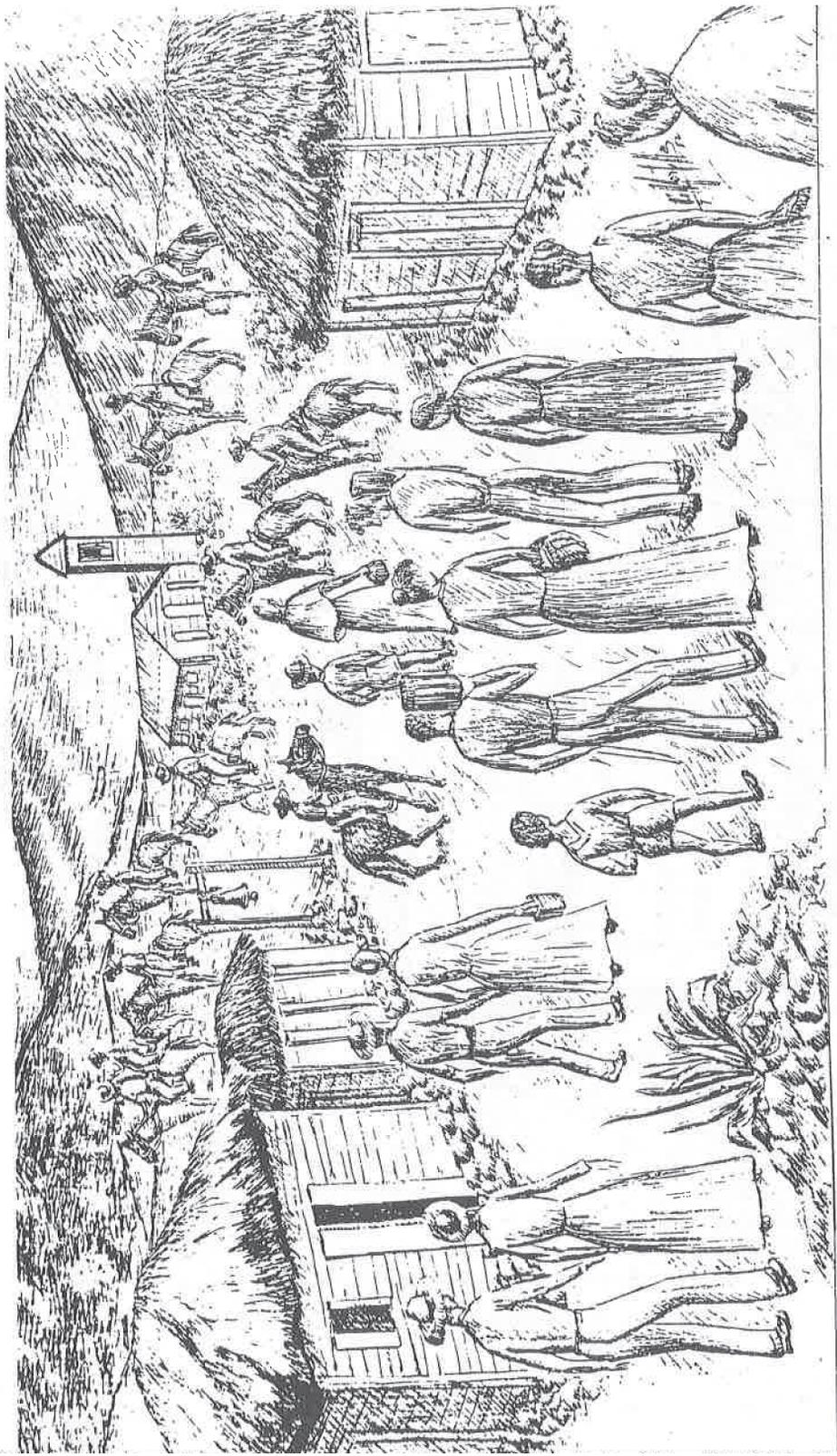
PRIMER TEMPLO PARROQUIAL



PINTANDO LAS CASAS PARA LAS FIESTAS PATRONALES

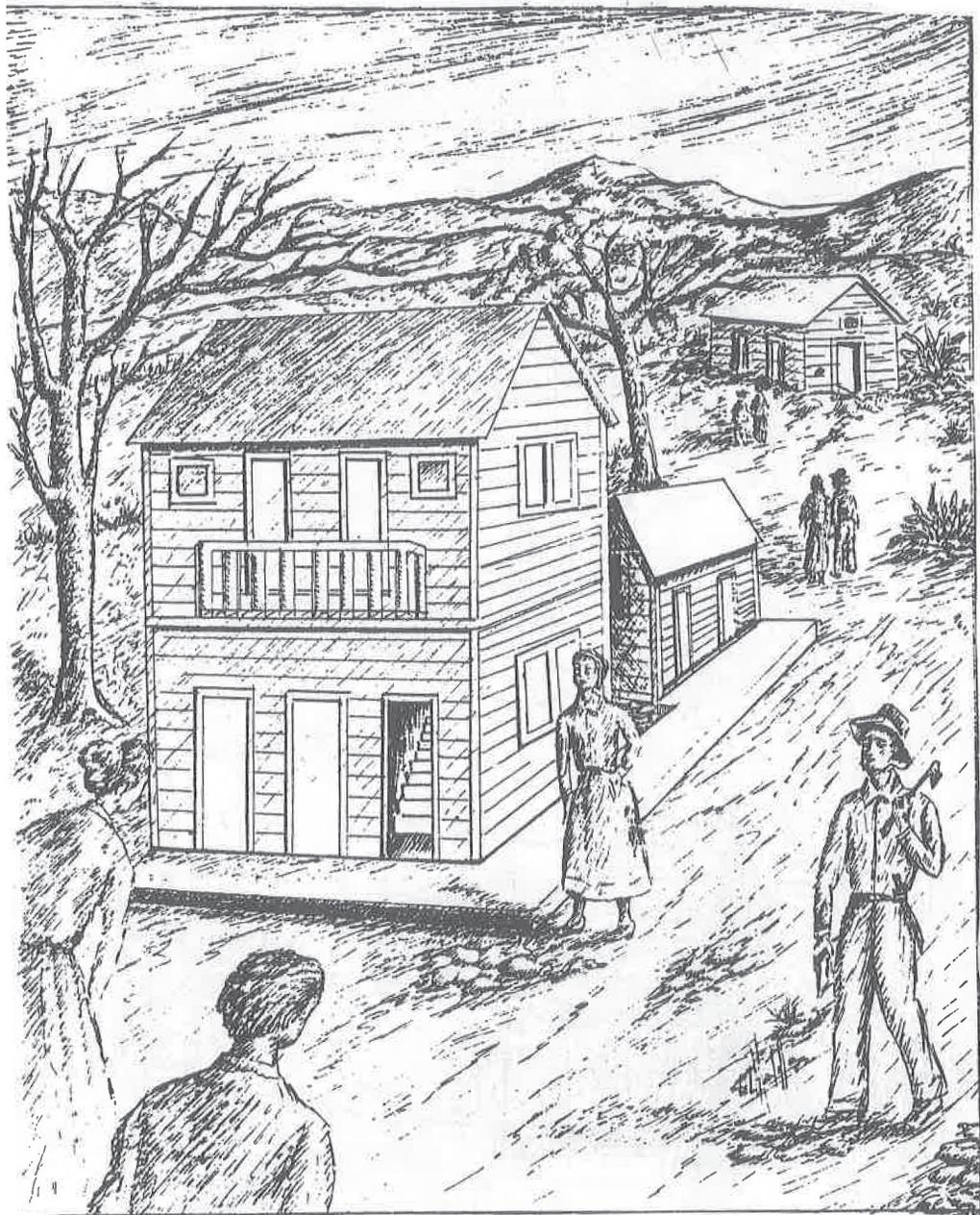


SACERDOTE REPARTIENDO JUGUETES



DIA DEL PATRON SAN BARTOLOME

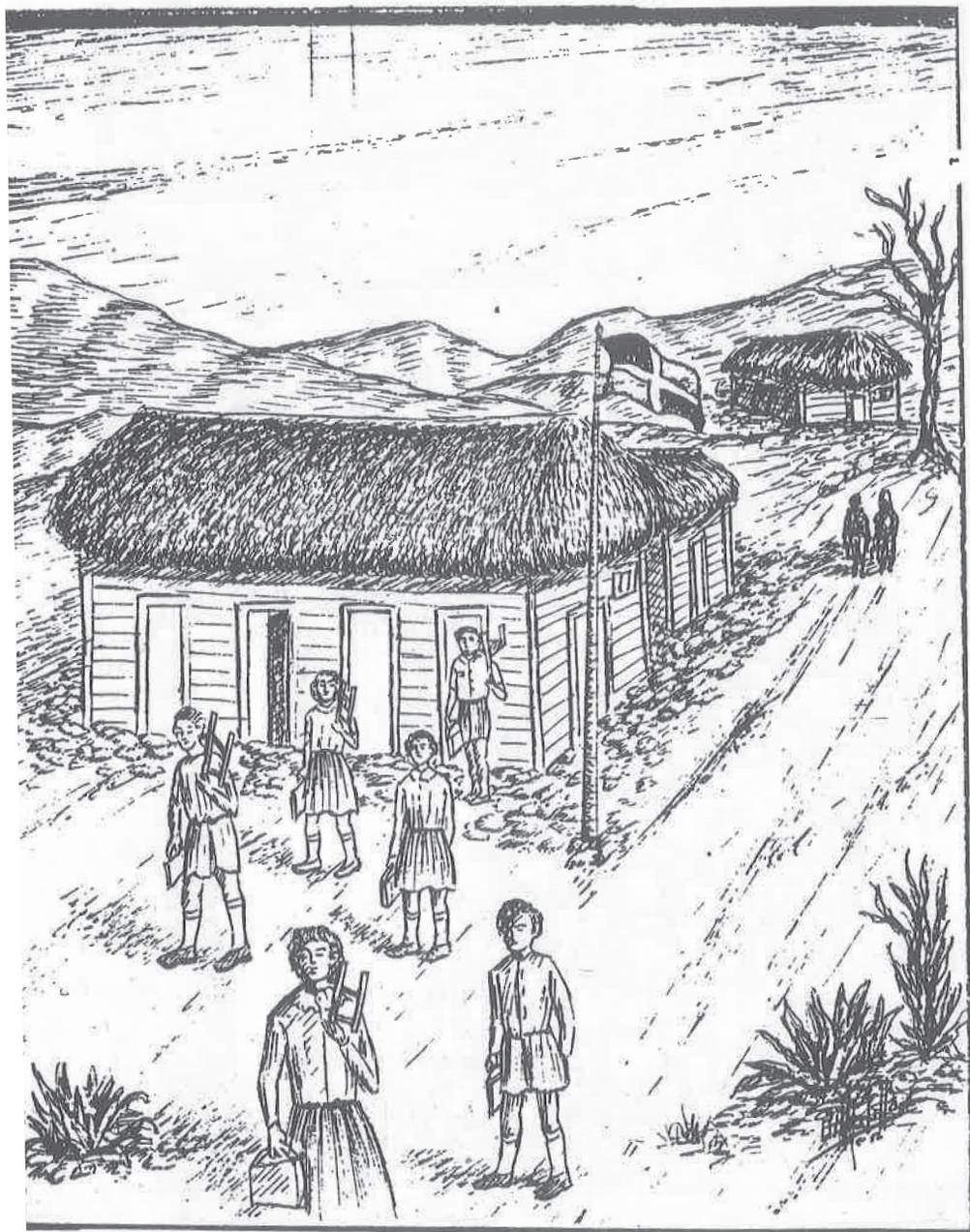
INSPECCION DE EDUCACION SEGUNDO PISO



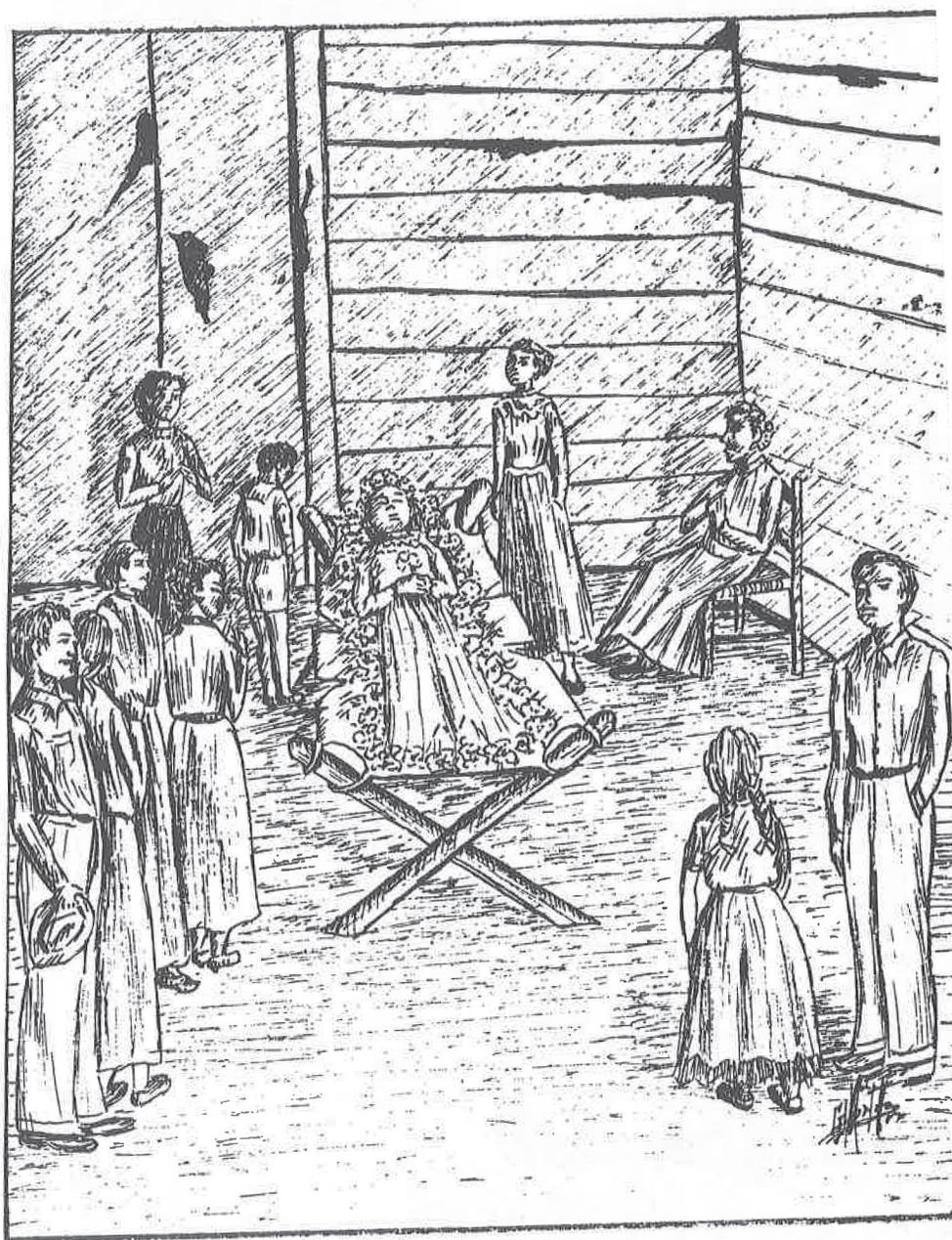
ESCUELA DE HEMBRAS
PRIMER PISO



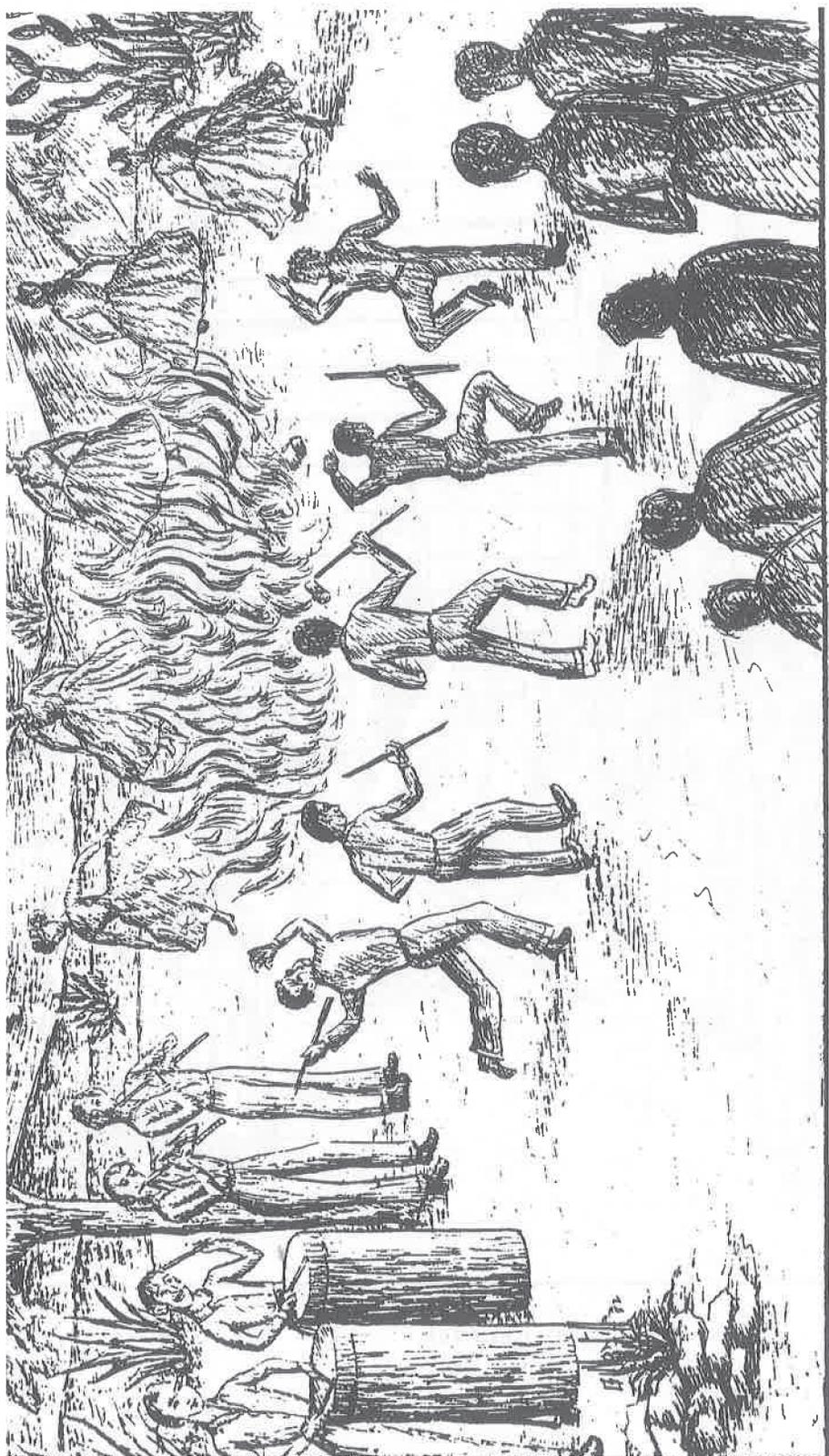
CALVARIO DE AYER



UNA ESCUELA DE AYER



HUENDE O BAQUINI



LOS ATABALES

editora
ALFA
alfa y omega

Se terminó de imprimir
en el mes de Octubre del año 1997,
en los talleres de la editora
Alfa & Omega
Ave. José Contreras No. 69
Santo Domingo, República Dominicana



La Profesora Elixiva María Vázquez de Díaz, nació en la antigua Villa de Neyba, hoy ciudad y municipio cabecera de la provincia Bahoruco, el día 18 de diciembre de 1912. Realizó sus estudios primarios en su pueblo natal. Desde niña, dio manifestaciones de su amor por el magisterio, reuniendo niños de su vecindad para jugar a la maestra, cargo que en el juego ella desempeñaba.

Ha ejercido el magisterio en Neyba, San Juan de la Maguana, Barahona y Santo Domingo. Aún en estos días, se mantiene activa orientando y enseñando en el colegio Santa Elena, el cual fundó el 30 de enero de 1967.

Su vocación de forjadora de conciencias le ha permitido realizar, permanentes jornadas de animación social en favor de la juventud, que ha seguido sus orientaciones durante 63 largos años.

Fue su esposo Don Rafael Atilano Díaz Cuello, con quien procreó siete (7) hijos que asimilaron de su progenitora el amor al estudio y el afán por la superación.

Con la entrega de Antiguallas de Neyba, culmina su acariciado sueño de rescatar y entregar a las nuevas generaciones, estampas vivenciales del viejo Neyba.